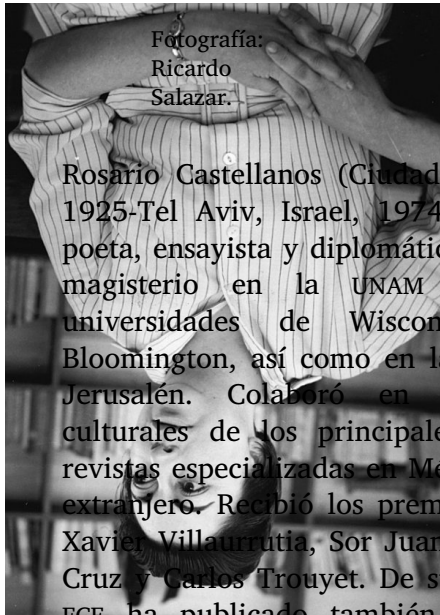
ROSARIO CASTELLANOS

Oficio de tinieblas

LETRAS MEXICANAS



Fotografía: Ricardo Salazar.

Rosario Castellanos (Ciudad de México, 1925-Tel Aviv, Israel, 1974), novelista, poeta, ensayista y diplomática, ejerció el magisterio en la UNAM y en las universidades de Wisconsin y de Bloomington, así como en la Hebrea de Jerusalén. Colaboró en suplementos culturales de los principales diarios y revistas especializadas en México y en el extranjero. Recibió los premios Chiapas, Xavier Villaurrutia, Sor Juana Inés de la Cruz y Carlos Trouyet. De su autoría, el FCE ha publicado también en versión electrónica *Juicios sumarios* I, *El mar y sus pescaditos* y *Tablero de damas,* entre otros.

LETRAS MEXICANAS

Oficio de tinieblas

ROSARIO CASTELLANOS

Oficio de tinieblas

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Novela. Joaquín Mortiz, 1962. Quinta edición, 1986
Promexa Editores, 1979
Primera edición electrónica, FCE, 2017

D. R. © 2017, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

Comentarios:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672

www.fondodeculturaeconomica.com

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-5453-3 (ePub)

Hecho en México - *Made in Mexico*

ÍNDICE

Oficio de tinieblas

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
XXIII
XXIV
XXV
XXVI
XXVII
XXVIII

XXIX
XXX
XXXI
XXXII
XXXIII
XXXIV
XXXV
XXXVI
XXXVII
XXXVIII
XXXIX
XL

OFICIO DE TINIEBLAS

Fragmento de una entrevista con Margarita García Flores, *Cartas marcadas,* UNAM, 1979

El oficio de tinieblas se reza, por la liturgia católica, en el viernes santo. Escogí este nombre porque el momento culminante de la novela es aquél en que un indígena es crucificado, en un viernes santo también, para convertirse en el Cristo de su pueblo. Y porque además la palabra tinieblas corresponde muy bien al momento por el que atraviesan tanto los indios como los "blancos" que los explotan, en Chiapas […]

El arte tiene, ante todo, el deber de ser arte. Como fenómeno social que es, puede teñirse de propaganda política, religiosa, etc. Pero esta propaganda no será de ninguna manera eficaz si no se subordina a las exigencias estéticas.

Fragmento de una entrevista con Emmanuel Carballo, *Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana del siglo* XX, Empresas Editoriales, 1965

Está basada en un hecho histórico: el levantamiento de los indios chamulas, en San Cristóbal, el año de 1867. Este hecho culminó con la crucifixión de uno de estos indios, al que los amotinados proclamaron como el Cristo indígena. Por un momento, y por ese hecho, los chamulas se sintieron iguales a los blancos. Acerca de esta sublevación casi no existen documentos. Los testimonios que pude recoger se resienten, como es lógico, de partidarismo más o menos ingenuo. Intenté penetrar en las circunstancias, entender los móviles y captar la psicología de los personajes que intervinieron en estos acontecimientos. A medida que avanzaba, me di cuenta que la lógica histórica es absolutamente distinta de la lógica literaria. Por más que quise no pude ser fiel a la historia. Abandoné poco a poco el suceso real. Lo trasladé de tiempo, a un tiempo que conocía mejor, la época de Cárdenas, momento en el que, según todas las apariencias, va a efectuarse la reforma agraria en Chiapas. Este hecho probablemente produce malestar entre los que poseen la tierra y los que aspiran a poseerla: entre los blancos y los indios. El malestar culmina con la sublevación indígena y el aplastamiento brutal del motín por parte de los blancos. Según la historia, el levantamiento amenazó la seguridad de San

Cristóbal. Los chamulas estuvieron a punto de invadir la ciudad; se retiraron, estando frente a ella, porque les aterrorizó el prestigio secular de los blancos, no tanto la fuerza, ya que en ese momento estaban desarmados. De acuerdo con la manera de vivir y concebir el mundo, a los chamulas les era imposible conquistar la ciudad enemiga. Me explico. Entre ellos la memoria trabaja en forma diferente: es mucho menos constante y mucho más caprichosa. De ese modo, pierden el sentido del propósito que persiguen. Se lanzan contra pequeños poblados, contra ranchos sin dueño y, en unos y en otros, desahogan la violencia. Conforme se produce el desahogo, la violencia deja de ser necesaria, aunque no haya producido los efectos que se proponía. En ese momento, *Oficio de tinieblas* se convierte en novela y se aparta definitivamente de la historia […]

Se ajusta de principio a fin a los moldes tradicionales. De acuerdo con el tema, respeté la ordenación cronológica de los sucesos. La historia es, de por sí, complicada y confusa para agregarle dificultades arquitectónicas y estilísticas. Por el contrario, la construcción arroja claridad sobre los hechos. Por esa misma razón penetré en la psicología de los personajes. Doy antecedentes de sus vidas para, de esta manera, ayudar a comprender su conducta. En ocasiones parecen reaccionar de un modo arbitrario si nos desentendemos de sus antecedentes. La arbitrariedad existe y subsiste porque en la situación en que se encuentran no rige la justicia sino la fuerza. El poder lo poseen primero unos y después los otros. Cuando cada uno de los bandos lo usa, lo usa a la medida de sus pasiones. Si la construcción es tradicional, no creo que el asunto sea muy frecuente […]

Escribir ha sido, más que nada, explicarme a mí misma las cosas que no entiendo. Cosas que, a primera vista, son confusas o difícilmente comprensibles. Como los personajes indígenas eran, de acuerdo con los datos históricos, enigmáticos, traté de conocerlos en profundidad. Me pregunté por qué actuaban de esa manera, qué circunstancias los condujeron a ser de ese modo. Así, comencé a desentrañarlos y a elaborarlos. Un acto me llevaba al inmediato anterior y, por ese método, llegué a conocerlos íntegramente […]

El cuento me parece más difícil porque se concreta a describir un solo instante. Ese instante debe ser lo suficientemente significativo para que valga la pena captarlo. En oposición, la novela es capaz de enriquecerse con multitud de detalles. Se pueden mencionar rasgos de las criaturas que no necesariamente condicionen la acción o el sentido de la novela. En el cuento esta oportunidad no halla cabida. El espacio es mucho menor. Es necesario reducir hechos y personas a los rasgos esenciales […]

No soy lo suficientemente reflexiva, aunque me lo proponga. En *Oficio de tinieblas* la reflexión alcanza cierta altura y consistencia. Al crear el carácter de un personaje o al describir sus acciones trato de iluminar los móviles, las circunstancias, las consecuencias que cada acto

pueda producir. No ofrezco el hecho en bruto, trato de explicármelo y de explicarlo.

Puesto que ya no es grande vuestra gloria;
puesto que vuestra potencia ya no existe
—y aunque sin gran derecho a la piedad—,
vuestra sangre dominará todavía un poco…

Todos los hijos del alba, la prole del alba,
no serán de vosotros;
sólo los grandes habladores se os abandonarán.

Los del Daño, los de la Guerra, los de la Miseria,
vosotros que hicisteis el mal,
lloradlo.

El libro del consejo

I

SAN JUAN, el Fiador, el que estuvo presente cuando aparecieron por primera vez los mundos; el que dio el sí de la afirmación para que echara a caminar el siglo; uno de los pilares que sostienen firme lo que está firme, San Juan Fiador, se inclinó cierto día a contemplar la tierra de los hombres.

Sus ojos iban del mar donde se agita el pez a la montaña donde duerme la nieve. Pasaban sobre la llanura en la que pelea, aleteando, el viento; sobre las playas de arena chisporroteadora; sobre los bosques hechos para que se ejercite la cautela del animal. Sobre los valles.

La mirada de San Juan Fiador se detuvo en el valle que nombran de Chamula. Se complació en la suavidad de las colinas que vienen desde lejos (y vienen como jadeando en sus resquebrajaduras) a desembocar aquí. Se complació en la vecindad del cielo, en la niebla madrugadora. Y fue entonces cuando en el ánimo de San Juan se movió el deseo de ser reverenciado en este sitio. Y para que no hubiera de faltar con qué construir su iglesia y para que su iglesia fuera blanca, San Juan transformó en piedras a todas las ovejas blancas de los rebaños que pacían en aquel paraje.

El promontorio —sin balido, inmóvil— quedó allí como la seña de una voluntad. Pero las tribus pobladoras del valle de Chamula, los hombre tzotziles o murciélagos, no supieron interpretar aquel prodigio. Ni los ancianos de mucha edad, ni los varones de consejo acertaron a dar opinión que valiera. Todo les fue balbuceo confuso, párpados abatidos, brazos desmayados en temeroso ademán. Por eso fue necesario que más tarde vinieran otros hombres. Y estos hombres vinieron como de otro mundo. Llevaban el sol en la cara y hablaban lengua altiva, lengua que sobrecoge el corazón de quien escucha. Idioma, no como el tzotzil que se dice también en sueños, sino férreo instrumento de señorío, arma de conquista, punta del látigo de la ley. Porque ¿cómo, sino en castilla, se pronuncia la orden y se declara la sentencia? ¿Y cómo amonestar y cómo premiar sino en castilla?

Pero tampoco los recién venidos entendieron cabalmente el

enigma de las ovejas petrificadas. Comprendían sólo el mandato que obliga a trabajar. Y ellos con la cabeza y los indios con las manos dieron principio a la construcción de un templo. De día cavaban la zanja para cimentar pero de noche la zanja volvía a rasarse. De día alzaban el muro y de noche el muro se derrumbaba. San Juan Fiador tuvo que venir, en persona, empujando él mismo las piedras, una por una; haciéndolas rodar por las pendientes, hasta que todas estuvieron reunidas en el sitio donde iban a permanecer. Sólo allí el esfuerzo de los hombres alcanzó su recompensa.

El edificio es blanco, tal como San Juan Fiador lo quiso. Y en el aire —que consagró la bóveda— resuenan desde entonces las oraciones y los cánticos del caxlán; los lamentos y las súplicas del indio. Arde la cera en total inmolación de sí misma; exhala su alma ferviente el incienso; refresca y perfuma la juncia. Y la imagen de San Juan (madera policromada, fino perfil) pastorea desde el nicho más eminente del altar mayor a las otras imágenes: Santa Margarita, doncella de breve pie, llovedera de dones; San Agustín, robusto y sosegado; San Jerónimo, el del tigre en las entrañas, protector secreto de los brujos; la Dolorosa, con una nube de tempestad enrojeciendo su horizonte; la enorme cruz del Viernes Santo, exigidora de la víctima anual, inclinada, a punto de desgajarse igual que una catástrofe. Potencias hostiles a las que fue preciso atar para que no desencadenasen su fuerza. Vírgenes anónimas, apóstoles mutilados, ángeles ineptos, que descendieron del altar a las andas y de las andas al suelo y ya en el suelo fueron derribados. Materia sin virtud que la piedad olvida y el olvido desdeña. Oído duro, pecho indiferente, mano cerrada.

Así como se cuentan sucedieron las cosas desde sus orígenes. No es mentira. Hay testimonios. Se leen en los tres arcos de la puerta de entrada del templo, desde donde se despide el sol.

Este lugar es el centro. A él se arriman los tres barrios de Chamula, cabecera de municipio, pueblo de función religiosa y política, ciudad ceremonial.

A Chamula confluyen los indios “principales” de los más remotos parajes, en los altos de Chiapas, donde se habla tzotzil. Aquí reciben su cargo.

El de más responsabilidad es el de presidente, y al lado suyo, el de escribano. Los asisten alcaldes, regidores, mayores, gobernadores y síndicos. Para atender el culto de los santos están los mayordomos y para organizar las festividades sacras, los alféreces. Los “pasiones” se designan para la semana de carnaval.

Los cargos duran doce meses y quienes los desempeñan, transitorios habitantes de Chamula, ocupan las chozas diseminadas en las laderas y llanuras, atienden a su manutención labrando la tierra, criando animales domésticos y pastoreando rebaños de ganado lanar.

Concluido el término los representantes regresan a sus parajes revestidos de dignidad y prestigio. Son ya "pasadas autoridades". Deliberaron en torno de su presidente y las deliberaciones quedaron asentadas en actas, en papel que habla, por el escribano. Dirimieron asuntos de límites; aplacaron rivalidades; hicieron justicia; anudaron y desanudaron matrimonios. Y, lo más importante, tuvieron bajo su custodia lo divino. Se les confió para que nada le faltase de cuidado y de reverencia. Por esto, pues, a los escogidos, a la flor de la raza, no les es lícito penetrar en el día con el pie de la faena sino con el de la oración. Antes de iniciar cualquier trabajo, antes de pronunciar cualquier palabra, el hombre que sirve de dechado a los demás debe prosternarse ante su padre, el sol.

Amanece tarde en Chamula. El gallo canta para ahuyentar la tiniebla. A tientas se desperezan los hombres. A tientas las mujeres se inclinan y soplan la ceniza para desnudar el rostro de la brasa. Alrededor del jacal ronda el viento. Y bajo la techumbre de palma y entre las cuatro paredes de bajareque, el frío es el huésped de honor.

Pedro González Winiktón separó las manos que la meditación había mantenido unidas y las dejó caer a lo largo de su cuerpo. Era un indio de estatura aventajada, músculos firmes. A pesar de su juventud (esa juventud tempranamente adusta de su raza) los demás acudían a él como se acude al hermano mayor. El acierto de sus disposiciones, la energía de sus mandatos, la pureza de sus costumbres, le daban rango entre la gente de respeto y sólo allí se ensanchaba su corazón. Por eso cuando fue forzado a aceptar la investidura de juez, y cuando juró ante la cruz del atrio de San Juan, estaba contento. Su mujer, Catalina Díaz Puiljá, tejió un chamarro de lana negra, grueso, que le cubría holgadamente hasta la rodilla. Para que en la asamblea fuera tenido en más.

De modo que a partir del 31 de diciembre de aquel año, Pedro González Winiktón y Catalina Díaz Puiljá se establecieron en Chamula. Les fue dada una choza para que vivieran; les fue concedida una parcela para que la sembraran. La milpa estaba ahí, ya verdeando, ya prometiendo una buena cosecha de maíz. ¿Qué más podía ambicionar Pedro si tenía la abundancia material, el prestigio entre sus iguales, la devoción de su mujer? Un instante

duró la sonrisa en su rostro, tan poco hábil para expresar la alegría. Su gesto volvió a endurecerse. Winiktón se consideró semejante al tallo hueco; al rastrojo que se quema después de la recolección. Era comparable también a la cizaña. Porque no tenía hijos.

Catalina Díaz Puiljá, apenas de veinte años pero ya reseca y agostada, fue entregada por sus padres, desde la niñez, a Pedro. Los primeros tiempos fueron felices. La falta de descendencia fue vista como un hecho natural. Pero después, cuando las compañeras con las que hilaba Catalina, con las que acarreaba el agua y la leña, empezaron a asentar el pie más pesadamente sobre la tierra (porque pisaban por ellas y por el que había de venir), cuando sus ojos se apaciguaron y su vientre se hinchió como una troje repleta, entonces Catalina palpó sus caderas baldías, maldijo la ligereza de su paso y, volviéndose repentinamente para mirar tras de sí, encontró que su paso no había dejado huella. Y se angustió pensando que así pasaría su nombre sobre la memoria de su pueblo. Y desde entonces ya no pudo sosegar.

Consultó con los mayores; entregó su pulso a la oreja de los adivinos. Interrogaron las vueltas de su sangre, indagaron hechos, hicieron invocaciones. ¿Dónde se torció tu camino, Catalina? ¿Dónde te descarriaste? ¿Dónde se espantó tu espíritu? Catalina sudaba, recibiendo íntegramente el sahumerio de hierbas milagrosas. No supo responder. Y su luna no se volvió blanca como la de las mujeres que conciben, sino que se tiñó de rojo como la luna de las solteras y de las viudas. Como la luna de las hembras de placer.

Entonces comenzó la peregrinación. Acudía a los custitaleros, gente errante, sabedora de remotas noticias. Y entre los pliegues de su entendimiento guardaba los nombres de los parajes que era preciso visitar. En Cancuc había una anciana, dañera o ensalmadora, según la solicitaran. En Biqu'it Bautista, un brujo sondeaba la noche para interpretar sus designios. En Tenejapa despuntaba un hechicero. Y allá iba Catalina con humildes presentes: las primeras mazorcas, garrafones de trago, un corderito.

Así para Catalina fue nublándose la luz y quedó confinada en un mundo sombrío, regido por voluntades arbitrarias. Y aprendió a aplacar estas voluntades cuando eran adversas, a excitarlas cuando eran propicias, a trastrocar sus signos. Repitió embrutecedoras letanías. Intacta y delirante atravesó corriendo entre las llamas. Era ya de las que se atreven a mirar de frente el misterio. Una "ilol" cuyo regazo es arcón de los conjuros. Temblaba aquel a quien veía con mal ceño; iba reconfortado aquel a quien sonreía. Pero el

vientre de Catalina siguió cerrado. Cerrado como una nuez.

De reojo, mientras molía la ración de posol arrodillada frente al metate, Catalina observaba la figura de su marido. ¿En qué momento la obligaría a pronunciar la fórmula de repudio? ¿Hasta cuándo iba a consentir la afrenta de su esterilidad? Matrimonios como éste no eran válidos. Bastaría una palabra de Winiktón para que Catalina volviera al jacal de su familia, allá en Tzajal-hemel. Ya no encontraría a su padre, muerto hacía años. Ya no encontraría a su madre, muerta hacía años. No quedaba más que Lorenzo, el hermano, quien por la simplicidad de su carácter y la vaciedad de la risa que le partía en dos la boca, era llamado *el Inocente.*

Catalina se irguió y puso la bola de posol en el morral de bastimento de su marido. ¿Qué lo mantenía junto a ella? ¿El miedo? ¿El amor? La cara de Winiktón guardaba bien su secreto. Sin un ademán de despedida el hombre abandonó la choza. La puerta se cerró tras él.

Una decisión irrevocable petrificó las facciones de Catalina. ¡No se separarían nunca, ella no se quedaría sola, no sería humillada ante la gente!

Sus movimientos se hicieron más vivos, como si allí mismo fuera a entablar la lucha contra un adversario. Iba y venía en el interior del jacal, guiándose más por el tacto que por la vista, pues la luz penetraba únicamente a través de los agujeros de la pared y la habitación estaba ennegrecida, impregnada de humo. Aún más que el tacto, la costumbre configuraba los gestos de la india, evitándole rozar los objetos amontonados sin orden en tan reducido espacio. Ollas de barro, desportilladas, rotas; el metate, demasiado nuevo, no domado aún por la fuerza y la habilidad de la molendera; troncos de árboles en vez de sillas; cofres antiquísimos, de cerradura inservible. Y, reclinadas contra la fragilidad del muro, cruces innumerables. De madera una, cuya altura alcanzaba y parecía sostener el techo; de palma entretejida las demás, pequeñas, con un equívoco aspecto de mariposas. Pendientes de la cruz principal estaban las insignias de Pedro González Winiktón, juez. Y, desperdigados, los instrumentos del oficio de Catalina Díaz Puiljá, tejedora.

El rumor de actividad, proveniente de los otros jacales, cada vez más distinto y apremiante, hizo que Catalina sacudiera la cabeza como para ahuyentar el ensueño doloroso que la oprimía. Apresuró sus preparativos: dentro de una red fue colocando cuidadosamente, envueltos en hojas para evitar que se quebraran, los huevos recolectados en los nidos la noche anterior. Cuando la red estuvo

llena Catalina la cargó sobre su espalda. El mecapal que se le incrustaba en la frente parecía una honda cicatriz.

Alrededor de la choza se había reunido un grupo de mujeres que aguardaban en silencio la aparición de Catalina. Una por una desfilaron ante ella, inclinándose para dar muestra de respeto. Y no alzaron la frente sino hasta que Catalina posó en ella unos dedos fugaces mientras recitaba la cortés y mecánica fórmula de salutación.

Cumplida esta ceremonia echaron a andar. Aunque todas conocían el camino ninguna se atrevió a dar un paso que no fuera en seguimiento de la ilol. Se notaba en los gestos expectantes, rápidamente obedientes, ansiosamente solícitos, que aquellas mujeres la acataban como superior. No por el puesto que ocupaba su marido, ya que todas eran también esposas de funcionarios y alguna de funcionario con dignidad más alta que la de Winiktón, sino por la fama que transfiguraba a Catalina ante los ánimos temerosos, desdichados, ávidos de congraciarse con lo sobrenatural.

Catalina admitía el acatamiento con la tranquila certidumbre de quien recibe lo que se le debe. La sumisión de los demás ni la incomodaba ni la envanecía. Su conducta acertaba a corresponder, con parquedad y tino, el tributo dispensado. El don era una sonrisa aprobatoria, una mirada cómplice, un consejo oportuno, una oportuna llamada de atención. Y conservaba siempre en su mano izquierda la amenaza, la posibilidad de hacer daño. Aunque ella misma vigilaba su poder. Había visto ya demasiadas manos izquierdas cercenadas por un machete vengador.

Así pues, Catalina iba a la cabeza de la procesión de tzotziles. Todas uniformemente cubiertas por los oscuros y gruesos chamarros. Todas inclinadas bajo el peso de su carga (la mercancía, el niño pequeño dormido contra la madre). Todas con rumbo a Ciudad Real.

La vereda —abierta a fuerza de ser andada— va serpenteando para trasponer los cerros. Tierra amarilla, suelta, de la que se deja arrebatar fácilmente por el viento. Vegetación hostil. Maleza, espinos retorciéndose. Y, de trecho en trecho, jóvenes arbustos, duraznos con su vestido de fiesta, duraznos ruborizados de ser amables y de sonreír, ruborizados de ser dichosos.

La distancia entre San Juan Chamula y Ciudad Real (o Jobel en lengua de indios) es larga. Pero estas mujeres la vencían sin fatiga, sin conversaciones. Atentas al sitio en que se coloca el pie y a la labor que cunde entre las manos; ruedas de pichulej a las que su actividad iba añadiendo longitud.

El macizo montañoso viene a remansarse en un extenso valle. Aquí y allá, con intermitencias, como dejadas caer al descuido, aparecen las casas. Construcciones de tejamanil, habitación de ladino que vigila sus sementeras o sus menguados rebaños, precario refugio contra la intemperie. A veces, con la insolencia de su aislamiento, se yergue una quinta. Sólidamente plantada, más con el siniestro aspecto de fortaleza o de cárcel que con el propósito de albergar la molicie refinada de los ricos.

Arrabal, orilla. Desde aquí se ven las cúpulas de las iglesias reverberantes bajo la humedad de la luz.

Catalina Díaz Puiljá se detuvo y se persignó. Sus seguidoras la imitaron. Y luego, entre cuchicheos, prisa y diestros ademanes, hicieron una nueva distribución de la mercancía que transportaban. Sobre algunas mujeres cayó todo el peso que podían soportar. Las otras simularon doblegarse bajo una carga excesiva. Éstas iban adelante.

Calladas, como quien no ve ni oye, como quien no está a la expectativa de ningún acontecimiento inminente, las tzotziles echaron a andar.

Al volver la primera esquina el acontecimiento se produjo y no por esperado, no por habitual, fue menos temible y repugnante. Cinco mujeres ladinas, de baja condición, descalzas, mal vestidas, se abalanzaron sobre Catalina y sus compañeras. Sin pronunciar una sola palabra de amenaza, sin enardecerse con insultos, sin explicarse con razones, las ladinas forcejeaban tratando de apoderarse de la redes de huevos, de las ollas de barro, de las telas, que las indias defendían con denodado y mudo furor. Pero entre la precipitación de sus gestos ambas contendientes cuidaban de no estropear, de no romper el objeto de la disputa.

Aprovechando la confusión de los primeros momentos algunas indias lograron escabullirse y, a la carrera, se dirigieron al centro de Ciudad Real. Mientras tanto las rezagadas abrían la mano herida, entregaban su presa a las “atajadoras”, quienes, triunfantes, se apoderaban del botín. Y para dar a su violencia un aspecto legal lanzaban a la enemiga derribada un puñado de monedas de cobre que la otra recogía, llorando, de entre el polvo.

II

MARCELA GÓMEZ OSO fue una de las que lograron escapar. Con movimientos furtivos y rápidos, como de animal avezado a la persecución y al peligro, Marcela se deslizaba por las calles empedradas de Ciudad Real. Iba con su fardo a cuestas, en medio del arroyo, porque a las personas de su raza no les está permitido transitar en las aceras. Turbada por el gentío; aturdida por el lenguaje extraño que le golpeaba los oídos sin conmover su inteligencia, maravillada y torpe, avanzaba Marcela. No quiso escoger el rumbo del mercado sino que se desvió por caminos laterales. Barrios apacibles aquellos. Roza el silencio el pie desnudo del pobre; lo rasguña la espuela brillante del hacendado; lo quiebra el pesado casco de las bestias.

Marcela se asomaba a los zaguanes abiertos y, modulando con voz insegura y alta las únicas palabras españolas de las que era dueña, pregonaba su mercadería. De más allá de los patios florecidos, del interior de cámaras invisibles, llegaba la respuesta: un "no", impaciente o desganado, un rechazo impersonal y anónimo. A veces las sirvientas la introducían hasta sus dominios. Allí eran las bromas crueles, el regateo intolerable que Marcela entendía sólo a medias pero que la azoraba y la hacía temblar como un pájaro caído en el lazo. Cuando las criadas se aburrían del juego la dejaban partir.

—¿Qué estás vendiendo, marchanta?

La pregunta la formuló una mujer cuarentona, obesa, con los dientes refulgiendo en groseras incrustaciones de oro. Estaba sentada en una sillita de madera, con las enaguas derramándose a su alrededor. Fumaba un largo cigarro envuelto en papel amarillo. Había hablado en tzotzil. Los ojos de Marcela brillaron de gratitud.

—Cántaros —respondió.

—¿Y serán de buena clase tus cántaros?

La india hizo un vehemente signo de asentimiento, mientras se descargaba de la red para que su interlocutora examinara por sí misma la calidad.

—¿No se me irán a ventear? ¿No se me irán a romper muy

luego?

Marcela negó casi con angustia y esto pareció satisfacer a la compradora, quien se aplicó a palpar, una por una, las piezas de barro.

Marcela permanecía de pie, sin moverse, procurando no hacer ruido al respirar. El sudor le humedecía la cara.

Se hallaban en una amplia habitación. La puerta de la calle estaba abierta de par en par, en tanto que la puerta posterior —que daba acceso al fondo de la casa— estaba sólo entornada. Un mostrador de coyunturas flojas; un estante de cuatro tablas querían producir la impresión de que aquel cuarto era una tienda. Pero la exigüidad del surtido (varios atados, incompletos, de panela; tres botellas de temperante; algunos manojos de hierbas de olor) indicaba la poca prosperidad del negocio.

—Sentate, marchanta. Me da tentación verte parada allí.

Las palabras de la ladina salieron veladas por el humo del cigarro. Marcela, confundida por la amabilidad de la proposición, cambió de postura pero continuó de pie. La mujer insistía:

—Sentate, no tengás resquemor. ¿Acaso no venís cansada del camino?

Marcela sonrió ambiguamente.

—Aunque a tu edad se tienen bríos para eso y para más. Yo me acuerdo de mis tiempos… Vos bien que andarás andando ya en los catorce años.

—No sé, patrona. Mi nana no ha dicho nunca cuando nací.

—¿Vivís con tu nana todavía? ¿No te ha juntado con hombre?

—Todavía no, patrona.

La ladina dio una última chupada a su cigarro. Su pecho ronroneó placenteramente. Sus ojos permanecían atentos a la figura de Marcela. Como quien llega al final de una reflexión, dijo:

—Sos bastante regular.

Marcela había terminado por sentarse en el suelo. Con los párpados bajos, se entretenía en dibujar rayas sobre el ladrillo. Sus orejas se encendieron al escuchar el elogio.

—¿Ya tuviste marido?

—No.

—¿Por qué?

—Mi nana no me quiere apartar de ella.

—Será porque ya la podés ayudar con el trabajo.

—Será.

—Así te da a valer. Va a pedir un garrafón grande de trago por vos.

Una risa ronca, relampagueante de oro, hizo temblar el abundante pecho de la ladina. Marcela sintió un indefinible malestar, un remoto escalofrío de alarma. La mujer cambió la conversación.

—Conque ¿cuánto es lo que querés por tus cántaros?

—Doce reales, patrona.

Marcela aventuró la cifra sin saber exactamente su magnitud. Suponía que era mucho dinero y que se lo iban a negar. Esperaba la escandalosa protesta de la compradora, contaba con ella para disminuir su demanda. Pero la ladina no protestó. Se limitó a comentar:

—No se va a poder venderlos con ganancia. ¡Vaya por Dios!

Entonces Marcela tuvo la certidumbre de que no había pedido el precio justo, de que estaba regalando su trabajo. Pero ya no era posible desdecirse. Hizo una última objeción.

—¿Los vas a coger todos, patrona?

—No me digás patrona. Me llamo Mercedes. Mercedes Solórzano. Habrás oído hablar de mí.

—No, patrona.

Un “tanto mejor” mascullado apenas y luego la decisión.

—Sí, los voy a coger todos.

Doña Mercedes se levantó con dificultad.

—Esperame un rato.

Abrió la puerta posterior y desapareció.

Cinco, diez, quince minutos. Marcela sentía ascender por sus piernas, paulatino, el entumecimiento. Cambió de postura. La sangre volvió a circular de nuevo, hormigueadora.

Sin hacer ruido había regresado doña Mercedes.

—Está bien. Dejame aquí los cántaros y vení conmigo. Allá dentro te van a pagar.

Doña Mercedes iba señalando el camino. Al llegar frente a una puerta se detuvo. Tocó discretamente antes de traspasarla. Marcela se detuvo en el umbral.

—Ésta es —dijo, señalándola, doña Mercedes.

Un hombre de complexión robusta, de mediana edad, sacaba brillo al cañón de una pistola con un retazo de gamuza. Vestía traje de dril, calzaba botas de campo. Se reclinaba perezosamente en el respaldo de un sillón giratorio. Al entrar las mujeres alzó levemente la cabeza. Un ojo rapaz y certero valuó a la muchacha indígena. Hizo un imperceptible guiño de consentimiento. Entonces doña Mercedes aguijó a Marcela.

—Pasá. Te están esperando.

Pero como Marcela no obedecía con la rapidez necesaria, la ladina la empujó sin contemplaciones.

—Se te está diciendo que pasés.

Marcela se tambaleó y para sostenerse buscó apoyo en un mueble. Doña Marcedes se dispuso a salir.

—Cierre usted la puerta —recomendó la voz del hombre.

Doña Mercedes se alejó, refunfuñado.

—Este Leonardo… ¡como si yo no conociera bien mi oficio!

Volvió a su tienda, a sentarse en la sillita baja. Empezó a liar otro cigarro.

El temperamento de doña Mercedes era comunicativo y se avenía mal con las prolongadas soledades a las que las circunstancias la sometían. Acabó por adquirir la costumbre de hablar sola, imaginando un impreciso auditorio.

—Hay cosas que no se creerían si no se palparan. Don Leonardo Cifuentes, una de las varas altas de Ciudad Real, un hombre tan bien visto y tan aseado, al que le bastaría alzar un dedo para que se le rindieran las adonisas más pretenciosas, es un codicioso de indias. Cierto que, como dicen, en la variedad está el gusto. Y que el que diario come faisán bien apetece un plato de frijoles de la olla. Pero una india… eso es como ir a josear en una batea de puercos. ¿No sos de mi misma opinión, compadre? Ya lo ves: yo procuro, hasta donde está a mi alcance, que sean muchachas medio limaditas, que siquiera estén limpias. Pero de todos modos no vayas a creer que me he vuelto tan vaquetona que no me da remordimiento hacer estas cosas. En mis tiempos ¡qué esperanzas que yo anduviera de correchepe, como otras que conozco y que se pasan de sobradas! No, yo adentro de mi casa, como una reina, que para eso tenía yo muchos que dieran la cara por mí. Ya se podía desvivir la gente, murmurando. Era mi suerte la que las afrentaba. Porque lo que es en la honra nadie me ha puesto nunca un pie adelante. Las señoras bien se pueden mirar en mí, que soy un espejo de cuerpo entero.

—¿Te acordás cómo en mi casa abundaba todo? ¡Qué iba yo a pedir que no me lo dieran! ¿Quién me iba a ahuizotear que me iba yo a ver en estos trances? Me pasó lo que a la cigarra del cuento. Me fui quedando íngrima, sin apoyo, sin consuelo. Aunque pecado sería que yo me quejara. Tengo mucho que agradecer, primeramente a la Virgen Santísima de la Merced, mi patrona, y después a Leonardo. Me acuerdo cuando lo conocí. Asinita era. Lo llevaron a mi casa sus amigos, tamaños hombrones. El pobre patojo estaba trasijado de miedo. Sentate en la orilla de mi cama, le dije.

No se qué me dio por hablarle de vos, como si fuéramos de confianza. Acercate, no te voy a comer. Sentí cómo se iba amansando su corazón, poco a poco. Te lo voy a pagar cuando yo sea grande, me dijo. ¿Quién lo iba a creer? Palabras de muchacho. Pero me las hizo buenas en la mejor ocasión. Aquí me tiene arrimada a su casa, a la casa de los Cifuentes. Si no fuera por él ¿a dónde hubiera ido yo a parar? Estaría yo de atajadora, como tantas infelices que no tienen donde les haga maroma un piojo. O de custitalera, o de placera… a saber. Y en vez de eso… La señora no me ve con buenos ojos. Según ella soy una alcahueta que solapo las sinvergüenzadas de su marido. Pero ya quisiera yo verla en mi lugar. A ver si a la hora de devolver el favor se iba a hacer la melindrosa.

Por la calle cruzaba, de cuando en cuando, algún transeúnte. Algún señor que saludaba a doña Mercedes llevándose la mano al ala del sombrero con gesto furtivo y después miraba en torno suyo y suspiraba con satisfacción al notar que no había sido observado.

—Más te detenías antes conmigo, viejo hipócrita, mi compañero.

Doña Mercedes lo decía sin alterar el tono de su voz, sin amargura, sin resentimiento; como quien conoce bien la veleidad del mundo y la mezquindad del hombre. Sus dos manos, acostumbradas al ocio, descansaban sobre el regazo.

La puerta posterior se abrió. En el vano apareció Marcela. Venía desencajada. Su pelo negrísimo, en desorden, daba a su rostro un nimbo patético. Se cubría los hombros con las manos como si tuviera frío. Doña Mercedes la contempló sin curiosidad.

—Ah, ya estás aquí, marchanta. Esperate. Te voy a dar tu paga.

Doña Mercedes sacó un envoltorio de entre su blusa. Lo desató, apartó unas monedas y las contó parsimoniosamente.

—Cabal. Doce reales.

Marcela apretó el dinero, convulsa. Y de pronto, en una súbita resolución, lo arrojó sobre doña Mercedes. Corrió hasta el sitio donde yacían, amontonados, los cántaros y los estrelló contra el mostrador, contra los estantes, contra el suelo. Los fragmentos volaron, cayeron dispersos. El estrépito ahogó las injurias de la alcahueta que, a media calle, apostrofaba a la fugitiva.

—¡India desgraciada! ¡No te vaya yo a agarrar que no salís viva de mis manos! Mirá que venir a hacerme perjuicios… ¡Puta, malnacida!

La precipitación de la carrera, los gritos de doña Mercedes, rebotaban contra los muros, se multiplicaban en innumerables y confusos ecos.

Atraída por el escándalo una mujer descorrió el visillo de una ventana. Era Isabel Zebadúa, la esposa de Leonardo Cifuentes. Por un instante su rostro se dibujó tras los vidrios. Un rostro trabajado por el sufrimiento, roído de ansiedad, troquelado en el desdén.

Vio la india despavorida; vio la encubridora furiosa y no necesitó más para entender lo que no era la primera vez que presenciaba.

No pudo evitar un gesto de asco. Vivamente se retiró de la ventana, atravesó la habitación, abrió una puerta. Sus pupilas se dilataban para escrutar en la penumbra. Vagamente surgían de ella los objetos: un armario, sillones. Al fondo una cama de dosel.

Con los brazos extendidos, como una sonámbula, Isabel avanzó. Se detuvo a la orilla del lecho, murmurando:

—Idolina.

No obtuvo respuesta. Se arrodilló sobre la alfombra. Sus dedos se aferraron a las sábanas.

—Idolina, despierta. Puñadito de mirra, amarga, amarga; patitas de canario que no saben andar, despierta. ¿Hasta cuándo voy a ver el sol? ¿Hasta cuándo me va a alumbrar el día? Hijita de mis penas, colibrí, patitas flacas que no saben andar, despierta.

La letanía, incoherente, adelgazada en diminutivos —ternura, urgencia, desesperación—, se quebraba en sollozos.

Idolina no hizo ningún movimiento que delatara su vigilia. Se mantuvo rígida, vuelta de espaldas como quien huye, con los ojos tercamente fijos en la pared.

III

MARCELA se detuvo, jadeante. Había corrido hasta sentir que el corazón se le quebraba. No era posible correr más. Avanzó unos pasos, tambaleándose como a punto de caer desplomada. Se sentó en el filo de la banqueta, apretó los párpados con la yema de sus dedos profunda, ansiosamente.

La ciudad entera, con sus ruidos, zumbaba a su alrededor, martirizándola. Esa puerta, batida por un golpe de viento; esas campanadas perezosas y lúgubres; el chasquido del fuete al restallar en el anca del caballo; la insistencia irritante del mendigo. Y el insulto, saliendo a borbotones, torciendo la boca taraceada de oro de una prostituta.

Doña Mercedes —repetía el zumbido—, doña Mercedes Solórzano. Y Marcela perseguía este nombre, sílaba por sílaba, letra por letra, como si al apoderarse de él entrara en posesión de lo más preciado: la noche, el sueño, la muerte.

Porque Marcela no guardaba sino una imagen confusa de la violencia que había sufrido. Detrás de los gestos autoritarios y voraces de Cifuentes (a los que se resistió de manera salvaje, a mordiscos, a arañazos) Marcela vislumbró algo. No lo que tantas mujeres de su condición: el orgullo de ser preferidas por un caxlán. No lo que otras hembras: el peligroso deleite de suscitar un deseo brutal. No, Marcela había adivinado un paraíso: la suprema abolición de su conciencia.

Fue sólo un instante… Aflojar las manos, soltar lo que traía entre ellas: la miseria, la zozobra. Entregarlo todo y quedar libre. De su cuerpo, como de un planeta distante, le llegaba un rumor doloroso. Pero Marcela estaba lejos, flotando en una atmósfera densa y tibia, maternal. ¿Por qué la habían arrojado otra vez a la intemperie? Volvió en sí, rodeada de alaridos, cuando la persecución mordió su calcañar. Y había corrido no sabía si huyendo o regresando. ¿Pero cómo se regresa, Dios mío, cómo se regresa?

Sentada en el filo hostil, con las rodillas juntas para sostener su frente abatida, Marcela se balanceaba con extrema lentitud,

acompañando este movimiento con un arrullo ronco, de paloma arisca.

Así. Ya está el sopor cargándote de plomo las entrañas. Así. La paloma se amansa poco a poco. Así.

El mediodía volaba despacio.

—Miralo vos, está bien bola.

Dos niños, hasta de once años, se codeaban para señalar a Marcela. En sus ojos, mancillados ya por el espectáculo de la degradación humana, brillaba un chispazo de regocijo.

Marcela no escuchó este comentario. En su interior seguía taladrando un zumbido, el zumbido que dice: doña Mercedes, doña Mercedes Solórzano. Y después el despeñadero, la nada.

—Se está haciendo la sonsa, vos.

—Yday pues.

Uno de los niños extrajo de la bolsa de su pantalón de dril —remendado con grandes parches a la altura de la rodilla— una resortera. Le acomodó una cáscara de naranja. Apuntó. El proyectil dio en el blanco. Marcela abrió los ojos enormes de la sorpresa, los ojos desorientados del miedo.

—¡Ejush! ¡Ejush!

Gritaban los niños, parapetándose tras de la esquina, provocando una cólera que no podía manifestarse.

Súbitamente, de la misma manera que habían surgido, el miedo, la sorpresa, se extinguieron, llamaradas sin pábulo. Marcela volvió a abatir los párpados.

Los niños, envalentonados por aquella primera travesura de la que salieron impunes, planeaban otra mayor. Pero algo los contuvo. Ocultaron la resortera; afectaron un inocente descuido, una expresión angelical que contradecían sus cabellos revueltos, sus manos sucias, sus ropas mal puestas. Querían fingir así ante quienes se acercaban: don Alfonso Cañaveral, obispo de Chiapas, y un joven seminarista, Manuel Mandujano.

—Dale una limosna a esa pobre mujer —ordenó el señor obispo a su acompañante.

Manuel trató de depositar una moneda en la mano de la muchacha. Pero la mano, laxa, dejó caer la moneda hasta el suelo.

Las cejas, canosas ya, de don Alfonso, se juntaron en un ceño de incrédulo asombro. Era la primera vez que presenciaba la indiferencia de alguien hacia el dinero. No podía suceder sino por una causa muy grave.

—Pregunta qué le pasa, si está enferma.

—No sé hablar la lengua, Su Ilustrísima.

—Yo tampoco. Y tendría la disculpa de no ser de aquí si no hubiera vivido en Ciudad Real más años de los que tú cuentas.

Don Alfonso requirió el brazo de su compañero para apoyarse en él porque le gustaba exagerar su debilidad. Continuaron su camino. En torno de la pareja flotaban los amplios, oscuros manteos.

A su hora pasaron, con su paso lento, procesional, las otras gentes. La mujer que va a entregar el pan de casa en casa; la beata que acude a los oficios vespertinos; el aprendiz que sale de su trabajo; la modista que acaba de cerrar, con varias vueltas de llave, su taller. Señores de bastón con empuñadura de oro que van de paseo, entre dos luces, silbando para ocultar sus intenciones.

Marcela se estremeció y maquinalmente se puso de pie. Miró a su alrededor con extrañeza. ¿Quién la condujo hasta aquí? ¿Cuánto tiempo había permanecido en este sitio? ¿Por qué? No alcanzaba a comprender, no recordaba. Tenía un propósito: volver a Chamula. Echó a andar de prisa, equivocándose, hasta detenerse en el mercado. Allí, sentadas en los escalones, estaban las tzotziles. Aguardaban a Marcela. Enmudecieron al verla aproximarse.

Marcela se paró frente a ellas. Muda también. Sus ojos sobrenadaban en un agua turbia y sin fondo.

De entre el mujerío surgió una voz que la increpaba.

—¿Por qué te dilataste tanto? Ya se va a meter el sol. Por tu culpa vamos a regresar de noche.

Tenía derecho a hablar. Era Felipa, la madre de Marcela. Pero Marcela no respondió. Su mutismo irritaba a la mujer. Chillando, con un chillido frágil y ridículo, exigía:

—¡Contesta!

¿Qué iba a contestar Marcela? Había entrado en una casa desconocida: había ofrecido sus cántaros a una compradora desconocida.

—¿Dónde está la paga?

Felipa se irguió. Sus pómulos estaban amoratados de ira. Las demás asistían, atónitas, a la escena. Algunas desviaron el rostro porque la desobediencia no es buena de contemplar.

Felipa descendió los escalones, amenazante.

—Me vas a entregar ese dinero, grandísima cabrona.

Esta palabra repentina, la única en español de aquella frase, restalló como un latigazo. Se alzó el puño colérico, cayó sobre el rostro de la muchacha. El dolor se le quebró en sollozos.

—¿Y qué? ¿Qué me vas a decir? ¿Que te robaron por andar de boca abierta?

Por fin toda la energía que las horas de espera habían

acumulado en el corazón de aquella mujer, se descargaba en el castigo. También la decepción. Y no sólo de este día. Los años de paciencia ante el infortunio; los años de sufrimiento soportados sin una queja; toda la memoria amarga que el indio adormece en la embriaguez y en la oración, pesaba en el puño cerrado de Felipa. Y cada gemido de Marcela enardecía más y más a su madre. Ya estaba bañada en sudor; ya un calambre agarrotaba su brazo y aún no quería soltar a la víctima. Hasta que una voz imperiosa la paralizó:

—¡Déjala!

Era Catalina Díaz Puiljá. Desde su sitio, en el escalón más alto, habló. Y no le fue necesario más que ser escuchada para ser obedecida.

Felipa se volvió, inerme, hacia Catalina. Sumisos los párpados, trémula de fatiga y de aflicción, quiso justificarse.

—No merezco reproches, madrecita. Tú misma lo atestiguaste. Yo le pegué a esta Marcela. ¿Pero acaso ella tuvo compasión de mi cara? Mírame. Yo no soy más que una pobre vieja. Mis lomos ya no aguantan el trabajo. Me duelen mucho mis pies. Antes ¿dónde iba a ir Dios que no tuviéramos que darle de comer a nuestra boca? Pero hoy el hombre tiene cargo; desatiende la milpa; las deudas vienen a levantar la cosecha. ¿Y el dinero? ¿Es que se barre con escoba? ¿Es que se recoge entre la basura? Ay, madrecita, qué te estoy contando. Hace tiempo que el hambre me muerde aquí, entre las costillas.

La ilol hizo un gesto displicente para detener aquella catarata de lamentaciones.

—Te estorba tu hija. Dámela. Yo la voy a tener bien.

Felipa no esperaba esta proposición. El desconcierto mostró desamparadas sus facciones. Ensayó torpemente una excusa.

—Te la diera yo, madrecita, si esta Marcela no fuera tan dejada. Pero lo acabas de ver con tus propios ojos. Le robaron la paga de los cántaros. Y así es, siempre. Si la mandas a traer leña te trae leña verde. Si la mandas a tortear deja que las tortillas se tuesten en el comal. Pierde las ovejas del rebaño.

Catalina sonrió ante la puerilidad de estos pretextos.

—Entonces es mejor que esté conmigo y no contigo. Tú ya no tienes alientos para enderezarla. Yo sí.

El tono con que Catalina había hablado era concluyente. Felipa asintió. Dijo bruscamente a Marcela:

—Levántate. Desde ahora vas a quedar ajenada. Ya no estás en mi poder.

Marcela se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y fue a

colocarse detrás de Catalina. Así anduvieron. Así llegaron a San Juan Chamula.

Catalina apartó el cerrojo que trababa las dos puertas de su choza y entró. Marcela no traspuso el umbral, temerosa de arriesgarse a oscuras en un sitio que jamás había visitado antes.

La luz temblaba desde un velón de sebo transfigurando las cosas con su amarillento, macabro resplandor. Catalina tomó el velón y fue a colocarlo en una pequeña tabla que pendía del techo.

—Dormirás aquí.

Desenrolló un petate corriente, deshilachado por las orillas, y lo extendió en un rincón. Marcela se acurrucó encima de él. Miraba el trajín de Catalina para reanimar el fuego sin atreverse a ofrecerle ayuda. Se preguntaba cuál podía ser el motivo que indujo a la ilol a interponerse entre el castigo de su madre y ella y para qué la trajo a vivir consigo. No le era posible ceder a la gratitud mientras no desapareciera la desconfianza.

—Agarra tu cena.

La muchacha había pasado el día entero sin comer. Pero el malestar que le llenaba de saliva la boca era más bien asco que hambre. Titubeó un momento. Hasta que el tono de las palabras de Catalina —persuasivo como de quien solicita un favor, inflexible como de quien decreta una orden— la decidió. Partió en dos una tortilla y la sumergió en el caldo de los frijoles fríos para reblandecerla. Empezó a masticar con la minuciosidad del que no puede deglutir sino a costa de un gran esfuerzo. Estaba preparando el segundo bocado cuando una ráfaga la sobrecogió. La puerta había vuelto a abrirse para dar paso a Pedro González Winiktón.

—¿Dónde estás, Catalina?

Dijo y fue a sentarse junto al rescoldo. Pareció no advertir la presencia de una intrusa. Pero su mujer se apresuró a informar.

—Ésta es Marcela Gómez Oso. Hija del “martoma” Rosendo Gómez Oso.

Pedro aceptó la noticia, indiferente. Catalina tuvo que insistir.

—Va a quedarse con nosotros.

Esto ya exigía una explicación.

—¿Por qué? ¿Acaso es huérfana?

Marcela se deslizó, con un leve crujido, a lo largo del petate. Quería irse, llorar, perderse en lo oscuro, alejarse de este hombre taciturno que la examinaba con tan remoto desdén. Pero estaba subordinada ya a los designios incomprensibles de la ilol. Ahora decía:

—Esta ajenada conmigo.

—¿Por qué?

—Un caxlán abusó de ella.

Marcela no hizo ningún movimiento más. Alzó hacia Catalina unos ojos en los que la admiración y el respeto pugnaban por ser, cada uno, los únicos en manifestarse. ¿De qué medios se había valido esta mujer para averiguar lo que Marcela no había confesado a nadie, lo que ella misma ignoraba? Indudablemente era una ilol muy poderosa. Se alegró de estar bajo su potestad. Repitió mentalmente la frase, saboreándola: "Un caxlán abusó de ella". Esto era lo que había sucedido. Algo que podía decirse, que los demás podían escuchar y entender. No el vértigo, no la locura. Suspiró aliviada.

Pero ante los ojos de Winiktón la frase relumbró de muy otra manera. Como si los años no hubiesen transcurrido y él, adolescente aún y desde la impotencia de su edad, estuviera contemplando una imagen atroz: su hermana más pequeña, con el pie traspasado por el clavo con que un caxlán la sujetó al suelo para consumar su abuso. Pedro, al mirar la sangre que manaba (lenta, espesa, negra), gritó con un alarido salvaje y golpeó furiosamente la tierra. A espaldas suyas, entre los murmullos desaprobatorios, se desenvainó un relámpago: la palabra justicia. ¿Quién la pronunció? Su fuego no había sollamado ninguna de las bocas impasibles. Pedro interrogaba, uno por uno, a los varones del consejo, a los ancianos de mucha edad. Nadie respondía. Si los antiguos poseyeron esta noción no la legaron a sus descendientes. Winiktón no pudo entonces sopesar el valor del término. Sin embargo, cada vez que su raza padecía bajo la arbitrariedad de los ladinos, las sílabas de la palabra justicia resonaban en su interior, como el cencerro de la oveja madrina. Y él iba detrás, a ciegas, por veredas abruptas y riesgosas, sin alcanzarla nunca.

Más tarde Winiktón se apegó a Xaw Ramírez Paciencia, el sacristán de la parroquia de Chamula. Un hombre solo, que vivía en la torre del campanario, que chupaba a hurtadillas la punta de sus dedos impregnados del sabor del pabilo, de aceite, de barniz. Se impuso, caricaturizándola con su torpeza, la gesticulación de los sacerdotes. Mascullaba rezos en un idioma aún más impenetrable que el español, el latín, y de pronto se derrumbaba fulminado por una embriaguez sin exaltaciones, sin ensueños. Pero había asistido a la gente de razón, a los frailes. Los oyó hablar, alguna vez, en otras épocas, y era memorioso. A la insistencia de Winiktón cedió paulatinamente hasta terminar revelando lo único que sabía: que la justicia es el oficio de los jueces. Y Pedro ya no quiso más que ser

mayor para tener entre sus manos la balanza que pesa las acciones de los hombres.

Logró lo que se propuso. Fue designado juez.

Las audiencias tenían lugar en la sala de cabildos. Hasta ellas llegaban únicamente los conflictos no resueltos por la deliberación de familia ni la intervención del brujo. El acusado y el acusador se presentaban llevando regalos para excitar la benevolencia, la parcialidad de las autoridades. Tomaban asiento, destapaban los garrafones de aguardiente, ofrecían la bebida de acuerdo con el rango de los que estaban allí. Y entre un trago y otro, acusadores, acusados, jueces, merodeaban largamente alrededor del asunto que los había reunido, complaciéndose en reticencias sin fin. Cuando ya el licor había obrado sus efectos y la lógica era insegura, se planteaba la cuestión. Las denuncias se formulaban envilecidas por el hipo; los alegatos de los inculpados eran lastimeros y absurdos. Los jueces avanzaban a tropezones entre este matorral de argumentos contradictorios. Los papeles se trocaban caprichosamente y la víctima y el verdugo cambiaban alternativamente de máscara. En la imposibilidad de sentenciar los jueces exhortaban a la reconciliación. Recordaban la infancia común, las vicisitudes compartidas, las consideraciones que se deben al parentesco y a la vecindad. Los contendientes lloraban, enternecidos por la evocación, por la embriaguez. Se despedían conformes. Marchaban abrazados, apoyando uno en el otro la inestabilidad alcohólica de su equilibrio. Llegaban al paraje como aliados. Pero una vez que la ebriedad se desvanecía la discordia los avasallaba nuevamente. Los jueces, prontos a la exasperación, encerraban a los alborotadores en el calabozo. Pero de la cárcel se sale. Abren las prisiones las dádivas o el tiempo. Y el nudo ¿cómo ha de romperse sino con el tajo de un arma? A machetazos se marcaban los límites entre las propiedades; a machetazos se castigaba el hurto y la maledicencia; sangre bebía la fidelidad conyugal.

Pero Winiktón se familiarizó, bajo su investidura de juez, no con la justicia sino con su contraria, la bestia que la devora. A fuerza de topar con ella en todas las encrucijadas fue aprendiéndola, rasgo por rasgo. Conoció sus mañas de animal dañino, el cubil donde se refugia, sus disfraces, su rapidez para huir. La voluntad de exterminio, el instinto de cazador se agudizó, se hizo más exigente en Pedro. Perseguía rastros, armaba asechanzas. Y la presa (la presa cuyo nombre se le dio trocado) lo burlaba siempre. Y he aquí que hoy esta frase —“Un caxlán abusó de ella”— se enroscaba como una

soga al testuz de la injusticia y la entregaba a Pedro con la misma figura que le mostró la primera vez. Allí estaba, debatiéndose, recién cebada en una carne endeble de mujer, de niña casi. Pedro González Winiktón la reconoció. Tembló de ansia de defender; tembló de necesidad de destruir. Y sin embargo permaneció quieto, inmóvil, fascinado.

Catalina empujó la olla repleta de frijoles (ahora sí humeantes) hasta dejarla al alcance de su marido. Pero el dignatario tzotzil no lo advirtió. Estaba absorto en sus pensamientos. Los frijoles, intactos, cesaron de humear. Entonces Catalina preguntó:

—¿No vas a comer?

Pedro negó con un ademán. Su mujer lo vigilaba, ceñuda, alerta. Winiktón fue siempre reservado, poco amigo de expansiones y confidencias. Así que la parquedad de sus palabras no podía alarmarla. Pero el mutismo era su modo de concentrarse más profundamente en lo que le rodeaba. Y esta vez Pedro no atendía. Estaba distraído, ausente.

¿Se disgustó porque Catalina había tomado la determinación de traer un huésped a la casa sin su consentimiento? Una boca más, pensaría. Pero a cambio de eso Catalina iba a tener quien le ayudase en las faenas más rudas. Catalina… ¿Con qué derecho una mujer estéril como ella trataba de eludir lo penoso de sus obligaciones? Al contrario; debería compensar esta falta suya aventajando a las demás en abnegación. Sí, esto era lo que estaba considerando en sus adentros Winiktón; Catalina tuvo la áspera satisfacción de adivinarlo. Y la rebeldía reventó, como un golpe de sangre, en su pecho. ¿Acaso ella era culpable de no tener hijos? ¿A qué medio, por doloroso, por repugnante que fuera, no había recurrido para curarse? Todos resultaron inútiles. Tiene la matriz fría, diagnosticaban, burlándose, las mujeres. Estaba señalada con una mala señal. Cualquiera podía despreciarla. Cualquiera. Pero no Pedro, no su marido.

Catalina se volvió, rencorosa hacia Winiktón, para hallar en su gesto una prueba condenatoria. Pero lo que halló fue un semblante desollado por una congoja tan tremenda que avergonzaría a quien fuera capaz de contemplarla. Catalina buscó, entre todos los nombres, uno, para arrojarlo como un velo sobre esta visión. ¿Pero qué nombre tiene el sufrimiento cuando lo padece el ser que amamos? Catalina sopló abruptamente sobre la llama de la vela. La llama de la vela se apagó.

—Es hora de dormir.

Se oyeron ruidos breves, menudos rumores domésticos. Luego

sobrevino el gran silencio nocturno, ese silencio que se vuelve más compacto, más verdadero, cuando aúllan los coyotes, cuando titilan —medrosos— los grillos.

Pedro se acostó dando la espalda a su mujer. Respiraba acompasadamente como los que han entrado ya en el sueño. Catalina medía esta respiración para medir la profundidad de su angustia.

—Ya no piensa en nada; ya no piensa en nadie.

Y esta certidumbre la apaciguó.

Pero Winiktón fingía, haciendo lo que algunos animales cuando el peligro mayor los amenaza; cerrar los ojos, paralizarse, imitar la muerte. Porque la injusticia estaba allí, agazapada en uno de los rincones del jacal.

La sien de Pedro latía contra la dureza de la tabla. Una sensación de inminencia vibraba en la punta de sus dedos, recorría, encendiéndolas, sus venas, electrizándolo. Por primera vez su vida se le representó como un río de acontecimientos continuos, con un cauce que lo trajo a desembocar aquí y precisamente hoy. La influencia ejercida sobre sus hermanos de raza, su cargo político, hasta el hecho de que en él acabara su linaje (porque lo volvía más solo, porque lo dejaba más libre para aceptar y cumplir destinos ambiciosos), todo adquiría sentido, encontraba una explicación, alcanzaba su coronamiento si Pedro era capaz de responder al desafío lanzado por la injusticia, esa injusticia que no se detuvo, para venir a provocarlo, ni aun en los umbrales de su propia casa.

¿Cómo luchar? ¿Contra quiénes? La conciencia de Pedro ardió en una llamarada vengativa. Vio el caxlán asaeteado; vio el incendio corriendo por las calles de Jobel; vio la muchedumbre ladina humillándose bajo el látigo de la esclavitud. Winiktón se abalanzó sobre estas imágenes como la fiera hambrienta sobre el trozo de carne. Pero antes que la saciedad lo apartó la decepción. No, no era tan fácil engañarlo. Ya lo sabía, lo había visto demasiadas veces: la injusticia engorda con la venganza.

—Es imposible hacer nada —dijo con desaliento.

Y su vida se le escapó, como el agua, cuando para recogerla no se tiene entre las manos más que un cedazo.

Cuidadosamente, para no despertar a Catalina, Pedro se movió. Ahora que la derrota estaba consumada Winiktón no quiso más que huir. No podía soportar esa ronda lenta de los objetos familiares, astros sin luz, cuyo centro de gravitación era él. Sigiloso, ganó la puerta. El viento de la medianoche azotó su mejilla.

Catalina no advirtió que había quedado sola. Soñaba. Se soñaba

en conversación con el agua. El diálogo es difícil cuando el otro tiene la cara esquiva, los ojos huidizos, la atención vagabunda del que apenas oye una palabra y ya la olvida y olvida a quien la ha pronunciado. Sólo que Catalina era sabia en la paciencia. Se sentaba en las orillas a esperar. Hasta que el agua respondió. Se cuajó en cristales y los cristales fueron dejando transparentar, primero indecisas, luego fieles, unas facciones humanas. La frente lisa, sin resonancias, pétrea; los ojos en los que mira la mansedumbre; la risa inmotivada: Lorenzo Díaz Puiljá, su hermano, el inocente.

IV

CATALINA fue temprano a bañarse al arroyo; se lavó el pelo con la raíz del amole hasta dejarlo rechinante de limpio; se lo untó de brillantina olorosa; se lo trenzó. Ya de regreso en su casa fue desdoblando el chamarro de los días de fiesta; fue sopesando el collar de monedas antiguas —plata de sólido acento— que atesoraba en el fondo del cofre, y con todo ello se atavió.

Pedro González Winiktón la esperaba a la puerta de la choza. Estrenó un sombrero de palma del que llovían listones de colores; estrenó un cincho de gamuza; alzaba en su mano derecha la vara de la autoridad.

Anduvieron entre los grupos de indígenas suscitando comentarios: "Ahí va el juez con Catalina, los dos bien mudados. ¿A dónde llevarán ese garrafón de aguardiente?"

—Que la mañana ilumine tu campo, martoma Rosendo Gómez Oso.

Viniendo de la luz de afuera (aquí la luz anda desnuda y al mediodía su desnudez parece la de una espada) el penumbroso interior del jacal se hacía doblemente impenetrable. Hasta que hubieron transcurrido algunos minutos los recién llegados lograron dar alguna configuración a las sombras. Rosendo estaba acurrucado junto al rescoldo. Dormitaba. La esposa, de rodillas, hacía girar el huso que, a cada movimiento de rotación, se engrosaba de lana. Los niños —sucios, desgreñados, llorones— se arrastraban en el suelo. Y uno, el menor, hinchado, deforme por la envoltura de trapos, dormía en una hamaca (¿o era sólo una red?) suspendida de los travesaños del techo.

Felipa, la mujer del martoma, acogió a los visitantes con recelo. Desde hacía más de un mes su hija Marcela estaba ajenada en poder de la ilol y desde entonces no había cambiado una palabra, ni siquiera una mirada con ella. Se cruzaban a menudo en el camino del manantial y pasaban una junto a la otra sin saludarse, como dos extrañas. Tenía miedo, miedo a recibir un daño de Catalina si le disputaba lo que se había alzado como suyo. Eso en un principio.

Después la ausencia fue mostrándole a Felipa su buena cara: menos gastos, más lugar libre, menos obligaciones. Pronto se resignó a perder a Marcela. No había previsto la posibilidad de una devolución. Debe de haber hecho un perjuicio, pensó. Con lo descuidada que es. Y ahora vienen a cobrarlo. Querrán cobrar también los días que la mantuvieron. Pero nosotros no tenemos con qué pagar. Miren, registren. Todo lo que yo gano ¡y es tan poco! Se lo comen mis hijos. Ay, parecen sanguijuelas. Nada les basta, nada los deja contentos. Y lo que queda, cuando queda algo, lo despilfarra éste en su mayordomía. Yo no guardo nada. A mí me está secando la tristeza.

—¿Dónde estás, Felipa Gómez Oso?

La aludida humilló la frente ofreciéndola al roce de los dedos de Catalina. Y luego, a distancia otra vez, espiaba los gestos de la ilol, quería sorprender sus intenciones.

—Van a perdonar que les hayamos traído este regalo. Pero no reciban lo que es, sino el cariño.

Pedro hizo entrega del garrafón de aguardiente al martoma. Rosendo lo recibió con un gesto de gratitud. La cortesía lo forzaba a hacer partícipes de su contenido a los huéspedes. Puso el garrafón en manos de Felipa y le ordenó que lo abriera para convidar a todos.

Felipa obedeció en silencio. Pero las comisuras de su boca se distendieron en una mueca sarcástica. Ya estaba segura: Catalina y Pedro habían venido a pedir algo. Era preciso mantenerse en guardia, no ceder.

La esposa de Rosendo enjuagó una jícara y la llenó de licor. La presentó primero a Pedro. Éste mojó apenas los labios en el borde antes de cederla al dueño de la casa.

Al martoma no le disgustaba beber. Y desde que las obligaciones de su cargo le propiciaban una ocasión lícita de hacerlo con asiduidad, el gusto se le había acrecentado. Bebió pues un trago largo, deleitoso. Las mujeres se conformarían con lo que sobrara.

Todos quedaron inmóviles, callados. De cuando en cuando se escuchaba un suspiro estrepitoso y convencional del martoma. Quería advertir así, disimuladamente, a las visitas que su situación era como la de todos los mortales: menos satisfactoria de lo que hubiera sido menester. Sí, a pesar de que la suerte lo favoreció exaltándolo hasta un puesto de tal categoría como era el de mayordomo de Santa Rosa, no por eso estaba exento de las comunes servidumbres que afligen a los hombres.

—¿Qué tal se va a dar la cosecha este año? —preguntó

Winiktón.

Rosendo aprovechó la coyuntura para mostrarse plañidero. No quería excitar la envidia de personas menos afortunadas que él. Porque el cargo de juez es ciertamente un título honorífico. Pero eso no obsta para que sea sólo de funcionario civil. Mientras que una mayordomía es un cargo religioso. Pocos pueden ostentarlo y esos pocos son, a no dudar, los mejores de los mejores. Ah, qué sacrificios impone la modestia. Para ser capaz de llevar al cabo el que ahora se le exigía, Rosendo se sirvió un poco más de aguardiente. Hasta después de beberlo no estuvo en condiciones de contestar.

—La cosecha va a ser mala este año. La tierra ya no es joven, tatic.

¡Mentira! Pensó apasionadamente Felipa. No es la tierra la que ya no es joven; eres tú. Y si esta tierra no rinde ¿por qué vender la que teníamos en nuestro paraje de Majomut? Era buena. Pero estás comiendo el cargo de mayordomo. Emborrachándote el día entero, sin salir de la iglesia, junto con los otros mayordomos y ese sacristán, alcahuete, consentidor, ese Xaw Ramírez Paciencia.

—Voy poco a la milpa. Tengo que atender los deberes de mi cargo.

Catalina vio refluir estas palabras sobre la expresión de la cara de Felipa. Eso fue suficiente. Ya sabía dónde apretar para ahorcarla. Dijo:

—Todos están muy de acuerdo con las acciones del martoma Rosendo Gómez Oso. Dicen que van a obligarlo para que acepte la mayordomía durante un año más.

Rosendo sintió el roce suavísimo del halago. No, no podía fingir que se asombraba. Después de todo era lo más natural. Pero sí le era necesario admitir que sus maniobras para reelegirse (cohecho, adulación) tuvieron éxito gracias a la habilidad con que las había planeado.

Felipa volvió a coger el huso para ocultar su contrariedad. Un año más en Chamula. Mientras tanto su jacal cerrado tanto tiempo en el paraje de Majomut se derrumbaría. Ya circulaban malévolas denuncias: vecinos codiciosos estaban desmantelándolo. Un año más sería la ruina.

La ilol había calculado bien el golpe. Ahora observaba tranquilamente sus efectos. Esperó.

En la pausa que sobrevino latía un nombre que una de las dos mujeres no se atrevía a pronunciar.

—Marcela está bien —dijo Catalina.

El martoma escuchó este nombre entre la niebla alcohólica que lo envolvía, que le amortiguaba el choque con los elementos exteriores a su ensueño. Dio un respingo como si lo hubiera pinchado la punta de un alfiler. El globo de su grandeza se desinfló. Porque, vamos a ver, ¿es correcto que la hija del mayordomo de Santa Rosa esté ajenada, en poder de extraños como una huérfana, como una muchacha pobre a quien su familia no puede sostener? Evidentemente no es correcto. Es una anomalía que sólo la flaqueza de ánimo de Felipa fue capaz de admitir. Pero esa anomalía iba a cesar hoy mismo. Carraspeó para que el vigor de su requisitoria saliera intacto. Pero quien habló no fue él, fue la ebriedad.

—¡Mi hijita, mi Xmel, desde que se fue cayó sangre en mi corazón!

Hipaba, gimoteaba. Lentas lágrimas gruesas, innobles, le empapaban las mejillas, se perdían entre la laciedad de sus bigotes.

A Pedro le irritó el impudor de este sentimiento. Nadie tenía derecho a exhibir así lo que le atormentaba. ¿Acaso él no estaba obligado a ocultarlo? Secamente interrumpió al martoma:

—Es de Marcela de quien vinimos a hablar.

Catalina ahogó una exclamación decepcionada. Le era muy agradable la expectativa tensa, la angustiosa duda que había creado en Felipa.

—¿La quieren devolver?

¿Qué recataba aquella pregunta? ¿Una inconfesada esperanza? ¿Un egoísta y convenenciero temor?

—No. Ya le encontramos marido.

Un mayordomo no podía permitir que un funcionario cualquiera —y civil por añadidura— se apropiara de sus atributos de padre para buscar destino a una muchacha. Nadie debería escoger el marido de Marcela más que Rosendo. Quiso replicar, discutir. Pero su ademán, vago, inconcreto, cayó en el vacío. Sus músculos obedecían ya a la embriaguez, no a su voluntad.

—¿Cuánto va a pagar por ella?

Winiktón se avergonzó de que una madre preguntara el precio antes que ninguna otra cosa. La quiere vender como a un animal, pensó. Pero después de todo Pedro no estaba investido de ningún derecho para criticar los sentimientos de los demás. ¿Acaso no era él más cobarde, más vil que ninguno?

—Va a pagar en justicia.

Felipa se arrepintió de la pregunta por la que había asomado la oreja su avidez. Mecánicamente se acogía ya a las fórmulas consagradas por la costumbre.

—Es una muchacha muy haragana esta mi hija. Ustedes todavía no la han tanteado bien.

En los labios de la ilol jugueteaba una sonrisa burlona.

—No sabe tejer —insistió Felipa—. No sabe moler el posol; deja que se agrien los frijoles.

Su voz había ido subiendo en la escala hasta hacerse ríspida. No quería que creyeran lo que afirmaba; no quería rebajar la estimación de su hija. Catalina permaneció impávida.

—El hombre está de acuerdo.

—¿Quién es el hombre?

—Mi hermano Lorenzo Díaz Puiljá.

Felipa oyó incrédulamente la respuesta. Y después prorrumpió en una carcajada espasmódica, dolorosa, agresiva, incontrolable. Catalina la interrogó severamente.

—¿Por qué te ríes?

La risa, inaudible ya, se le petrificó en la cara. Cubriéndosela con ambas manos la pusilanimidad de Felipa respondió:

—No sé.

Pero sabía. Sabía que Lorenzo Díaz Puiljá era un idiota y que Catalina, para despreocuparse de él cuando sus padres murieron, arregló su casamiento. No le importó pagar una dote excesiva. Lo había casado. Pero a las pocas semanas la desposada huyó a refugiarse con los suyos y la familia tuvo que devolver los regalos. Catalina no quedó conforme y promovió pleito. La muchacha tuvo que comparecer ante los jueces. Allí declaró que Lorenzo “no sabía hacer uso de ella por la noche”. Los jueces estuvieron acordes en anular el matrimonio. Desde esa fecha Lorenzo vivía solo, en el paraje de Tzajal-hemel.

—Mi hermano es buen hombre.

Con cautela, para no desencadenar la ira de Catalina, Felipa arriesgó una objeción.

—Dicen… dicen que Lorenzo está como ido.

—Fue una desgracia. Un gran pukuj lo arrastró cuando era niño. Estaba en la milpa. El gran pukuj lo llevó lejos, volando, a otro paraje. Muchos lo vieron volar. Muchos de nuestros mayores en cuya boca no cabe la mentira. A Lorenzo lo encontraron tirado en el monte. Nunca recuperó su espíritu, nunca volvió a acordarse de hablar.

Fueron vanos los esfuerzos de los brujos para curarlo. El niño creció como los árboles cuando una torcedura los afea.

—No quiero malcasar a mi hija, Catalina Díaz Puiljá. Por eso te digo que si va a ser mujer de tu hermano voy a pedir cinco carneros

gordos, tres garrafones de trago, un almud de maíz.

—Mi hermano no los va a dar.

—¿Por qué?

—Porque tu hija no los vale.

—¿Cuánto va a dar entonces?

—Nada.

Felipa volvió los ojos a su marido para obligarlo a intervenir en esta transacción de la que no sacaría ninguna ganancia. La voz de un hombre siempre se escucha con mayor respeto. Pero el martoma roncaba, con la boca abierta, arrimado a la pared.

—¿Es bueno lo que me está proponiendo tu mujer, Pedro González Winiktón?

No era a Pedro González Winiktón, marido de Catalina Díaz Puiljá, a quien se dirigía esta desesperada consulta. Era a Pedro González Winiktón, juez, pesador de las acciones de los hombres. Sin embargo, ya consumada la primera ofensa a la justicia (aquella de la noche en que Marcela se cobijó bajo su techo y nada se hizo para reparar el daño que le infligió el caxlán), las otras sólo aguardaban su turno. Sin vacilaciones, sin remordimientos, Pedro contestó:

—Es bueno.

—¿Pero por qué voy a entregar a mi hija de balde, a un hombre que ni siquiera sabrá hacerla suya?

Nadie, desde que la primera mujer del inocente confesó en el cabildo, ante todos los principales, las causas por las que solicitaba el divorcio, nadie había osado repetir que Lorenzo Díaz Puiljá era impotente. Se cuchicheaba, tal vez, en los rincones; servía de tema para groseras burlas, para equívocas bromas. Pero ahora Catalina había obligado al animal mañoso a que abandonara su escondite. Hizo lo que hacen los perseguidores del armadillo cuando lo asfixian con humo y lo acosan con tizones ardiendo. El rumor había dado, por fin, la cara. En ella recibiría el castigo.

—Ningún otro hombre, a no ser Lorenzo Díaz Puiljá, aceptaría a tu hija.

Felipa ya no midió el peligro. Llevó hasta el límite su provocación.

—¿Por qué? ¿Le vas a echar la sal?

—En Jobel un caxlán abusó de ella.

Felipa no podía seguir ignorando lo que en forma de sospecha la punzaba desde el día en que Marcela regresó sin los cántaros, sin el dinero de los cántaros. Pero una furia irrazonada le dictó las últimas protestas.

—¡No es cierto! ¡No es cierto! Mi Xmel no es mazorca que se desgrane así nomás. Le levantaron esa calumnia porque se la quieren llevar sin pagarme lo que vale.

Catalina cogió a Felipa por los hombros y la sacudió para volverle los sesos a su lugar.

—¿Quieres poner a tu hija en vergüenza delante de todos? Vamos a llamarlos. ¡Que le pregunten, que la registren!

Felipa sollozaba de nuevo. Los sollozos la estrangulaban, estrangulaban sus palabras. Pero la cabeza se movía aún, ansiosamente, negando. Catalina la soltó. Se puso de pie y, sin mirarla, dijo:

—Pedro y yo lo pensamos mucho. Y convinimos en avisarte lo del compromiso de Marcela. Sólo por consideración, pues al fin y al cabo tú eres su madre. Pero tu consentimiento no es necesario. Entiéndelo bien. Y díselo al martoma Rosendo Gómez Oso cuando vuelva en sí de la borrachera.

Catalina y Winiktón salieron. Felipa los miró alejarse sin intentar detenerlos, sin suplicarles hasta hacer que cambiaran su determinación, sin arrodillarse para conjurar ese nuevo infortunio que había venido a aniquilarla.

Permaneció un rato inmóvil, mirando fijamente el huso que dormía entre sus manos. Luego, como si alguien la escuchara, dijo:

—Rosendo, vámonos a nuestro paraje, a nuestra casa de Majomut. Te juro que ya no puedo trabajar más. Te lo juro. Me duelen mucho mis pies.

V

WINIKTÓN fue a Tzajal-hemel. De regreso él venía adelante y Lorenzo, cargando sus enseres, atrás. Catalina lo ayudó a librarse de la carga y lo atrajo así, acariciándolo con lentitud y torpeza, como quien acaricia un animal de lomo hirsuto. El inocente la contemplaba y la limpidez de sus pupilas se empañó un instante en el reconocimiento. Fue dócil para dejarse conducir al jacal donde Marcela, lívida de sobresalto y timidez, aguardaba. Señalándola, dijo la ilol:

—Ésa es tu mujer.

Lorenzo la miró con la tarda escrupulosidad de las bestias. Pero ni el asombro, ni la alegría, ni el disgusto, dibujaron su raya en aquella frente. Marcela fue, poco a poco, serenándose. Permaneció tranquila ante el recién venido; tranquila como cuando estaba sola.

Winiktón presidió la comida. Catalina preparó un platillo especial: carne de venado. Comían todos, en silencio, con la compostura del que cumple un rito. Lorenzo era el único que reía a veces, sin tener por qué, con una risa floja, desgonzada. Pero la ilol lo reducía nuevamente al mutismo con sólo una presión leve sobre su brazo.

Marcela lo observaba a hurtadillas. Los dedos de Lorenzo temblaban de tal modo que la mitad del bocado caía, manchándole la ropa, ensuciando su alrededor.

Pedro no levantaba los ojos pero su atención estaba alerta, figurándose los ademanes de su cuñado. Y esta morbosa fijeza le crispaba los músculos, le hacía rechinar casi perceptiblemente las mandíbulas. Y si aparentaba no advertir la inhabilidad de aquellas manos era un esfuerzo infantil para que, al ignorarla él, la ignoraran también los demás: Marcela, a quien no quería oír respirando desprecio o burla. Porque ¿a quién iba a despreciar lícitamente sino a Pedro?, ¿de quién se iba a burlar sino de la justicia, pues ambos —la justicia y Pedro— habían propiciado, habían permitido esta alianza?

Catalina ni siquiera se propuso disfrazar su satisfacción. Siempre fue responsable de su hermano y siempre le dispensó los cuidados

que necesitaba. Desde niña, desde antes de la orfandad, Catalina fue la protectora de Lorenzo, su apoyo. No le pesaba. Pero su posición de mujer sin hijos era tan precaria que no se atrevía a agravarla con otras exigencias al marido. Por eso cuando designaron juez a Pedro y fue necesario irse a vivir a San Juan, Catalina no quiso ni siquiera insinuar la posibilidad de que su hermano los acompañase. Pero no pudo dejarlo sin remordimientos. Lorenzo lejos; Lorenzo librado a sus propios recursos, a la buena voluntad de los vecinos. Los guardianes invisibles condenan estos actos.

Si Lorenzo se casara… El fracaso de su primer matrimonio irritó a la ilol tanto más cuanto que desde el principio tuvo que considerarlo inevitable. La novia salió honradamente de la casa de su familia, empujada por la avaricia paternal que no consideró más que el valor de la dote. Pero si la muchacha obedeció los mandatos de sus parientes más tarde fue inflexible para exigir la separación. Ante las razones que adujo de nada valieron las súplicas ni las amenazas. Los jueces apoyaron su exigencia y ella, al verse libre, escapó. Se fue primero a Jobel. Después se supo que había ido a parar hasta México. Lorenzo volvió a quedar solo, a buscar la compañía de su hermana que no quiso arriesgar nuevamente su prestigio y el de Pedro en una falsa maniobra. Catalina prefirió esperar. Pero su pasividad era sólo aparente. No cesaba de invocar a sus aliados oscuros, a las potestades que pueblan el aire, a las que rigen la noche, a las que presiden los hechos. No cesaba de hacerles ofrendas ni de prometer sacrificios para que su petición fuera atendida. Y cuando Marcela se presentó, inerme y como perseguida, en el graderío de la Merced, cuando fue castigada con tanta desconsideración por su madre, un oscuro impulso movió a Catalina a defenderla. Después, y entre sueños, supo que ésta era la contestación a sus oraciones y que allí llegaba a término su esperanza. Lo demás fue fácil. Los allegados de Marcela no representaron un obstáculo. De sobra era conocida la vanidosa índole del martoma, la inconsistencia de su carácter, su total vasallaje al alcohol. Y en cuanto a Felipa, las costumbres no la autorizaban a tener voz propia. Y aun cuando la hubiese tenido no habría hablado jamás eficazmente a favor de su hija, no habría acertado a salvarla. Le gustaba gemir y lamentarse. Le gustaba sufrir.

Así que el matrimonio se efectuó. De allí en adelante Lorenzo tendría quien velara por él. En Marcela no había hechuras todavía para ser algo más de lo que Catalina se propusiera que fuese. Si pensaba en su suerte Marcela comprendería que tenía motivos para

estar contenta con ella. ¿O es que iba a preferir el desdén, el escupitajo de los suyos sobre su deshonra? ¿O iba a soportar la intemperie del monte, la vergüenza de la mendicidad en pueblo de caxlanes? Aquí tenía asilo para su desvalimiento, nombre para cubrir su cabeza, título de esposa ante la gente.

—De Lorenzo no puede recibir daño alguno. Ahora, si lo que quiere Marcela es satisfacción de hombre… pues que se aguante. Con algo ha de pagar lo que le falta.

Este razonamiento disipó el último escrúpulo de Catalina. Había terminado de comer su ración de carne y se sirvió otra.

Durante semanas Marcela se mantuvo a la expectativa, asustada, con un temblor de liebre. Después, insensiblemente, fue acostumbrándose a la presencia casi vegetal de este hombre.

La pareja se daba la mano para ir a cortar leña; para ir a pastorear el rebaño; para ir a Jobel.

No el amor, sino la piedad, fue colmando el corazón de Marcela de un agua profunda y reposada. De ella bebía cuando, con delicado ademán, se aproximaba a su marido para llevarle el bocado a la boca, o cuando lo arropaba, a la hora de dormir, para que no tuviese frío.

Así fueron sucediéndose los días. A media tarde se sentaban las dos mujeres bajo el alero de palma de la choza, con el telar extendido frente a ellas, como un breve horizonte. Los hilos se entrecruzaban con precisión, con arte, y la labor iba apareciendo perfecta. Suave al tacto, agradable a la mirada, útil. A veces volaba entre las dos una palabra. La pronunciaba Catalina. Sílabas simples, nimias recomendaciones, cordel corto para mantener atado al pájaro. Marcela escuchaba distraídamente, asintiendo al sonido, nada más que al sonido.

Porque una gran paz —la paz que tiene párpados de sueño— había untado las coyunturas de la muchacha: en el lugar donde dolía la memoria, en el lugar donde va a doler la esperanza. No es una víscera sangrante ya lo que palpita sino un momento, este momento maravillosamente vacío.

Al través de su transparencia ¡que hermoso parecía el paisaje! Por los caminos del crepúsculo regresan los hombres: con la azada en la mano, con el bastón de autoridad, según hayan estado en la milpa o en el cabildo. Xaw Ramírez Paciencia, el sacristán, tañía los bronces de la iglesia. Del techo de los jacales brotaba humo, un humo tímido, hesitante, de cocina pobre. Brillaban, aquí, allá, como ojos de bestia fugitiva, las luminarias. Después la noche era la potencia única.

Pero es preciso vigilar, no dormir. Algo acecha siempre. Catalina fue la primera en advertirlo. Se asegura que a una ilol le basta examinar las huellas de una hembra para decir los meses de su preñez. Y más si la envidia agudiza los sentidos haciéndolos percibir lo que está más allá de las huellas, más allá de lo que las ojeras, en su círculo violáceo, aprisionan, de lo que la frente, empañada como un espejo, oculta.

Catalina lo supo y sin embargo calló. Enmudecía en lo que es más doloroso, más verdadero: en el hambre. El hambre que obliga a retorcerse y a gemir, que se hace intolerable cuando contempla la hartura de los otros.

La ilol espiaba a Marcela con los ojos desvariadores, dilatados. ¿Cómo era posible que esta muchacha insignificante y estúpida que ella usaba como un simple instrumento de sus propósitos hubiera llegado a convertirse en la depositaria del tesoro que a Catalina se le negaba? Y lo que era aún más ridículo: Marcela era inconsciente de sus privilegios. Seguía cumpliendo, con indiferencia, por rutina, sus deberes; seguía en su cotidiano ir y venir, ahora un poco más lento, sólo un poco más lento.

Pero esta despreocupación, en vez de aplacar los celos de Catalina, los excitaba. La ignorancia es a veces demasiado semejante a la burla y la pasividad se confunde con la provocación y el insulto. Exasperada, Catalina gritó (y fue como si estuvieran sacándole un absceso):

—¡Vas a tener un hijo!

La revelación sacudió a Marcela. Instintivamente se llevó las dos manos al vientre como para detener eso que iba creciendo, implacable, dentro de ella, hora tras hora, más y más, y que terminaría por devorarla. Empezó a sentirlo: *eso* se movía, golpeaba, asfixiaba. Un espasmo de asco, último gesto de defensa, la curvó. Un ansia incontrolable de arrojar la masa gelatinosa que pacientemente roía sus entrañas para alimentarse; un deseo de destruir esa criatura informe que la aplastaba ya con el pie del amo.

Catalina dejaba sola a Marcela durante sus accesos. Desde afuera la miraba debatirse en una batalla inútil cuyo único desenlace posible era la derrota. Pero cuando la muchacha, rendida, con el pelo apelmazado de sudor y los párpados enrojecidos por el esfuerzo se acurrucaba en un rincón, Catalina se acercaba a ella con el bebedizo que le tenía preparado para que se repusiese. En vano Marcela intentaba rechazarlo. Siempre terminaba por abrir la boca, por tragar lo que le ofrecían. Y después lloraba largamente, con sollozos entrecortados, con suspiros pronto reprimidos, porque sus

músculos desgarrados le dolían. Y la cosa, aquella cosa, continuaba allí, abultando de manera grotesca su vientre, pesando.

Qué difícil era seguir los senderos de ovejas; qué problemático ponerse de pie, acomodarse en el tronco que se usaba como silla. Pedro ayudaba, a veces, a Marcela. Lorenzo reía, observando la torpeza de los movimientos de su mujer, la tardanza de sus reacciones.

Un día que Marcela fue, sin que nadie la acompañara, a pastorear el rebaño, no quiso regresar. Abandonó los animales y caminó sin vereda, a tropezones, esquivando mal los espinos que le rasgaron la ropa y la piel, que la sangraron. Iba sin rumbo, espantada de su decisión y de llevar dentro de sí una carga inmunda y tibia, deteniéndose de cuando en cuando para vomitar, hasta que vino a caer junto a una piedra anónima.

Leñadores que pasaban la encontraron y dieron aviso a la familia del juez. Entre todos cargaron a Marcela para llevarla al jacal. Allí convaleció lentamente, ante la mirada opaca de Lorenzo, la culpable esquivez de Winiktón y las eficaces atenciones de Catalina. Gracias a eso (a su poder, prefería decir la ilol) la amenaza de un aborto se conjuró. Y ahora, cada vez que una incomodidad de Marcela la obligaba a cambiar, demasiado rápidamente, de postura, Catalina se precipitaba a contenerla, amonestándola:

—Vas a tener ese hijo. No me importa que quieras o no. ¿Acaso va a ser tuyo?

Marcela, a quien la adversidad había reblandecido los tuétanos, ya no protestaba. Asentaba mansamente. Observaba los preparativos para el parto, sin interés, sin curiosidad siquiera, como si se tratara de un acontecimiento que no le concerniese.

Los varones de la casa se ocuparon de construir, al lado de ella, el pus, el baño de vapor. Juntaron carrizos, cubrieron las hendiduras con lodo, dejaron un boquete por el que no se podía penetrar sino reptando. Catalina apalabró a los pulseadores más famosos de la comarca para que, en el momento preciso, vinieran a rezar ante la cruz principal de la choza y ahuyentaran las malas influencias, los torvos deseos de los enemigos.

Los demás contaban el tiempo. Marcela no. Estaba allí, tendida como la tierra donde pacen los rebaños. Indefensa, agostada.

Y cuando llegó el día no fue como todos los días sino que se mostró oscurecido de presagios. El sol y la luna luchaban en el cielo. La tribu de los tzotziles asistía, aterrorizada, a esta lucha, procurando con gritos, con ensordecedor resonar de tambores, con estrepitoso voltear de campanas, el triunfo del más fuerte.

Cuando Catalina supo la novedad del eclipse corrió precipitadamente junto a Marcela. Con cortezas de árboles había hecho una máscara para defenderla de los ojos del gran pukuj que ahora andaba suelto.

La máscara cayó sobre el rostro devastado de la parturienta. Su cuerpo había entrado, repentinamente, en una zona en que la pujanza de la juventud vivificaba hasta su última célula, desnudándola por el dolor, haciéndola infinitamente sensible para el desgarramiento. Y la rebeldía, que se hubiera creído exangüe en Marcela, volvió a surgir, encabritada como los potros cuando se resisten a atravesar un río demasiado impetuoso.

Afuera la gente corría, ululando, mientras los animales domésticos, empavorecidos, aullaban, gañían, relinchaban rompiendo sus ataduras, saltando sus corrales, abandonando la querencia. Porque habían olfateado el desastre.

Como los pulseadores no quisieron venir Pedro encendió las velas al pie de la cruz, se arrodilló y se cubrió las orejas con las manos para no escuchar ni el pánico ni la agonía, sólo la otra voz:

—Mírala, Pedro González Winiktón. La injusticia engendró delante de ti y tú lo consentiste. ¿Cómo se llama lo que has hecho? Pedro González Winiktón, eres juez. Júzgate.

Catalina arrastró a Marcela hasta el pilar más sólido de la casa para que, asida a él, forcejease, se debatiese. Lorenzo miraba esta figura de mujer arrodillada, con el rostro extravagantemente cubierto por una máscara, sin saber qué hacer. La costumbre ordenaba que el marido apretase el ceñidor a la cintura de la esposa para que el niño siguiera el camino natural “y no fuera para arriba”. ¿Pero qué puede entender un inocente de todas estas cosas? Catalina lo retiró de allí. Nadie más que ella se haría cargo de recibir al recién nacido, de cortarle el cordón umbilical (sobre una mazorca, para propiciar al fecundidad de las siembras), de envolverlo en sus pañales.

Marcela se soltó del pilar, acezante. Pedro corrió a sostenerla. Desmañadamente, con miedo de lastimar, Winiktón enjugó aquel cuello lustroso de sudor. En el rescoldo borbollaba lo que iba a devolver a la parida los ánimos: agua de chile.

Afuera, el fragor del eclipse había cesado. Entonces ya se pudo, sin peligro, despojar a Marcela de su máscara. El rostro apareció sereno, dulce, dormido.

Al día siguiente la madre entró con la criatura al baño de vapor. Entre la humareda exhalada por las piedras Marcela conoció a su hijo. Tenía la piel de color firme, los ojos en almendra, tenaces, de

su raza. Pero los cabellos eran crespos como los de un caxlán. Entonces Marcela sintió repugnancia, lo rechazó.

El niño iba a criarse en el regazo de Catalina. Lo amadrinó escogiendo el nombre: Domingo Díaz Puijá, como el padre de Lorenzo y de ella. Creyó que así su memoria se perpetuaría. Pero todos llamaron al niño de otro modo: “el que nació cuando el eclipse”.

VI

CUANDO Pedro González Winiktón dejó de fungir como juez en la capital de Chamula volvió con su familia al paraje de Tzajal-hemel.

Todo, en el jacal, en los chiqueros, en la milpa, hablaba de abandono. La palma del techo se había luido en grandes desgarraduras por las que silbaba el viento y escurría la lluvia. Las puertas no ajustaban bien y, en los rincones, telarañas sucias, espesas y rotas se mecían.

El tiempo de descanso no había hecho más fértil la parcela de Winiktón. Al contrario. La maleza invadió los surcos; los aguaceros cavaron innumerables y profundos canales y las cercas fueron derribadas por las bestias que pastaban, despreocupadas, impunemente en el lugar.

Pedro, ayudado en lo que era posible por su cuñado Lorenzo (las mujeres se ocupaban del quehacer de la casa y el pastoreo del rebaño), trabajó con ahínco. Sembró la milpa en el día propicio, vigiló el crecimiento del maíz librándolo de cizañas y encomendándolo a la lluvia oportuna.

La estación avanzó serena y sin perturbaciones; para muchos fue beneficiosa. Pero la cosecha de Winiktón no correspondió ni a sus esfuerzos ni a sus necesidades. Aquellas laderas demasiado pendientes; aquella extensión breve irregular y pedregosa, ya no daban más de sí. El futuro no haría más que agravar la escasez que ahora estaban sufriendo.

Sin embargo, hubo que pagar puntualmente, con faenas y especies, la renta al dueño del terreno, un ladino de Ciudad Real.

Las comidas de la familia de Winiktón eran silenciosas. Pedro se despachaba rápidamente sin atreverse a levantar los párpados para no ver el rostro de quienes lo rodeaban. En cada gesto, en cada ademán, adivinaba una recriminación, una inútil llamada de socorro. Y el niño, colgado de su red en el centro de la choza, lloraba desesperadamente de hambre.

Aquel llanto perseguía al pasado juez dondequiera que fuese; en vano se internaba cada vez más en el monte, persiguiendo el rastro

huidizo de un venado; en vano se aturdía en el alboroto de la plaza; en vano participaba en las ceremonias. El grito de la criatura iba con él, resonaba aquí y allá, en las grutas del cerro, en las esquinas del mercado, en los ámbitos de la iglesia y del cabildo. El grito de la criatura se dilataba en la gran oscuridad de la noche, cuando Pedro buscaba en la embriaguez un refugio y una tregua.

Los mayores le aconsejaron:

—Haz lo que nosotros, tatic; no se puede estar lo mismo que los animales, sin amparo ni redil. Busca la sombra del patrón; él te ayuda en tiempo de la necesidad; él saca la cara por ti en los apuros.

Eso decían los viejos; pero callaban las humillaciones, las fatigas del peón acasillado, del sujeto a baldío. Y Pedro, que había sido hombre de autoridad en su tribu; que comprometió, bajo su investidura de juez, sus actos más íntimos y sus pensamientos más secretos, no podía descender a tayacán de ladino, a mediero de rancho, a mozo de casa grande.

Sostenido con préstamos, ceñido a estrecheces, Pedro pudo resistir todavía un año más. Pero la cosecha volvió a defraudarlo. El niño ya gateaba en el jacal, flaco y sucio. Ya no gritaba, ya no tenía aliento para gritar. Se quejaba suavemente y dormía arrimado a las piedras del rescoldo.

Pedro González Winiktón consintió en partir. Y cuando el enganchador llegó a San Juan para formar su cuadrilla el pasado juez pidió que apuntaran su solicitud en el cuaderno.

Cuando le preguntaron cómo se llamaba dijo nada más Pedro González. Calló el nombre de su chulel, salvaguardó su alma del poder de los extranjeros, dejó al margen de este trato lo más profundo y verdadero de su ser.

La cuadrilla, integrada por hombres procedentes de todos los rumbos de Chamula, bajó primero a Ciudad Real.

Desde el momento en que se alejaron de sus parajes se operó en los indios una extraña transformación. Dejaron de ser Antonio Pérez Bolom, tocador de arpa, avecindado en Milpoleta; o Domingo Juárez Bequet, cazador de gatos de monte y famoso pulseador; o Manuel Domínguez Acubal, entendido en cuestiones de encantamientos y brujerías. Eran solamente una huella digital al pie de un contrato. En su casa dejaron la memoria, la fama, la persona. Lo que andaba por los caminos era un hombre anónimo, solitario, que se había alquilado a otra voluntad, que se había enajenado a otros intereses.

Pedro resintió muy vivamente este cambio. Desde el momento

en que entró a formar parte del grupo de enganchados la mirada de los otros se posó en él con una indiferencia que lo despojaba de su prestigio, de sus atributos y lo reducía a cosa, una cosa útil tal vez para algo, pero sin valor en sí.

La entrada de los enganchados a Ciudad Real fue un desfile grotesco. La gente se detenía, cuchicheando y riendo, a mirar a estos indios que caminaban a media calle, uno detrás de otro, como si tuvieran miedo de extraviarse o de ejecutar cualquier movimiento, cualquiera acción que no hubiese dictado su guía.

Los indios estorbaban el tránsito, se tropezaban entre sí lastimándose con sus toscos caites de cuero; soportaban el examen de los ladinos con una zozobra que, antes que aplacarlo, exacerbaba su ánimo burlón.

Por fin llegaron a la oficina del enganchador. Para aguardar su turno se sentaron en la orilla de la banqueta donde algunos se espulgaban pacientemente y comían con rapidez los piojos capturados.

Cada indio fue sometido a inspección. Se apuntaron sus datos, se les tomó una fotografía y su ficha fue colocada en el archivo. De esta manera, les aseguraba el enganchador, había entrado en posesión del chulel de cada uno. ¿De qué les serviría fugarse de las fincas, marcharse sin terminar la tarea ni satisfacer las deudas? ¿Acaso podían ir lejos sin el alma que los sostuviera? En cambio, si sabían merecerlo, el enganchador les devolvería, al terminar el compromiso, lo que ahora quedaba en depósito y como garantía de su conducta.

Deudas, el enganchador había hablado de deudas. Winiktón no esperaba oír esta palabra. Pero don Remigio Flores insistió en ella:

—Oíme bien, chamula, que vamos a hacer cuentas. El salario mínimo es de setenta y cinco centavos diarios, seis reales. Esto hace veintidós pesos con un tostón al mes. De aquí yo descuento el porcentaje de mi comisión, el anticipo que hacemos para los gastos del viaje; el alquiler del alojamiento en la finca; el precio del machete y de otras cositas que pidás en la tienda del patrón… Total, que el primer mes vas a salir perdiendo. Más tarde, si sos ordenado y no despilfarrás en trago; si no se te antoja el calzón y el caite nuevo; si no tenés necesidad de medicina para el paludismo, entonces puede ser que te emparejés un poco.

Don Remigio hablaba con una volubilidad convincente; y aunque dominaba lo bastante la lengua tzotzil como para servirse de ella, en estas explicaciones en que intervenían cifras y cálculos prefería usar el español. Así que Pedro, aunque hizo un enorme

esfuerzo para comprender sus argumentos, tuvo que conformarse con asentir a ciegas. Más tarde, cuando todos dormían amontonados en el zaguán de la casa del enganchador, Pedro daba vueltas en su cabeza a las palabras de don Remigio.

—¿Cómo está esto? —se decía—. Yo dejo mi casa, mi familia, mi paraje; camino leguas, bajo montañas. Sufro el calor, me duele la enfermedad, no estoy de haragán, tirado todo el día en la hamaca, sino que rindo la jornada completa. Y cuando llega la hora de regresar resulta que regreso con las manos vacías. A mi modo de ver no está bien. No es justo.

Inquieto por semejante descubrimiento, Winiktón ansió compartirlo con quienes estaban próximos a él. Roncaban a pierna suelta y cuando Pedro intentó despertarlos respondieron con gruñidos de amenaza y, arrebujándose más en su cobija, volvieron a caer en el sopor.

No había amanecido aún cuando los enganchados se pusieron en camino. Iban de prisa y en silencio y los descansos eran tan breves que no había oportunidad más que de devorar un bocado o beber un sorbo de posol.

No obstante, Pedro habló; dirigiéndose a los que podían escucharlo, dijo:

—El trato con don Remigio no es justo.

—¿Yday? ¿Qué querías? Fue tu suerte de nacer indio —respondió alguno, mirando con inquietud al capataz. Los otros asintieron con una inclinación y esquivaron el rostro.

Indio. La palabra se la habían lanzado muchas veces al rostro como un insulto. Pero ahora, pronunciada por uno que era de la misma raza de Pedro, servía para establecer una distancia, para apartar a los que estaban unidos desde la raíz. Fue ésta la primera experiencia que de la soledad tuvo Winiktón y no pudo sufrirla sin remordimiento.

—Yo tengo la culpa —reflexionaba—. Me aparto de los demás, cavilo en cosas que no son legítimas.

Se propuso borrar de su mente las ideas que le obsesionaban, pero en los momentos más inesperados y ante los detalles más nimios volvían a surgir. Sus esfuerzos fueron inútiles también en otro sentido: entre sus compañeros y él no se estableció otra vez la corriente de confianza que antes los unía. Quedó siempre un recelo, una reserva, que los días hicieron irrevocable.

La sierra había ido dejando atrás sus moles abruptas, donde ni los ojos podían descansar, para resolverse en colinas suaves y por último en llanuras dilatadas, henchidas de un aire caliente de una

densidad casi carnal.

Pedro contemplaba el nuevo paisaje con una turbación que no sabía definir. Alguna rigidez interior, que la montaña mantenía tensa, cedió aquí. Caminaba al mismo ritmo de los otros y obedecía con prontitud los mandatos del capataz. Pero durante la marcha y en medio de la obediencia, un ojo ávido iba recogiendo el color de un ave furtiva; y unos poros sensibles iban calificando la tierra fértil que pisaban, el tronco rugoso en que una herida servía de señal.

Por la noche, en vez de rendirse a la fatiga como los demás, Pedro velaba. Nunca el cielo había estado tan próximo ni los racimos de estrellas tan al alcance de la mano. Las constelaciones se deslizaban con el silencio de un gran río. Eran los seres pequeños los que se manifestaban con rumores: la resquebrajadura de la hojarasca, los balidos del recental desamparado, la algarabía de los monos, la tumultuosa voz del tigre.

Tapachula, después de tantos días de viaje, pudo parecer a los caminantes (y más a estos chamulas, acostumbrados a la miseria de sus parajes o a la pobreza vergonzante de Ciudad Real) un sitio espléndido. La naturaleza no había regateado aquí ninguno de sus lujos: ni las plantas benéficas, ni los frutos ubérrimos, ni las parásitas ornamentales. Las construcciones que en otro sitio habrían sido modestas, aquí parecían mezquinas. ¿De qué rigor tenía que defenderse el habitante, de cuál intemperie cubrirse? Lo que se precisaba era únicamente un poco de sombra y para conseguirla bastaba desplegar unas cuantas hojas gigantescas y darles, como sostén, el ralo entrecruzamiento de vigas endebles, de troncos retorcidos y sin pulir.

Mas en el centro de la ciudad la perspectiva cambiaba; la mezcla y el cemento sustituían a la madera y la palma y las paredes rodeaban un interior que los vanos sin puertas se empeñaban en mostrar. Patios de los que la vegetación fue expulsada por indomeñable, argamasa caliente, agrietada aquí y allá, en todas partes, por semillas invisibles en trance de germinar, de irrumpir, de crecer.

En los corredores grandes hamacas tendidas; mujeres ojerosas y pálidas durmiendo el sueño del embarazo o abandonando con distracción al lactante un pecho flácido y ya estéril. Niños descalzos, barrigones, descoloridos; animales domésticos jadeantes y soñolientos; alguna anciana abanicándose con un gesto mecánico en el que ya no ponía ninguna esperanza, ninguna convicción.

Los indios sudaban. Sus chamarros, intolerables en un clima como éste, habían sido desechados. Y hubieran querido despojarse

también de esa masa sólida del cuerpo donde la temperatura se instala y atormenta.

—Va a ser difícil trabajar aquí —pensó Pedro—. No estamos acostumbrados a estos modos.

La finca a la que los chamulas estaban destinados (La Constancia, propiedad de un alemán, don Adolfo Homel) quedaba a cinco leguas de Tapachula. En la casa grande, amplia y bien acondicionada, soplaban los ventiladores, se fabricaba hielo en un pequeño aparato y la tela de alambre protegía todas las aberturas de la invasión de los insectos. Gracias a estas comodidades la vida podía ser agradable aquí. Pero la familia de don Adolfo no soportaba más que estancias breves y excursiones de paseo. Residía en la ciudad, donde las muchachas Homel —de piel blanca, ojos azules y carácter alegre— constituían uno de los partidos más codiciados y uno de los elementos más entusiastas en clubes, sociedades de beneficencia y otras organizaciones semejantes.

La madre, doña Ifigenia, se mantenía en discreta penumbra. Había tenido el acierto de no legar ni el color de su tez (oscuro, de india zoque), ni la rudeza de su intelecto ni la ordinariez de sus costumbres, a sus descendientes. Había tenido también la prudencia de no hacerse visible como la esposa de don Adolfo cuando la riqueza coronó los esfuerzos del alemán y la aristocracia premió sus virtudes. Doña Ifigenia andaba de la cocina al cuarto de plancha, contenta con sus grandes arracadas de oro y sus torzales de filigrana, esperando convertirse en abuela para ser útil otra vez.

En cuanto a don Adolfo, jamás se arrepintió de matrimonio tan desigual. Él había necesitado una mujer dócil, sumisa y que viviera deslumbrada por la superioridad de su marido. ¿Quién mejor que doña Ifigenia para satisfacer estas condiciones? Nunca intentó equipararse a él y la barrera del idioma había puesto, desde el principio, un límite real y tangible a su intimidad. Esta distancia mantenía tranquilo a don Adolfo porque le incomodaban las relaciones personales directas. No fue capaz de establecerlas ni con sus hijas, ante quienes se contentó con desempeñar el papel de proveedor.

Minucioso en el manejo de sus asuntos, exigente, activo y enterado del ramo de su negocio, don Adolfo era un patrón difícil. Los mayordomos se separaban de su empleo con frecuencia, decepcionados de no poder robar con impunidad ni disponer sin vigilancia. Pero, a pesar de estos fracasos, don Adolfo se negaba a prescindir de un intermediario que se entendiera con sus peones. Así podía exigir trabajo sin escrúpulos y disfrutar ganancias sin

remordimiento.

Porque don Adolfo tenía un corazón sensible. Si en su finca se recurría, cuando era necesario, al cepo, al calabozo y al látigo, era porque apreciaba la disciplina. Si en la tienda de raya se expendía aguardiente a precios más altos que los del mercado y si las jornadas de trabajo eran de sol a sol, era porque respetaba las costumbres.

En cambio instaló una letrina, en la galera ocupada por los indios, como tributo a la higiene, y abrió una escuela y sostuvo un maestro por otras razones; desde luego la disposición gubernamental había conmovido profundamente su instinto germánico de obediencia. Además, no estaba conforme con los argumentos en que sus vecinos se escudaban para no cumplir esta disposición.

—Indio alzado es indio perdido —decían—. Cuando estos tales por cuales sepan leer y hablar castilla no va a haber diablo que los aguante.

—Al contrario —replicaba Homel—. Los indios nos sirven de mala gana; como son cortos de alcances no pueden sernos muy útiles. Pero con la instrucción todo mejorará.

A don Adolfo le gustaba pronunciar estas palabras: instrucción. Le despertaba la nostalgia de una patria cuyo recuerdo era cada vez más impreciso y caprichoso. Una patria en la que (como ya no tenía presentes los motivos para emigrar) todo era prosperidad y abundancia; gracias, naturalmente, a las escuelas, liceos y universidades, donde la instrucción se dispensaba. En cambio en América… El clima y la raza eran factores determinantes de su atraso, claro está; pero sólo porque ambos elementos debilitaban al hombre en su lucha contra la ignorancia.

—Hombres instruidos —repetía Adolfo— hacen naciones prósperas.

Y se imaginaba un mundo sin miseria, sin conflictos, cuando todos los hombres hubiesen alcanzado un mismo nivel de conocimientos.

Los patrones de las fincas vecinas escuchaban hablar a don Adolfo con una mezcla de recelo y admiración. Como extranjero tenía derecho a pronunciar esas grandes palabras que en boca de los otros parecían pedantes o impropias. ¿Pero sabía lo suficiente de su país de adopción, y de esta zona de Chiapas, para suponer que las medidas eficazmente aplicadas en Europa no serían contraproducentes aquí?

—Cuando los indios sepan lo que sabemos nosotros nos

arrebatarán lo nuestro.

Don Adolfo se encogía de hombros. Era viejo ya y la idea de que lo que había atesorado iría a parar a manos de yernos codiciosos no le impulsaba, ciertamente, a defenderlo.

La escuela, pues, empezó a funcionar en La Constancia. Los vecinos dejaron de inquietarse cuando advirtieron que tenía muy escaso éxito.

Las clases eran nocturnas. Después de que los indios entregaban completa la faena y cuando de todo el rumbo llegaban ecos de marimbas y estampidos de cohetes con que los peones de otras fincas entretenían su descanso.

Los indios no se opusieron de una manera descarada a la orden de don Adolfo de asistir a clase. Bajaron sumisamente los párpados y murmuraron frases de agradecimiento, aunque en el fondo de su corazón se sintiesen víctimas de un nuevo abuso. Por eso, en cuanto el capataz se descuidaba, desaparecían de su vista. Se les hallaba, horas más tarde, debajo de cualquier árbol, durmiendo un sueño pesado de borrachera.

Don Adolfo no comprendía tal ingratitud. Estaba atónito, pues había creído que los indios se apresurarían a aprovechar la oportunidad, que él les brindaba, de mejorar sus condiciones de vida. Pero no era hombre de perderse en divagaciones y así dijo al capataz que castigara severamente a quienes desobedecieran sus órdenes. A partir de entonces las clases se vieron concurridas por unos alumnos distraídos, incapaces de estarse quietos ante una hoja de papel, torpes para empuñar el lápiz, rebeldes a las indicaciones del maestro, desconfiados del daño que podía sobrevenirles.

Uno que otro se esforzaba por cumplir este nuevo deber. Pedro González Winiktón lo hacía con la seriedad con que antes desempeñó su cargo de juez. Pronto, sobre este hábito previo, surgió un interés directo por las lecciones del maestro, interés que no decaía al terminar la clase.

Pedro se desvelaba, con los ojos fijos en la cartilla de San Miguel, contemplando aquellos signos que lentamente penetraban en su entendimiento. ¡Qué orgullo, al día siguiente, presentarse ante los demás con la lección sabida! ¡Qué emoción descubrir los nombres de los objetos y pronunciarlos y escribirlos y apoderarse así del mundo! ¡Qué asombro cuando escuchó, por vez primera, “hablar el papel”!

Don Adolfo, a quien los informes del maestro mantuvieron al tanto de este proceso, retiró a Winiktón de las tareas más rudas para tenerlo junto a sí como mozo de estribo. Pedro acompañaba al

patrón a sus recorridos por la finca y en sus viajes a Tapachula. Así se familiarizó con la ciudad y traspasó las puertas que de otro modo hubieran siempre permanecido cerradas para un indio. Conoció, desde los zaguanes, desde las cocinas, desde los patios en que aguardaba a su amo, la casa de los ricos; aprendió los vericuetos de los edificios municipales y entrevió los salones de los casinos. Le hubiera gustado acercarse y escuchar las pláticas de los señores, ahora que entendía su idioma.

Pero si Winiktón se hubiese acercado a la tertulia de don Adolfo y sus amigos le hubiera sido difícil seguir el hilo de la conversación; tan rápida y atropelladamente comentaban todos el gran acontecimiento: la llegada a Tapachula del presidente de la República.

—Para recibirlo habrá que echar la casa por la ventana.

—Dicen que no es amigo de lujos.

—¿Y nuestra categoría? No podemos ser menos que los demás. En Huixtla pusieron arcos triunfales desde la estación del ferrocarril hasta Palacio.

—¿Y qué me dicen de la zona fría?

—Ahí es por miedo; como tienen el agrarismo encima y por órdenes del señor presidente están repartiendo los ranchos…

—¿No nos irá a tocar nuestro turno?

—No hay riesgo; el cultivo del café no es costeable más que en grandes extensiones. Además ¿quién nos disputa la propiedad de la tierra? No se la hemos arrebatado a los indios.

—Por fortuna los indios sólo están aquí de paso.

—Y ni cuándo decidan quedarse.

—No aguantan el clima.

—¡Moción de orden, señores, nos estamos apartando del tema!

—Las muchachas deben ir vestidas con trajes típicos.

—Sus hijas, don Adolfo, pondrán la muestra, como de costumbre.

—Se impone un banquete en el Club de Cafetaleros.

—¿Y por qué no una jira al mar?

—Con tantas incomodidades…

—Es parte de la diversión. Además, dicen que el señor presidente es un hombre muy sencillo, muy tratable.

No del modo que los finqueros hubieran deseado. El presidente disponía de poco tiempo y no quería desperdiciarlo en homenajes sino emplearlo en audiencias; desde temprano la habitación de su hotel se abría a la avalancha de gente que quería hablarle. Grupos de campesinos, comisiones de trabajadores, viudas que querían

becas para sus hijos, solicitantes de empleos, aspirantes a puestos políticos. El presidente los escuchaba a todos con el mismo respeto, con la misma atención. Sus ojos verdes, tan sorprendentes en aquel rostro bronceado, interrogaban, descubrían, calificaban.

Los finqueros organizaron un precipitado conciliábulo.

—El señor presidente ha dicho que quiere conocer una de nuestras fincas.

Cada uno hubiera querido ofrecer la suya. Pero la prudencia los detuvo. ¿Cómo habilitar, en tan poco tiempo, una casa impresentable? ¿Dónde ocultar a la querida y a los hijos bastardos? ¿Cómo dar a las barracas de los peones el aspecto de una vivienda humana?

—Habría que llevarlo a La Constancia, don Adolfo.

El aludido sonrió, afirmativamente. He aquí cómo, parecía decir, sus costumbres morigeradas, sus hábitos de limpieza y orden, su fe en el progreso, sus virtudes de extranjero, en fin, hallaban pública recompensa.

El presidente visitó La Constancia. Con orgullo, el dueño exhibió ante él la maquinaria que beneficiaba el café y los grandes plantíos en sazón. La comitiva visitó los enormes terraplenes en que se secaba el grano y las bodegas de almacenamiento. Don Adolfo espiaba la aprobación de los visitantes y, al obtenerla, enrojecía de placer.

Durante la comida la conversación derivó hacia las nuevas leyes decretadas por el gobierno. Éste era el momento que don Adolfo aguardaba. Como algo fuera de programa propuso que, para ayudar a la digestión, hicieran un recorrido por las secciones de la finca reservadas a sus empleados.

El presidente y sus acompañantes conocieron los galerones que servían de dormitorio, la cocina en actividad y la escuela.

—Procuramos cumplir con sus mandatos, señor presidente —dijo don Adolfo—, hasta donde nuestros medios nos lo permiten.

Incómodos dentro de sus vestidos domingueros, los chamulas se ofrecían a la curiosidad de los visitantes. El presidente volvió hacia ellos el rostro animado por una sonrisa afable. Durante unos minutos habló con lentitud, y escogiendo los giros más comprensibles, del esfuerzo que hombres como ellos tenían que hacer para igualarse con los demás mexicanos y para llevar una existencia digna y respetada. Pero ese esfuerzo, añadió, ya no sería estorbado y castigado, como antes, por los poderosos que querían seguir explotándolos. Ahora los indios contaban con el apoyo de las autoridades; se les haría justicia, se les restituirían las tierras de las

que eran los dueños primitivos y legítimos.

Los patrones asentían ostensiblemente, aunque en su fuero interno no dejasen de sentir un asomo de inquietud. La calmaban confiando en que promesas de político se las lleva el viento; y aquí, además, el auditorio, con su deficiente dominio del español y su costumbre de oír sin atender, no haría de estas promesas ningún caso. Acertaron, quizá, con los otros. Pero no con Pedro González Winiktón.

A Pedro se le escaparon muchas ideas y otras las recibió desfiguradas. Pero le impresionó vivamente oír en los labios presidenciales una palabra que despertaba en él tantas resonancias: la palabra justicia. Incapaz de representársela en abstracto, Pedro la ligó desde entonces indisolublemente con un hecho del que tenía una experiencia íntima e inmediata: el de la posesión de la tierra. Esto era lo que el ajwalil había venido a anunciarles. Y en el apretón de manos con que el presidente se despidió de cada uno de los congregados Pedro vio el sello de un pacto.

Fue un día memorable para todos. Los patrones comentaron, durante semanas, sus incidentes, calculando las ventajas y desventajas que podía traerles la política presidencial y las maneras de sacar el mayor provecho de unas y evitar, hasta donde fuese posible, las otras.

En Pedro las huellas de la entrevista no se borraron ni cuando, por primera vez, fue con sus compañeros a la zona roja de Tapachula.

Los indios llegaron en grupo, envalentonados por el número y el alcohol, riendo y empujándose.

Barrio miserable, calles polvorientas en que el aire hacía furiosos y breves remolinos. Arriba de los tejados cabeceaban, con un rumor continuo, las palmeras.

En los quicios, en las ventanas, mujeres toscamente pintadas sonreían con fatiga, mascullaban frases de invitación.

Pedro las observaba al pasar, con furtivo interés, con la desconfianza con que se observa a los animales de especie diferente. Esperaba la respuesta de las ladinas de Ciudad Real: el brusco desdén, la carcajada burlona. Pero nada de eso ocurrió. Por unas cuantas monedas cualquiera de estas mujeres entregaba su cuerpo al abrazo rápido y brutal de los chamulas.

Pedro apoyó la cabeza en el regazo femenino, apaciguado. ¡Que diferente de la de su esposa, tensa y siempre defraudada, esta carne dócil, humilde para recibir el placer, generosa y hábil para darlo! Su encuentro fue sin palabras, sin ese juramento con que Catalina

reclamaba la eternidad.

Después de esa noche Pedro ya pudo adivinar, bajo la apariencia orgullosa de las mujeres blancas (de todas, aun de las de Ciudad Real), la avidez secreta, la crispación del instante supremo en que toda máscara se funde, el desordenado reposo final. Ya no eran aquellos seres míticos hechos de una sustancia diferente a la suya. Hembras, sí, hembras, barro que la mano del varón moldea a su antojo.

Tales descubrimientos dieron a Winiktón una perspectiva diferente de las cosas. Ya no se sentía inferior a nadie y para proclamar su igualdad abandonó la ropa de manta para vestir pantalones y chompas de mezclilla; sustituyó los caites por zapatos corrientes y, con un dinero obsequiado por don Adolfo, pudo comprarse un reloj.

Era costumbre de los enganchadores regresar a sus parajes luciendo sus adquisiciones. Desde lejos anunciaban su presencia tocando en un acordeón nuevo una música triste y monótona que, de cuando en cuando, rompían con un alarido de gozo y exultación.

Las familias, atraídas por el estrépito, abandonaban jacal y faena para ver a los recién llegados. Los niños palmoteaban de gusto por el aire de fiesta que latía en el ambiente. Pero los hombres volvían el rostro con falsa indiferencia y las mujeres torcían la boca con franca desaprobación.

Unas semanas después la tribu había absorbido nuevamente a los enganchados. Un día guardaban los zapatos en el cofre porque los lodazales de Chamula y los accidentes de sus cerros hacían necesario un calzado más resistente. Otro día exhumaban el calzón de manta y el chamarro de lana, porque les resultaba incómodo distinguirse de los demás por la indumentaria. El acordeón, el reloj, se vendían para adquirir objetos más útiles y perentorios. De su lengua, de su memoria, iban borrándose, poco a poco, las palabras españolas hasta desaparecer.

Pedro, que al regresar volvió a su rango de pasada autoridad, cedió rápidamente a la presión de su grupo y en ningún signo externo se notaba en él rebeldía contra las tradiciones o criterio independiente para juzgar los hechos o “aladinamiento”. Pero, a escondidas —igual que Catalina ejercía sus poderes de ilol—, Pedro repasaba sus cuadernos, repetía las lecciones de sus libros y recordaba, con minuciosa aplicación, lo que había aprendido en Tapachula.

En las conversaciones con los principales Pedro habló del presidente y de sus promesas de justicia. Los demás lo escucharon

con impaciencia y malestar. Porque la vida de los chamulas era trabajosa, pero de los sufrimientos heredados y transmitidos a sus hijos ellos ya conocían la rutina. Y he aquí que, de pronto, este hombre les decía una palabra nueva que significaba grandes trastornos. Decir justicia en Chamula era matar al patrón, arrasar la hacienda, venadear a los fiscales, resistir los abusos de los comerciantes, denunciar los manejos del enganchador, vengarse del que maltrata a los niños y viola a las mujeres. Decir justicia en Chamula era velar, día y noche, sostenido por la promesa de un hombre remoto cuya buena fe ninguno había probado aún. Era preferible callar.

—Pero yo lo he visto —insistía desesperadamente Winiktón—; yo soy testigo y fiador de que lo que dice el gran ajwalil es valedero.

Xaw Ramírez Paciencia carraspeó antes de responder.

—Es bueno, hijo mío, que guardes estas noticias para tiempos más oportunos, para el tiempo de su sazón.

Los demás asintieron gravemente. Los viejos se retiraron de allí embargados por una cólera sin nombre y sin salida. ¿Qué había dicho este advenedizo, este Pedro? Que los trabajos que ellos habían padecido serían exención y desagravio para las generaciones venideras. ¿Acaso su condición era, pues, circunstancia azarosa y remediable? No, era destino, mandato de las potencias oscuras, voluntad de dioses crueles. ¡Qué burla a sus creencias, qué mofa a su vida, a sus virtudes humildes, a la sumisión que ahora despojaban de sus méritos si Pedro hubiera dicho la verdad!

Sólo los jóvenes, cuyo brío no había sido aún totalmente refrenado, conservaron de aquellas pláticas una inquietud, una semilla que, para germinar, tendría que romper la dura costra de la inercia y la conformidad.

VII

DOÑA Mercedes Solórzano mantenía cerrada su tienda desde algunos meses antes. El verdadero motivo por el que Leonardo Cifuentes se la instaló en uno de los cuartos exteriores de su propia casa, que no fue lucrar sino conseguirse bajo esa mampara transitorias mancebas entre la servidumbre humilde y aun entre las indias, había dejado de tener vigencia. Leonardo no se había corregido de sus devaneos. Pero ahora todo su interés, toda su atención estaban orientados hacia una sola mujer a quien se conocía por el mote de *la Alazana.*

La situación de la alcahueta se afirmó con este cambio porque había sabido ser indispensable para llevar a buen fin los manejos de Cifuentes. ¿A quién mejor se podía recurrir que a la experiencia de doña Mercedes? Pues se trataba de una intriga, entre personas de pro, y era preciso actuar con disimulo. Había que ocultar los hechos a la suspicacia de Isabel, que no soportaría con la misma paciencia las efímeras aventuras de su marido con quienes eran sus inferiores que la rivalidad con quien era su igual. Y había que tener cuidado para no provocar los recelos del esposo de *la Alazana.* Tal vez se exageraban las precauciones. La gente que viene de otras partes, los hombres que han rodado tierras —como ese Fernando Ulloa—, suelen no ser tan puntillosos en cuestiones de honor como los señores de Ciudad Real.

La misma *Alazana,* que había distinguido con su amistad a doña Mercedes (dando así un índice de la plebeyez de su ánimo) se quejaba de la indiferencia de Fernando. No tenía pudor en confesar que, apenas dos años antes, habían huido juntos, enamorados, hasta atreverse a desafiar la oposición de la familia y los prejuicios sociales. Después legalizamos nuestra vida, se apresuraba a añadir *la Alazana.* Pero doña Mercedes Solórzano, que conocía tan bien el mundo, no hubiera puesto una mano en el fuego para sostener la veracidad de esta aseveración. Se guardaba muy bien de exteriorizar sus conjeturas. Sonreía, haciendo brillar las incrustaciones de oro de sus dientes, inquiría con habilidad,

provocaba la nueva confidencia. Para después dar cuenta íntegra de su conversación, tinta y papel, tal como se lo exigía Cifuentes.

—Hemos pasado muchos trabajos juntos, Fernando y yo. No me pesa. Yo estaba conforme porque nos queríamos. Pero ahora le han entrado no sé qué ambiciones. Cada día noto más su despego. Ya no se fija en mí.

—¿Y por qué no lo deja usted, niña? —insinuaba la alcahueta—. Para una mujer de su condición no es bueno eso de andar de aquí para allá como una guacha. No en balde dicen que guijarro que rueda no cría moho.

—No sé, no lo he pensado. ¿Y qué iba a ser de mí si dejaba yo a mi marido? A casa de mis padres no puedo regresar.

—Le sobrarían arrimos, niña. Miren quién, tan galana…

El mohín de disgusto de *la Alazana* (no muy enérgico, no como de quien trata de poner a salvo su honra, sino más bien como del que siente herida su modestia) no permitía terminar el elogio de doña Mercedes.

—Dejate estar —cavilaba la alcahueta—. Yo sé lo que vas tanteándote. Que Leonardo te sanee un capitalito para que cuando tu coima quiera levantar el vuelo no tengás necesidad de irte con él. Y buen ojo de plata es el tuyo. Porque dinero es lo que hincha los riñones de este Cifuentes. Sólo falta que esté en disposición de dártelo. Sí, ya sé que ahora te lo ofrece porque está contigo de "dónde pongo este santo que no le dé el viento". Bien se mira en eso que vos no has querido concederle nada. Pero de ahí a hacerse de una obligación hay mucho que andar. En fin, mujer, hacé tu lucha que nada se pierde.

Y *la Alazana* hacía su lucha con probabilidades de ganar la partida. Porque Leonardo estaba lo que se dice picado por ella. Como no podía hacer más por lo pronto se conformaba con que las primicias de todo lo que venía de las fincas, el aguardiente añejado en sus fábricas, antes anduviera el camino de la casa ajena que el de la propia.

Éstos eran los únicos presentes que *la Alazana* aceptaba. Rechazaba siempre, con alguna broma graciosa para paliar la dureza de su negativa, las alhajas, las telas finísimas de las que doña Mercedes era portadora. Pero no resultaba fácil desanimar a la alcahueta, sobre todo cuando detrás de esos dengues se traslucía un espíritu codicioso y no muy firme para resistir las tentaciones.

La insistencia de doña Mercedes triunfó por primera vez al ofrecer un perraje de Guatemala, preciosa seda bordada con dibujos multicolores, que *la Alazana* recibió, no sin antes advertir:

—Dígale usted al señor Cifuentes que no quiero desairarlo, únicamente en consideración a la amistad que le demuestra a mi esposo. Que estrenaré este chal en el baile de la noche.

¡Ese famoso baile! Antes de que ocurriera ya había provocado la inquietud y la murmuración en Ciudad Real. Porque era la primera vez que los Cifuentes abrían su casa en una fiesta. El retraimiento había obedecido hasta entonces a dos causas: la hija única de Isabel, Idolina, guardaba cama desde hacía años, inmovilizada por una parálisis que los médicos no acertaban ni a diagnosticar ni a remitir. Por lo demás, el hecho de que los Cifuentes manifesta era tan públicamente su regocijo era, en ciertocierto modo, una provocación. Pues no podía escapar a su perspicacia que si eran saludados, admitidos en el círculo de algunas familias de Ciudad Real —las buenas familias— era únicamente gracias a su fortuna, cada vez más opulenta. Deslumbrados por el brillo del oro muchos no veían ya la turbiedad de los orígenes de Leonardo. Procuraba olvidarse también el escándalo de su boda, la segunda de Isabel Zebadúa. Pero los favorecidos deberían tener siempre presente que la benevolencia de que disfrutaban, una benevolencia tanto más extraordinaria en una sociedad que se pagaba de su rigidez, no correspondía a sus méritos.

Doña Mercedes aconsejó en muchas ocasiones a Leonardo: hay que ser prudente, no ostentar la riqueza, no hacer alarde de la ventura. Porque la envidia tiene boca y habla. Y cuando, como en este caso, hay sucias historias que contar…

Pero Leonardo había perdido, de pronto, el justo sentido de las proporciones. Alentado por los sucesivos golpes de suerte, afanoso de adornarse ante *la Alazana* de un prestigio más, el de rumboso, se empeñó en que la celebración de aquel baile excediera a cuanto se tenía acostumbrado. Contrató a las mejores marimbas de Ciudad Real, pero también hizo traer a la banda de música de viento de Acala. No le bastaron las flores de los planteles de la comarca, pues mandó que se acarreasen tanales de Comitán y flamboyanes de Tuxtla. El banquete iba a prepararlo una guisandera afamada a quien se trajo especialmente del Soconusco.

Lo natural hubiera sido que la vigilancia de todos los detalles —desde hacer que los semaneros asearan el jardín hasta ordenar a las criadas que sacasen brillo a los llamadores de las puertas— recayese en Isabel. Pero a falta suya tuvo que encargarse doña Mercedes. Porque Isabel iba y venía ajena a los preparativos de un acontecimiento al que se opuso desde el principio. Cuando se convenció de que su voluntad había sido contrariada por la de

Leonardo, Isabel, demasiado orgullosa para descender a los reproches, se refugió en un silencio total. Permanecía encerrada en el cuarto de costura, bordando ante el bastidor. Y ni siquiera la curiosidad la obligaba a levantar la vista cada vez que una salera entraba al cuarto, presurosa, para cumplir tal o cual recomendación de doña Mercedes. A la hora de comer —única en que el matrimonio se reunía— las frecuentes interrupciones de Leonardo, que aludían siempre a la fiesta, no desviaban a Isabel de la tranquila y rutinaria línea de su conversación.

Pero sostener esta actitud le estaba exigiendo un esfuerzo para el que Isabel no tenía la energía suficiente. En cada respiración estaba ahogando un sollozo de rabia impotente, un alarido de dignidad pisoteada. Para evitar las preguntas de los extraños Isabel se aislaba, evitaba hasta la proximidad de su hija. Y, a solas, daba rienda suelta a su despecho en febriles y estériles desvaríos que no la conducían sino a resoluciones extremas cuya violencia misma las tornaba imposibles. Porque Isabel, a pesar de la momentánea rebeldía insuflada en ella por el furor, era, por temperamento y por convicciones, un espíritu sumiso cuyo hábito era resignarse, cuyo vicio era perdonar.

Leonardo, en cambio, no había recibido casi, sobre el brío de su naturaleza, el sello de los prejuicios de una clase a la que sólo ingresó por adopción. Su carácter de advenedizo le dio un punto de vista crítico. Y cada vez que sus deseos entraban en conflicto con las normas que la sociedad proclama como intangibles Leonardo pasaba por encima de ellas dando preferencia y satisfacción a sus deseos. Gracias a tal sistema Cifuentes podía considerarse, a los cuarenta y tres años de edad, dichoso. Y mañoso también, agregaba con un guiño picaresco. Porque la maña me da lo que la suerte me niega.

A veces sus mañas habían llegado, según afirmaciones de los malquerientes, a constituir verdaderos delitos. Pero, otra vez la suerte, nadie se atrevió a acusarlo. Y la sospecha añadió a la personalidad de Cifuentes una equívoca aureola de “hombre arrecho” que amansaba a los otros hombres con los que mantenía trato y rendía a las mujeres a las que rondaba.

Tal cúmulo de coincidencias fortaleció poco a poco en Leonardo la certidumbre de la incontrastabilidad de su potencia y de la licitud de sus caprichos, certidumbre que aceptaba sin examen e imponía sin consideración. Ningún temor religioso, ninguna idea moral, ninguna reflexión intelectiva encauzaba aquel impulso ciegamente despeñado. Y Cifuentes aún era capaz de suponer, en la vasta

ingenuidad de su egoísmo, que aquellos a los que pasaba atropellando no iban a volver en contra suya su rencor sino su gratitud.

De ahí que fuera la sorpresa su reacción inicial ante la falta de interés con que su esposa presenciaba la realización de un proyecto en el que Leonardo había puesto tanto entusiasmo. No con ánimo conciliador sino sarcástico se acercó a Isabel la mañana misma de la fecha en que el baile iba a efectuarse.

Bordaba Isabel cuando su marido entró en el costurero. A pesar de los ademanes con que procuró hacer ostensible su presencia Isabel fingió no haberla notado. Pero no pudo seguir su fingimiento cuando la voz, deliberadamente obsequiosa, intolerablemente hipócrita de él, invitó:

—Espero que esta noche nos honrarás con tu asistencia.

Los dedos de Isabel se crisparon en torno al bastidor. Leonardo insistía.

—Porque supongo que ya te habrás enterado de que esta noche doy una fiesta en mi casa.

Bien podía replicar Isabel a ese “mi casa” tan posesivo como inexacto. Pero una contracción de ira le apretaba la garganta.

—A propósito, quería yo agradecerte las molestias que te has tomado. No dudo que gracias a ellas el baile será un éxito.

Isabel había dejado escapar la oportunidad para exigir una reivindicación. Ahora tendría que defenderse, comprobar que no había faltado a sus deberes de dueña de casa. Acaloradamente improvisó una disculpa.

—No necesitabas de mí. Ahí está doña Mercedes.

Pronunció este nombre aborrecido con el infantil resentimiento de quien ve su lugar usurpado por otro.

—No te importa si tengo o no quien te supla. Tu obligación como patrona…

—¡Yo como patrona no estoy obligada a agasajar a tu querida!

Por primera vez esta palabra —“querida”— manchaba los labios de Isabel. Porque todos los otros escarceos de Leonardo, tan fugaces, no merecieron siquiera un título. Y ahora que Isabel se lo daba a *la Alazana* lo hacía con el temblor del que está convirtiendo un indicio, nebuloso y ambiguo, en un hecho consumado.

—¡Celosa tú, Isabel!

Cifuentes lo constataba con incredulidad, no porque lo irreprochable de su conducta lo hiciera absurdo, sino porque la edad de su mujer lo volvía ridículo. Pero Isabel no captó este matiz en la entonación de Leonardo, atenta sólo al significado de sus

frases. Y, excesivamente ansiosa por dejarse convencer de lo contrario, aventuró:

—Como si tú no me hubieras dado motivo para celarte…

—Sí, te he dado motivos. Por eso me extraña que ahora que no tienes ninguno…

—¿Me vas a negar lo que he visto? ¿Que estás que bebes los vientos por esa mentada *Alazana?*

Lo que el apodo tenía de malévolo puso fuera de sí a Leonardo. Arrebató a Isabel el bastidor en el que se escudaba.

—*La Alazana,* como le dicen las sirvientas y la gentuza de la calle, tiene un nombre: doña Julia Acevedo. Y es esposa de un hombre respetable, amigo mío, a quien no sería yo capaz de afrentar.

La rapidez con que Leonardo salió en defensa de la extranjera enardeció a Isabel hasta obligarla a proferir, puesta de pie, lívido de rabia el semblante, esta frenética acusación:

—Sería la primera vez que te conociera yo tan escrupuloso. Conmigo no fuiste así.

Desconcertado por la brusquedad de la acometida, Cifuentes no acertó más que a conminar:

—¡Cállate! El caso era distinto.

—Sí, distinto, porque Isidoro, mi marido, óyelo bien, mi marido, no lo que tú fuiste después para mí, era más que tu amigo, era tu hermano. ¿Quién, sino él, te recogió y obligó a sus padres a que te dieran asilo en su casa, porque tú no eras más que un huérfano y las monjas te maltrataban y te dejaban sin comer…?

Pero Cifuentes ya había recuperado su aplomo y la injuria no le hizo mella. Con un dejo irónico respondió:

—Deberías sentirte orgullosa, Isabel. Por ti no me dolió pasar por encima de los deberes que me imponía la gratitud, la amistad, hasta la misma decencia. Enamoré a la esposa de Isidoro Cifuentes mientras Isidoro Cifuentes vivía. Y me casé con su viuda antes de que ajustara el plazo de su luto.

En la pregunta de Isabel agonizaba una última esperanza:

—¿Por qué lo hiciste, Leonardo?

Cifuentes se encogió de hombros para despojar de su importancia a aquella interrogación, para no dar una respuesta.

—¡No lo sabes! Pero yo sí lo sé. Te tentó la codicia. Isidoro era rico.

Como quien se reviste de paciencia para explicarle a un niño, o a un imbécil, el hecho evidente a los ojos de cualquier persona normal, Leonardo dijo:

—Has tenido siempre un tino admirable para no comprender mis razones. Me malinterpretaste desde un principio. Creíste que la mejor manera de mantenerme atado a tu pretina era cerrar la bolsa que heredaste. Un gran error. Yo también soy rico, Isabel. Y para enriquecerme no necesité tocar un solo centavo de tu herencia.

Con amargura, Isabel tuvo que reconocerlo.

—También eres feliz. Y no necesitaste nada de lo que yo te podía dar para serlo.

Leonardo esbozó un ademán, casi genuino, de asombro.

—¿Te diste cuenta, Isabel? Tendrás que perdonarme. Hice lo posible por disimularlo, pero…

Isabel cortó en seco esta burla.

—Así que mataste a Isidoro Cifuentes por nada.

Leonardo tardó un instante, sólo un instante, en contestar. Ninguno de los músculos de su expresión se había alterado. Pero en ese instante de silencio Isabel vio, patente, el signo de su culpa.

—Lo dicen los chismes del pueblo. Y también lo dices tú. Pero si fuera verdad no estaría yo aquí, sino bien potreado en una cárcel. La muerte de Isidoro fue una desgracia. Nadie puede probar lo contrario.

Exasperada, Isabel gritó:

—¿Y quién fue testigo? Tú. La pistola era tuya, se la estabas mostrando. ¿Quién iba a pensar que estuviera cargada? Una pistola nueva, que todavía ibas a estrenar. Apuntaste por juego, aquí, en el corazón. Y se te fue el tiro. ¡Una desgracia! Yo digo que fue un crimen.

Con estudiada calma, Leonardo movió uno de los sillones del costurero. Se sentó, cruzó la pierna; extrajo, del atado de cigarrillos que guardaba en la bolsa del chaleco, uno; lo prendió; fumó a grandes bocanadas. Hasta después dijo, como quien ha llegado a la conclusión de un argumento muy peregrino:

—Y lo descubres ¿cuántos años después, Isabel? No, no los cuentes. Te entristecerías. Pero todo ese tiempo has convivido con un asesino, con el asesino de tu primer marido. Las autoridades no creerían en tu inocencia. No vacilarían en condenarte por cómplice.

—¿Y qué me importa? ¿Crees tú que no preferiría yo cualquier cosa a este infierno?

¡Pobre Isabel! Tan exagerada siempre. ¿Qué tenía de infernal esta vida? Leonardo la encontraba bastante aceptable.

—…y con tal de seguir tus veleidades no te importa pasar por encima de la salud de tu hija.

Leonardo la interrumpió con un gesto de fastidio.

—Por favor, Isabel. Idolina es hija de tu primer matrimonio. No confundas las fechas y trates de endosármela.

Isabel contempló a su marido con una fijeza acusadora.

—Tú la odias. Quisieras verla muerta, lo mismo que a Isidoro.

Leonardo hizo una mueca que no llegó a cuajar en sonrisa.

—¿Por qué había de odiarla?

—Por lo que ella sabe.

—Ella no sabe nada. Cree lo que tú le has inculcado.

—Puede hablar, denunciarte…

—¿A quién? Desde hace años está clavada en su cama. No tiene amigas, no la visita nadie.

Y luego, más lentamente, como si esta posibilidad se hubiera constituido alguna vez en objeto de su preocupación:

—Aunque hablaras, nadie iba a dar oídos a una criatura desequilibrada por la enfermedad y el encierro.

El cigarro de Leonardo se había consumido. Lo arrojó sobre la alfombra y lo pisoteó. Después se puso de pie.

—Ahora, Isabel, vuelvo a rogarte que nos honres con tu asistencia al baile de esta noche. No faltará ninguno de los apellidos más granados de Ciudad Real. No me conviene dar el espectáculo de un hogar deshecho por las rencillas ni el de una mujer que no cumple sus deberes.

Y, no para compartir el proyecto que desde meses atrás, desde la llegada de *la Alazana* precisamente, venía inquietándolo, sino para pavonearse con la vistosidad de un nuevo plumaje, para deslumbrar, añadió:

—No me conviene para mis aspiraciones políticas.

Cuando Leonardo se hubo marchado Isabel permaneció un momento inmóvil. Después automática, servilmente, se inclinó hacia la alfombra para borrar la mancha de ceniza dejada por el cigarrillo. ¡Qué diría don Alfonso Cañaveral si entraba aquí durante el baile de la noche! Tan exigente como era para la limpieza.

Con este gesto tan simple Isabel estaba ya, de un modo tácito, dispuesta a obedecer a su marido atendiendo a los invitados. Era previsible tal cambio de actitud. La escena anterior la había dejado exhausta. A pesar de sus esfuerzos por ignorarlo empezaba a invadirla un malestar: el arrepentimiento. Le parecía entonces más ardua de cumplir una decisión tomada bajo otros estados de ánimo. Y de todo lo que dijo Leonardo una sola frase, la final, alimentaba su memoria. Al hablar de sus aspiraciones políticas ¿no estaba dando una velada satisfacción al celoso reclamo de Isabel? Ella prefirió interpretarlo así. Aunque la política no era ya menester en

que los señores ennoblecían sus ocios y despilfarraban sus haberes. Desde que la gubernatura del estado pasó de Ciudad Real a la tierra caliente cualquier improvisado de la costa, cualquier acomodaticio de Comitán podía ostentar un nombramiento. Los motivos de Leonardo eran otros. Pero Isabel no le exigía fidelidad sino disimulo. Ella misma colaboraría a la ocultación de los motivos verdaderos fingiendo creer en los falsos.

Isabel se reprochó a sí misma por haber hecho juicios temerarios sobre *la Alazana.* ¿Qué había de reprobable en su conducta? Esa libertad de andar sola por las calles bien podía ser inocente. Andaba sola y destrenzada como… sí, eso es, como una yegua. Por algo le pusieron el apodo.

Ante la perspectiva de conocer a una mujer extraña, de costumbres equívocas, a una "fascinadora de hombres", Isabel sintió un aletazo de expectación.

Fascinadora de hombres… eso he de haberlo leído en alguna novela, pensó Isabel. Con razón las prohíbe Su Ilustrísima. Y si Leonardo visita a esa mujer no es por ella, es por el marido. Tienen negocios, creo. Y aunque no los tuvieran. Los hombres no saben estarse encerrados, prendidos de la pretina de su mujer. Y menos cuando en la casa no hay criaturas para reírles sus gracias, para festejarles sus alcances.

Porque Dios había mostrado su inconformidad con este matrimonio no concediéndole hijos. Estaba Idolina, la hijastra, a la que Isabel mimaba en secreto para que Leonardo no fuera a decir que en ella estaba queriendo a Isidoro.

Isabel procedía con la misma cautela que una novia. Pues aunque hubiesen transcurrido, ¿cuántos años de vivir juntos? (siempre se enredaba en los cálculos), Leonardo seguía siendo para ella un enigma. Nunca, ni cuando la pasión los ató con un nudo tan ciego, se pertenecieron entrañablemente el uno al otro. Y la gran sed que en ella despertó aquel hombre jamás fue saciada.

El demonio abandona a los que seduce, solía sentenciar Su Ilustrísima, don Alfonso, tratando de disuadir a su hija de confesión de una alianza que no le era conveniente. Isabel se acusó ante el obispo de los primeros movimientos de su alma hacia la tentación de adulterio representada por Leonardo. Lo dijo así, vagamente, sin precisar —¿cómo se precisa?— la intensidad vertiginosa con que se apoderaba de ella el mal pensamiento. (Apaciguaba sus escrúpulos considerando que los sacerdotes tienen la obligación de suplir con su malicia lo que nosotros omitimos con la nuestra.)

Malos pensamientos —¡si yo fuera libre!— tan obsesionantes

que a veces Isabel se sorprendía mirando a su alrededor como si el estruendo de estas palabras hubiera traspasado su cerebro y estuviera delatándola. Y después, cuando trajeron el cadáver de Isidoro…

Por primera vez Isabel tuvo a la muerte frente a sí. Pero no era tan horrible, no era tan solemne como ella había temido. El rostro de Isidoro tenía una expresión de tranquilidad, de descanso, de beatitud. La bala no lo había desfigurado. Un agujero casi imperceptible en la mitad del pecho; una mancha redonda y breve de su sangre. Y otra, igual, en la palma de la mano derecha. Por el ademán que hizo al sentirse herido.

Tal vez la gente empezó a sospechar el crimen desde entonces. Isabel no lo supo. Ninguno de sus allegados lo era a tal punto que se atreviese a repetir tales rumores delante de ella. Pero en el confesionario Su Ilustrísima, don Alfonso, escarbaba: ¿no incitaste tú a Leonardo con promesas culpables?

—No, monseñor, no, monseñor —Isabel podía negar a boca llena porque entre los dos nunca se cruzó una palabra que fuera necesario mantener oculta. Era el silencio, ese silencio palpitante, magnético, anunciador; era una inminencia terrible. Angustia. Una angustia que Isabel no hubiera cambiado por la felicidad más total.

Los sermones del señor obispo en aquella cuaresma versaron sobre las postrimerías: muerte, juicio, infierno. Los describía con unas imágenes tan vívidas, con unos rasgos tan espantosos que las ejercitantes, retorciéndose las manos de miedo, publicaban a gritos sus faltas, demandaban, llorando, la absolución. Sólo Isabel, hincada en su reclinatorio, recorría con dedos distraídos las cuentas de su rosario.

Se murmuró que Leonardo la pretendía. Ella negaba con un movimiento de cabeza pero su negativa la semejaba más a una novia esperanzada que a una viuda inconsolable. ¿Y por qué tenía que ser una viuda inconsolable? Era joven aún, era sana. Isidoro se pudría en la tierra, se borraba en su memoria con la misma rapidez con que se borra un sueño.

De la existencia rotunda, insultante casi, de otros seres (de Leonardo, por ejemplo) no disfrutó jamás Isidoro. Neurasténico, taciturno, atormentado, ansioso. Tal vez no murió en un accidente; tal vez se suicidó en uno de aquellos accesos de melancolía que, siempre más prolongados e intensos, lo torturaban.

Isabel era quien menos debía divulgar esta suposición. Pero ¿no la instaba acaso el deber moral si la maledicencia se cebaba en el buen nombre de Leonardo? En consulta con su confesor se le

prohibió terminantemente que aludiera al asunto. La fama de los finados es intocable, dijo Su Ilustrísima. Los vivos bien pueden defenderse. Y no te preocupes por Leonardo Cifuentes. Él solo se basta y sobra.

Se empeñaron todos en incriminarlo. Y allá, muy en secreto, Isabel también desconfiaba de su inocencia. Pero no quería sentirse ligada con el crimen y menos aún admitir que había sido el móvil. Espíritus como el suyo no tienen la fuerza suficiente para cargar el peso de una culpa ni la gravedad de un remordimiento. Buscó entonces en el pasado para encontrar otra raíz a la acción de Leonardo. Topó con la envidia. ¿No es natural que se separe a dos que se han criado juntos si uno de ellos es el que goza de todos los privilegios mientras que el otro ocupa siempre el segundo lugar? El mismo Caín de las Escrituras procedió así contra su hermano Abel por la desigualdad del trato que se les daba.

Todos admiraron la magnanimidad de los padres de Isidoro al acoger a Leonardo como crianza de su casa. Pero después nadie fue testigo de las pequeñas mezquindades, de la perenne comparación entre el hijo legítimo y el adoptivo, en la que el último tendría que salir siempre perdidoso. No se puede tratar así impunemente a una criatura tenida por todos como de inteligencia tan despejada y sentimientos tan vehementes. ¡Quién sabe qué sangre corría por las venas del huérfano! Acaso sangre más noble, más soberbia que la de sus benefactores. ¿Y qué le habían dado, aparte del apellido? La rústica educación de un vaquero. Mientras que al otro, a Isidoro, le dieron una carrera liberal. No pudo terminarla, no tenía la cabeza muy firme. Y regresó sin ningún diploma que avalara sus años de estudiante en París.

Trajo, eso sí, un frac con la pechera fruncida de alforjas y la botonadura de brillantes. Lo llevaba puesto la noche de su declaración a Isabel. Ella aceptó mirando aquellas minúscula piedras.

Luego todo fue tan extraño… A los quince días de la boda, establecido ya en una de las fincas de su padre, Isidoro se encerró en su habitación, negándose a hablar con la recién casada. Con los ojos turbios de llanto, Isabel, reclinada en el barandal del corredor, miraba a Leonardo galopar por los potreros. Y ella hubiera querido correr hacia aquel hombre y suplicarle que la salvara de un destino tan aciago.

Isabel evocaba aún, con nostalgia, la época de su gravidez. Meses en los que el cuerpo, que había logrado ya la plenitud, se henchía de una sensualidad elemental hecha, más que de actos, de

enormes reposos. El lento balanceo de la mecedora; la resolana de la siesta; y el cabello suelto, en manos de aquella india que la peinaba y la peinaba con un peine de carey.

Allí, en la hacienda, nació Idolina. Para entonces Isidoro fingió la urgencia inaplazable de un viaje a Ciudad Real. Negocios, dijo. Pero Isabel, que ya había descifrado su carácter, supo que era un pretexto. Lo que Isidoro quería era huir del dolor que su mujer iba a soportar. Con la misma repugnancia se alejaba de los corrales cada vez que un becerro iba a ser marcado o que la gusanera de una res se curaba con creolina. Isabel lo miró partir con una sonrisa de desprecio. Hasta las consideraciones con que a veces la trataba Isidoro no era posible atribuirlas ni al esmero de su urbanidad ni a la hondura de su cariño. Era un hombre débil y eso lo explicaba todo. Y mujeres como Isabel no perdonan la debilidad. Aprecian como signo de hombría el fuete con que el macho doblega a la hembra y guardan el recuerdo de las humillaciones entre las reliquias del amor.

—Leonardo, ése sí que no se tienta el alma para arrastrar por la crin a la que se le resiste, a la que se le muestra indócil, o arisca, o caprichosa.

Leonardo en los sueños de Isabel, en las interminables divagaciones de aquellos interminables cuarenta días de su puerperio. La lluvia empañaba los cristales. Y allí, junto a la madre, diminuta, arrugada, roja, tiritando de frío, la hija.

Idolina, pronosticaron sus abuelos, será igual a Isidoro. Pronto dio señales de que la profecía iba a resultar verdadera. Cuando cumplió su primer año fue agasajada con juguetes, con regalos, con fiestas. Creyeron complacerla. Pero la excitación al contemplar en torno suyo tantos rostros extraños, de recibir tantos objetos nuevos, fue tal que la acometió una altísima fiebre y estuvo toda la noche delirando. Después, esta peculiar y morbosa manera suya de replegarse cada vez que una situación le parecía ya no hostil, simplemente extraordinaria, se volvió un hábito. Medrosa, insegura, la niña no se soltaba de la mano de Isidoro. Y cuando Isidoro tenía que ausentarse de la casa Idolina se enroscaba en el lugar donde una prenda de ropa, un libro abierto, un papel a medio escribir le hablaban del ausente. Se enroscaba allí, a llorar como un perrito abandonado.

No va a soportar la pena, dijo entre sí Isabel cuando depositaron en la sala el cuerpo de Isidoro. Procuró ocultar esta visión a Idolina. Pero la curiosidad infantil burló las precauciones de los mayores e Idolina asistió hasta el último pormenor del duelo. Sin una lágrima.

Con el mismo ceño de denodada atención con que ensayaba una escala difícil en el piano.

A los demás, a Isabel principalmente, pareció insólita esta actitud. Es que no entiende lo que ha sucedido, sentenciaron. Olvidaban que Idolina entendió muy precozmente de ausencia. Y ahora que la ausencia era definitiva no se le oyó jamás ni preguntar su causa ni lamentarla. Tampoco protestó cuando todos los objetos del uso personal del difunto pasaron a poder de los pobres. Y hasta meses después vino a reparar en el crespón de luto que entenebrecía el retrato de su padre.

Idolina se volvió hacia Isabel con un afecto doloroso, exigente, al que no le bastaría absorber la totalidad de la vida ajena. Isabel ya no pudo, de allí en adelante, dar un paso sin que lo siguiera la sombra de su hija. La impacientaba tal asiduidad y con desdenes, con mofas, procuraba alejarla de sí.

El nuevo matrimonio de Isabel alteró profundamente a Idolina. Durante semanas se negó a recibir ningún alimento. Enflaqueció hasta parecer esquelética. Y cada vez que se contemplaba en el espejo de su armario, sus ojos vidreaban de una maligna alegría. Isabel tuvo que rendirse, descender a las súplicas, servir ella misma los bocados. Idolina los esquivaba, terca en su voluntad de dejarse consumir.

Leonardo, poco hecho a melindres de mujeres, los tomó a escarnio. Ésta fue la primera grieta en su unión con Isabel. Por lo demás, excesivamente absorto en el trabajo, empleaba las horas de asueto en abyectas diversiones, con gente de la más baja ralea de Ciudad Real.

Isabel ocultaba, hasta donde era posible, los extravíos de su esposo. La única vez que se arriesgó a quejarse de ellos fue en el confesionario y no recibió el consuelo sino escuchó la reprimenda de quien harto le había advertido el yerro que iba a cometer. “El demonio abandona a los que seduce…”

La forzosa reserva emponzoñaba el corazón de Isabel. El veneno fue filtrándose en las pláticas con Idolina, primero al través de complicadas alusiones, más tarde en impúdicas confidencias en las que latía, oculto, un anhelo de mostrar la hondura de su desdicha para hacerse perdonar la traición.

¡Cómo saboreaba la muchacha, pues lo era ya, el relato de cada nuevo desengaño de Isabel! ¡Cómo iba grabándose en su mente ávida la imagen del hombre desaprensivo a cuya brutalidad, a cuyo voraz cinismo sucumbió Isidoro y fue inmolada Isabel!

Idolina no hacía más comentario que un leve monosílabo, lo

suficiente para no ahuyentar a la quejumbrosa con su indiferencia. Pero no daba otra señal de compartir sus agravios. Veía en Leonardo el instrumento de un castigo. ¡Y necesitaba tanto que Isabel fuera castigada!

Una noche invernal estaban la madre y la hija en el salón. Isabel había prendido un brasero para templar la atmósfera y se entretenía atizándolo con unas pesadas tenazas de fierro. A Idolina la irritaba el ruido breve pero repetido, rítmico casi, del metal. Respiraba, cada vez con más repugnancia, el aire envilecido por el calor. Después de un penoso y largo titubeo alzó la tapa del piano y comenzó a practicar, con rígida testarudez, un ejercicio.

—¡Bravo! ¡Bravo!

Era Leonardo, aplaudiendo, de pie en el umbral, con el torpe reto de los beodos. Aún no se desvanecía de su cara la mueca burlona que le sirvió para pronunciar aquellas exclamaciones. Idolina cerró ambos puños y los dejó caer con estrépito sobre las teclas. El odio la asfixiaba. Quiso abalanzarse sobre Leonardo, derribarlo, destruirlo. Giró con violencia en dirección suya, se puso de pie, avanzó unos pasos. Y de pronto se derrumbó, revolcándose, arrojando espuma por la boca, inconsciente. Cuando volvió en sí ya no pudo moverse sin ayuda.

Y después los días, los años iguales. Hasta hoy.

Afuera, en los corredores, en los patios y traspatios, hervían los preparativos para el baile. Cuchicheos, prisa, ligero deslizamiento de pies.

Un súbito resplandor, una lámpara encendida, disipó la penumbra del costurero.

Las campanas de Catedral sonaban a vísperas.

VIII

—Y ANDANDO de noche se les apareció el ijc'al.

Desde pequeña a Idolina le fascinó oír cuentos de espantos; exigía que se le contaran cuando la penumbra del atardecer transforma los objetos familiares en seres fantasmagóricos y cuando cada rumor es un misterioso aviso. Idolina presenciaba entonces, con un calosfrío de aterrorizado placer, las metamorfosis del yalambaqu'et, que va dejando caer sus huesos en el camino; las malignas travesuras del xuch ni' que asoma su nariz de alquitrán durante las conmemoraciones de San Andrés. Y las asechanzas del más terrible de todos: el ijc'al, hombrecillo negro que rapta a quienes encuentra solos en la oscuridad; si son hombres los decapita para usar sus cabezas como pilares de su casa; si son mujeres las fuerza y después de los meses de su embarazo dan a luz monstruos.

Pero esta vez, a pesar del esmero de la narradora, Idolina no había sido cautivada por el relato. En varias ocasiones dio muestras de distracción terminando por volver el rostro violentamente contra la pared, con ese gesto de impaciencia que tan bien conocían quienes la cuidaban. Su perfil, afinado por la enfermedad, se distorsionó al reflejarse sobre el muro por la luz espectral de las velas.

La narradora, una india de aspecto sumiso y vestida al modo de las mujeres de Chamula (el tejido tosco de lana, donde la oveja huele todavía), pareció no entender lo que aquel movimiento expresaba de disgusto, de fastidio. Con monótonas inflexiones repitió la última frase:

—Y andando de noche se les apareció el ijc'al.

Idolina se tapó las orejas. Su ceño se había fruncido. Las lágrimas, que no trataba de reprimir, arrasaron sus ojos.

—Callate, nana. No quiero oír más historias.

—Niña —suplicó la mujer con tímido reproche. Pero el tono de su voz no hizo más que exasperar a la enferma.

—¡No quiero! ¡Me estás atormentado!

La nana se apartó del lecho y fue a enroscarse en uno de los

ángulos de la habitación. Idolina no cesaba de observarla y cuando estuvo cierta de que había dispuesto permanecer en aquel sitio y en aquella actitud, se querelló:

—¿Por qué me dejaste sola?

La india iba a ponerse de pie para regresar junto a su ama. Pero se contuvo, alcanzando a quedar de rodillas.

—Todo te aburre. Estás muy chinaj.

La enferma se incorporó sosteniéndose con el codo derecho sobre las almohadas; se pasó el dorso de la mano que le quedaba libre por la frente como para borrar el gesto de malhumor. Sus labios se curvaron en un mohín conciliatorio.

—Vení.

La india movió la cabeza negativamente.

—¿No vas a venir, nana?

Había más incredulidad (la incredulidad de quien es obedecida hasta en el más insignificante de sus caprichos) que reconvención en esta pregunta. Pues Idolina había advertido la incertidumbre que embargaba el ánimo de la sierva. Respiraba anhelosamente. Pero no acudió.

—Mirá cómo salta tu corazón entre la camisa. Le está cayendo sangre.

—Niña —respondió por fin la mujer—, te has portado muy mal conmigo. No voy a ir.

—Está bien —admitió despreocupadamente Idolina—. Entonces voy a ir yo.

El anuncio fue suficiente para que la india corriera, enredándose en los pliegues del tzec, a detener a su patrona. Pero no logró evitar que apartase las sábanas que la cubrían y se sentara al borde del lecho. Sus piernas desnudas, excesivamente blancas y delgadas, pendían sin tocar el suelo.

—Niña, por Dios, te vas a pasmar.

Pero la muchacha se burlaba de los temores de la india y hacía a un lado, con bruscos ademanes, los lienzos con los que intentaban protegerla de los rigores de una temperatura no caldeada ni por el brasero que ardía mansamente en un rincón.

La nana dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo con la lasitud de la impotencia. Ante sí las colchas se apilaban en un informe montón al que las sombras prestaban proporciones grotescas.

Asida a uno de los pilares de la cama Idolina se paró, hundiendo los pies en la alfombra. Acechaba el perdón en el rostro de la india. Para apresurarlo cogió la punta de su trenza y fingió besarla.

La nana no trató de esquivar la caricia. Dijo, con una burla

cariñosa:

—Que te compre el que no te conozca.

—¿Y a quién salí? —replicó prontamente la muchacha—. Vos me criaste; vos me malcriaste.

Había entre las dos ese trato que entre ama y criada sólo establece una larga dependencia por una parte y una tierna lealtad por la otra. Su relación era un juego de concesiones e imposiciones recíprocas cuyo mecanismo había perfeccionado una intimidad exclusiva.

—Bueno; vamos a sosegar.

La nana había recogido las ropas volviendo a colocarlas en su sitio. Después de mullir los cojines, dijo:

—Ya podés acostarte.

Pero Idolina no atendía. Apoyada aún en la columna prestaba oídos a los murmullos de afuera.

—Acaba de entrar la marimba.

La mujer aprovechó el ensimismamiento de Idolina para empujarla hasta hacer que se sentase en la orilla de la cama.

—Nunca he visto una fiesta —reflexionó la muchacha con seriedad.

—Cuando estés buena y sana, mi niña. Entonces.

Idolina añadió sombríamente:

—Cuando mi padrastro y ella estén muertos. Cuando haya ardido esta casa. Cuando tú y yo nos hayamos ido a rodar tierras.

A la india le asustó escuchar, en labios tan rencorosos, las mismas palabras que ella pronunciara alguna vez. Como para detenerlas puso la mano sobre la boca de Idolina. Pero Idolina la rechazó.

—Eso dijo la ceniza.

Había tal esperanza de libertad en la aceptación de esta promesa que la india desvió la cara con un rubor culpable.

—Era juego, niña.

—¡No era juego! —se opuso enérgicamente Idolina—. Tú me juraste…

Y después, como si la duda la hubiera quebrantado de pronto, agregó:

—Pero también me juraste que me dejarías ver la fiesta.

—Es por tu bien, cutushita. Acostate. Si viene alguno que no te encuentre así.

—¿Quién querés que venga? —preguntó con amargura la muchacha—. Ella (no quería llamar a su madre de otro modo), ella viene sólo cuando no tiene otra cosa que hacer. Y por compromiso.

¿Cómo éstas? Muy bien, ya se ve; me alegro mucho —dijo Idolina contrahaciendo la voz y los ademanes de Isabel. Luego, de manera abrupta, como si esta evocación la hubiera conducido a una evidencia insoportable, gritó apasionadamente:

—¡No puedo esperar más! La ceniza dijo… Pero nunca sucede nada. Y yo me pudro entre estas paredes. ¿Hasta cuándo?

—¡Santísima Virgen de la Caridad, protégenos!

La nana se santiguó para conjurar al demonio que se había apoderado de la muchacha. Idolina se golpeaba las sienes con los puños apretados. Quedó jadeante, desencajada, después del frenesí de su arrebato.

—Dame mi chal —ordenó.

El tono no admitía réplica. Mientras la india obedecía no cesaba de hacer advertencias a la imprudente:

—Es nuestro secreto, niña. Si te ven, si averiguan que puedes andar va a caer Justa Razón sobre nosotros. Sobre mí primero, por haber solapado este engaño.

Pero Idolina no escuchaba. Devorada por la inquietud urgía a la nana.

—Ligero, ligero, que ya están allí los invitados.

En una última tentativa para disuadirla, dijo la mujer:

—Están muy frías las baldosas del corredor.

Idolina se volvió a verla con un centelleo de ira.

—Regaron juncia.

Al pasar junto a la lámpara Idolina la apagó. Hubieran quedado completamente a oscuras a no ser por el halo rojizo del brasero. Sigilosa, Idolina entreabrió la puerta.

Rompía así la clausura de muchos años. Porque desde la fecha de su primer ataque Idolina no había abandonado su habitación ni para acudir en consulta a los doctores. Venían ellos aquí, y no sólo de los más apartados barrios de Ciudad Real, sino también de Guatemala y aun de México, aquel remoto México.

Los doctores se instalaban a prudente distancia del lecho de la enferma y ni como un mal pensamiento podría ocurrírseles pedir que les permitieran aproximarse a revisarla. Preguntaban mucho, eso sí, engolando la voz siempre que tropezaban con alguna palabra técnica. Como Idolina ignoraba todos aquellos términos y le avergonzaba reconocer su ignorancia ante un extraño, sus respuestas eran vagas y muchas veces contradictorias. Para distraer la atención sobre este defecto Idolina exageraba, con quejas y gemidos, la expresión de sus dolores. Los médicos se miraban entre sí con perplejidad limpiando el vidrio de sus anteojos con la punta

de una mascada.

Después se retiraban solemnemente de la habitación para reunirse en la sala contigua en conciliábulo bisbiseante cuyas conclusiones jamás consideraban oportuno comunicar a los familiares de la enferma. Con gesto magnánimo y letra enrevesada firmaban al pie de una de las hojas de su recetario y mandaban que la botica más próxima surtiera de inmediato la medicación que, por lo general, no pasaba de ser alguna sustancia inocua.

Este aparato terminó por ejercer una influencia definitiva sobre el ánimo de la muchacha. Sin conciencia de ello cedió poco a poco a la convicción de que su caso era tan excepcional que ninguno sería capaz de diagnosticarlo. Y mientras más grande era la confianza que los demás depositaban en un nuevo tratamiento, con mayor intensidad se recrudecían en Idolina los síntomas y se agravaban las molestias, pues había hecho un punto de honor no dejarse curar.

Lo cual no era obstáculo para que las eminencias extranjeras (así se acostumbraba llamar aun a los mexicanos) y del país cobraran bien caros sus consejos.

Hasta el lecho de Idolina llegaban las protestas de Leonardo y la voz de Isabel prometiendo afrontar todos los gastos. “Porque —y ésta era la frase que crispaba a la enferma en una sonrisa sarcástica — la salud de un hijo es un bien que no tiene precio.” La irritación de Cifuentes crecía hasta el extremo de proclamar que si su esposa se empeñaba en arruinarse con tal de seguirle el humor a una criatura desconsiderada, era muy su voluntad y muy su dinero. Sólo que él, Leonardo Cifuentes, por el nombre que llevaba, no iba a contribuir nunca con un centavo al mantenimiento de una farsa tan estúpida.

Tal vez las afirmaciones de su padrastro suscitaron en Idolina las primeras dudas sobre la autenticidad de sus padecimientos. Para disiparlas se esforzaba entonces por sentirse peor y demostrarlo. No quedaba tranquila sino hasta que todos sus allegados (con las huellas de la preocupación y el desvelo inmisericordemente impresas en su rostro) rivalizaban en complacerla y servirla.

Al principio la muchacha quiso vengarse de la traición, como ella calificaba al nuevo matrimonio de su madre. El despecho le dictaba resoluciones terribles: la fuga, el suicidio; la desesperación le habría dado los ímpetus para cumplir estos propósitos. Pero la muerte de su padre le fue muy aleccionadora acerca de la rapidez, de la facilidad con que los vivos, los ausentes, olvidan, se consuelan, cambian, sustituyen. Comprendió que quejándose podía

hacer más duradera la tortura a la que estaba sometida Isabel. Su primer ataque tuvo un resultado espectacular: la ruptura de los esposos. Ciertamente que aún vivían bajo el mismo techo. Pero ya no los ligaba la complicidad de antaño.

Los ataques posteriores de Idolina no lograron provocar un paroxismo de angustia semejante. La repetición disminuyó su eficacia hasta colocar aquellos acontecimientos en el nivel de lo cotidiano. La madre fue, poco a poco, permitiendo que otros se hicieran cargo de la atención de la enferma. Bastaba a sus escrúpulos ofrecer sueldos más altos que los que pagara cualquier otra patrona de Ciudad Real. Pero la servidumbre, no habituada a ser retribuida con tal explendidez, miraba recelosamente esta colocación y se apresuraba a dimitir de ella pretextando que el quehacer era excesivo y en realidad temerosas de un posible contagio.

Recordó entonces Isabel a una india, Teresa Entzin López, que había amamantado a Idolina desde la primera semana de su nacimiento. Hizo que la trajeran del rancho.

¿De quién podía esperarse más abnegación? Y Teresa sobrepasó aun lo que se esperaba de ella. Velaba por la noche, no se daba punto de reposo durante el día. Y cuando las crisis de la enfermedad cesaron y ésta se volvió estacionaria, Teresa fue la compañía inseparable de Idolina.

Asombró a todos por el ahínco que puso en el aprendizaje del castellano. Y ella, que era tan torpe hasta para darse a entender en su propio idioma, el tzotzil, dominó el idioma ajeno con cierta fluidez. Entretenía a la enferma rememorando los sucesos de su juventud, las costumbres, las supersticiones, las leyendas de su raza. Pero nunca le dijo los motivos por los que abandonó esa raza para venirse a vivir entre caxlanes. A Idolina tampoco le interesaba saberlos. No quería más que distraerse.

Pero quedaban demasiadas horas sin empleo. Las dos, ama y sierva, inventaban fútiles pasatiempos que no lograban absorberlas. El tejido era desechado por monótono, el bordado por fatigoso y lo demás por inútil. Hastío. Hastío. Las mismas narraciones de la nana fueron perdiendo su sabor.

Idolina no tenía amigas entre las muchachas de su edad. Sólo en una ocasión la hija de don José María Velasco, una joven muy devota y dedicada a la práctica de obras caritativas, quiso aproximarse a la enferma. Isabel y Leonardo la recibieron con una cortesía que no alcanzaba a cubrir bien su frialdad y prolongaron en la sala una conversación difícil, lánguida de silencios,

frecuentemente extinguida. Estela Velasco aguardó vanamente a que se le invitara a pasar a las habitaciones de Idolina. Es más, propició la invitación aludiendo varias veces a la salud de la muchacha y a lo que podría contribuir a su restablecimiento el afecto de alguien afín a ella por los años y por la clase. Una amiga, precisó, porque la soledad no es buena para nadie. Pero los Cifuentes dejaron caer la alusión con su sonrisa hermética.

Estela salió de esta casa a la de Su Ilustrísima, don Alfonso Cañaveral, para comunicarle el fracaso de su gestión.

Pero, en el fondo, Isabel no permaneció indiferente a las reflexiones de Estela. Conmovida por ellas acudió tres o cuatro veces junto al lecho de su hija. Se retiraba descontenta de aquellas pláticas en las que cada palabra tenía una punta hiriente de reproche. Entonces Isabel pensó que resultaría más beneficioso para ambas suspender las entrevistas. Ahora sólo enviaba a la enferma objetos que la pudieran distraer. Entre estos objetos iban unos naipes.

Idolina y Teresa no conocían las reglas de ningún juego de cartas y cada partida era ocasión de disputas. Idolina terminó por apropiarse de las barajas y prescindir de la nodriza para armar solitarios en los que las figuras se identificaban con personas de carne y hueso. El rey de espadas, por ejemplo, correspondía a su padrastro, por las ideas que ambos le sugerían de crueldad, poder y daño. La sota de oros era su madre y el caballo de bastos el médico en turno. Idolina los agrupaba en extrañas combinaciones y les prestaba voz para que sostuviesen diálogos en los que se desahogaba una imaginación exasperada por el rencor y el aislamiento.

La india presenciaba estos desvaríos con un malestar celoso. Fingiendo no concederles atención, se refugiaba en una de las esquinas del cuarto, donde siempre ardía un brasero. Mientras miraba el rescoldo Teresa dio en hablar para sí. Era una monótona salmodia ininteligible y continua.

Bastaba poco para excitar la curiosidad de la enferma y menos aún para hacer que se sintiese defraudada en la devoción que los demás debían rendirle. Apartando los ojos de las cartas fue a posarlos en la figura inmóvil de la india, embebecida en la susurrante contemplación.

Idolina comenzó a sospechar, con más expectación que miedo, si aquella mujer de traza tan insignificante, de aspecto tan humilde, no sería una “canán”, la poseedora de un nahual de fuego, dotada del poder suficiente para convertirse en este elemento y para

dictarle sus mandatos. Abruptamente preguntó:

—¿Qué dice la ceniza?

Teresa se volvió con un ademán de susto. Fuera porque las palabras de Idolina la hubiesen tomado de sorpresa y no supiera qué contestar, o porque la índole de las revelaciones cuya comunicación se le exigía era tan grave que se hacía preciso paliarla con preámbulos, el hecho es que la nana aplazó la respuesta.

El interés de Idolina se exacerbó. De allí en adelante no hacía más que importunar a la india, pues con su silencio había robustecido la sospecha sobre la verdad de su ser, a la que había añadido otra: la de que removiendo la ceniza escrutaba el porvenir. Había visto algo, eso era indudable. ¿Pero qué?

Después de varias semanas de escaramuzas y hasta que la intimidad entre las dos se restableció, no menguada ya ni por las distracciones de la enferma ni por los desvíos de la criada, Teresa accedió a participar su descubrimiento:

—La ceniza dice que te curarás.

Idolina miró a su interlocutora con un escandalizado reproche. Esta profecía no estaba de acuerdo con sus intenciones y de sobra debería saberlo Teresa. Iba a contradecir, a negar, pero la nana se le adelantó, conjurando su cólera:

—La ceniza dice que se va a quemar esta casa. Dice que el marido y la mujer van a morir.

Idolina se volvió ansiosamente hacia la boca que había hablado. No quiso averiguar ni cuándo ni cómo sucedería aquello; le bastaba estar segura de que iba a suceder.

—¿Es una promesa?

Y la india repuso sin vacilación:

—Sí.

Idolina y su nana no volvieron a hablar del asunto, aunque ya no cesaron de pensar en él. Idolina callaba, temerosa de que ante su indiscreción la certidumbre de las predicciones se desvaneciera. Temía las reticencias, las dudas del oráculo. Y Teresa se mantenía silenciosa, como pasmada por la grandeza de lo que al través suyo se había manifestado. Tales augurios, que tan bien correspondían sin embargo a sus deseos, la sobrepasaban. Y en esta desproporción arraigaba su creencia de que ideas semejantes no podían haber brotado de sí misma sino que forzosamente tuvo que haberlas recibido por medios sobrenaturales.

En una de sus raras visitas a la enferma Isabel advirtió que algo había cambiado en ella. La vivificaba una fuerza indefinible, una alegría que, sin desperdiciarse en ostentosos ademanes ni en

alharaquientas efusiones, estaba allí presente y cierta. A Isabel le desagradó aquella atmósfera en la que amenazaba el estallido de una tensión, en la que palpitaba una inminencia. De sus indagaciones no pudo sacar nada en claro por lo que decidió atribuirlo a una mejoría en el estado de salud de su hija.

Y, como para confirmar esta suposición, la enferma se resistía menos obstinadamente a seguir las prescripciones de los médicos y consideraba con un escepticismo casi forzado los efectos favorables de las medicinas.

Aprovechando el tiempo que la dejaban sola con Teresa, la muchacha consintió en ensayar, auxiliada por ella, algunos movimientos. Los miembros paralizados fueron cediendo, poco a poco, su rigidez. Al principio los gestos eran torpes, se desarrollaban con lentitud, y casi siempre requerían la ayuda de la nana para consumarse.

Cuando Idolina se vio por primera vez de pie, reflejada en el espejo del armario, se espantó. Su cuerpo era muy distinto a como ella lo experimentaba desde adentro. Su estatura se exageraba por la forma del camisón largo y suelto. En su cara, consumida por los años de encierro y sufrimiento, un par de ojos enormes, zarcos, perpetuamente abrillantados por la fiebre, eran el único signo de belleza, una belleza atormentada y singular.

El día en que Idolina dio los primeros pasos por la alcoba no fue el día en que triunfó su voluntad de salud, sino en que encontró la fórmula de conciliación entre esa voluntad y su deseo de castigar, al través de sí misma, la conducta de su madre. Y esta fórmula no consistía más que en mantener secreto aquel acontecimiento.

No fue preciso recomendarle discreción a la nana. Comprendió que el alivio de la enferma era una novedad que no debía trasponer las paredes de este cuarto. Calló sin escrúpulos pues su fidelidad no reconocía más objeto que Idolina. Y calló también porque pensaba que las promesas de la ceniza necesitaban del silencio para cumplirse.

Hasta ese silencio llegó el rumor de los preparativos del baile. Idolina se negaba a creer que las puertas de su casa, cerradas tantos años por el duelo y la vergüenza, fueran a abrirse ahora para la diversión. La veracidad de estos rumores tuvo que confirmarla Isabel. Ninguna frase de disculpa, ningún signo de contrariedad y menos aún de desaprobación. Como si la fiesta fuera un hecho sobrenatural, posible, acostumbrado. Todo daba a entender, además, que su realización había partido de la iniciativa de la propia Isabel.

A unos ojos, no tan cegados por el aborrecimiento como los de Idolina, se hubiera transparentado el despecho que su madre disimulaba para no dar a la hija ocasión de burlas. Pero Idolina prefirió no opinar sobre el suceso. El pliegue de altivez que constantemente afeaba su cara tuvo apenas una breve crispación.

Pero al día siguiente ya se había derramado por el cuerpo de la enferma un color amarillo que tiñó hasta la ropa que la cubría. Su estómago no soportaba ningún alimento y se negaba a permitir que se siguieran los consejos de los médicos. Con los ojos cerrados escuchaba, sin responder, las súplicas de su madre, el llanto de la india.

Isabel, que se sentía, aunque no lo confesara, causante de aquel nuevo quebranto en la salud de su hija, se retiró de ella como de alguien que la hubiese ofendido. Desde el quicio de la puerta declaró que no volvería a preocuparse por una persona tan ingrata y que tanto abusaba de la paciencia de quienes tenían la desgraciada obligación de atenderla. Idolina repuso, erguida sobre el lecho y con las pupilas llameantes, que lo único que ella podía agradecer era que la dejasen morir en paz. Isabel dudó un momento sin pronunciar la respuesta que le hinchaba la garganta de cólera. Y por fin dio la espalda y abandonó la habitación con un portazo.

La escena logró lo que los médicos se proponían en vano: que la muchacha reaccionase. Un nuevo proyecto la galvanizaba: quería asistir a la fiesta, irrumpir con su rostro trágico en medio de la alegría de los demás. No iba a decir una palabra, pero ¿quién dejaría de interpretar su presencia como una acusación que los muertos lanzaban a los vivos? ¿Quién no vería en la muchacha una víctima?

Teresa se horrorizó. Era una imprudencia, Idolina se agravaría, sobre las dos iba a descargarse el castigo. Ninguno de estos razonamientos hizo mella sobre el ánimo de la enferma. Sólo cuando la india temió que las promesas de la ceniza no se cumplieran el empecinamiento de Idolina flaqueó.

No hasta la renuncia total de sus propósitos. El aislamiento le había sido soportable hasta entonces porque su alcoba le ofrecía un refugio contra la proximidad de gentes que, como su padrastro, le eran odiosas. Pero desde el fondo de su reclusión Idolina añoraba siempre la compañía, la ternura, la confianza, la amistad. Acechaba, en cada eco de los que resonaban en la acera, el paso de quien vendría a liberarla. Había aprendido a distinguir, con esa agudeza terrible de los solitarios, la prisa de los jóvenes, de los gozosos, de los que van en busca de la felicidad, y la prisa de los angustiados,

de los que corren a detener el destino. En la autoritaria rudeza con que posaban el bastón sobre las losas conocía el rango de los señores y la gallardía de un hombre por el rasgueo de sus espuelas. Y en el más furtivo, en el más imperceptible roce, adivinaba la humildad descalza de un siervo, de un indio.

Y aunque Teresa corriera a asomarse al balcón y aunque describiese lo que veía, aquellas figuras seguían cruzando por los sueños de la confinada, sin nombre, sin rostro.

Ahora, por primera vez, se aproximaba a ella una realidad que siempre le fue inaccesible. E Idolina no podía retroceder aunque temiera tanto avanzar a su encuentro. Para satisfacer ambas exigencias cedió a medias. No asistiría públicamente al baile pero desde un sitio recatado sería su testigo invisible.

Era este sitio una especie de desván que dominaba el patio y los corredores de la casa desde una altura ligeramente superior al resto de ella. Mandada construir por el capricho de alguno de los dueños, separada de las otras habitaciones, distaba unos cuantos metros de la de Idolina. Primero sirvió como biblioteca. Pero los volúmenes fueron desapareciendo vendidos, devorados por las ratas, podridos por la humedad. Y ahora, junto a sus restos, se amontonaban baúles, muebles inservibles, vestidos en desuso.

Sigilosa, Idolina entreabrió la puerta. Luego de cerciorarse de que no había nadie en el camino avanzó. Con lentitud, a pesar de que la aguijoneaba el miedo de ser sorprendida por alguno. Con lentitud, su pie buscaba el lugar en que las púas de la juncia lo lastimaran menos, en que la resina fuera menos pegajosa. Mientras tanto la nana se adelantó a quitar llave a la cerradura para volver junto a la muchacha, a tiempo de ayudarla a subir los pocos escalones que daban acceso al desván.

Juntas penetraron Idolina y Teresa. El interior estaba a oscuras, iluminado solamente por las luces del patio que atravesaban los vidrios de una ventana. En ellos apoyó la enferma su frente abrasada de emoción y fatiga. Lo que estaba más allá de aquellos vidrios era la vida, era el mundo.

Idolina se asomaba inerme, ansiosa de dejarse fascinar. Su primera visión fue confusa, lacerante: ruidos desordenados que le martilleaban el cerebro, resplandores súbitos que le desgarraban la retina. Hasta después que se hubo serenado un poco (la arteria de su cuello ya no latía como si fuera a romperse), hasta después que sus sentidos, embotados por el tiempo de confinación, se habituaron al espectáculo que se les ofrecía, Idolina no pudo empezar a contemplar, a comprender, a calificar.

Su primer sentimiento fue la decepción. ¡Qué mezquino era lo que veía ahora si lo comparaba con sus recuerdos o con sus imaginaciones! El patio, sí, era grande. Pero no tan grande como el que recorrió su infancia. Entonces lo único que alcanzaba a cubrirlo era el cielo abierto. Ahora bastaba un toldo de lona, remendado con grandes puntadas, resonante, batido por los furiosos vendavales de marzo.

En uno de los ángulos del patio acomodaron la marimba de los hermanos Paniagua, la más famosa de Ciudad Real. En el ángulo opuesto la banda de Acala templaba sus instrumentos: el trombón, solemne y ridículo; el clarinete, agudo y desafiador; los platillos, estrepitosos, refulgentes; el tambor, orondo.

En el espacio que dejaban entre ellos los músicos se había instalado la pista y sus baldosas, enceradas, pulidas, iban a hacer posible la velocidad, la ingravidez del baile.

En los pilares del corredor prendieron hachones de ocote que se consumían flameando con amplitud, chisporroteantes, olorosos a resina. En torno a la esbeltez de los otros pilares se ceñían palmas y guías de hiedra.

En las orillas se alinearon los asientos —largas bancas de madera, sillas plegadizas— para que pudieran descansar las parejas. En el interior de los salones, junto a la pared, estaban los sitios reservados a las personas mayores, las más reposadas y respetables, las que no debían exponerse a las traiciones del clima. Ancianos de ojillos sin pestañas y mirada inquieta y maliciosa. Señoras florecientes de maternidad, con las manos pequeñas, gordezuelas, consteladas de anillos, entrecruzadas sobre el regazo. De pie, junto a las puertas, los señores. De traje negro todos. Aunque algunos no remataban su atavío con los tradicionales choclos de charol sino con detonantes zapatos amarillos. Eran los nuevos ricos, gente ruda, repentinamente venida a más por una fluctuación favorable en los precios del café; partideños que vendían su ganado en Guatemala; fabricantes clandestinos de alcohol. Las familias de abolengo de Ciudad Real los toleraban en sus reuniones pero les hacían pagar bien caro, en burlas y en préstamos, su admisión.

Los sacerdotes, enfundandos en la severidad de sus sotanas oscuras, constituían el centro de otros grupos. Solteronas, irredimibles ya, se dirigían a ellos con un aire contradictoriamente protector y sumiso; señoritas que habían visto transcurrir los mejores años de su juventud y que aún no se resignaban a la derrota pero ya no se atrevían a competir con deseventaja, fingían desdeñar las diversiones mostrando su predilección por pláticas serias y

morales; señoras que hacían alarde de su influencia sobre el marido al obligarlo a pagar los diezmos eclesiásticos y que por este motivo exigían al clero un trato de especial consideración. Y por último, hombres tímidos a quienes la crudeza de expresiones y maneras de los otros hombres los hacía sentirse incómodos y, no siendo capaces de acercarse a las mujeres en sazón, se conformaban con respirar esta atmósfera asexuada e insípida.

Los criados iban y venían ofreciendo copas de diversos licores: desde el áspero comiteco, que no pocas señoras aceptaban sin remilgos, hasta la empalagosa mistela de frutas: durazno, manzana, jocote. Y para abrir boca las rebanadas de carnes frías, los chicharrones crujientes, el queso de crema.

Murmullo de voces, de risas frágiles, de carcajadas jocundas, crecía, se expandía, llenando de animación los ámbitos. El dueño de la casa, don Leonardo Cifuentes, no podía quejarse. Su invitación no había sido rechazada por ninguno. La fiesta era un éxito.

A la hora señalada la música comenzó a tocar. Las notas opacas, graves, de la marimba, se esparcieron, se multiplicaron, haciendo latir en todo aquel ambiente una nostalgia profunda y dulce, un presentimiento vago de plenitud y dicha, una sensualidad remota y casta.

Las emociones evocadas, hechas presencia por la música, subieron como una ola al corazón de Idolina y lo turbaron. Agitada, contemplaba a las parejas deslizarse graciosamente sobre el encerado. Idolina habría querido ser cada una de las muchachas que bailaban. Ésta, que aguardaba con una expectación tan pudorosa las palabras de su compañero. Aquélla, que posaba su mano sobre la manga del frac con un ademán seguro de posesión y dominio. La otra, que sacudía la cabeza con el gesto rebelde con que el potro rechaza el freno. El ansia de ser de Idolina no excluía a nadie. Ni a la que esperaba, palpitante de angustia, sentada al borde de la silla, que alguno la sacara a bailar. Ni a la que correspondía al requerimiento cortés de un señor casado y obeso con una desilusionada sonrisa; ni a la que, abandonada por sus compañeras más afortunadas y deseosa de no permitir que se transluciera su contrariedad, fingía entretenerse contando las baldosas. Ni a la que, obligada por la fidelidad al estatuto de ciertas cofradías; por la ausencia del novio; impedida por sus padres o por la costumbre que hace de toda mujer casada una persona que ha perdido los derechos a cualquier esparcimiento juvenil, permanecía al margen y miraba bailar a los demás con los ojos dilatados de envidia.

El alma de Idolina, ordinariamente tan deshabitada, rebosaba

hoy de la realidad que le conferían otras mujeres. Un gesto, el rasgo de una figura, le daban el material suficiente para componer una personalidad, para imaginar una situación de la cual ella era el centro.

El chirrido de los goznes mohosos de la puerta hizo salir a Idolina de su ensimismamiento. Sobresaltada, se volvió hacia el lugar donde el ruido tuvo su origen. Allí, recortada contra la luz de afuera, apareció la silueta de una mujer en traje de baile. Teresa ahogó un gemido de terror.

—¿Quién está allí? —preguntó una voz imperativa.

Con la audacia de quien ya no tiene nada que arriesgar porque lo ha perdido todo, Idolina pretendió deslizarse y ganar la salida. Pero en la oscuridad chocó contra otro cuerpo. Unas manos la detuvieron tomándola por la cintura. Pretendió desasirse, hubo un rápido forcejeo, pero la fuerza y la habilidad de su contendiente se impusieron sobre Idolina, que rodó por el suelo.

Inmóvil, Teresa observaba el episodio desde un rincón. Quiso dar el primer paso para acercarse a la muchacha cuando vio que la intrusa se inclinaba hacia ella.

El resplandor de las luces del patio se estrelló contra una cabellera destrenzada y tan roja como la llama de los hachones de ocote. Idolina la vio y vio también un rostro arrebatado, descompuesto por la violencia que acababa de ocurrir.

La intrusa se puso de pie. Al constatar que la otra no la había imitado inquirió con extrañeza:

—¿Por qué no se levanta?

—Está enferma —interpuso la india.

La intrusa pareció meditar esta respuesta. Rió, con una breve carcajada.

—De modo que es la famosa hija de Leonardo Cifuentes.

Idolina se incorporaba con dificultad. Sostenida en su intento por la nana, replicó:

—Leonardo Cifuentes no es mi padre.

La intrusa se había aproximado a las otras dos. Obligó a Idolina a caminar hasta la ventana para examinarla bien. Siguió el relieve de su rostro con la yema de uno de sus dedos.

—No te pareces a él.

Idolina se apartó bruscamente de este contacto.

—Y sin embargo —añadió la intrusa—, él se preocupa mucho por ti, por tu salud.

Teresa cuchicheaba al oído de la muchacha suplicándole que se marchasen. Pero Idolina no la atendía contemplando la hermosura,

el aplomo de esta mujer. Oscuramente luchaba aún contra la avasalladora influencia a la que se estaba entregando. La marimba sonaba a lo lejos.

—Cuando sepa que ya estás bien, Leonardo va a ponerse muy contento.

La nana quiso cruzar sus ojos con los de Idolina. Pero Idolina estaba diciendo a la intrusa:

—Estoy en sus manos.

El esfuerzo que le costó reconocer esta verdad hizo que la sangre afluyera a su rostro. Pero de pronto Idolina frunció las cejas con severidad.

—¿A qué vino usted aquí? —preguntó.

La intrusa hizo un vago ademán con el que quería indicar que la respuesta era obvia.

—Iba al tocador; no conozco la casa y me perdí.

Algo en esa voz dejaba siempre un resquicio de duda. Algo que sonaba a demasiada deliberación, a demasiada coincidencia. Una voz que no es capaz de engañar del todo pero que es menos capaz aún de ser del todo sincera. Ya en las palabras que pronunció al entrar cuando, en tinieblas aún, sintió una presencia extraña, el domino sobre sí misma era fingido, no reducía completamente el temblor que sobrecoge a quien de pronto advierte que ha caído en una trampa. Idolina se dio cuenta de esto. Pero la lucidez le resultaba ahora intolerable. No quería sacar una conclusión de sus evidencias sino atenerse tan sólo al sentido de las frases.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Julia Acevedo.

Se olvidó de decir su apellido de casada. Bajó los párpados y dijo con un acento casi imperceptible de repugnancia:

—¿Por qué estás descalza?

Idolina trató de esconder los pies bajo el ruedo del camisón.

—No me compran zapatos porque creen que no puedo caminar.

Teresa vigilaba el semblante de la intrusa pero no pudo descubrir en él nada que la orientara. Idolina añadió precipitadamente:

—No les dirá usted nada, ¿verdad?

Julia sonrió. Ahora que sus ojos se habían acostumbrado a la penumbra podía mirar en torno suyo. Idolina siguió el rumbo de su mirada.

—Aquí están los retratos de mi padre.

—¿Lo querías mucho?

—No.

La negación surgió en Idolina con tal espontaneidad que no acertó ni a disimularla con evasivas ni a atenuar su brutalidad con explicaciones. ¿Qué había desarraigado a Isodoro del corazón de su hija? El rencor; un rencor repentino, una decepción fulminante. Idolina había experimentado la muerte de su padre como una afrenta, como un pacto incumplido y un juramento roto. Fue la primera traición que sufrió.

Nunca antes había sido consciente de tales sentimientos. Pero su propio juicio sobre ellos no le importaba; cualquier acto, que en los demás le hubiera parecido reprobable, al ser realizado por ella se convertía en bueno sin necesidad de buscarle motivos justificatorios. Sólo que ahora había hablado en voz alta y mostró desnuda su intimidad a un extraño. Temblaba esperando el veredicto.

—Yo tampoco quería a mi padre. Era borracho.

No la vulgaridad de esta confidencia, sino el aire despreocupado y casual con que se hizo ofendió Idolina. Se irguió para apartarse de esta desconocida a cuya merced se había puesto tan irreflexivamente.

A la pronta intuición de Julia no podía escapar la sospecha de que estaba pisando un terreno inseguro.

—Tendrás que acostumbrarte a mi modo de ser —dijo—. Las mexicanas somos francas. Yo no tengo nada que ocultar.

Era una amenaza. Pero Julia la contrapesó de inmediato.

—No oculto más que los secretos de mis amigos. Y tú eres mi amiga —insistió mientras rozaba levemente con sus labios la frente de la muchacha—. Por mí nadie sabrá que nos hemos conocido. Calla tú también.

Y después de llevarse el índice a la boca como para imponer silencio, partió. Su perfume, un perfume de hembra, denso, verdadero, tardó en desvanecerse.

Teresa urgía, angustiada.

—Vámonos, niña, vámonos antes de que vengan ellos.

Idolina se volvió a su nana con impaciencia.

—Julia Acevedo es mi amiga.

Y sin hacer caso de las lamentaciones de la otra volvió a asomarse a la ventana. No como la primera vez, con la atención virgen, vagabunda, dispersa. Ahora buscaba. Encontró a Julia, envuelta en un chal de seda, de pie en mitad del patio. Parecía estar en espera de alguien. A sus espaldas resonaron los pasos de Leonardo. Julia se volvió a él con el rostro iluminado por una sonrisa cínica y prometedora.

Idolina no pudo ver más. Sus ojos estaban turbios de lágrimas.

IX

MANUEL MANDUJANO se paseaba por los corredores del Palacio Episcopal. Sus pasos resonaban secamente contra las baldosas y se desvanecían, confundiéndose con los otros rumores de la casa: el trajín de la cocina, en las trojes, en las caballerizas; el ruido del cubo al chocar contra las paredes del pozo; el estridente grito del güet, ave zancuda que, según la superstición popular, anuncia la llegada de un visitante. Toda la algarabía, en fin, de la mañana que despierta.

Con una mano el joven sacerdote abrochaba y desabrochaba nerviosamente los botones del cuello de su sotana; con la otra sostenía, abierto frente a sí aunque rara vez fijase en él la vista, su breviario. Manuel divagaba por más esfuerzos que hiciera para concentrarse en la oración. La noche anterior se había desvelado y hoy le dolía la cabeza y le sabía mal la boca. Además, el súbito requerimiento de Su Ilustrísima a una hora tan intempestiva de la mañana presagiaba novedades. Estaba inquieto. Y el señor obispo se hacía esperar.

No por mucho tiempo. El portón de la calle rechinó al abrirse. Don Alfonso Cañaveral entraba, revestido aún de los ornamentos para celebrar la misa.

Manuel cerró el libro y fue a quitar la aldaba al cancel que dividía el zaguán del patio. El recién llegado agradeció esta solicitud con una sonrisa fatigada.

—Buenos días, hijo.

—¿Monseñor ha pasado buena noche?

—Regular. Los viejos dormimos poco. Para ti, en cambio, madrugar ha de ser todavía una mortificación.

—Maestros como usted me enseñaron a mortificarme.

El obispo respondió a la lisonja con un leve alzamiento de hombros.

—Dispón que sirvan el desayuno. Voy a cambiarme de ropa.

Sin esperar el asentimiento del joven (lo suponía a su disposición, como todos los subordinados) don Alfonso se dirigió a

sus habitaciones. Desde muchos años atrás Manuel le inspiraba simpatía. Hay siempre algo de conmovedor en los adolescentes; están todavía intactos y es posible que en ellos se realice —¿por qué no?— algo de lo que los mayores no consiguieron. El obispo conocía bien cuáles eran las aspiraciones del muchacho, qué ambición lo sostuvo durante sus años de seminarista. Y ahora que iba a frenar sus ímpetus, a torcer el rumbo de su vida de una manera brusca, estaba preguntándose si no lo hacía con una especie de turbia complacencia.

—Como si yo sintiera envidia… Tiene lo que a mí me falta: carácter. Yo he sido siempre demasiado tranquilo, no he provocado nunca disturbios. Siempre creí que era mi virtud principal. ¿A qué, vienen estas dudas ahora? Nada puede remediarse ya. ¿Y de qué se me acusa, en fin? ¿De que no hice lo que pude? Nadie lo hace. Nadie sabe lo que es capaz de hacer.

Una breve llamada a la puerta y la voz de doña Cristina, el ama de llaves, anunciando que la mesa estaba servida, interrumpieron las reflexiones de don Alfonso. Terminó rápidamente de vestirse y fue al comedor.

Allí estaba ya Manuel. Por respeto a la jerarquía no había tomado asiento. Permanecía de pie, con ambas manos apoyadas sobre el respaldo de la silla y los ojos fijos en el mantel.

¿Qué significa esa fijeza de su mirada en un punto neutro?, se preguntó el obispo. Este joven me contempla desde la austeridad, desde la inocencia que no ha tenido tiempo de corromperse. No me admira; al contrario, me condena, protesta contra el lujo de esta casa. Ya sé que las vajillas podrían ser más modestas, los muebles más corrientes, los adornos menos abundantes. ¡Y dice que yo le enseñé a mortificarse! Se burla. No puede entender que aquí no hay nada superfluo. La soledad, el ocio, el miedo a la vejez, me hicieron persistente como un pájaro que arranca, de donde puede, las pajitas para hacer su nido. Nada de esto me pertenece. Pasará a manos de mis sucesores, lo disfrutarán otros, unos hombres desconocidos que ni siquiera lo sabrán apreciar.

Los esfuerzos con que don Alfonso arrastró hasta este sitio aquella jarra de cristal, aquel marfil tallado por ebanistas guatemaltecos, aquel tejido finísimo, le parecieron —a la luz de tales consideraciones— monstruosos y vanos.

—Rezaremos la acción de gracias —dijo el obispo antes de sentarse.

El bisbiseo de los sacerdotes comenzó en el momento en que doña Cristina se disponía a traspasar el umbral. Se detuvo, con las

manos ocultas bajo el mandil, hasta que la mesa fue bendecida. Después se acercó a servir los platos.

—A propósito de lo que decíamos antes —insistió don Alfonso. (La mirada interrogativa de Manuel lo obligó a puntualizar)—. Acerca de la mortificación. He tenido oportunidad de observarte durante las comidas. Rechazas siempre los guisos más apetitosos. Doña Cristina —aquí un ademán que fue correspondido con una sonrisa de gratitud por la aludida— se preocupa pensando que decaen sus habilidades culinarias. Y es que ignora que la juventud es la edad que desconfía del placer.

Su Ilustrísima iba a seguir desarrollando esta paradoja, pero lo desanimó la incomprensión de su auditorio. Doña Cristina (no había hablado para ella, naturalmente) lo contemplaba con una veneración estúpida, que parecía a punto de caer de rodillas. Y Manuel no podía ocultar su distracción. Al cabo de unos instantes de silencio contestó con visible desgano:

—Cuando la juventud no ha olvidado el hambre de la infancia es difícil que sepa estimar los refinamientos de la gula.

—Y también otros refinamientos, Manuel.

Su Ilustrísima hizo un gesto para despedir al ama de llaves. Cuando hubieron quedado solos se dispuso a hablar. Y, carraspeando para borrar de su voz ese matiz de condescendencia que podía hacerla aparecer insultante, dijo:

—Anoche, en la fiesta de los Cifuentes, no estuviste todo lo correcto que hubiera sido de desearse.

Las orejas de Manuel enrojecieron.

—La urbanidad no es mi fuerte, monseñor. Mis maestros me enseñaron a ser cortés con Dios, no con los hombres.

—Ibas predispuesto contra el dueño de la casa. De Leonardo Cifuentes corren historias, se cuentan hazañas no muy edificantes. Pero ¿qué vamos a hacer nosotros? Nuestro oficio no es juzgar; es perdonar.

—Muy cómodo… mientras no somos los ofendidos.

—Y cuando lo seamos ya sabemos la receta: presentar la otra mejilla.

—¿Es una advertencia, don Alfonso? Bueno, escoja usted la mejilla que prefiera y empiece a descargar el escarmiento. Anoche cometí un error.

—No exageres; una falta de tacto.

—¿Con todos en general o con alguno en particular?

—Muy en particular con la señora de Ulloa.

Manuel frunció las cejas; no reconocía este nombre. Don Alfonso

tuvo que añadir:

—Julia Acevedo, *la Alazana.* La criticaste con bastante dureza.

Como un relámpago cruzó por la mente de Manuel la imagen evocada: el escote insolente, el pelo llameante, la risa plena.

—Y con razón. Su deshonestidad…

—Hay que aprender a distinguir, hijo mío. Deshonestidad si se tratara de una mujer cualquiera. Pero en una señora es elegancia…

—¿Y quién nos garantiza que *la Alazana* sea una señora? Desde luego sus modales, su aspecto, no.

El obispo enmudeció, desconcertado. Para él era tan evidente el rango social de Julia Acevedo que no estaba en aptitud de demostrarlo. Hasta después de unos segundos de búsqueda replicó:

—Las mejores familias de Ciudad Real la reciben.

Manuel sonreía sarcásticamente.

—No la reciben. Y si lo hicieran serían tan incautas como monseñor. ¿Quién es esta advenediza? Nadie la conoce.

—Es la esposa de un caballero.

—¿De industria?

—¿Por qué lo supones?

El joven se encogió de hombros.

—Una simple corazonada.

—Un juicio temerario, Manuel.

—Lo extraño me parece extraño. Y esa pareja lo es.

—La posición de Fernando de Ulloa es clara: un funcionario que ocupa un puesto de cierta importancia en la administración.

—Lo cual no basta para que los coletos lo reciban como al hijo pródigo, maten al carnero mejor cebado y, como postre, crean los embustes que les cuenta.

—La gente de Ciudad Real no es hospitalaria.

—Y sin embargo alguna vez quebrantarán su reserva. No por hospitalidad, sino por aburrimiento. Lo que rompe la rutina, lo que distrae, es bienvenido. Y *la Alazana* sabe agradar y encandila a los hombres.

Don Alfonso bajó la vista, ruborizado. Con la punta de la uña trazaba rayas desiguales sobre el mantel.

—Las mujeres, incitadas por sus maridos, le abrirán las puertas. No van a arrepentirse. Julia paga en buena moneda: impone las costumbres relajadas de otros pueblos. Ah, cómo la envidian estas encerradas, cómo quisieran tener su desvergüenza. Y nosotros, los pastores, estamos dejando que el lobo entre en el redil y diezme a las ovejas, cuando nuestro deber es ahuyentarlo a palos.

—A la parábola que citas yo puedo oponer otra: la de la cizaña y

el grano. ¿Puedes señalar hasta dónde extiende sus raíces el mal? ¿Sabes si al pretender arrancarlo no destruyes también lo que quieres proteger? Durante muchos años yo he conducido a mi grey sin violencias, a satisfacción de todos y con el beneplácito de mis superiores.

Esta última frase daba por finiquitada la escaramuza y restablecía el principio de autoridad. Manuel se inclinó, mascullando una disculpa.

—No he pretendido en ningún momento censurar su actitud, monseñor. Sólo que…

Por lo demás, el celo que Manuel externaba tan imprudentemente no era legítimo. ¿Qué podía importarle esa extranjera? Pero había esperado con una vehemencia tal su conversación con don Alfonso que malgastarla en chismes lo irritaba hasta el punto de hacerle olvidar el comedimiento debido a su interlocutor. Con amargura volvió a formularse una pregunta que había sido la espina de sus días: ¿de qué sirve tener ímpetu, sentirse capaz de todo cuando se es pobre, cuando se es nadie? Manuel Mandujano, el huérfano, el hermano de su única hermana, Benita, quien, por la diferencia de edades y por otras circunstancias, hizo el papel de madre.

¡Cuántos sacrificios, decía ella suspirando, envaneciéndose, cuántos sacrificios para educar al muchacho! Porque desde que atinó a deletrear la cartilla, todos, maestros y condiscípulos, se pasmaban ante la fidelidad de la memoria de Manuel y la prontitud de su ingenio. En plazo más breve que los otros aprendió a leer, a escribir, a resolver los problemas aritméticos elementales. Debió de haberle bastado con eso, como les bastaba y sobraba a los demás. Pero era una lástima desperdiciar tan buena índole en cualquier oficio civil.

¿Qué hacer? Benita, dama del Sagrado Corazón y socia de otras cofradías, escuchó los consejos de su confesor y se esmeró, desde entonces, por inculcar en su hermano la vocación sacerdotal.

Para el muchacho, criado entre el vaho del incienso, las faldas de las beatas y el tráfago de la sacristía, la posibilidad del sacerdocio no era repugnante ni escandalosa. Y esos arrebatos sentimentales, esas efusiones entusiastas tan comunes en los adolescentes, podían interpretarse como un llamado de la gracia. En otros tal efervescencia desembocaba naturalmente en una cama de burdel, una riña o una borrachera. En este joven sin dinero y sin amigos, atado a la pretina de una hermana muy mayor, no cupo otro desenlace que el ingreso al seminario. No dejaba de tentarle la

ventaja de que sus estudios y su manutención serían gratuitos. Momentáneamente, por lo menos, el patrimonio de los Mandujanos (una bicoca, un sitio de árboles frutales en el barrio de Tlaxcaltecas) no sufriría merma.

Tras las bardas del seminario Manuel encontró una felicidad que no había disfrutado afuera. El trato con su hermana lo cohibía. Al fin y al cabo era una mujer y con las mujeres no se puede hablar. En cambio ahora Manuel se sentía fortalecido y madurado en la frecuentación de los varones. Se descubría a través de ellos, se afirmaba, se rectificaba constantemente. Halló compañeros para compartir sus pequeños secretos y sus inmensas revelaciones; maestros que le heredarían las fórmulas para dominar la vida, para vencer al mundo, para salvarse.

Dominar, vencer. La terminología, con el matiz que le daba Manuel, no era cristiana, ni siquiera católica. Delataba orgullo, ambición, audacia. Pero como siempre permaneció tácita y Manuel tenía las coyunturas bien untadas de humildad no era fácil deducir los móviles de su conducta. Alguien, don Alfonso que era su director espiritual y que por ello estaba más próximo a la intimidad del seminarista, sospechaba algo. Pero siempre pesaron más otros hechos más evidentes. La brillantez de los estudios, por ejemplo. La inteligencia de Manuel, ni muy aventurera ni muy innovadora, se vertió con docilidad en el molde de las disciplinas escolásticas.

En cuanto a la conducta moral nada podía reprochársele. Su sensualidad era solapada como la de todos los tierrafrianos. Ni su configuración ascética ni la reserva de sus expresiones dejaban entrever los sobresaltos de su carne. Se desahogaba con discreción y la hipocresía no lo marcó ni con el más mínimo estigma de culpa.

Manuel no se había propuesto jamás ser un santo. Se soñaba rigiendo una diócesis, guiando a las multitudes desde el púlpito, urdiendo vastas intrigas. Siempre desempeñaba el papel principal; siempre su reino era de este mundo.

¿Y por qué no? Para triunfar tenía más de lo que tienen los otros: ideas, carácter. Cuando fue destinado a la parroquia de San Diego, su primera parroquia, su primer destino, creyó que había llegado el momento de entrar en acción.

—Me harás el favor de no pensar que te he llamado para que comentemos el baile de anoche.

Manuel pareció despertar ante esta frase de don Alfonso.

—¿Es algún asunto grave, monseñor?

—Grave, no. Un poco molesto para tu vanidad, quizá. Y muy embarazoso para el afecto que siento por ti.

Tal introducción auguraba una nueva reprimenda. Manuel hizo acopio de calma para oírla.

—Se trata otra vez de tu carácter, hijo mío. Esa vehemencia, esos arrebatos… Yo, personalmente, los admiro. Pero la autoridad civil no entiende de sutilezas y encuentra que tus actividades son sediciosas.

¿Las actividades de Manuel? La parroquia de San Diego no era de las más céntricas. Asistían a ella familias de antiguo abolengo a quienes la expansión de los nuevos potentados había ido, poco a poco, confinando hacia la periferia de la población. Sin otro patrimonio que el apellido, sin habilidad para rehacer su fortuna, sin un oficio del cual mantenerse decorosamente, estas familias se encerraban en casas ruinosas, daban la espalda a una ciudad que los había expulsado.

Por exigencias de su ministerio el padre Mandujano traspasó los umbrales de estas moradas y había visto los jardines devorados por la maleza, los patios interiores donde las mujeres se desollaban las manos en la lejía, las oscuras habitaciones en que se acumulaban objetos inútiles.

Entró hasta el cuarto de los agonizantes. ¡Qué rancio olor a moho, a ropa sin orear, a futuro abolido!

El padre Mandujano quiso, muy al principio de su llegada a San Diego, romper el aislamiento de esta gente, incorporarlos a la comunidad, hacerlos partícipes de los intereses y de las satisfacciones de los otros. Fracasó. Los varones de tales casas continuaron saliendo, al pardear la tarde, bien embozados en su capa, rumbo a la cantina más próxima, para ahogar en un alcohol barato la humillación de su vida. Y las mujeres continuaron deslizándose subrepticiamente para proponer a sus antiguas amistades la venta de un libro de la biblioteca del abuelo, la última cuchara de plata de la vajilla o el encaje que adornó un vestido legendario de gala.

Los ricos venidos a menos y los artesanos con quienes convivían eran como el agua y el aceite. Vecinos, transeúntes de la misma calle, asistentes a la misma iglesia, ni se hablaban ni se conocían.

Las puertas de los artesanos estaban siempre abiertas de par en par. Del interior de sus casas salía el rumor del trabajo, de la máquina que se mueve rítmicamente, del operario que canta mientras se esfuerza. En los patios pululaban niños sucios, animales domésticos, clientela. Y los domingos la familia entraba al templo repartiendo codazos para hacerse lugar, ocupando las bancas preferibles (en las que habían hecho pintar ostentosamente sus

nombres) y guardando, durante la ceremonia, una compostura tanto más meritoria cuanto les era muy difícil. Miraban de reojo a los aristócratas con una sólida satisfacción por el presente pero con una secreta envidia del pasado.

Para este público hablaba el padre Manuel. Su elocuencia vibraba entre los muros barrocos del templo, escurría de los altares dorados, rebotaba contra los retablos sombríos. Su auditorio carraspeaba con disimulada impaciencia, se removía en sus asientos, siseaba para acallar los ruidos que cada uno suscitaba. Y en los ojos vacíos, en los distraídos ademanes, el padre Manuel tenía la evidencia desconsoladora de que no era escuchado.

Alta la noche, en la soledad de su recámara, el padre Manuel meditaba. Es curiosa la relación entre el sacerdote y los feligreses. La investidura cohíbe al profano, cambia de conversación cuando el párroco se aproxima, no se atreve a hacerlo cómplice. Quiere establecer la distancia. Pero el carácter sacerdotal tiene la punta de un bisturí. Penetra. En el sigilo del confesionario, y con un impudor semejante al desafío, se desnudan las almas, se cuentan las historias.

Las historias de los coletos, comparaba el padre Manuel, son semejantes a las plantas. Un exceso o un defecto del temperamento, una tara hereditaria, un descuido de la educación, puede ser la semilla. Y luego el tallo gris de los años, de las costumbres invariables. La corteza de una reputación, de un nivel social. Y de pronto se abre la roja flor del escándalo, de la violencia, del crimen. Nada produce tanto la ilusión del azar como una lógica paciente.

Pero la semilla, la raíz, no crece sola. Se nutre de las creencias, de las prácticas, de las aspiraciones lícitas, de las prohibiciones inflexibles; de la moral, en suma.

Y la moral de los coletos es muy peculiar. Son escrupulosos hasta la exageración, hasta la gazmoñería, en sus tratos mutuos. Quieren conservar limpia su fama de comerciantes íntegros, de profesionistas cabales. Pero ese mismo comerciante íntegro, ese profesionista cabal, no vacila un instante si se le presenta la ocasión de robar a un indio. Es más, se enorgullecen de ello, lo narran después como una anécdota divertida que no deja de causar regocijo en sus oyentes. Cuando venden manta “pasada” a un oschuquero; cuando despojan, mediante triquiñuelas legales, a una familia de Chenalhó; cuando raptan en la calle a una niña para esclavizarla en el servicio doméstico, pueden hacer alarde de su hazaña sin que nadie lo encuentre reprobable. Lo sería si de un modo indirecto perjudicara los intereses de otro ladino. Pero hecha

esta salvedad ¿quién condenaría al que sacude a un árbol mostrenco para aprovecharse de sus frutos? ¿Quién, sino el que cayera en la aberración de suponer que los árboles son personas y que por lo mismo deben ser respetados como tales?

En las mujeres la virtud más preciada es la castidad y la modestia. Virtudes incómodas que exigen una vigilancia constante sobre sí, un renunciamiento a los placeres de la vanidad y de la carne, un sacrificio de los impulsos primarios. Alguna mujer será capaz de realizarlos. Pero muchas son hábiles para fingirlos.

Y en todos ¡qué cerviz orgullosa y dura! Orgullo de los antepasados, de la prosperidad, de la raza. Un orgullo que había permanecido intacto durante siglos y que ahora empezaba a resquebrajarse.

Porque Ciudad Real ya no era una ciudad cerrada. El gobierno había abierto caminos y los caminos la acercaron a otros pueblos. El viaje dejó de ser aquel proyecto remoto que las generaciones se transmitían, sin llevarlo a cabo jamás, para convertirse en una posibilidad inmediata, en una experiencia accesible y fácil. Los coletos viajaron; atravesaron la montaña que durante centurias fue su obstáculo y su defensa, su baluarte y su reto. Vieron, palparon, compararon. Y prefirieron no comunicar a nadie sus observaciones. Quien los oyera hablar creería que nada había sucedido. Nada. Un insecto es nada y roe los cimientos de una casa.

A Ciudad Real llegaron también extranjeros. Gente curiosa que se asombra de todo, que se alarma, que juzga. Gente boquifloja que comenta y hace aspavientos. Gente inflexible que desdeña, como ese Fernando Ulloa.

Para defenderse de la intrusión perturbadora los coletos necesitaban vivificar sus viejos prejuicios. El padre Manuel interpretó la necesidad, que él mismo padecía, y desde el púlpito fustigó a esos emisarios de Babilonia, esos portadores de ideas peligrosas que fatalmente producirían costumbres abominables. Por primera vez fue escuchado con atención.

El padre Manuel abandonó la retórica aprendida en el seminario, las caducas fórmulas de una oratoria finiquitada, para adoptar un lenguaje directo, vigoroso, donde la endeblez del argumento quedaba opacada por el ímpetu de la exposición.

Los sermones del padre Manuel empezaron a verse más concurridos cada domingo que transcurría. Feligreses de otras parroquias venían desde lejos a contemplar este relámpago de ira que se desenvainaba ante ellos, refulgiendo brevemente, deslumbrándolos, haciéndoles posible soportar una semana de

rutina gris, de inercia sin color.

El padre Mandujano cayó en su propia trampa. Había descubierto su fuerza y quería acrecentarla, hacer uso de ella. ¿Olvidó ser prudente? ¿Quién, cuando está ebrio, no se olvida de serlo?

—No hice nada fuera de lo común. Una plática dominical…

—En la que incitaste al pueblo para que se rebele contra sus gobernantes.

—Son gobernantes injustos. Su injusticia nos exime de la obediencia.

—Pero la situación de crisis por la que está atravesando actualmente la Iglesia puede convertir cualquier incidente en una provocación. Tú sabes que nos persiguen en Tabasco; que deshonran a los sacerdotes, queman los templos y profanan las imágenes. Lo mismo puede suceder aquí.

—¿Y ante tal amenaza hemos de permanecer con los brazos cruzados?

—La Iglesia no necesita mártires. Un mártir supone siempre un verdugo. Y es un pecado sin remisión tratar de volver verdugos a nuestros adversarios. Lo que hace falta es la cordura y la discreción.

Manuel contempló con ahínco a don Alfonso. Había sido, según la fama, enérgico y batallador en su juventud. Y este bagazo era lo que había devuelto Ciudad Real después de triturarlo largamente con su clima demasiado fácil. Manuel sintió un espolonazo de alarma. ¡No, y mil veces no! Buscaría el desierto, la arena inhóspita, el horizonte sin asidero. Quería vivir, jadear de fatiga, caminar, moverse, luchar.

—¡Yo no soy cuerdo ni discreto!

—No te envanezcas. Me estás obligando a colocarte en una lugar donde tus defectos no causen perjuicios.

Manuel se puso de pie. Un gesto de incredulidad le crispaba la cara.

—¿Quiere usted decir que ha cedido a los requerimientos de nuestros enemigos y que me ordenará abandonar mi parroquia?

—Es por tu bien, hijo mío. Aunque tú no lo creas y ahora te parezca un sarcasmo, yo me he preocupado siempre por tu porvenir. ¿Y cuál podría ser ese porvenir si te quedaras en Ciudad Real? Estás vigilado y te tendrían la rienda muy corta. ¿Ibas a conformarte con lo que yo tengo? La misa breve, el chocolate a su hora, la tertulia; un buen fuego para el invierno, una buena lámpara para la noche. Y contemporizar y absolver pecados mediocres, pecados de eunuco.

—¡Jamás!

—¿Lo ves? Y si quieres intentar algo, organizar congregaciones, por ejemplo, el gobierno diría que es política. Y la reprimiría rápidamente y con severidad.

—¿Entonces?

—Hay que salir de aquí. En este pueblo de leguleyos los sacerdotes estamos de más.

—Todavía tenemos influencias. Yo he visto a los señores más encopetados inclinarse a besarle el anillo a Su Ilustrísima.

—Sí, hacen genuflexiones pero ya no pagan los diezmos. No establezcas nunca alianza con los ricos, Manuel. Siempre exigen más de lo que dan. En cambio los pobres… ¡Qué consoladora es aquella promesa del Evangelio: "Siempre habrá pobres entre vosotros"! No la había yo comprendido bien hasta hoy.

Don Alfonso no pudo dejar de advertir la incongruencia entre su exclamación y su mobiliario. Se apresuró a añadir:

—Dirás que es fácil hacer una apología de la pobreza desde un cómodo sillón y después de un suculento desayuno. Pero los obispos tenemos que mantener el rango que nuestra posición nos impone.

El padre Mandujano asintió. Escuchaba mal una disertación cuyo rumbo era incapaz de predecir. El anciano repetía:

—Hay que irse de aquí.

—¿Con qué rumbo? En la costa no son precisamente un dechado de religiosidad.

—No, no, hacia el interior.

—En el interior no hay más que pueblos de indios.

—Que nuestra Santa Madre ha abandonado a su suerte desde hace mucho tiempo.

Manuel estuvo a punto de responder con un ¡como si eso importara! Pero se contuvo oportunamente.

—Eres coleto antes que sacerdote y de ahí tienes la costumbre de despreciar a los indios —continuó don Alfonso—. En un cristiano eso es falta de caridad. Y en un político —porque tú lo eres, aunque no queramos reconocerlo— es un error de cálculo.

Los labios de Manuel se entreabrieron en una sonrisa.

—Los indios son una cantidad que no cuenta en nuestras operaciones, monseñor.

—No siempre ha sido así. Recuerda a los misioneros de las primeras épocas de la Conquista.

—¿Y qué resultó de todo ello? El fracaso. Hombres generosos, pero equivocados.

—En cambio, los jesuitas…

—Ésos sí son verdaderos hijos de la luz, tal como los define el Evangelio: tienen la astucia de la serpiente.

—Me alegro de que coincidamos en la opinión. Pues bien, los jesuitas hicieron un experimento muy interesante con los indios del Paraguay. ¿Lo recuerdas?

—Vagamente. Creo que intentaron fundar una especie de utopía que tampoco les dio resultado.

—Les dio resultado.

—Aunque así fuera —interrumpió con impaciencia Manuel—. Los tiempos son otros.

—Sí. Nuestra Santa Madre olvidó la lección de los jesuitas que en cambio recogieron los laicos. Son ellos los que han vuelto a pensar en los indios. ¿Sabes para qué está aquí Fernando Ulloa? Para repartirles tierras. Y más tarde vendrán maestros para enseñarles a hablar castilla, a leer, a escribir. ¿Te das cuenta de lo que eso significa? Miles de almas, que por derecho divino nos pertenecen a nosotros, nos serán arrebatadas por ese gobierno injusto que tú combates. Y todo ¿por qué? Porque no hemos querido remediar oportunamente una negligencia culpable.

—Se alarma usted muy pronto, monseñor. Deje que vengan los ingenieros y los maestros; deje que el gobierno se afane. No podrán hacer nada. Ante la indiferencia de los indios, ante su estupidez, acabarán por estrellarse todos sus propósitos.

—¿Y si no fuera así?

Manuel se encogió de hombros.

—¿Qué podemos hacer nosotros? Somos muy pobres… ¡y tan pocos!

—Ése es argumento de pusilánimes. Si todos pensaran como tú jamás se habría propagado el cristianismo. Recuerda la condición y el número de los apóstoles.

—Pero el Espíritu Santo habitaba en ellos y hablaba por su boca y…

—Se les mandó que fueran y predicaran y ellos fueron y predicaron. De sobrenatural no hubo más que su obediencia, tan inflamada de fe que transportó montañas. Y no me repliques que ése ha sido un episodio excepcional. En cada sacerdote la historia de los apóstoles se repite.

Manuel se replegó con una sonrisa agria.

—¿Y ahora me toca mi turno, monseñor?

—El Espíritu sopla donde quiere. Yo sólo te pondré en el lugar propicio.

Manuel comenzó a alarmarse. La ampulosidad de los términos

que usaba don Alfonso no podía ser presagio más que de una decisión grave.

—Quiero que te hagas cargo de la parroquia de San Juan Chamula.

Este nombre hizo nacer en el joven sacerdote mil imágenes confusas: indios levantiscos, borracheras bárbaras, comerciantes ladinos que huían a medianoche para salvar su vida, ya que no sus propiedades, del incendio y el saqueo.

—Los chamulas están inquietos desde hace meses. Se enteraron de lo de la Ley Agraria y exigen que se cumpla, que se repartan los ejidos. La efervescencia aumentó con la llegada de Ulloa.

Manuel hizo un gesto como para expresar su impotencia.

—¡Tú no sabes lo que es un cura para un indio! —ponderó don Alfonso—. Un representante de Dios, quién sabe si una encarnación de Dios. ¡Y con tantos años de abandono, de descuido nuestro! Es admirable.

—¿Ha considerado usted que yo no sé la lengua, monseñor?

—No tendrás dificultades. Hay en la parroquia un sacristán que habla bien la castilla. Él puede servirte de intérprete, ayudarte a aprender tzotzil.

Manuel comprendió que para cualquiera de sus objeciones tendría don Alfonso una respuesta que la despojaría de su validez y de su peso. Por motivos poderosos (¿y cuál era más: la presión de las autoridades civiles? ¿La conveniencia de vigilar una zona en la que el gobierno quería implantar innovaciones? ¿O la simple envidia ante un rival más brillante y osado?) don Alfonso había decidido nombrar a Manuel párroco de San Juan y ningún argumento lo disuadiría.

Pudo haber impuesto su autoridad de obispo, pensó el joven; pudo haber dictado una orden. Pero tiene miedo de mi rebeldía y acumula un montón de sofismas para convencerme de la necesidad de mi designación. ¡Apostolado entre los indios! ¡Qué ridiculez! Ni él mismo cree lo que dice; no es más que un pobre viejo cobarde y enredoso. Tal vez, a su modo, me estime y me defienda. Todavía tengo que agradecerle que se tome el trabajo de mentir.

—Partiré cuando usted lo ordene, monseñor.

Pero en su fuero íntimo, Manuel aún no se había sometido y se proponía apelar en cuanto el tiempo hiciera decorosa esta apelación y la experiencia la hubiese fortalecido con razones. No, su estancia en Chamula de ninguna manera habría de ser definitiva.

—Me alegra verte tan bien dispuesto, Manuel. No esperaba menos de ti. Antes de que te vayas te daré mis instrucciones por

escrito. Ahora urge atender los preparativos del viaje. Conseguiremos el avío; tú tienes que aprovisionarte bien de ropa y víveres; los gastos corren por mi cuenta, naturalmente. Va a ser indispensable también una persona que te asista. Yo te cedería a doña Cristina, el ama de llaves. Es una magnífica mujer, muy seria, muy cumplida y, por su edad, a salvo ya de cualquier mal pensamiento o murmuración. Pero está tan hallada conmigo que se me hace cargo de conciencia separarla del obispado.

—No se preocupe usted, monseñor. Mi hermana Benita sin duda consentirá en acompañarme.

—Si es así, el asunto está arreglado. Que Dios te acompañe, hijo mío.

Don Alfonso dio su anillo a besar al joven sacerdote. Mientras éste se inclinaba en la reverencia un gran alivio descendió sobre el ánimo del obispo. El paso, que le parecía tan difícil, estaba dado. Cierto que el muchacho se había resistido un poco, pero menos de lo que hacía temer su temperamento colérico. Tampoco se mostró muy suspicaz. Había cedido, conformándose con las explicaciones de su superior.

Manuel abandonó el Palacio Episcopal con el corazón confuso y decepcionado. De todos sus espejismos de triunfo no quedaba más que esta sombría perspectiva: el confinamiento en una aldea insignificante para cumplir una misión desatinada. Mientras tanto lo olvidarían sus compañeros y sus maestros, él mismo olvidaría sus esperanzas, se dejaría devorar por costumbres inhumanas. Manuel respiró con ansiedad. Se asfixiaba, como un insecto aplastado bajo una piedra.

Benita se asustó al verlo llegar.

—Estás muy pálido. ¿Tuviste algún disgusto, alguna pena? Voy a la cocina a preparar un draque.

—Prepara uno para ti también —le recomendó con rudeza su hermano. El tono de estas palabras bastaron a detenerla.

—¿Qué sucede, Manuel?

—Sucede que tengo hecho un voto de obediencia y que hoy lo debo cumplir. El señor obispo me destina a otra parroquia.

—¿No vas a seguir en San Diego?

—No, ha habido quejas contra mí.

—Pero ¿quién?, ¿quiénes?

—Los masones se alarman porque, según ellos, estoy haciendo una labor subversiva.

Benita no entendía de qué acusaban a su hermano. Humildemente preguntó:

—Es una calumnia, ¿verdad, Manuel?

—Convéncelos, si puedes. Y convence a don Alfonso de que por su propia conveniencia debería apoyarme y no dejarse amedrentar por estos pobres diablos. Pero el obispo es un hombre prudente; no quiere problemas en su diócesis y se deshace de mí enviándome a San Juan Chamula.

—¿Qué es eso?

—Un pueblo de indios.

—¿A un pueblo de indios? ¿Tú?

—Y tú también si el sacrificio no te parece excesivo.

—¡Pero estos monseñores están chiflados, que Dios me perdone y me ampare! Refundirte a ti, a ti que fuiste el mejor alumno del seminario; a ti que tienes a toda la gente visible de Ciudad Real embebecida con tus sermones…

Benita se enjugaba una lágrima inexistente con la punta del delantal. Manuel no pudo resistir a la tentación de exasperar aquella pena ingenua y desarmada.

—Y todavía se lamentarán de que conmigo hicieron un mal negocio. Tanto dinero gastado en educarme para que a la postre les sirva yo en una iglesia que podría atender muy desahogadamente un cura de misa y olla.

En una brusca transición Benita cesó de discutir:

—Paciencia, hermano. ¿Cuándo es la fecha de tu salida?

—Lo más pronto posible.

—Hay que empezar a hacer los preparativos.

—¿Irás tú también?

Benita asintió en silencio. Estaba conmovida y, aunque se avergonzara de admitirlo, no podía dejar de reconocer que era feliz. Los años de estudios de Manuel fueron años de soledad para ella. Un día cada mes se regocijaba con la visita del interno; un día cada mes su pulcra casa de solterona se trastornaba con la presencia de su hermano. Y cuando la tregua tocaba a su fin Benita guardaba —como una reliquia— la ceniza que descuidadamente había dejado caer el ausente sobre la colcha; o se demoraba en limpiar el rastro de lodo con que quedó marcado el tapete del umbral.

Durante ese tiempo Benita había vivido temiendo que, al fin de su carrera, Manuel partiese a un sitio lejano o alcanzara a ser un personaje tan importante que la humildad de su familia lo avergonzara. Pero, gracias a Dios, sus temores habían sido vanos. La Virgen de la Caridad recompensaba sus ruegos. Benita y Manuel ya no se separarían nunca; Manuel volvía a depender de ella totalmente; iba a exigirle cuidados, atenciones, mimos, como si

hubiera regresado a la infancia.

Desde la puerta (¿quién iba a acercarse a este hombre arisco?) Benita se volvió a ver a su hermano, trémula de esperanza y gratitud.

X

DESPUÉS DE LA CENA (un plato de frijoles sin freír y una taza de café, servidos en vajilla de peltre) el padre Manuel Mandujano se encerró en su dormitorio. Le esperaba una tarea que había venido postergando desde una semana atrás: escribir a don Alfonso. Manuel estaba seguro de la abundancia, de la importancia también, de las noticias que iba a transmitir. Y sin embargo, media hora después, bajo el resplandor tibio y silencioso de la lámpara, no había hecho sino trazar enrevesados arabescos sobre el papel, ensayos de rúbrica.

Antes, al borde del pliego en blanco, no lo detenía como ahora la perplejidad. Llenaba pronto el espacio con esa caligrafía monótona, impersonal, clara, que era el estilo del seminario. Hoy permanecía en suspenso. Tenía a su disposición datos, cifras, hechos. Todo era escrupulosamente exacto pero se resistía a considerarlo verdadero. Sólo al escribirse los sucesos quedan tan inmediatos unos de otros que esta proximidad imita la coherencia.

Por enésima vez el padre Mandujano abandonó la pluma. Su pensamiento se obstinaba en una imagen: la de su antecesor, el último cura de San Juan, un réprobo, un borracho, un lujurioso, un blasfemador. En tal lo había convertido algo peor que el aislamiento: la convivencia con estos seres extraños y herméticos que son los indios.

El semblante del padre Manuel se ensombreció. ¿Sería su propio destino tan funesto como el del otro?

Porque estas aprensiones predominaban en el ánimo del sacerdote desde el día en que aceptó la encomienda de Chamula. Lo agobiaba la certidumbre del fracaso, la angustia de que a sus pies estuviera abriéndose una sima insondable, un abismo que terminaría por devorarlo. Y su caída no iba a tener ni el mérito de un sacrificio libremente consentido y consumado, ni la fecundidad del martirio. Iba a ser como la caída de una piedra en un pozo. El eco lúgubre y nada más.

Acontecía, en los comienzos de su estancia en San Juan, que el

padre se apartaba de tan amargas perspectivas entregándose a una actividad física agotadora que no le permitía desear más que el descanso.

Momentáneamente había pospuesto los viajes dentro de los límites de su parroquia. Pero aún así le sobraba trabajo con intentar hacer habitable el edificio del curato, un caserón ruinoso. La lluvia se colaba al través de las tejas rotas del techo, escurría por las paredes manchándolas, impregnándoles de una humedad en la que verdeaba el moho. Ratones, murciélagos, tlacuaches habían encontrado allí cómodo amparo. Y el viento glacial de Chamula batía las puertas desvencijadas, las ventanas sin vidrios.

Benita hacía lo posible por ayudar a su hermano. Pero ¿de qué era capaz una mujer en estas circunstancias? Tarea de hombres, y aun de hombres fuertes, era la de Manuel.

Los vecinos de San Juan acudieron espontáneamente a ponerse a disposición del párroco. Éste aceptó a algunos, los que parecían más entendidos. Y con la ayuda del sacristán, Xaw Ramírez Paciencia, para traducir las órdenes del español al tzotzil, pudo apartar un poco los escombros que se amontonaban en la cocina, remendar las goteras y ahuyentar a los animales establecidos allí y que causaban tantos perjuicios.

Por escasez de provisiones Benita preparaba una comida frugal, no mucho mejor de la que acostumbraba comer Xaw. Éste la examinaba con un gesto casi imperceptible de decepción. ¿Por qué el recién venido desdeñaba los “bocados” con que pretendían halagarlo sus feligreses? ¿Ignoraba acaso que muchos se habían resignado a padecer hambre con tal de que su párroco tuviese bien surtida la despensa? Pero el padre Manuel rechazaba los regalos que se le ofrecían. Los antiguos frailes se comportaron de otro modo. ¿Es que éste se tenía en más y por eso su orgullo era mayor?

Manuel no advertía que su actitud (dictada por el asco hacia todo lo que proviniese de los jacales inmundos, y por la pereza de sentir gratitud) iba a provocar resentimientos. Continuaba entregado a su quehacer sin percatarse del vacío y la reserva que medraban en torno suyo.

El padre Manuel había escogido, entre las numerosas piezas del curato, aquellas en que los estragos del abandono fueran menos palpables. Allí instaló las habitaciones de su hermana y las propias.

El ajuar de su dormitorio no era lujoso ni austero: únicamente inapropiado. Una enorme cama de nogal, ancha, de las que llaman matrimoniales, donativo de una viuda rica y devota que no se decidió a desprenderse también de los colchones. El padre Manuel

no quiso paliar esta carencia aunque fuese con un montón de paja, como le aconsejaba Xaw, y prefirió acostarse sobre la tabla dura.

—Ustedes duermen en el suelo —adujo con forzado humorismo —. ¿De qué estoy hecho yo para no poder soportar más que lo blando?

—Usted es ladino, padrecito.

¡Ladino! En Ciudad Real el padre Manuel podía enorgullecerse de una condición que compartía con los ricos y los poderosos. Pero en San Juan era un privilegio ambiguo que suscitaba entre los inferiores desconfianza, temor y agresividad.

—Ante Nuestro Señor todos somos iguales —afirmó el padre Manuel con resentimiento.

Xaw asintió con una sonrisa silenciosa. Ni el respeto ni su escaso dominio del español le permitían continuar la discusión. Pero dentro de sí creció una oleada irrefrenable de repulsa. ¿No sería este hombre un impostor?

He aquí el resto del mobiliario: una mesa de ocote, buena para escribir, aunque ya deslucida por el uso. Dos butacas de cuero, tan bajas que nadie, excepto un enano, podía hallar comodidad en ellas. Sillas también de ocote, inseguras, tembeleques. Y presidiendo aquel orden irrisorio, un crucifijo. Marfil. Regalo de don Alfonso, al terminar el primer año de estudios en el seminario.

El padre Manuel llevaba siempre esta imagen consigo. Lo hacía por hábito, una especie de apego supersticioso. Ahora habían venido a dar los dos al curato de San Juan. ¿Pero acaso este trozo de materia le hacía al sacerdote más llevadera la soledad, menos punzante el desamparo? Manuel apartó la vista de ella casi con reproche.

En verdad no tenía muchos motivos para estar contento. Su primera visita a la iglesia lo dejó estupefacto. ¿Era posible que a unas cuantas leguas de Ciudad Real, sede del obispado, no hubiera podido penetrar el cristianismo? ¿Era posible que nadie hubiera advertido y denunciado que los indígenas practicaban una religión distorsionada? Manuel contaba, gracias a las advertencias de don Alfonso, con hallar una dosis normal de idolatría, la dosis que un pueblo convertido introduce siempre en el culto católico y que el culto católico tolera y absorbe. Pero lo que halló en San Juan sobrepasaba en mucho todo lo que hubiera supuesto y delataba un estado absoluto de paganía.

Derribadas en el suelo, sin ninguna reverencia, las estatuas. Boca abajo, no preservadas, expuestas a una destrucción que la impaciencia de los indios aceleraba con el maltrato. A algunas les

faltaba ya la cabeza, a otras se les habían roto las manos, torcido la nariz, desprendido los ojos. Eran grotescas, no podían inspirar devoción. ¡Y aquellos colores! No eran los colores de la vejez, del deterioro natural en la madera. Eran unos tonos verduzcos, remedo de la putrefacción.

Muy al principio el padre Manuel creyó que era únicamente el descuido el que había llevado a las imágenes a adquirir una apariencia tan absurda. Pero muy pronto tuvo oportunidad de convencerse de que la actitud de los indios obedecía a su deseo activo de afear, de humillar, de castigar. Porque otras imágenes habían corrido distinta suerte, aunque Manuel no se atreviera a afirmar que esta suerte hubiese sido mejor.

Había pues figuras odiadas y figuras predilectas. La predilección de los indios se manifestaba acumulando sobre la estatua sagrada rollos y rollos de tela, lo que producía una obesidad cada vez más contradictoria respecto al tamaño de las partes del cuerpo que quedaban descubiertas. Y la desproporción podía llegar al punto de hacer perder a la figura su forma humana. Los santos parecían enormes tortugas puestas de pie, de la grosura de cuyo carapacho emergía una cabecita tímida.

¿Qué decir de los adornos? Sombreros de palma, diminutos espejos que centelleaban entre la profusión de las ropas, pequeñas jícaras, trastecillos de barro.

Cuando el padre Manuel quiso averiguar por qué alguna representación del sacrificio del calvario había sido tapada con un lienzo, la solicitud con que hasta entonces le había informado el sacristán pareció extinguirse para ser sustituida por una reticente ambigüedad. Y cuando el padre Manuel intentó apartar el lienzo para ver lo que ocultaba, Xaw se interpuso alegando difusas y deshilvanadas razones. El sacerdote no creyó oportuno insistir. No iba a echarse encima, ahora que no tenía en su mano ningún arma para luchar, la animadversión de esta gente.

Más entremetida, Benita destapó un cuadro de la Dolorosa con el pretexto de quitarle el polvo. Xaw acudió cuando era demasiado tarde. Ya las dos mujeres se habían visto. Y ahora, se lamentaba el sacristán, era el peligro que se agazapaba tras los inmóviles ojos pintados.

Y por cierto que Xaw era desconcertante. Como para abonar méritos a su cuenta, contó al padre Manuel que durante el tiempo que la parroquia había permanecido sin vigilancia él, en su calidad de sacristán, desempeñó las funciones del cura que faltaba. Por eso todos los niños que nacieron en ese lapso estaban bautizados; nadie

había muerto echando en falta los últimos auxilios; y en cuanto a las parejas de amancebados eran una lacra de la que otros lugares podían avergonzarse pero no San Juan. El orgullo de Xaw era haber legalizado todas las uniones por medio del matrimonio eclesiástico.

Muy suavemente, para no espantar las confidencias, el padre Manuel preguntó a Xaw si no había también confesado y dado la comunión a los feligreses. El sacristán respondió que no. Y, como para disculparse, adujo que quienes se encargaban de averiguar los pecados y de establecer las condiciones para que pudieran perdonarse eran los brujos. Y los brujos se habrían enojado, muy justificadamente, si alguien que no fuese de su gremio hubiera pretendido convertirse en su competidor.

—¿Y la comunión? —insistía el padre Manuel.

Tampoco la había administrado Xaw. Porque sí, naturalmente, vio a los frailes cómo hacían las hostias, en innumerables ocasiones; pero nunca atinó con la receta para poder hacerlas por su cuenta.

El padre Manuel permaneció un instante suspenso frente a tal simplicidad. En su interior hervía de cólera. Cólera contra la ignorancia de este hombre a quien no le había enseñado nada la proximidad del altar ni la familiaridad con el servicio divino. Y cólera también contra la pereza o la estupidez de los que no acertaron a catequizar ni siquiera al que estaba en la situación más favorable para recibir sus lecciones.

El transcurso de los días se encargó de modificar estos juicios. El padre Manuel se empeñó, con el celo encarnizado de quienes no tienen para desahogar su actividad más que un cauce mezquino, en instruir a Xaw sobre las más elementales nociones de doctrina. Para lo cual, después de celebrar la misa (una misa resonante en una iglesia vacía, pues era la hora en que todos los vecinos estaban dedicados a sus labores), el padre Manuel convidaba a Xaw a compartir su desayuno. Fue difícil convencer al indio de que podía, de que debía sentarse a la mesa del sacerdote, y no en el suelo como acostumbraba. Xaw obedeció, pero sin poder nunca disimular completamente la inquietud que esta situación le producía. Tanta, que casi no acertaba a comer. Preparaba los bocados con una minuciosidad exagerada, los tragaba con rapidez sin detenerse a saborearlos; y en cuanto el padre Manuel se distraía un momento el sacristán lo aprovechaba para sacar a hurtadillas la bola de posol de su morral y acechaba la menor ausencia para prepararlo y beberlo. El cura se dio cuenta porque un día regresó más pronto de lo que el otro había calculado y Xaw no tuvo tiempo de ocultar la jícara aún llena.

Hubiera sido más caritativo tal vez permitir al indio que comiera a solas y según se le antojase. Pero eso privaría al padre Manuel de su única oportunidad de hablar despaciosamente con Xaw: la sobremesa. Allí, y de manera casual, el sacerdote repasaba el catecismo. Le escandalizó primero la extraordinaria limitación en el vocabulario de su interlocutor. Las palabras más simples del castellano, las más usuales, tenían que ser repetidas cuatro o cinco veces, explicadas con abundantes ejemplos. Y al terminar la explicación ya nadie recordaba el tema inicial.

Manuel hacía un esfuerzo para retomar el hilo, tratando vanamente de encontrar en su alumno un rasgo, por leve que fuese, de atención comprensiva, de interés. La cara de Xaw permanecía impávida ante las más vehementes pruebas de la existencia de Dios, de su encarnación en la persona de Cristo, de la fidelidad de la Iglesia a las verdades reveladas. El único comentario que se permitía, de vez en vez, era una gruesa interjección, un eructo incontenible, un descarado bostezo, un decidido salivazo. Al padre Manuel le crispaban y le ponían fuera de sí estas reacciones y cuando, por fin, se decidió a prohibirlas, el sacristán recibió la orden con amargo despecho. Porque el recién llegado no había entendido que para la ruda mentalidad del tzotzil la interjección, el eructo, el bostezo y el salivazo eran las muestras más corteses de acatamiento que podía hacer patentes a quien le hablaba.

El padre Manuel tuvo que rectificar ¡y cuántas veces! sus métodos de catequización. Ya no por lo que le importara el caso individual de Xaw, ni porque lo que produjera buenos resultados con él podía aplicarse después entre los demás. Era una obstinación ciega que había olvidado su objetivo.

Primero el sacerdote hubo de renunciar a la vehemencia. Los ademanes, las variaciones en los registros de su voz, cualquier exceso distraía a Xaw, apartándolo del asunto y haciendo contemplar al que peroraba como si fuera un actor. No vehemencia, entonces. Sencillez. Pero la sencillez, pasado el primer momento, se convierte en monotonía. ¿Y hasta dónde se puede ser sencillo con quien no posee nuestro idioma?

El padre Manuel notaba cómo dentro de sí disminuía, hasta agotarse por completo, la simpatía, la actitud benévola y tolerante. Cada torpeza de Xaw le irritaba como si el otro la hubiese deliberado. Indio bruto, se repetía, indio animal, indio desgraciado. ¡Y hay quien te quiere considerar persona! ¡Que venga a refundirse aquí, para que se parta el alma como yo!

Y, haciendo a un lado sus escrúpulos, el padre Manuel reprendía

a su alumno con excesiva dureza y no le repugnaba la idea del castigo corporal que lo rondaba tenazmente.

A veces, en un instante de brusca lucidez, se preguntaba cómo era posible que en tan poco tiempo hubiese llegado *ya* a ese punto. No sólo faltaba a la mansedumbre como sacerdote, a la caridad como simple cristiano, sino hasta a los más elementales dictados del humanitarismo. ¿Habría empezado *ya* a obrar en él el demonio que corrompió a quien lo había antecedido? Y el padre Manuel repetía el *ya* como si la violencia fuera el término fatal, ineluctable, de una evolución; y como si lo único horrible en su caso hubiera sido la prontitud con que alcanzó ese término.

Pero el remordimiento, breve, superficial, se desvanecía exacerbando un ansia de justificación. Después de todo ¿quién era este sacristán, quién salía fiador de sus buenas intenciones? Cuando fungía como intérprete seguramente tergiversaba las palabras, malinterpretaba las frases. Y no de buena fe, no; sino con el insidioso propósito de estorbar los planes del sacerdote. ¡Cómo si no bastara con que esos planes fueran absurdos!

¡Y con qué lentitud marchaba todo! Los feligreses estaban dispuestos a pagar los diezmos y primicias que exige anualmente la Iglesia; estaban dispuestos a dar las limosnas necesarias, a entregar dinero a cambio de los sacramentos. Laudable dadivosidad, y más teniendo en cuenta su pobreza.

Pero a esto se limitaba su práctica de la religión. Seguirían estando al margen de lo que constituye verdaderamente a un católico. No podía instruírseles en sus deberes espirituales, excitarlos a la confesión y a la penitencia porque entre sacerdote y pueblo se interponía la barrera del idioma. ¿Cuándo iba a conseguirse así que se suprimiese alguno de los ritos con que se mancillaba el templo? Los indios protestarían con furia, como cuando el padre Manuel pretendió impedir que el mayordomo de Santa Margarita se emborrachase cada vez que tenía que cambiar los vestidos de la estatua, ceremonia que exigía la ebriedad.

—Estamos dejados de la mano de Dios.

Esta certeza se afirmó en el padre Manuel después del primer domingo que pasó en San Juan.

Durante los días de la semana la enorme plaza que rodeaba a la iglesia se mantenía, hasta cierto punto, limpia porque era escaso el tráfago de hombres y rebaños. Pero el domingo todos, hasta los más remotos pobladores de la comarca, confluían allí, de madrugada, doblados bajo la carga de los productos que pensaban vender o cambiar. Sobre el suelo, sin importarles el lodo ni la lluvia

incesante, se enroscaban, extendían la mercancía, abandonaban a los niños para que jugasen. Conforme avanzaban las horas se veía aquella multitud moviéndose como un gran animal torpe, por su tamaño, por su pesantez. Iban y venían los hombres, ya sin finalidad, tambaleantes por el alcohol ingerido en el momento de cerrar los tratos, apoyándose en la esposa, tan borracha como ellos, en los hijos pequeños que caían arrastrados por la fuerza de sus mayores. Lodo. Allí se revolcaban en pleitos, en lascivia, salpicando a su alrededor la sangre y la suciedad. Pedir auxilio a los gendarmes era agregar un elemento más de disturbio. Pues el gendarme venía a repartir golpes a diestro y siniestro con su vara de autoridad. Y para no empujar a alguno (cualquiera, el que estuviese más al alcance) a la prisión, pedía en pago una medida bien colmada de aguardiente.

El proyecto de atraer a los indios a la religión y convertirlos en miembros conscientes y activos de la Iglesia militante le parecía al padre Manuel más que nunca impracticable. Pero a pesar de que esta convicción había ascendido ya de los antros mudos de la persona de su cerebro y allí estalló en palabras, estas palabras no fueron escritas en la carta que el sacerdote dirigía a don Alfonso. Un pudor incomprensible, un agudo espolonazo del orgullo las desecharon para sustituirlas por otras, vagas y rutinarias.

Y allí estaba la carta, ya doblada, más concreta, más real que los hechos que no mencionaba; con un peso, con una veracidad que jamás alcanzarían las dudas y los malestares de quien la había escrito. Allí estaba, ya lista para que la enviasen. El pedazo de papel se iría, ligero y fácil, mientras el padre Manuel estaba condenado a quedarse en San Juan repartiendo palos de ciego como en las fiestas infantiles, cuando le vendaban los ojos para que rompiera la piñata.

—Jamás acerté —comentó con triste burla de sí mismo—. Y acaso fue preferible. Yo soy de los que no saben apartarse oportunamente de las catástrofes. Si la piñata se hubiera roto habría caído encima de mí.

De un soplo el sacerdote apagó la lámpara. A oscuras se arrodilló para rezar las oraciones de la noche. El pertinaz murmullo del aguacero se había constituido en algo tan habitual que lo hubiese notado solamente si se hubiera interrumpido un momento.

Y repentinamente un estrépito, un torrente de música, inundó, estremeció la atmósfera. Una música bárbara, con un tema infantil, repetido hasta la exasperación, que se hinchaba extrañamente al revestirse con la sonoridad enorme y hueca del órgano.

Pasado el instante de estupor el padre Manuel se puso de pie. A tientas buscaba algo con qué alumbrarse y al no hallarlo abrió con

impaciencia las maderas de la ventana. La lluvia, el viento se le abalanzaron como fieras en acecho. Con dificultad pudo distinguir, más allá, la iglesia débilmente iluminada. Corriendo se dirigió a ella.

El portón cedió a su empuje. En el interior de la nave se habían congregado los indios. No de rodillas, tendidos en el suelo, resguardaban con la concavidad de las manos la llama agonizante de las velas y gemían, retorciéndose. Había otros de pie, vacilantes, ya beodos, que se enfrentaban a los altares en una grosera reclamación de agravios. Y la espuma de la gran ola de música, ese tema infantil, se derrumbaba incesantemente después de sostener un momento su nada en el espacio. Y volvía a comenzar.

El padre Manuel no intentó siquiera gritar para pedir que cesara todo aquello. Su voz se perdería dentro de la corriente de sonido más poderosa. Con paso rápido comenzó a ascender las escaleras que conducían al coro. Allí, rodeado de principales, estaba Xaw Ramírez Paciencia, ebrio también, tocando en el órgano un son chamula.

—¡Tú! —exclamó el padre Manuel.

Y en esta sílaba condenaba su sorpresa, el desaliento ante el fracaso de sus lecciones, la decepción de verse incomprendido y traicionado por el único en quien tenía derecho a confiar; la indignación por el sacrilegio que se estaba cometiendo.

—¡Diles que se vayan todos de aquí! La casa del Señor merece respeto.

Xaw contemplaba estúpidamente al padre Manuel. Acaso no entendió lo que se le ordenaba. Sus dedos continuaron aplastando las mismas teclas una vez y otra y otra, sin pausa, con la fatalidad de un mecanismo.

El ademán del padre Manuel resonó en los muros de la iglesia y fue extinguiéndose poco a poco. Los que aún estaban en uso de sus sentidos lo bastante como para advertir que algo anormal ocurría volvieron hacia arriba un rostro alerta. Los principales que rodeaban a Xaw apretaron amenazadoramente sus bastones de mando.

No vio esta amenaza el sacerdote cuando se lanzó contra el sacristán. Golpeaba, ciego de ira, y no sabía si al otro o a sí mismo. Con un alarido los principales avanzaron hacia él.

—¡Quietos!

Los detuvo la voz. El padre Manuel la oyó desde el suelo en que estaba tendido. Ahora la voz se dirigía a él.

—Levántate, cura.

No era un ruego. Era un mandato despreciativo.

Penosamente el padre Manuel se incorporó. Trató de erguirse y de dar serenidad a su porte, a su mirada. Pero la cólera le crispaba el rostro.

—¿Quién eres? —logró preguntar a quien había hablado. Y al mismo tiempo se esforzaba por fijar en su memoria estas facciones, cinceladas como a fuego, como a hachazos, en una materia simple y resistente.

—Soy Pedro González Winiktón, el pasado juez.

La voz correspondía a la figura. Firme, decidida, varonil. Y había hablado en español, correcto, fácil, sin esa entonación aflautada, ese "canta-castilla" del que tanto se burlan los ladinos.

El padre Manuel y Winiktón permanecieron un momento frente a frente, examinándose como si cada uno quisiera descifrar, por la expresión del otro, si serían aliados o enemigos. Porque dos fuerzas iguales se reconocían.

Abruptamente el padre Manuel rompió el hechizo. Giró sobre sus talones y se fue.

XI

CUANDO a un pueblo pequeño (y Ciudad Real lo era, a despecho de su nombre, de sus pretensiones y de su historia) llega un forastero, cunde entre sus habitantes un escalofrío de recelo, de curiosidad y expectación.

¿Pero quién viene a Ciudad Real, un sitio tan remoto, tan apartado de todos los caminos? Vienen los agentes viajeros, más por inercia que por la importancia de los negocios que aquí pueden hacer. Llegan con su portafolios repleto, su aire de eficiencia, su prisa sin justificación, su falsa desenvoltura. Tal visita remueve levemente el légamo comercial. Y después el agente viajero alborota en las cantinas, suscita pendencias con los hombres, inquieta a las muchachas. Al partir deja tras de sí alguna deuda insoluta, alguna afrenta sin desenlace, alguna virtud titubeante. O lleva prendida, como una zarza, la desesperación de una soltera para quien la aventura finaliza en el pueblo próximo.

Vienen también, a establecerse transitoriamente, los empleados del gobierno. Su prestigio es ambiguo, su rango difícil de determinar con exactitud. Se desconfía de su procedencia, se desdeña su condición de asalariados. Aunque no por ello dejen de ser imitadas sus costumbres, temidas sus ideas, admiradas sus peculiaridades.

Fernando Ulloa era un empleado gubernamental. Su misión consistía en levantar los planos de la zona de Chamula para adjudicar los ejidos a las comunidades indígenas y establecer en los latifundios el régimen de pequeña propiedad exigido por la ley.

La llegada de Fernando Ulloa a Ciudad Real alarmó a los propietarios de fincas, quienes desempolvaron documentos, consultaron rábulas y celebraron largas y misteriosas conferencias.

¿Cómo hacer olvidar a Ulloa su deber? ¿Cómo convertirlo en un aliado, en un servidor de los intereses de los finqueros? La opinión fue unánime: por medio del soborno. Fernando Ulloa no tenía más patrimonio que su profesión ni más entrada que su sueldo. Su pobreza vergonzante, disimulada con mil trucos ingeniosos,

irrumpía de pronto en el puño deshilachado de una camisa, en el brillo indiscreto de una rodillera. Para nivelar su presupuesto ¿no había aceptado un curso de matemáticas en el Instituto Superior de Ciudad Real?

Cierto que Fernando Ulloa no tenía hijos. Pero su mujer no parecía de las abnegadas, de las sufridas. Debía ser una esposa cara.

Naturalmente, porque Julia Acevedo era hermosa; no al modo de las señoras coletas, envanecidas de la blancura de su piel, signo de una ascendencia noble, y de la abundancia de su carne, evidencia de ese desahogo económico que permite llevar una vida en que la gula y el ocio son todavía el lujo supremo.

No, Julia Acevedo era diferente. Alta, esbelta, ágil. Una figura femenina que se pasea sola por las calles; una voz, una risa, una presencia sonora que se eleva por encima de los cuchicheos; una cabellera insolentemente roja, a menudo suelta al viento. No es necesario más para que las beatas, pálidas de encierro, se santigüen detrás de las ventanas; para que los hombres sueñen y tasquen el freno de su respetabilidad y para que los ancianos rememoren consejas y vaticinen catástrofes.

Ajena a esta imagen suya, que no hubiera reconocido, Julia se aburría. Los quehaceres hogareños nunca le interesaron y las satisfacciones de la convivencia con Fernando eran tan precarias que Julia buscaba, fuera de sí misma y de su casa, distracciones, un estruendo que la aturdiera para no pensar en sus problemas, en sus decepciones.

Abandonada por su esposo (un gachupín desaprensivo y ordinario) la madre de Julia Acevedo intentó sustituir la autoridad paternal con su intransigencia y su falta de ternura. Tenía la obsesión de preservar a sus hijas (eran tres, para colmo de desgracias) del fracaso que ella había sufrido; se propuso hacer de ellas mujeres capaces de sostenerse con su trabajo, de prescindir del apoyo de un marido. Y esto no era posible, según la opinión de la señora, más que aprendiendo una profesión lucrativa.

Sin consultar la vocación de las muchachas, la madre de Julia las inscribió en el Politécnico, ya que sus recursos le vedaban las escuelas particulares o las facultades universitarias. Las hermanas de Julia, más dóciles, más despejadas quizá, terminaron satisfactoriamente sus estudios de farmacia y ahora disfrutaban de una posición modesta pero con buenas perspectivas para el futuro.

En cambio Julia… Su inteligencia era tan rápida como frágil, su entusiasmo tan inagotable como voluble. Al principio asistía a las clases con la esperanza de que el maestro dijera algo que

solucionase sus conflictos íntimos, iluminara las confusiones en que se debatía o confiriera un sentido a sus actos. Pronto se desengañó y las faltas empezaron a acumularse junto a su nombre en las listas.

A pesar de los regaños de su madre, Julia se ligó con una pandilla de jóvenes mayores que ella, cuya preocupación fundamental era la política. Durante horas enteras discutían sobre asuntos teóricos y tácticos con una pasión desordenada y ávida que exprimía los temas y los arrojaba después como un bagazo inútil.

Julia escuchaba, atenta, sin noción de la hora ni cuidado de sus obligaciones. Se familiarizó así con muchos términos —justicia social, reparto equitativo de la riqueza, penetración de capitales extranjeros, reforma agraria— sin entender bien su significado. Era una de esas mujeres para quienes el mundo, su propio destino y hasta su personalidad, no se revelan, no adquieren un contorno definido más que al través del contacto amoroso con el hombre.

Las aventuras, breves, infructuosas, en que Julia comprometió su adolescencia, perdieron importancia cuando conoció a Fernando Ulloa.

¿Qué la atrajo primero? ¿Su apostura varonil, su prestigio de líder de la pandilla? ¿O la nitidez con que ella se reflejaba en una conciencia ajena, la lúcida respuesta a sus perplejidades?

La madre de Julia se opuso a un noviazgo que bien pudo haber sido provisional y no logró con ello más que precipitar los acontecimientos. Una noche Julia hizo sus maletas y se instaló en el cuarto de Fernando “porque no podía soportar más”.

Fernando, en un arrebato de romanticismo, decidió hacer frente a la situación. Entre los muchachos de la pandilla (todos hijos de familia, aún) la pareja de amantes, por la audacia con que habían dispuesto de sí mismos, gozaba de una preponderancia que ninguno se atrevía a disputarles.

La madre de Julia depuso su orgullo y fue a suplicarle que legalizara su posición, casándose. Julia se negó. Una mujer casada, una burguesa respetable… ¿dónde quedaría su aureola de heroína que desafía los convencionalismos? Además, inconfesado, inconsciente, empezaba a advertir en Fernando un amago de rencor que no quería agravar.

Despúes de unas semanas despreocupadas y caóticas Fernando se dio cuenta de que ya no tenían nada que empeñar ni ninguna deuda que adquirir. Era el momento de reconocer sus responsabilidades. Ahorcó los hábitos de estudiante y consiguió un trabajo en Tepic.

La mezquindad de la vida de provincia hirió profundamente a

Julia. No era sólo la pobreza, la falta de estímulos intelectuales y de amistades adecuadas. Era que la aventura había perdido su carácter novelesco para volverse rutinaria; y que el criterio de la gente de aquí era muy diferente al de la pandilla del Politécnico. La sociedad de Tepic reprobaba a los amantes, se burlaba de ellos, hacía el vacío a su alrededor.

Esta reacción, con la que Julia no había contado, la desconcertó. Fue enfriándose paulatinamente, debilitando sus ímpetus, cediendo la razón a sus adversarios. Se convirtió en una mujer quisquillosa, siempre al acecho de agravios y a quien ninguna explicación, ninguna disculpa, aplacaban durante mucho tiempo.

¿Qué quería?, le preguntaba exasperado Fernando: ¿casarse? ¿Irse? Julia no respondía. ¿Cómo hablar de esa urgencia inaplazable que se le había despertado de pronto de tener un asidero en la respetabilidad, en la riqueza, en el poder? Era tan sórdido, y sin embargo, para Julia, era lo único verdadero.

Fernando callaba también, ofendido por el silencio tenaz de la otra, sospechando vagamente lo que ahora se esperaba de él y dispuesto a no concederlo nunca. ¿Para qué sacrificarse de nuevo? Esta tensión entre ambos, estos estallidos ocasionales de cólera y lágrimas, este reproche tácito fueron la única recompensa de su pasada generosidad.

Julia, que se irritaba con la certidumbre de haber defraudado a Fernando, comprendió que ya no podría confiarse más en él. Para lograr sus ambiciones no disponía más que de su propia astucia. En Tepic había perdido la partida, había sido marcada definitivamente por el juicio desfavorable de la sociedad. Pero había ganado una experiencia. En otra parte se las ingeniaría para ocupar un sitio en el que no pudiera ser humillada, en el que los demás la reverenciasen y hasta la temiesen. Por eso soñaba con el traslado de Fernando.

Tuvo que esperar dos años. Pero Julia no desperdició el tiempo. Desde la distancia que el desprecio de los otros le había señalado, observaba las costumbres y los usos de aquellos a quienes exaltó a la categoría de modelos: los aristócratas de Tepic.

Julia pulió sus modales, se aplicó concienzudamente a borrar el estilo que había impreso en ella la barriada, aunque guardó la dosis necesaria de insolencia para calificar los defectos y los vicios de quienes imitaba, evitando así caer en un vértigo de admiración aniquiladora. Por último se sirvió de su padre para inventar una genealogía de nobles antepasados españoles cuyo acento ensayaba a solas.

Cuando la pareja llegó a Ciudad Real, Julia podía tener una razonable confianza en su triunfo. Su aspecto, sus actitudes (así lo creía ella) eran los de una dama.

Sin embargo los coletos, con esa cazurría del provinciano que teme siempre que abusen de su buena fe y prefiere equivocarse pasándose de listo que acertar por ingenuidad, se mostraban reticentes. Mucha amabilidad en el saludo, muchas lisonjas en la conversación, pero no dejaban ningún resquicio abierto por donde pudiera filtrarse la intimidad.

El único accesible parecía ser Leonardo Cifuentes. Julia no ignoraba sus motivos y estaba dispuesta a aprovecharse de ellos. Pero temía las desventajas de una pasión indiscreta y las murmuraciones que suscitaría. Buscaba crearse vínculos más sólidos, más aceptables.

Hasta hoy la única familia a la que Julia Acevedo había sido presentada era la de Leonardo. Tenía, pues, un pretexto para frecuentarla y le era conveniente hacerlo para acallar las habladurías.

Julia fue penetrando, con lentitud, con cautela, a la órbita doméstica de los Cifuentes. Primero fue el salón, con su exigencia de distancia y ceremonia; y luego, cuando el clima lo permitía, los corredores. Cabecean los helechos, se derraman las palmas, cuelgan las enredaderas. A los pies se extiende el ladrillo rezumante de humedad; y, arriba, penden los travesaños del techo.

Pero si Leonardo se mostraba siempre rendido, Julia encontró a Isabel, a pesar de su cortesía, inaccesible. La curiosidad, el único móvil que la acercó un momento a la extranjera, alcanzó a saciarse con dos o tres alusiones no muy explícitas (y desde luego no muy exactas) al pasado de Julia y con algún comentario intrascendente acerca de su situación actual.

Predominó al fin en Isabel su orgullo de señora coleta que desdeña todo trato que no sea el de sus iguales y que no reconoce superiores. A cada paso de la conversación encontraba ocasiones para marcar las diferencias que la apartaban de su interlocutora; su falta de mundo le impedía advertir las fallas de su propia educación, las limitaciones de su experiencia y el casi nulo desarrollo de sus facultades. Era una Zebadúa y este solo hecho la colocaba en una categoría que ninguna crítica podía alcanzar, ninguna aplicación podía enaltecer y ninguna disciplina podía perfeccionar. Zebadúa. El nombre era un talismán y quien había nacido en posesión de él ya no precisaba de ninguna cualidad que añadir a su persona.

—¿Zebadúa? —comentó alguna vez *la Alazana*—. ¡Qué apellido tan raro! No lo había yo oído nunca antes de venir a Ciudad Real.

Isabel le lanzó una mirada conmiserativa. Naturalmente que estas leyes no son del dominio del público grueso y vulgar. Su conocimiento está reservado a algunos escogidos. Pero en Ciudad Real nadie que se preciara de valer y significar algo ignoraba lo que el nombre de Zebadúa vale y significa.

Con este fallo sencillo e inapelable colocó Isabel a Julia en un plano de absoluta inferioridad. Así podía permitirse rechazar la amistad que una advenediza de fama y aspecto equívocos le brindaba.

Con los ojos entrecerrados —displicencia, hastío— Isabel escuchaba los pintorescos relatos de la otra, las gracias con que pretendía distraerla. Pero era demasiado vieja, había sufrido demasiado para que la sedujese el cascabeleo que se agitaba a su alrededor. Ah, cuánto prefería Isabel la soledad, el monólogo con las sombras familiares, el minucioso repaso de sus desdichas.

Los celos fueron la última convulsión de los cadáveres galvanizados. Después de todo, razonaba la esposa, ¿de qué puede despojarme esta mujer? En Leonardo yo no tengo parte desde hace muchos años. Si alguna lo ha de aprovechar ¿qué más me da que sea fulana o mengana? ¿No andaba antes mi marido como un potro suelto persiguiendo indias? Ahora irá a sentar cabeza, a tener una querida de planta. Con su pan se lo coma. ¿Que me está poniendo en ridículo ante los ojos de Ciudad Real? Más en ridículo está otro y no protesta. Anda, Leonardo, descárate más, despilfarra tu dinero en este capricho. Al cabo ya sabes bien que cuando estés en la miseria, de mí no tienes derecho a esperar ayuda.

Pero si estos argumentos contribuían a aplacar las rebeliones y las alarmas del amor propio de Isabel, dejaban siempre un sinsabor, una memoria rencorosa que no iba a favorecer, ciertamente, a que las dos mujeres simpatizaran.

—Por este lado no tengo nada que hacer —tuvo que aceptar con descorazonamiento Julia. Pero quedaban otras brechas que era preciso examinar. Por ejemplo, doña Mercedes Solórzano. Desde el principio le había testimoniado una adhesión quizá excesivamente obvia para ser sincera. Pero aun cuando lo fuese, su condición servil, la bajeza de los oficios que desempeñaba, hacían de su trato un arma de dos filos. Julia procuraba esquivarlo manteniendo, sin embargo, una oculta complicidad con la alcahueta pues temía, y no sin razón, echarse una enemiga de tal calaña.

Hasta la recámara de Idolina llegaron las novedades de una

presencia inusitada: ¿una visita en casa de los Cifuentes? ¿Cómo es posible? ¿Cómo burló la desconfianza de Leonardo y el temperamento huraño de Isabel?

—Ha venido a delatarme —pensó Idolina, que no podía concebir que entre los demás se establecieran relaciones o se suscitaran intereses de los que ella no fuese el eje principal.

El miedo a la delación la obsesionaba. Se veía descubierta, abrumada de reproches por su madre y de insultos por su padrastro; se veía objeto de irrisión para la gente y no se sintió capaz de soportar tantas humillaciones. Decidió morir.

Pero cuando Julia estuvo frente a ella, sonriendo sin malicia, tan olvidada de su primer encuentro como si jamás hubiese acaecido, Idolina se tranquilizó aunque no dejara de sentirse secretamente decepcionada. Fue hasta después, en las conversaciones diarias, cuando empezó a crisparse en un gesto de alerta. Notaba que a cada queja suya por algún malestar, a cada tentativa para convertir su invalidez en un refugio hasta el que no tenían acceso las obligaciones desagradables, Julia la contemplaba con una fijeza tan irónica en el rostro que un sudor frío corría por la espalda de Idolina. Julia abría los labios. ¿Iba a denunciarla? No, suplicaba. Su ruego no velaba bien el timbre autoritario de su voz. Era una conminación para que la muchacha renunciase a sus privilegios de enferma y se preocupara un poco de no incomodar a los demás.

—¿Cómo está eso de que no quieres comer? —se escandalizaba Julia—. No, no es que te sientas peor. Es que te pasas todo el santo día acostada. Así nadie puede tener hambre. Pero si hicieras un poco de ejercicio…

—¿Ejercicio? —se asombraba Isabel, señalando el lecho en que yacía su hija.

—Idolina, tú sabes bien que no te estoy pidiendo imposibles. Sólo quiero que demuestres tu buena voluntad, que pongas algo de tu parte.

La muchacha asentía, lívida de temor.

—Mira, podrías empezar por sentarte. No, en tu cama no, sobre esa pila de cojines. En una silla, tiesecita, así.

—Se va a fatigar mucho, Julia.

—En cuanto se fatigue, descansa. Si no somos sus verdugos. A ver, Idolina, apóyate en mí para levantarte. No, deja tranquilos a los demás; éste es un asunto nuestro. Sosténte en mi brazo. Con fuerza, vamos. Y los pies, firmes en el suelo.

—No puedo —gemía la muchacha.

—Te he conocido más animosa en otras ocasiones.

Esta alusión a la escena del desván bastaba para que Idolina se sometiera a los mandatos de Julia. Intentaba caminar —la silla estaba a dos pasos— sintiendo cómo se desvanecía el ficticio apoyo que le ofrecía *la Alazana.*

—¿Lo ves? —exclamaba ésta, triunfante—. Si es nada más cuestión de que tú te lo propongas. Y ahora, sosiégate. Mañana retiraremos la silla un poco más.

Isabel asistía a las sesiones con una sorpresa que la desazonaba un poco. Había deseado siempre, o por lo menos así lo había creído, la curación de su hija. Y ahora que esa curación era un hecho le resultaba difícil amoldarse a la nueva situación. Idolina sana; estas dos palabras que durante tantos años parecieron contradictorias se unían hoy en una evidencia que Isabel no quería calificar.

—¿Qué tienes? —le preguntó Leonardo—. No te veo muy contenta.

Isabel se ruborizó, como cogida en falta. La boca se le llenaba de argumentos tumultuosos. Es que, decía, el alivio de Idolina es tan intempestivo, el esfuerzo al que la somete Julia tan desconsiderado, que era de temerse que todos los progresos aparentes dieran lugar a una ruinosa recaída.

—¡Qué va a recaer! —replicó Cifuentes—. Si son puras mañas. Lo que pasa es que ahora sí la taimada de mi hijastra encontró la horma de su zapato.

Tal parecía. Delante de Julia, Idolina no osaba permitirse una explosión de malhumor, una crisis de llanto, un paroxismo de malestar. Buscaba humildemente los ojos de la extranjera y mientras duraban sus visitas era dócil a sus indicaciones y aun procuraba adelantarse a ellas.

El alma de Idolina, sitiada por la angustia y por el desamparo, se rindió —sin más que una resistencia equivocada e ineficaz— al influjo de *la Alazana.* ¡Con qué efusiones brotaba la amistad en aquel pecho árido! Toda demostración de apego le parecía insuficiente, cualquier exigencia era fácil de cumplir y no había protesta de lealtad que la muchacha no estuviese pronta a jurar. Pero así también ¡cuán doloroso le resultaba el descubrimiento de que su amiga tenía otros afectos, otros intereses, hasta otras obligaciones! ¡Con qué dilatados ojos seguía Idolina los juegos de la fisonomía de Julia cuando ésta hablaba de sí misma, de su pasado, de sus proyectos! Con amargura constataba el insignificante papel que le correspondía en la vida ajena. Fingía entonces indiferencia pero ansiaba desesperadamente suscitar compasión y ser consolada.

—No juegue usted conmigo —suplicó una vez a Julia.

No, *la Alazana* no jugaba. Sabía que la sumisión de la adolescente podría servirle como un arma contra los mayores. Azuzando alternativamente el rencor de la muchacha contra su familia y su sed de cariño, Julia afianzaba un dominio que ya ni Isabel ni la nana se atrevían a disputarle.

En sus interminables conversaciones Julia incitaba a Idolina a las confidencias. Brotaron primero con desgano; a la muchacha le era penoso recordar los años de aislamiento. Pero con tal de satisfacer la curiosidad de Julia, hablaba. Poco a poco sus rememoraciones fueron ganando en soltura y abundancia. Eran charlas deshilvanadas en las que todo salía mezclado. Anécdotas infantiles, minucias de la vida de encierro, fantasías de muchacha boba. Pero al referirse a la muerte de su padre la voz de Idolina adquirió una seriedad adulta.

—Lo mataron; ella y mi padrastro.

—¡Dios mío! ¡Qué horror!

Alentadas por la aparente credulidad de Julia, las imaginaciones de Idolina tomaron cuerpo y consistencia de cosas verdaderas. La muchacha llegó a convencerse de que había presenciado el crimen y, aún más, de que había escuchado a los criminales planear su hazaña y felicitarse del buen éxito de ella. La Alazana atendía con aspavientos oportunos. Y no era poca la satisfacción de Idolina al aparecer, ante los ojos de la otra, como protagonista de un episodio extraordinario. Sólo este hecho establecía entre las dos cierta condición de igualdad que hacía posible a la más joven entregarse sin obstáculos a las manifestaciones de un sentimiento cada vez más absorbente y vivo.

—No te arrepentirás de confiar en mí —le dijo en cierta ocasión Julia—. Yo no procuro más que tu felicidad.

—¿Cuál es mi felicidad? —preguntó Idolina.

—No eres distinta a las demás, criatura. ¿Para qué seguir fingiéndote enferma? Lo único que vas a lograr es que tu madre y tu padrastro se aburran de la farsa y le pongan fin.

Idolina sonrió con un dejo de amargura.

—Lo sé desde hace tiempo; quieren deshacerse de mí, matarme, igual que a mi padre.

—No seas tonta, criatura. ¡Como si fuera tan fácil!

—No los conoces; son capaces de todo.

—Pero tú no tienes las manos atadas y no estás sola, además. Nos defenderíamos.

—¿Cómo íbamos a defendernos? Mi padre, que era hombre, no pudo.

—Lo traicionaron. Pero tú ya los conoces, ya estás sobre aviso.

—Tengo miedo, Julia —susurraba Idolina.

—¿De quién? ¿De Leonardo? Pero si no es más que un alma de cántaro.

—¿Y ella?

—A su modo también es débil. Dice que te quiere. Engáñala tú, hazle creer que también la quieres; así se mantendrá quieta.

—Tengo miedo —repetía temblando Idolina—. Yo quiero irme de aquí.

—Yo también. Se pudre uno en Ciudad Real.

Sí, partirían. Ahora, por primera vez, Idolina tenía la certidumbre de que la libertad, su libertad, era posible. Había que conquistarla y la única manera sería siguiendo al pie de la letra los mandatos de Julia. ¿Julia quería que Idolina se alimentara? Bien. Idolina no iba a dejar una migaja en el plato, aunque todavía le repugnase tanto comer y, más que eso, admitir ante los demás, ante su madre, que tenía hambre. Julia le prohibió que se acostara durante el día. Desde la rigidez del sillón la muchacha contemplaba con nostalgia los cojines mullidos, las sábanas entreabiertas, invitadoras. Pero se resistía a ceder. Y cuando el cansancio de su postura le era ya insoportable se ponía en pie y, rechazando el apoyo de la nana, ensayaba unos pasos por el cuarto. ¡Sola, por fin era capaz de caminar sola! Lo hizo así delante de Isabel, con los ojos relucientes de desafío.

—¿Lo ves? —exclamó, convulsa de odio—. Mi voluntad es más poderosa que la tuya. Yo he sido la más fuerte.

Isabel se retiró, herida por el tono en que habían sido pronunciadas estas palabras, aunque sin comprender su alcance ni su significado.

Absortas en sus coloquios, Idolina y Julia olvidaban lo que ocurría a su alrededor. Pero Isabel estaba atenta a los rumores de la calle, a los chismes que efervescían en la ciudad.

La curación de Idolina había sido fulminante y en cierto modo tan inexplicable que no podía haber dejado de suscitar comentarios. Como los más de ellos eran malévolos, Isabel aguardaba casi con impaciencia la oportunidad de transmitírselos a Julia.

Esta oportunidad no tardó en presentarse. Julia entraba y salía de casa de los Cifuentes como si hubiera sido la dueña. Por derecho de conquista había invadido hasta el último rincón. Pero su lugar favorito era el costurero. ¡Se estaba tan bien allí, en una atmósfera tibia y recogida! Los muebles invitaban a quedarse; no tenían ese envaramiento del ajuar de la sala. Y la alfombra, desgastada por el

uso, había perdido noblemente sus colores. Con razón Isabel prefería también este sitio. Se pasaba las horas inclinada sobre el bastidor, bordando hasta que la luz del sol se extinguía. La servidumbre había recibido órdenes de no entrar en este aposento más que cuando fuera expresamente llamada. Pero aquellas órdenes no rezaban con Julia, que campaba por sus respetos.

Isabel sabía vengarse de esta intrusión. Con su modito coleto, muy suave, muy dulce, muy tranquilo, iba clavando un alfilerazo tras otro en la vanidad, en el orgullo, en toda la superficie que la otra mostraba vulnerable o sensible.

—La gente de Ciudad Real no tiene comparación —exclamaba ponderativamente Isabel. No hay quien le ponga un pie adelante en eso de inventar apodos.

—En los pueblos chicos no hay otro entretenimiento —bostezaba Julia.

—Pero aquí son especiales; no perdonan ni al lucero del alba. ¿A que no adivina usted qué mote le han puesto?

—¿A quién?

—A usted.

—No tengo la menor idea.

—Prométame que no se va a disgustar; es que son tan tremendos…

—Vamos, hable ya. Si se le está quemando la miel por decírmelo.

Con una risita Isabel consentía en pronunciar, muy lentamente, las sílabas.

—La llaman *la Alazana.*

—*¿Alazana?* ¿Y por qué?

—Será por el color del pelo. Así les dicen a las yeguas.

Todo lo que había de plebeyo en el alma de Julia se revolvía con estas pullas. Pero, haciendo un esfuerzo por sonreír, fingía que le había divertido la broma e Isabel fingía creerla. De este modo continuaba la conversación.

—Los médicos no entienden cómo se ha curado mi hija.

—Tampoco entendieron cómo se enfermó. Son muy torpes. Tienen el cerebro lleno de telarañas.

—Y ésos son los titulados, ¡figúrese usted el resto!, la gente común y corriente, el vulgo como quien dice.

—¿Qué opinan ellos?

—Que lo que pasó con Idolina ha sido cosa de brujería. Que usted tiene pacto con el demonio.

—Claro, una alazana es capaz de cualquier atrocidad.

—No me va usted a creer, Julia; se va usted a reír, porque es el colmo. Un grupo de señoras, y de las de más representación de Ciudad Real, fue a hablar con Su Ilustrísima, don Alfonso Cañaveral, para que averiguara lo que hay de cierto en este asunto.

—Es raro que el señor obispo no me haya llamado a declarar.

—Vino a hablar conmigo.

—¿Y qué le dijo usted?

Isabel alzó los ojos de su labor y los sostuvo firmemente sobre su interlocutora.

—A mí me tiene sin cuidado saber de qué medios se ha valido usted para curar a Idolina. Me basta verla buena y sana.

Pero Isabel se guardaba muy bien de afirmar que creía a Julia inocente de los manejos sobrenaturales de que la acusaban; esta reticencia enardeció a la extranjera.

—Pues a los que le pregunten respóndales que lo que la muchacha tenía era miedo.

—¿Miedo?

—¡Este caserón es tan grande, tan oscuro! De noche las sombras de los árboles del jardín parecen almas en pena. Y luego esas historias que cuentan las criadas junto al fogón; historias de espantos, de aparecidos… de asesinados.

Isabel no captaba aún a dónde quería ir a parar la otra. Pero la última palabra pronunciada por Julia la puso en guardia.

—Aquí no ha habido ningún asesinato. El padre de Idolina murió en un accidente.

—Sí —concedió Julia—. Un accidente. ¿Intervinieron las autoridades?

—¿Para qué? A nadie se le ocurrió que hubiera algo irregular.

Isabel trataba de ocultar su desasosiego. Pero su respiración se había acelerado.

—Nos estamos apartando del tema, Julia.

—Volvamos a él: el miedo a esta casa, a sus historias, a los difuntos y a los vivos, paralizó a Idolina, la clavó en una cama durante años.

—¡Pero qué absurdo atormentarse así, por una imaginación, por un delirio!

—Por una sospecha, Isabel.

—¿No podía hablar? ¿No podía decirme a mí, a su madre, lo que la asustaba? ¿Cómo no iba a ayudarla yo?

—Tal vez Idolina no le tuvo la confianza suficiente.

—Y en cambio a usted, a quien apenas conoce…

—¿Le molesta que haya sido yo?

—Voy a parecerle ingrata, pero quiero ser sincera. Me duele ver a mi hija, tan áspera, tan rebelde para mí, fundirse como cera en unas manos extrañas. ¿Qué bebedizo le dio usted para apoderarse de su voluntad?

—Es un secreto —dijo con malicia *la Alazana*—. Un secreto que ella y yo compartimos.

—Nunca acerté a descifrar el carácter de mi hija. Creí que bastaba quererla, mimarla.

—Idolina se queja de que en usted no halló el cariño que tenía derecho a esperar.

—No entiende que las mujeres no nacimos para vivir ni solas ni arrimadas. Poco valemos sin el respeto del hombre.

—¿Por eso volvió usted a casarse?

Isabel bajó la frente, confusa.

—No sé… Hace tantos años…

—Los niños tienen una memoria atroz. Idolina dice que lo recuerda todo.

—¿Y qué es todo? ¡Invenciones de sus celos!

—Lo que se hereda no se hurta, Isabel. También usted está celosa.

—¿Yo? ¿De usted acaso?

—De mí. Por Idolina.

Isabel tuvo una crispación brusca.

—No ha tenido hijos, ¿verdad?

Julia no había querido tenerlos. Para entregarse por entero a Fernando. Para no ceñirlo con un nudo más. Y también porque temía la propia esclavitud. No, no era miedo ni al dolor ni al peligro. ¿No era peor un aborto que un parto? Y sin embargo ella abortó. Deliberadamente. Y tan sin remordimientos que jamás la había atormentado la necesidad de compartir, ni siquiera con Fernando, su secreto.

—Pero imagina usted lo que es el amor maternal.

Julia alzó los hombros en un gesto de ignorancia, de indiferencia.

—Por un hijo se es capaz de la mayor abnegación.

—¿Para qué generalizar? Hablemos mejor de un caso preciso. De su caso, Isabel.

—Yo no sirvo para ejemplo. Nunca fui indispensable. Ni necesaria para que Idolina viviese. Una cualquiera, una india, ocupó mi lugar desde el principio. Ahora es usted.

Isabel se esforzaba desesperadamente por aparentar dominio de sí misma. Pero sus emociones la sobrepasaban. Contempló a Julia

con unos ojos inseguros, vencidos, de náufrago. De aquellos oleajes contradictorios en que se alzaban la avidez y la decepción, la voluptuosidad y el remordimiento, Isabel Zebadúa no rescató más que la sal de las canas, la red de las arrugas aprisionando su frente, sus mejillas, sus labios. Julia tuvo piedad de esta máscara de la derrota e hizo un movimiento como para borrarla. Isabel esquivó la caricia como si la hubieran herido.

—No cante usted victoria tan pronto, Julia. Para que no se envanezca demasiado voy a decirle que la mujer a quien expulsó del corazón de Idolina no era su madre. Era la nana, la india. Teresa.

—Sí, he visto cómo la cuida.

Isabel hizo un ademán para dar a entender a Julia que no había interpretado bien sus palabras.

—No es cosa de ahora. Las raíces son viejas. Cuando Idolina nació yo no tenía leche. Me exprimieron los pechos, me hicieron tomar pólvora disuelta en trago…

—¡Qué barbaridad!

—…y todo inútil. La niña estaba ya ronca de tanto llorar. Tenía hambre y yo no puede darle de comer.

Isabel se pasó ambas manos por el pelo, como para alisarlo.

—Vivíamos en la finca de mi primer marido. Hasta el quinto infierno. Allí nos acorralaron las lluvias y me llegó la hora del mal trance. Primeriza, sin nadie que me aconsejara, tuve que arreglármelas lo mejor que pude. ¿Un médico? ¡Ni soñarlo! Entre la indiada hay comadronas con experiencia y alguna me atendió. Salí de mi cuidado sin mayores tropiezos. Las dificultades comenzaron después. Idolina lloraba de hambre.

Hubo una pausa que Julia no quiso romper con ningún comentario, con ninguna pregunta.

—Supe que allí cerca había una recién parida como yo: Teresa Entzín López. Mandé que la trajeran. Le ofrecí las perlas de la Virgen para que sirviera de nodriza a Idolina. No quiso. Era flaca, entelerida. Alegaba que su leche no iba a alcanzar para dos bocas. Hasta se huyó de la finca. Pero yo di órdenes a los vaqueros de que la buscaran. Batieron el monte, como en las cacerías. Hallaron a Teresa zurdida en una cueva, con su criatura abrazada. No hubo modo de llevarla a la casa grande más que arrastrándola.

Isabel se detuvo, sofocada por la intensidad de su evocación. Luego añadió:

—Y a todo esto yo íngrima. Mi marido había buscado cualquier pretexto para irse, para no oír aquel llanto de hambre que a mí me

estaba partiendo el alma.

—¿Y Teresa consintió en quedarse?

—¡Qué iba a consentir! Tú me buscaste el genio, le dije. Ahora nos entenderemos por las malas. En la majada de la casa grande había un cepo. Allí la tuve, a sol y sereno. Y ella nos engañó a todos. Para que la soltáramos se fingió conforme con lo que se le mandaba. Después descubrí que le estaba mermando la leche a Idolina para dársela a su hija. Tuve que separarlas.

Esto parecía concluir el relato. Sin embargo Julia quiso saber.

—¿Y la otra criatura?

—Murió.

Afloró a la cara de Julia tal expresión de sorpresa desaprobatoria que Isabel no pudo menos que justificarse vehementemente.

—¿Y por qué no iba a morir? ¿Qué santo tenía cargado? Teresa no es más que una india. Su hija era una india también.

—¿Y por su raza la condenó usted?

—No he dicho eso —puntualizó con fastidio Isabel—. Ustedes, los extranjeros, vienen de otro mundo y no entienden lo que sucede en Ciudad Real. He oído las prédicas de don Fernando: que si los coletos somos unos salvajes, que si tratamos a los indios peor que a las bestias. ¡Pero si no es cierto, por Dios! Con la misma agua nos bautizaron a todos y delante de quien nos va a medir con su vara no hay dinero ni color ni lengua que nos distinga. No, no somos nosotros los que los despreciamos. ¡Son ellos los que se sobajan! Usted no conoce sus costumbres. Yo he vivido años entre la indiada. Y juro que lo he visto con mis propios ojos: cuando se pierde una oveja y queda desamparado el recental, las mujeres lo crían. Lo amamantan, aunque para eso tengan que destetar a sus propias criaturas, aunque se les acaben de pura necesidad. ¿Y mi hija, una ladina, iba a valer menos de lo que para ellos vale un animal?

La Alazana dudaba en responder e Isabel quiso consumar su argumentación.

—Así, de lejos y en frío, como usted, puede uno escandalizarse, hacer aspavientos. Pero bien amarrada en una coyuntura, oyendo llorar a Idolina, como yo la oí, hora tras hora, sin consuelo, no se duda. Hice lo que estuvo en mi mano. Y en mi conciencia queda que estuvo bien hecho.

Isabel se había enardecido. Su palidez se encendió en manchas púrpuras.

—Y allí tiene usted la prueba de que no hice mal: la propia Teresa, que no se ha apartado de nosotros desde entonces.

—¿Tenía a dónde ir?

—Bueno, no será por gratitud, sino por conveniencia, como en todo. Teresa quiso regresar con su marido y el hombre la recibió a palos. Según él Teresa era la culpable de la muerte de su hija. Quería castigarla. Ella tuvo miedo de que la mataran y fue a refugiarse a la casa grande. Cuando volvimos a Ciudad Real Teresa se vino con nosotros. De nodriza pasó a cargadora. La cuestión era no separarla de Idolina, con quien se había encariñado mucho.

—Lo demostró en la enfermedad.

—Eso fue después. Yo nunca he sido partidaria de que los niños se críen pegados al tzec de las indias. Los malenseñan. Idolina —vergüenza me da decirlo— aprendió a hablar la lengua antes que la castilla. Y mientras no alejáramos a Teresa querer enderezarla era agarrar agua en cesto. Así que mejor traspasamos a Teresa con otros patrones. Sólo cuando Idolina se nos vio tan grave y no hubo sirviente que aguantara el trote, volvimos a traerla.

Después de esta confidencia la atención de Julia recayó sobre la india. En vano rastreaba, sobre aquel rostro inexpresivo, las huellas de un episodio tan cruel, de una generosidad tan desmedida o de una abyeccion tan profunda. No hallaba más que un olvido mineral, una inhumana resignación. Acabó por desinteresarse de ella. La veía, cada vez de una manera más casual, cumplir en silencio sus menesteres. Como ya su presencia no era indispensable casi no aparecía junto a Idolina. ¿Quién iba a advertirlo o, advirtiéndolo, a inquietarse? Estaría trajinando en algún rincón, pues quehacer nunca le faltaba. Y como Teresa tenía una aptitud tan especial para pasar desapercibida hubieron de transcurrir varios días antes de que alguien notara que la nana había abandonado la casa de los Cifuentes.

XII

AL ANOCHECER (y en San José Chiuptik el anochecer se anticipa en la espesa neblina que cubre los valles) regresan los rebaños del campo y los hombres de sus faenas. Se encienden, aquí y allá, luminarias; y cuando no llueve chisporrotea el ocotero de la ermita, difundiendo en el frío de la atmósfera su rojizo resplandor.

Grupos de indios ateridos se acurrucan en torno a la fogata. Sus jacales no los defienden lo bastante de la intemperie y buscan este calor breve y huidizo, y la compañía y la conversación. Alguno saca de entre sus ropas una flauta de caña labrada torpemente. Música de pastor que entretiene sus soledades, balbuceo de una raza que ha perdido la memoria. Los demás escuchan a ratos. Lejos, la mujer que muele el maíz suspende su tarea, absorta en el ensueño que la libera un instante del cansancio y de la rutina embrutecedora.

Pero a las primeras ráfagas del aguacero la flauta enmudece, los grupos se dispersan, el fuego se extingue. Sólo la campana, abandonada al capricho del viento, sigue sonando sin sentido.

Pasos precipitados en anchos corredores; manos que acuden a cerrar puertas, a asegurar ventanas. Unos minutos después la tormenta aúlla sin testigos alrededor de esta construcción maciza, de piedra, cal y hierro, que es la casa grande de la hacienda.

Los caminantes que avanzan entre la oscuridad y los relámpagos se internan entre las chozas sin que delate su presencia ni la alarma de un perro ni la vigilancia de un guardián.

—Tuvimos suerte de llegar donde hay consuelo de cristianos, patrón. Aquí podemos pasar la noche.

Fernando Ulloa hizo un ademán afirmativo. Un chorrito de agua escurrió del ala de su sombrero forrado de hule.

—¿Qué lugar es éste?

—San José Chiuptik, la finca de don Leonardo Cifuentes.

El que hablaba, Rubén Martínez, joven ayudante del ingeniero Ulloa, se adelantó espoleando su caballo. Supo encontrar el cerrojo del portón y abrirlo. Después cedió el paso a su jefe.

—¡Ave María! ¿Hay posada?

De la cocina se asomó un indio con un hachón de ocote en la mano. Estaba demasiado lejos para oír la pregunta. Los caballos avanzaban, entre un ladrar furioso y tardío, resbalando sobre las lajas del sendero.

—Es preferible que baje usted aquí, patrón. Yo llevaré las bestias hasta la caballeriza.

Fernando Ulloa se sentía demasiado fatigado para discutir. Obedeció. La manga impermeable entorpecía sus movimientos.

El indio con la luz en la mano les había dado alcance. Ayudó al ingeniero a subir los escalones del corredor. Se dirigieron a la puerta más ancha y llamaron. Al abrirse se dibujó en el vano una silueta familiar.

—¡Pero si es mi amigo, don Fernando Ulloa! —exclamó, cordial y sorprendido, Leonardo Cifuentes—. Por aquí, ingeniero, con cuidado, no vaya usted a tropezarse. Hágame el favor de tomar posesión de su casa.

Fernando balbucía excusas por lo intempestivo de su llegada. Pero el otro estaba obligándolo a entrar a una estancia enorme por la altura del techo, por la solidez de los muros, por la insuficiencia de los muebles, y en cuyo centro había un brasero encendido.

—Ésta sí que es casualidad, ingeniero. Sabía yo que andaba usted por el rumbo y tenía la intención de invitarlo a pasar unos días con nosotros…

—Muchas gracias, don Leonardo; yo no hubiera querido darle ninguna molestia, pero nos cayó la noche y nos extraviamos; en vez de ir a dar a San Juan Chamula, como eran nuestros propósitos, no sé en qué artes vinimos a parar aquí.

—Una casualidad que me da la ocasión de atenderlo y servirlo. Deje usted la capa ahí, en cualquier parte. Póngase usted cómodo. Mientras tanto, con su permiso, voy a dar órdenes para que preparen su cuarto y la cena.

Leonardo fue directamente a la cocina. Allí estaba el ayudante tomando un pocillo de café junto al fogón.

—¿Qué horas son éstas, Rubén? Yo pensé que ya no iban a llegar.

—Tuvimos que dar un montón de vueltas. Este bendito ingeniero es desconfiado y se orienta con no sé qué aparatito que saca de la bolsa. Pero con la oscurana y el aguacero, se destanteó.

Leonardo parecía conforme y entregó al otro unas monedas. Después, volviéndose hacia los sirvientes cuyos rostros apenas se distinguían entre la penumbra y el humo, dijo algunas frases en tzotzil que los hicieron entrar en actividad. Al retirarse fue seguido

por una mestiza de edad incierta, una de esas mujeres que tienen la marchitez no de la edad sino de los trabajos y las privaciones.

—Ya está listo el dormitorio —cuchicheó.

(Se había esmerado: flores en la mesa, juncia en el suelo, agua serenada en un jarro de cristal.)

—Bueno —dijo bruscamente Leonardo—. Ahora tú procura que no te vean. Sería mejor que te quedaras a dormir en casa del mayordomo o de alguno de los vaqueros.

La mujer se inclinó con esa docilidad de perro apaleado que no comprende el mecanismo de los castigos y que los teme. Sin embargo no había dejado de sonreír. Su sonrisa, en la que brillaban numerosos e innecesarios dientes de oro, tenía algo de involuntaria, de siniestra. Se cubrió la cabeza con un chal descolorido y echó a correr en la oscuridad.

La cena fue abundante: caldo y piezas de pollo, frijoles, plátanos, huevos. Fernando tuvo que rechazar algunos platos contra la insistencia de Leonardo. Estaba rendido. Agradeció a su anfitrión que no prolongara la sobremesa y que lo condujera pronto a su habitación.

Durmió sin resentir la dureza del lecho ni la delgadez de las cobijas. Lo despertó muy temprano la algarabía del gallinero, los mugidos de los animales en el corral. Se escuchaba también distinto, insistente, obsesionante, el rumor de la lluvia.

—No pensará usted coger camino hoy —le dijo Leonardo al verlo vestido como para la marcha.

—Tengo compromisos en Ciudad Real —repuso Fernando.

—¡Ojalá se pudiera uno ir con estos lodazales! Pero corren el riesgo de quedar atascados por ahí. ¿Qué piensas tú, Rubén?

El ayudante exageró los peligros del viaje. Pero Fernando no lo escuchaba. ¿Por qué lo había tuteado Cifuentes? ¿Cómo había surgido una intimidad que no propiciaban ni una misma esfera social ni edades semejantes?

—El mal tiempo no tiene cara de durar; mañana amanece despejado.

Obviamente Leonardo y Rubén tenían razón. ¡Qué absurdo recelar que entre ellos existiera un acuerdo para detener a Fernando en San José Chiuptik!

En el desayuno se sirvieron los guisos de la noche anterior. El lujo de los ranchos es la hartura, no la delicadeza ni la variedad.

—Perdonará usted lo mal atendido, ingeniero. Donde no hay mujer tiene uno que avenirse a pasar penas.

Leonardo había tocado un tema de conversación en el que su

resentimiento ponía facundia y fluidez. Las mujeres de Ciudad Real, se quejaba, no creen que se desdoran si se casan con un ranchero. Al contrario; es el capital más sólido y tiene más abolengo que el de un comerciante. Pero si se trata de acompañar al marido y vivir en el rancho, ya la cosa se dificulta. La familia pone el grito en el cielo. ¡Qué humillación! ¡Qué escándalo! Los padres no han gastado tanto dinero en educar a sus hijas (piano, bordado, alta repostería) para después verlas zurdidas en el monte. Y las hijas, por su parte, lloran y procuran estar siempre embarazadas o criando, para que así nadie se atreva a pedirles algo que contraríe sus antojos.

—Y un hombre no puede sacrificar sus intereses para estar prendido a las faldas de su mujer. Ella también quiere sus comodidades y el dinero no se levanta con pala. Así que nos venimos solos al rancho.

—No todos han de resignarse.

Leonardo sonrió como para sí.

—El que no se resigna se arregla.

Fernando no alentó las confidencias. El finquero tuvo que seguir hablando de generalidades.

—Una esposa siempre tiene su lugar y eso ni quien se lo quite. Pero con una querida no hay que andarse con requilorios; toma lo que se le da y lo agradece. Es más fácil vivir así, ¿no es verdad, ingeniero?

La finta de Leonardo podía tener dos consecuencias: o asegurarse de que sus presunciones acerca de que Julia era la amante de Fernando y no la esposa eran acertadas, o provocar una reacción violenta. No la temía, la violencia era su elemento. Pero nada de esto sucedió. Fernando asentía distraídamente. ¿Sería un cínico de los que dominan sus pasiones para sacar beneficio de las pasiones de los demás? Leonardo imaginaba a su alrededor mil asechanzas, mil posibilidades de extorsión que su astucia provinciana era incapaz de abarcar. Procuraría, entonces, ganar terreno, atraer a Fernando a su lado, comprometerlo de tal manera en sus proyectos que no le conviniese ya perjudicarlos.

Se levantaron de la mesa y se dirigieron a la estancia principal.

—Es lástima que no podamos salir al campo. Me gustaría que conociera usted la finca. No es por echármelas, pero…

Leonardo vaciló, indeciso entre su deseo de pavonearse y su cautela de propietario. Fernando aprovechó la pausa.

—De todos modos la recorreré. Usted sabe que estoy levantando un plano de la zona.

Leonardo se mordió el labio; eso era precisamente lo que le

mortificaba.

—¿Y para qué tomarse un trabajo inútil, ingeniero? Los planos están levantados; cada dueño de finca tiene el suyo. Y no habrá quien no los ponga a su disposición.

Fernando se recostó en la butaca de cuero de res y estiró las piernas.

—Es curioso —observó casualmente, señalando el brasero—. A los españoles que se establecieron aquí no se les ocurrió construir chimeneas. No he visto una sola en las casas de Ciudad Real; y ahora veo que tampoco las hay en los ranchos. En Europa, con climas menos rigurosos que éste…

—¿Ha estado usted en Europa, ingeniero?

—Unos meses.

—El difunto (siempre que Leonardo aludía al primer marido de Isabel lo llamaba así), el difunto también estuvo en Europa, y no unos meses, sino varios años. Y le aseguro que con eso no se volvió más listo. ¿No le pasaría lo mismo a usted?

Era la vieja táctica del coleto: provocar al otro (el otro es siempre un adversario), obligarlo a salir de sus casillas, a dar la cara. Pero en esta ocasión la táctica no dio resultado. Ulloa seguía fumando tranquilo e indiferente.

—Está por verse todavía.

La respuesta desconcertó a Leonardo, que se preciaba de conocer a los hombres y de manejarlos según su conveniencia. Pero el ingeniero pertenecía a una especie nueva, una especie que Leonardo aún no acertaba a clasificar.

Por lo pronto Ulloa servía al gobierno, un gobierno que los propietarios, la gente de orden, miraba con desconfianza. Era, pues, un burócrata de naturaleza venal, puesto que la burocracia es el último refugio de la indigencia. Tal certidumbre resultaba alentadora en el caso de Ulloa, porque su misión de hacer vigentes las nuevas disposiciones agrarias, de dotar de tierras a las comunidades indígenas y rectificar los límites de las haciendas causaría trastornos cuya gravedad nadie podía prever. ¿Por qué entonces este hombre, cuyo precio había sido fijado en conciliábulo por los finqueros, no aceptaba un arreglo prudente con ellos? ¿Por qué dejaba pasar las oportunidades de entrar en materia y en cambio se ponía a hacer preguntas que no venían al caso?

—¿Tienen contrato de trabajo los peones de San José Chiuptik? ¿Se les paga el salario mínimo? ¿Cuántas horas de labor hacen su jornada? ¿Quién atiende su educación y su salud?

Leonardo comenzó respondiendo despreocupadamente, con

datos veraces y comentarios despectivos. Pero vio en los ojos de su interlocutor tal asombro mezclado con reproche que se sintió en ridículo. Quiso alegar, justificarse. Mas el largo ejercicio de la arbitrariedad, el ámbito sin resistencias y sin objeciones en que siempre se había desarrollado su conducta no le habían hecho necesario (y tampoco a ninguno de los otros rancheros de Ciudad Real) proveerse de argumentos.

El interrogatorio de Ulloa lo tomó de improviso, inerme, desnudo, y así lo había expuesto a la luz cruel de una conciencia que juzgaba con criterios muy distintos, y hasta contradictorios, de los que él había considerado hasta entonces como los únicos valederos.

Leonardo Cifuentes no se hacía ilusiones: Ulloa lo condenaba y, por este mero hecho, había adquirido de pronto una superioridad intolerable, tan intolerable como el silencio que se alzaba entre los dos.

—¿En qué piensa usted, ingeniero?

—No hubiera yo querido recurrir a su hospitalidad.

—¿Tiene usted alguna queja?

—Lo que me preocupa es no poder demostrarle mi gratitud.

Leonardo fingió no entender lo que el otro quiso decirle.

—En los ranchos tenemos siempre un cuarto disponible para las visitas. Sabemos lo que es una necesidad. Y, gracias a Dios, podemos subsanarla. En cambio, si usted se atiene a un indio, le cierra su jacal y ni a precio de oro le vende algo de comer.

Fernando aceptó tristemente.

—Viven en la miseria.

—Son como animales. ¿Qué le vamos a hacer, ingeniero?

Ulloa se sintió irritado por esta conformidad de mala fe. Dijo, con tono tan suave que podía parecer insultante:

—Lo que vamos a hacer es devolverles lo que les pertenece.

Leonardo esperó, casi sin respirar, el final de la frase.

—La tierra.

Sonrió entonces, aliviado.

—¡Ya le fueron a usted también con el cuento de que estas tierras son suyas y de que no sé quiénes se las arrebataron! Por lo visto usted se los creyó.

—Me mostraron sus títulos de propiedad.

—¿Firmados por quién? Por el rey de España, o por algún otro señor, que acaso tuvo autoridad el año del caldo, pero del que ahora nadie se acuerda.

—La antigüedad no quita validez a una concesión.

—Pero el sentido común, sí. Cuando nosotros llegamos en esta región no se veían más que eriales, bosques talados, quemazones. Los indios no supieron hacer otra cosa durante los siglos que fueron dueños de esto. Fuimos nosotros, con nuestro sudor, con nuestro esfuerzo, los que volvimos este lugar una hacienda fértil y productiva. Dígame usted, en justicia, ¿quién de los dos, ellos o nosotros, tiene derecho de propiedad? Y ya no por justicia, por conveniencia; gracias a nosotros hasta los mismos indios tienen trabajo, ganan su dinero. En cambio mire usted al indio suelto, al que no se acasilla ni reconoce amparo de patrón: se come los piojos porque no tiene otra cosa que comer. Haragán como ése no hay otro.

Cifuentes se había puesto de pie y medía, a grandes pasos, la estancia. De cuando en cuando se detenía para subrayar con un gesto o un "carajo" algún pasaje de su peroración.

—A nadie le interesa mucho trabajar para beneficio de otro. Pero cuando el indio sea su propio patrón se le fortalecerá un sentido de responsabilidad que ahora no puede tener.

—Y para ser patrón, según usted, basta un palmo de tierra.

¡Qué equivocado estaba Fernando Ulloa! Ser patrón implica una raza, una lengua, una historia que los coletos poseían y que los indios no eran capaces de improvisar ni de adquirir. Patrón: el que sostiene una casa en Ciudad Real, con la esposa legítima y los hijos, los muchos hijos; el que instala una querida en el pueblo y otra en el rancho (aparte de las aventuras ocasionales con muchachitas indias y pequeñas criadas mestizas; aparte, también, de las incursiones en el barrio prohibido). Patrón: el que juega con apuesta en las veladas del casino; el que, en una parranda, enciende, por ostentación, un puro con un billete grande; el que arriesga la fortuna en una aventura política, en una asonada militar. El que da a sus hijos varones una carrera liberal y a sus hijas un buen marido. El que viaja, alguna vez, a Guatemala, a México y, en casos extraordinarios, a Europa. El que tiene asegurado, para después del viaje definitivo, la herencia jugosa, el bienestar de los deudos.

—El ejido es indispensable, desde luego; pero su explotación exige un pequeño capital que proporcionará un banco.

La hacienda, cuyos límites llegan ahora hasta donde lo permite la fuerza y la codicia del finquero vecino, se fraccionará en mil pedazos. El peón ya no vendrá a suplicar una fanega de maíz, una vara de manta, un machete nuevo, un gramo de quinina. Ya no se endeudará a cambio del garrafón de posh para la fiesta religiosa,

para la ceremonia familiar, para el rato de asueto, para el vicio. Ya no morirá legando a sus hijos un compromiso de fidelidad con el patrón.

El indio, igualado, alzado por una disposición del gobierno, ya no andará como ahora, siempre pegado a la pared, como buscando protección en ella; no se deslizará lo mismo que un animal furtivo, temeroso de la reprimenda, de la orden que jamás acierta a interpretar, de la pregunta para la que no tiene más que respuestas inadecuadas y balbucientes. Ya no se detendrá ante el amo sin atreverse a levantar los ojos.

Cuando este indio hable ya no lo hará con una vocecilla de ratón, adelgazada hasta lo increíble "para no faltar al respeto". Usará el tono normal y, si ha aprendido español, no se recatará de usarlo ante los caxlanes. Ya no será un delito dirigirse al patrón como a cualquier otro hombre.

—Hasta hoy los indios han estado bajo una tutela que se presta a muchos abusos. Pero alcanzarán la mayoría de edad cuando sepan leer, escribir, cultivar racionalmente su tierra.

—¿Qué cosa? ¡Está usted soñando, ingeniero! A un indio no es posible enseñarle nada. Lo hemos intentado nosotros y es peor que querer sacar sangre de la pared.

Fernando escuchaba sin alterarse.

—Tal vez ustedes no sepan enseñar.

Leonardo quedó suspenso. Jamás había considerado esta posibilidad. Apresuradamente añadió:

—Y mientras todos aprendemos ¿quién trabaja y de qué vivimos?

—Serán años de vacas flacas, pero no importa. Después todos estarán mejor que ahora, se lo aseguro.

Leonardo contempló un instante a su opositor. ¿Creía realmente lo que estaba diciendo? ¿O no trataba más que de elevar la cifra del soborno?

—Usted es más instruido que nosotros, ingeniero; usted ha rodado tierras, ha visto cosas. Pero nosotros conocemos muy bien el sebo de nuestro ganado y no va a ser fácil que cambiemos de opinión: un indio, aquí y donde usted quiera, es siempre el pobre y el ignorante. No tiene remedio.

—Vamos a ponerle uno.

—Ojalá que no resulte peor que la enfermedad. Ustedes, con muy buena intención, qué duda cabe, están barajustando a los indios con las prédicas de que todos somos iguales y tenemos los mismos derechos. Yo no voy a pedirle que usted comprenda y

apruebe unas costumbres que no conoce; ni que crea usted, bajo mi palabra, que el avispero de los indios más vale no menearlo porque si se alborota después no hay quien lo aplaque. Lo que le voy a probar es que el gobierno se está metiendo en camisa de once varas. Y no por primera vez.

Leonardo había recobrado la calma y se sentó, aproximando su silla a la del ingeniero.

—Le voy a contar lo que me han contado. Nosotros hemos sido siempre gente de orden y nos estamos muy tranquilos en nuestro rincón mientras nos dejen arreglar nuestros asuntos a nuestro modo. Pero de repente llegan las revoluciones y no dejan títere con cabeza.

Leonardo había prendido un cigarro y lo chupaba con delectación.

—Dicen que cuando la invasión de los franceses, algunos militares de esos que quieren hacer caravana con sombrero ajeno prometieron que enviarían voluntarios chiapanecos. ¡Voluntarios! ¿Quién iba a querer ir? ¿A quién le importaba que las tropas extranjeras desembarcaran en Veracruz y se apoderasen de la ciudad de México? A Chiapas los franceses no llegarían jamás. No había caminos.

—Pero si hubieran llegado ¿qué habrían hecho los coletos?

—Recibirlos con los brazos abiertos, porque era gente de orden, gente decente como nosotros. Pero los liberales de Tuxtla y Comitán (liberales de última hora, de los que se enriquecieron comprando por una bicoca los bienes de la Iglesia) se empeñaron en enviar tropas de Chiapas. Los patrones, naturalmente, no iban a combatir, ni tampoco los hijos de los patrones. Para quitarse el engorro mandaron a los indios de las haciendas. Éstos eran los dichosos voluntarios y tuvieron que cogerlos como quien coge a una res: con lazo. Sí, ingeniero, no estoy exagerando; consta en los documentos; en la lista de gastos de la tropa aparece la cantidad que se empleó en reatas para amarrarlos.

Leonardo reía, divertido; pero su risa se extinguió al contemplar la seriedad del otro.

—Nuestros peones tomaron parte en la batalla del cinco de mayo y no nos hicieron quedar mal. Pero cuando regresaron ¡qué desastre! Venían alebrestados, porque habían oído decir por ahí que en el norte y en Yucatán había guerra de castas. Poco que les falta para desmandarse y ellos que habían aprendido a manejar armas de fuego… Total que el mal ejemplo cundió y hubo un levantamiento en que Ciudad Real estuvo a punto de desaparecer.

—Pero al fin ganaron ustedes, los ladinos.

—No sería por el apoyo del gobierno, que siempre ha tratado de perjudicarnos. El presidente Juárez, al que usted ha de tener en un altar, no mandó un soldado ni un rifle para que nos defendiéramos. Más bien, Guatemala puso a nuestra disposición su ejército. Por lealtad, una lealtad que México no agradece, no aceptamos la ayuda de los guatemaltecos y nos batimos solos. Las pérdidas fueron cuantiosas ¿y de qué valió nuestro sacrificio? Unos cuantos años de paz y ahora otra vez la amenaza.

—¡Cómo va usted a comparar! Las circunstancias son muy diferentes.

—No, usted no lo nota porque no es de aquí. Pero se palpa la inquietud, la zozobra. Ellos también están inquietos; por nada y nada huyen de las haciendas y van a juntarse con las comunidades de indios mostrencos. Se envalentonan porque son muchos y porque ya han visto que cuentan con el apoyo de unas autoridades que, a sabiendas o no, están provocando otra sublevación.

—Los tiempos cambian, don Leonardo. Ahora no tiene por qué haber derramamiento de sangre. La batalla será únicamente legal. ¿Qué más quieren ustedes? Allí es donde los coletos están en su terreno; el que no es abogado discurre más que un abogado.

—Favor que usted nos hace, ingeniero. Pero somos de la opinión de que más vale un mal arreglo que un buen pleito.

—Pueden intentarlo. No han de faltar tampoco los funcionarios venales.

Cifuentes se hizo atrás, incómodo.

—La palabra es fuerte. Lo que nosotros necesitamos no es contar con un sinvergüenza sino con un hombre que entienda la razón y que nos ayude a mantener el orden.

—¿Y la ayuda va a ser gratuita?

—Todo trabajo debe tener su recompensa. Cuando queremos somos generosos.

—¿Y tienen ya algún candidato viable?

—Usted.

Fernando no parecía ni escandalizarse ni ofenderse. Se limitó a preguntar con cierta curiosidad remota:

—¿Qué les ha hecho pensar que yo aceptaría su proposición?

—Que le conviene, ingeniero.

—¿Les convendría también a… a quienes confiaron en mí?

—Si se refiere usted al gobierno le haré un gran favor evitándole que se meta en un berenjenal.

—Me refería más bien a los indios.

La réplica, por inesperada, dejó sin respuesta a Leonardo. Pero

se repuso instantáneamente.

—Quiere usted ayudarlos ¿verdad? En eso estamos de acuerdo. ¿Por qué no hemos de entendernos también en el modo en que hay que ayudarlos?

—El único modo es el que marca la ley.

—¿Quién hizo la ley, ingeniero? Por lo que se ve alguien que no tiene la menor idea del problema; exige que se les pague un salario mínimo a los peones, lo que resulta incosteable para el patrón; que se establezca una escuela en la finca y que, naturalmente, la mantenga el dueño. Y luego salen con que no hay maestros o si los hay no hablan la lengua. Y como los indios no entienden la castilla se quedan en babia.

—Estos asuntos no me competen, don Leonardo. Yo vine aquí para el reparto de tierras.

—Usted vino aquí y se está unos días y dispone una cosa y otra y se va. No vuelve a acordarse de lo que pasó. Los que quedamos somos nosotros y los chamulas. Los deja usted a ellos soliviantados y a nosotros coléricos. ¿Quién va a vigilar que lo que usted ordenó se lleve a cabo?

—Un inspector, seguramente.

—Bueno, pongamos un inspector. Tendrá un área de trabajo de muchas leguas. Los caminos… ya usted los conoce, ingeniero. Y en cuanto a las posadas, los dueños de fincas no van a querer abrirles las puertas a quienes vienen a perjudicarlos. Calcule usted que su dichoso inspector aguante el trote un mes, dos. Luego preferirá dejar que la madeja se desenrede sola. Y eso suponiendo, fíjese usted bien, suponiendo que sea muy honrado y que nadie le baile la onza enfrente.

—Don Leonardo, yo no soy responsable más que de lo que a mí me toca hacer.

—¡Bonito oficio! Prender la mecha y que los demás se soplen la calentura. Porque, tal como deja usted las cosas, va a haber pleito. Y los indios llevarán la de perder; todavía los patrones somos los más fuertes.

A Fernando no le hacían mella estas advertencias; se sentía respaldado por un código, por una orientación política, por la firmeza del gobierno.

—Los rancheros chiapanecos no somos los únicos que protestamos. En toda la república los patrones se alarman, se juntan para luchar. Van a obligarnos a que cortemos el mal de raíz.

Rectificar el código, cambiar la orientación política, sustituir el gobierno. Fernando Ulloa sabía que tales posibilidades no eran

remotas en México y que jamás se había atacado el más insignificante privilegio de los ricos sin desencadenar una reacción desproporcionada, sanguinaria y, a la larga, triunfante.

En este momento los finqueros estaban dispuestos, con tal de tener la fiesta en paz, como decían, a conceder alguna mejoría en el trato de sus peones. Pero en lo que no iban a transigir nunca era en que los indios creyeran que habían conquistado un derecho. El patrón debería ser siempre la divinidad dispensadora de favores, de beneficios gratuitos y de castigos merecidos. El ámbito de su existencia no iba a ser violado por un juicio, por una interpelación de los inferiores.

Éstos, por su parte, llevaban tan en la médula el sentimiento de que la inferioridad era su condición verdadera que se escandalizaban contra quienes pretendían imponerles un nuevo fardo: el de la dignidad.

Hacía tiempo que los indios habían abdicado de ella y creían haberla perdido para siempre. Mas he aquí que de pronto la encontraban intacta, con todo su peso, con sus conflictos y sus desgarramientos, y que alguien dotado de autoridad los aguijaba para que la recuperasen. Tal urgencia no podía producir más que desazón en los viejos, rechazo en los cobardes, furia desordenada en los descontentos, en los jóvenes. Se excedían todos; unos en servilismo; otros en rebeldía. Se respiraba en el aire el desasosiego, el malestar. ¿Qué acontecimientos iba a parir la ley?

Fernando Ulloa no lo sabía y, lo mismo que sus contrincantes, palpaba las inminencias con temor. El sentido común lo inclinaba a asentir a los argumentos de Leonardo y a reconocer la cordura de sus consejos. Pero no sólo su inteligencia, ni su idea de la justicia, ni su ambición por hacer de México un país próspero, sino lo más entrañable de su ser se revolvía para rechazar una transacción, para calificar de imposible y monstruosa una alianza con los finqueros.

Porque Fernando Ulloa no era únicamente el empleado de mediana edad, que tiene un sueldo que no ajusta para sus necesidades y que ha alcanzado menos de lo que se propuso. Era también el huérfano del campesino que desafió a sus amos y que siguió a Emiliano Zapata por las montañas del sur en las que resonaba un grito libertario. Era el hijo de la viuda desamparada a quien el hambre empujó hasta la ciudad. Era el niño que, en los años en que los otros juegan, trabajaba en oficios viles para ganar unos cuantos centavos. Era el solicitante de becas miserables. Era el alumno interno que nunca comió lo suficiente y que jamás tuvo otros libros que los que le prestaban sus compañeros. Era el

estudiante aprovechado, el que lograba las más altas calificaciones y uno de los que escogieron los profesores para hacer por Europa un breve recorrido de aprendizaje y perfeccionamiento. Y también, más tarde, el hombre que sin saber cómo se enredó con Julia y que, para sostenerla, abandonó la carrera, no obtuvo el título por el que su madre y él hicieron tantos sacrificios.

Si Fernando sufrió con este aplazamiento (no se resignaba a llamarlo renunciación definitiva) acaso tuvo compensaciones de otra índole. Mas para la madre, minada por la enfermedad, este desengaño, esta pérdida repentina de su razón de vivir, fue aniquiladora. Murió.

Y era ella, su desesperación de ánima no reconciliada, la que se erguía para decir "no" a Leonardo; y era la sangre del padre, el revolucionario oscuro que jamás vio la cara de la victoria; y eran los años laboriosos, las esperanzas diferidas; y era, más próximo, más doloroso, el fracaso de su unión con Julia. Y todos gritaban "no" a Leonardo, "no" a la prudencia, "no", "no", "no" a la componenda turbia, a la ley torcida, a las complacencias pagadas. Una lealtad llena de cicatrices mandaba en Fernando, lo mantenía fuera del alcance de las insinuaciones del otro.

—¿Qué resuelve usted, ingeniero?

Ulloa se puso de pie; lentamente se acercó a la ventana. Seguía lloviendo.

—No hay nada que resolver. Mi camino está trazado.

—¿Es su última palabra?

—Sí.

Un hueso duro de roer estaba resultando el tal Fernando Ulloa. Pero Cifuentes no se desalentó; quedaba la insistencia, la intriga. Quedaba el tiempo; un plazo que los finqueros sabrían alargar.

De pronto Fernando sintió un hormigueo en los pies, una asfixia, una opresión, un ansia de irse, de romper esta cárcel de lluvia, de lodo, de cerros.

—Voy a marcharme ahora mismo —y, para responder a una pregunta que no le habían formulado, añadió: —Tengo clases mañana en el instituto.

Leonardo no pensaba en retenerlo. Ya habría otra ocasión de continuar el diálogo. Cortésmente se hizo a un lado para dejar libre el paso a su huésped.

XIII

EL EDIFICIO del Instituto Superior había sido primitivamente destinado a convento. Con el triunfo de las armas liberales y la expropiación de los bienes del clero pasó a ser propiedad gubernamental. ¿En qué utilizarlo? Para oficinas era muy grande y muy sombrío; para cuartel, demasiado frágil. Decidieron convertirlo en escuela.

El resultado fue una incomodidad difusa e irritante, un aire de improvisación al que contradecían la vejez de los muebles y la borrosa decrepitud de los grabados y mapas. Las celdas oscuras, estrechas, húmedas —instrumentos para mortificar el cuerpo— cumplían su misión sobre maestros y alumnos quienes, al atribuir a las miserias de su instalación su falta de capacidad para enseñar o su nulo interés en aprender, los justificaban.

Pese a todo, los habitantes de Ciudad Real se enorgullecían de su instituto, el único y, por lo tanto, el mejor del estado. Su prestigio atraía anualmente a jóvenes de todos los puntos de Chiapas y aun de los pueblos fronterizos de Tabasco y Guatemala. Los lánguidos tierracalentanos, los taimados hombres del centro y los jacarandosos costeños proporcionaban ganancias a las casas de huéspedes, animación a los paseos e inquietudes sentimentales a las muchachas.

Para integrar el cuadro de profesores del instituto no se contaba con especialistas. Se recurrió, desde el principio, a la buena voluntad de quienes tenían algún título para amparar su carrera o un ejercicio tan prolongado de ella que equivaliese al documento. Cada uno enseñaba lo que podía. Abundaban los abogados, pues la Facultad de Leyes había sido fundada desde la época colonial y desde entonces funcionó ininterrumpidamente. Y, como por una tradición basada en la pereza se suponía que el abogado era capaz de impartir cualquier materia de humanidades, el instituto podía considerarse bien abastecido en este aspecto. Pero en el técnico padecía una verdadera penuria. Escaseaban los médicos, los químicos, los ingenieros. Tal fue la causa de que solicitaran la

colaboración de Fernando no sin advertirle, entre reverencias, que el sueldo era un mero símbolo y de ningún modo el reconocimiento de un mérito ni la retribución de un trabajo.

Fernando aceptó sin considerar los inconvenientes. No pretendía resolver sus problemas económicos dictando un curso de matemáticas. Por lo demás tenía un interés muy vivo en renovar su contacto con los estudiantes, contacto que había perdido desde su salida de la capital.

Así pues comenzó a preparar sus clases con cuidado y a asistir puntualmente a ellas. No se conformaba con que los alumnos salieran del paso sino que les imponía deberes y los hacía participar activamente en los asuntos de que trataba.

Tales exigencias, a las que los muchachos no estaban acostumbrados, les causaron malestar. Fernando se equivocó al suponer que encontraría en ellos lo que él y sus compañeros tenían en la adolescencia: la curiosidad que anima a descubrir, la urgencia de orientarse y de integrar una visión del mundo, el generoso interés por las cosas.

Pero sus alumnos eran todos hijos de hacendados y de ricos y, antes que las propiedades, habían heredado los prejuicios con que las disfrutarían sin remordimiento y las argucias con que las defenderían sin escrúpulos. Encallecidos en la idea de su propia importancia, orgullosos del papel que iban a desempeñar en la sociedad, aprendieron desde muy temprano los pequeños vicios de su clase. Creían que el abuso del tabaco, la resistencia para el alcohol y el ejercicio inmoderado de la sexualidad les conferían patentes de adultos. Que alguien como Fernando, que carecía de prestigio a sus ojos, viniera hoy a poner en crisis sus convicciones y a intentar sustituirlas por otras que contrariaban sus sentimientos, sus costumbres y sus intereses, ni siquiera los alarmaba. Simplemente les producía risa. Con burlona paciencia escuchaban las explicaciones de Ulloa, le hacían preguntas capciosas, ponían la piedrecilla de una observación burlesca para que tropezara su entusiasmo. Fernando percibía, aunque de un modo oscuro y sin conceptos, su fracaso. Pero no fue suficiente para modificar sus propósitos, para torcer su conducta ni para disminuir su exaltación.

La presencia de Fernando Ulloa era, para los otros maestros, fosilizados en la rutina de un oficio ejercido sin vocación y sin disposiciones especiales, un reproche vivo. Como todo reproche, turbaba la soñolencia de sus digestiones. Despertaron lo bastante para vigilar al recién llegado con una mirada que buscaba, con avidez, hallar asidero a la desconfianza. Cada gesto de Fernando,

cada palabra, fue para sus colegas objeto de meditación y comentario. Sin advertirlo, Fernando Ulloa se había convertido en reo de unos jueces que serían más implacables para sus virtudes que para sus faltas.

Contribuyó a aumentar la antipatía suscitada por Fernando su ignorancia de los hábitos de la gente de Ciudad Real, el poco cuidado con que rozaba las múltiples susceptibilidades y la escasa precaución con que expresaba sus opiniones. Las faltas de tacto cometidas fueron meticulosamente consignadas en el expediente que se llevaba en su contra. A la vuelta de algunas semanas ya no se le conocía más que por un mote: *el Comunista* hallazgo feliz del maestro de primer año de civismo.

Para la mayoría el vocablo —comunista— carecía de significación. Pero sonaba en sus oídos como el anuncio de algo siniestro y amenazador encarnado en este hombre de quien nadie sabía la historia.

El rumor —comunista— reventó en algunas burbujas aisladas en torno de los dignatarios eclesiásticos y civiles. Hubo algunas sospechosas interpelaciones al director del plantel y se cambiaron sonrisas de inteligencia entre los profesores. Pero el grito de alarma estaba reservado a los padres de familia.

Un alumno, Roberto Zepeda, disgustado por el número con que Fernando calificó su desaplicación, tuvo a bien participar a su madre que el maestro, en un curso de matemáticas que obviamente no se prestaba a estas lucubraciones, sostenía que todos los hombres eran iguales, que los indios eran hombres y que por lo tanto merecían gozar de los mismos privilegios y ventajas de los ladinos.

La señora Zepeda escuchó con horror tales despropósitos y comunicó inmediatamente su alarma al señor Zepeda. Pero éste prefirió tomarla a broma, declarando que no eran dignas de tenerse en cuenta las soflamas de una vieja beata ni los remilgos de un nagüilón consentido.

Ligados por esta sentencia condenatoria madre e hijo acudieron a quien podía dar resonancia a sus quejas: un sacerdote.

El padre Balcázar, aburrido de la insignificancia moral de sus feligreses, prestó atención desproporcionada a los cuchicheos de la señora y del joven Zepeda. Inició averiguaciones entre los otros alumnos y los halló conformes con el dicho de Roberto. Dio crédito a la fama y apodo de Fernando y, ya en posesión de tales elementos, desempolvó sus libros, compulsó autoridades y se aplicó de tal manera que pudo transformar una vaga nebulosa de datos inconexos o mal pergeñados en una acusación hecha y derecha: si

Fernando era comunista —de lo cual no cabía la menor duda— era también enemigo jurado de la Iglesia, peligroso para el orden establecido y corruptor de la juventud.

Armado de tales argumentos el padre Balcázar acudió a visitar al director del instituto, el doctor Palacios, hombre notorio por su respeto al clero.

Con patéticas frases el sacerdote mostró al médico el abismo en el que estaban precipitándose tanto él como la escuela a su cargo. Su imprudencia, pues el padre lo eximía de toda culpable premeditación, sería castigada justamente por el cielo si, habiendo sido avisado, no echaba fuera del rebaño a la oveja sarnosa.

Palacios se defendía con débiles alegatos. Resistíase a admitir sin lucha la consecuencia de esta plática, que era evidente. Después de la amonestación del padre Balcázar no le restaba más que pedir la renuncia a Fernando Ulloa.

El sacerdote no comprendía que su voluntad encontrara en Palacios la más leve resistencia. Eran del mismo pueblo, de la misma raza, de idéntica formación. No se daba cuenta de que Palacios era un hombre joven y de que los aires de México (donde hizo su carrera de medicina) barrieron con muchos de sus antiguos prejuicios.

Palacios era, además, un ambicioso. Quería actuar en política pero, al no poder ingresar directamente en ese mundo, tomó el puesto académico que le ofrecieron como el trampolín para saltar cuando le pareciese oportuno. Pero antes le convenía hacer méritos, distinguirse en algo de sus antecesores, un cortejo gris de funcionarios que se limitó a procurar que la escuela no desapareciese, pero sin preocuparse de introducir en ella ninguna mejora.

El doctor Palacios se había granjeado ya algunas enemistades y suscitado numerosos recelos por su afán de imponer innovaciones. La primera fue revisar los libros de texto usados en los cursos y encontrarlos anacrónicos, por lo que ordenó que se sustituyeran por otros de más actualidad, admitidos en los demás planteles de la República.

Tal cambio, el esfuerzo que implicaba para los maestros entender sus materias desde diferentes puntos de vista y explicarlas con distintas fórmulas de las que habían empleado durante lustros, provocó una muy natural reacción de descontento. El director dejó que los profesores gruñeran y refunfuñaran hasta que su escasa energía, absorbida por los nuevos métodos pedagógicos, abandonó las protestas por inútiles.

Aún no había pasado la primera efervescencia causada por tales medidas cuando Palacios, antiguo alumno del instituto y buen conocedor de las mañas de cada uno de los hombres con quienes trataba, dictó otras disposiciones. Y así el faltista se vio de pronto obligado a probar irrebatiblemente sus asistencias; el que traficaba con las boletas de aprobación tuvo un sinodal adjunto para justificar sus dictámenes, y el que malgastaba el tiempo en charlas ajenas al programa hubo de ajustarse a él, porque se sabía vigilado.

A los maestros no les quedó más remedio que aplaudir la actitud del doctor Palacios, pues así aparentaban no merecerla. Pero cuando a su feudo (pues como tal consideraban al instituto después de tantos años de ser sus únicos e insustituibles detentadores) llegó un advenedizo, temblaron. Ulloa era la representación de un elemento con el que jamás habían contado: el competidor competente.

Palacios tenía el talento y la objetividad necesarios para apreciar las cualidades intelectuales de Fernando y le satisfacía el modo como desempeñaba su papel de aguijón para punzar la desidia de los otros. Habría querido disponer de un cuerpo docente integrado por personas tan idóneas como el ingeniero, pues entonces el prestigio del instituto se acrecentaría y su director se haría notar favorablemente ante los inspectores gubernamentales. Mas he aquí que, por un imprevisible conjunto de circunstancias, lejos de cumplirse este deseo, Palacios se veía presionado para desechar a Fernando Ulloa. Porque sus tentativas de suavizar el celo del padre Balcázar fueron vanas; es más, su promesa de llamar la atención al ingeniero, conminándole para que en lo sucesivo se abstuviese de turbar a sus alumnos con prédicas subversivas, fue escuchada con bastante escepticismo. No, el sacerdote no se conformaba con menos que con un escarmiento y, mientras el doctor Palacios invocaba los intereses superiores que también había de tener en consideración, el padre Balcázar se retiró del despacho mascullando anatemas contra la cobardía de los mundanos y citando aquel texto evangélico que aconseja a los escandalosos colgarse una piedra de molino al cuello.

A partir de ese instante el doctor Palacios tuvo la certeza de que el caso de Fernando Ulloa estaba perdido. Sus aprensiones se confirmaron al multiplicarse los incidentes. Varios alumnos dejaron de asistir al instituto para que la pureza de su catolicismo no fuera contaminada; llovían los anónimos, acumulando sobre Ulloa las acusaciones más peregrinas; personas graves y de criterio aseguraron que Su Ilustrísima meditaba en la conveniencia de

fulminar una interdicción contra el plantel.

El doctor Palacios no quiso comprometerse más en este asunto que ya llegaba demasiado lejos. Comprendió que debía dar una satisfacción pública y una mañana que Fernando Ulloa se presentó a dictar su clase, el bedel se negó a entregarle la llave del aula porque "según comunicaciones superiores había dejado de pertenecer, por indigno, al cuerpo docente".

Esta noticia fue transmitida a Fernando delante de numerosos testigos y con el secreto placer con que un criado humilla a quien, por su posición, está siempre humillándolo a él.

Contra lo que se esperaba, la reacción de Ulloa fue más de sorpresa que de cólera. Quiso averiguar de dónde había emanado orden tan absurda y acosó a preguntas al bedel. Pero éste se alzó insolentemente de hombros negándose a darle explicaciones. Por su parte, los testigos mostraron el rostro circunspecto de quien está al tanto de todo pero prefiere no inmiscuirse en el asunto.

Fernando intentó entrevistarse con el doctor Palacios pero le fue imposible porque "estaba fuera de la población". Así tuvo que retirarse a su casa, agitado por sentimientos contradictorios.

Encerrado en su estudio, después de dar a la curiosidad de Julia la respuesta de un portazo, se paseaba movido por una furia ciega que no sabía en qué desahogarse.

¿Quién ha tenido tanto interés en perjudicarme?, se preguntaba. Indudablemente había sido víctima de una intriga, objeto de una calumnia, presa de una trampa. Examinaba su conducta sin hallar en ella nada reprensible. Al contrario. En los meses en que ejerció el magisterio no se apartó jamás de la ética más escrupulosa. ¡Y cómo le habían correspondido! Con una humillación que era más repugnante cuanto que era anónima y colectiva.

Repasó sus recuerdos. Entre todas las personas a quienes había frecuentado durante los últimos tiempos no hallaba hoy un rostro amigo, una voluntad afín, un gesto cordial. A la luz de los nuevos acontecimientos adivinaba la hostilidad de las actitudes, la hipocresía de las palabras. Y andaba con su rencor a tientas exhumando frases semiborradas, facciones sin nombre y episodios truncos que ahora, por fin, alcanzaban su desenlace.

Fernando se apartó de una sociedad que le había declarado la guerra para dedicarse a las tareas de su cargo, tareas cuyas dificultades iban siendo cada vez más intrincadas y mayores. No mantenía más trato que el cortés hacia don Leonardo Cifuentes, que visitaba su casa, y el obligado con su ayudante Rubén Martínez.

Ulloa se dio a observar a Rubén como si éste, por ser coleto,

compendiara todas las características de los demás. Acechaba en él los mecanismos de la conducta de un pueblo que lo había rechazado y hallaba en ella un solapamiento burdo que lo ofendía. ¿Cómo iba a pretender este ingenuo engañarlo con sus adulaciones desmesuradas y con una docilidad que no era más que el modo de salirse con la suya? Porque aun en sucesos, tan casuales en apariencia, como el haber ido a parar a San José Chiuptik una noche de tormenta, obedecían a un plan preconcebido del que Rubén era agente.

Los rancheros, decía entre sí Fernando, han puesto cerca de mí quien espíe mis movimientos y mis intenciones.

Pero a pesar de haber hecho este descubrimiento, Fernando no se cuidaba. Seguía dependiendo de Rubén para la organización de sus recorridos por el interior de la zona y era por intermedio suyo como concertaba sus entrevistas con los dueños de las fincas. Así también, en las pláticas a que los orillaba el aislamiento, Fernando daba rienda suelta a sus palabras sin detenerse a pensar que seguramente el otro iba a torcerlas, a malinterpretarlas y, desde luego, a transmitirlas.

A Fernando le bastaba la más mínima provocación para desbordarse. Así Rubén, en ocasiones, aludía tímidamente a su pobreza, a la humildad de su condición. No quería sermones, ni siquiera solicitaba consuelos. Simplemente le gustaba quejarse de una situación con la que, por otra parte, estaba conforme.

Pero Fernando aspiraba a suscitar en él un descontento activo. Por lo menos, decía, que sepa a quiénes debe su desgracia. Con esto, y con no mostrársele desconfiado a pesar de que los motivos sobraban, Fernando creía atraérselo hacia su bando.

—¿Sabes para qué se hizo la Revolución, Rubén? Para que no haya esas diferencias entre los ricos que te explotan y tú; para darte una dignidad que los demás respeten.

Rubén asentía con exclamaciones de asombro: “¡Ve pues! ¡Qué tal!” Pero en el fondo estaba desazonado y se apresuró a pedirle consejo a don Leonardo Cifuentes sobre la conveniencia de renunciar a este puesto.

El consejo ha de haber sido afirmativo porque, sin más trámites, Rubén desapareció un día. Se fue diciendo a quien quisiera oírlo que el ingeniero Ulloa estaba “compatiado con el diablo” y lo dejó con un trabajo para el que no se bastaba por sí solo.

XIV

LA URGENCIA de encontrar un sustituto para Rubén Martínez hizo al ingeniero Ulloa insertar anuncios en el único periódico de la localidad (un semanario *Plus Ultra!)* y en el cine que llenaba sus intermedios con avisos.

Tales medidas no fueron eficaces a pesar de que se ofrecía un sueldo decoroso y de que las oportunidades no eran ni frecuentes ni abundantes en Ciudad Real. Pero los que podían aspirar al puesto habían sido bien aleccionados por sus directores espirituales y ni siquiera por curiosidad se acercaron a hablar con Fernando.

Como pasaran los días y tal situación se prolongase, ya el ingeniero había pensado en marcharse a Tuxtla para traer de allí el ayudante que necesitaba. Fue entonces cuando recibió la visita de César Santiago.

—Pase usted —dijo Fernando, al reconocer en el recién venido a uno de sus antiguos alumnos—. ¿A qué se debe este milagro?

Por un instante creyó que César venía en representación de sus compañeros a solicitar que ocupara de nuevo su cátedra. ¡Su despido había sido tan vergonzoso, tan injustificado! Pero ya el joven estaba desdoblando uno de los ejemplares de *Plus Ultra!*

—Acabo de ver su anuncio… Estuve fuera unos días… Ojalá que yo no haya llegado muy tarde.

—Es usted el primero —repuso Fernando, que ahora recelaba una burla—. ¿Para quién solicita usted el trabajo?

—Para mí.

Fernando había tomado asiento después de invitar a su huésped a que hiciera lo mismo. Desconfiaba todavía.

—No creo que sea compatible con sus estudios. La mayor parte del tiempo tendría usted que pasarlo fuera de la ciudad.

—No importa. Estoy decidido a dejar la escuela.

Ahora la imagen de César se precisaba en la memoria de Fernando. Era un alumno mediocre y alguna vez tuvo que reñirlo por su negligencia para cumplir las tareas. Pero después de todo no era una excepción. Muchos más arrastraban estos defectos hasta el

fin de su carrera.

—¿Y qué le indujo a tomar esta decisión?

César tartamudeaba; le era difícil expresarse.

—El instituto ya no es el mismo desde que usted se fue.

Ulloa sonrió amargamente.

—No me fui por mi gusto.

—De todos modos ya no es igual.

César calló; no podía precisar el sentido de sus palabras.

—Bueno. Digamos que usted descubre que no tiene vocación de profesionista y se corta la coleta de estudiante. ¿Qué opina de eso su familia?

—Antes de que se enteren yo quiero independizarme de ellos, ganar un sueldo.

—El sueldo que yo le ofrezco no le bastará. Usted está acostumbrado a ciertas comodidades, a ciertos lujos.

—Otros empiezan con menos.

Fernando se alzó de hombros.

—Usted sabrá lo que hace; pero yo no alcanzo a entender los motivos por los que deja una posición segura y se lanza a una vida difícil y en compañía de un hombre que la sociedad repudia. ¿Ha pensado usted en las consecuencias que le acarreará unirse a mí?

César sonrió cautelosamente.

—Yo conozco estos pueblos, ingeniero. Cuando le clavan la puntería a alguien no descansan hasta acabarlo. ¿Por qué cree usted que yo tuve que salir de Comitán?

Era una historia de mezquindades y humillaciones que César contó con llaneza y sin ocultar ningún detalle.

La familia Santiago era comiteca y en tiempos no muy remotos había sido propietaria de un floreciente negocio de carne en el barrio de La Pila. Barrio de gente arrecha. Gente de posibles y jacarandosa también. Las fiestas en honor de su patrón, San Caralampio, eran las más famosas del rumbo. Se derrochaban cohetes, había garitas para los juegos de azar y a las entradas de flores en la iglesia acudía el pueblo entero y aun los pueblos circunvecinos. Pero que no pretendiese un pileño salir de su barrio, querer formar parte de la sociedad del centro porque era ignominiosamente rechazado. Pileño naciste, pileño te quedás.

Ése fue el error de don Timoteo Santiago, el padre de César (cuyo verdadero nombre no era éste sino Caralampio, como el del patrón de La Pila). Tenía agallas y quería subir. Los medios no le importaban mucho. Por eso cuando empezó la persecución religiosa y vio venir una oportunidad no la desperdició.

El cura de San Caralampio, el padre Cancino, tenía en don Timoteo una confianza ilimitada. Viendo que las autoridades tomaban cada vez medidas más severas contra el clero escrituró sus propiedades a nombre de su amigo. Esas propiedades no eran grano de anís, pues la parroquia rendía: un rancho ganadero en la tierra caliente, varios sitios con árboles frutales en las orilladas del pueblo y dos buenas casas en el barrio principal.

Sucedió entonces que los trabajos de la persecución apresuraron el fin del padre Cancino y que murió repentinamente sin tiempo para testar. Había dos herederas legítimas, dos hermanas solteronas y desvalidas. Pero don Timoteo no quiso reconocerles sus derechos. Así se convirtió, de golpe y porrazo, en una de las fortunas más considerables de Comitán.

¡Pobre don Timoteo! Mal había podido disfrutar de su botín. Si alguno, de la buena sociedad, se entiende, le dirigía la palabra, era para hacerlo objeto de burlas y para abrumarlo con sus indirectas.

¿Rigor moralista? No. Don Timoteo no era el único que gozaba de una riqueza mal habida. Es más (y aunque esto parezca demérito de su inventiva), es preciso aclarar que la idea de pescar en el río revuelto de las circunstancias jamás se le hubiera ocurrido y menos aún habría osado llevarla a la práctica, de no animarlo el ejemplo de otros. Pero los otros no tenían, como él, unos antecedentes tan desfavorables. Muchos eran de buenas familias y su apellido cubría sus desmanes. Lo que no se perdonaba a don Timoteo era que, a pesar de su posición, conservase un aire inconfundible de matancero y que, en vez de disimularlo, lo subrayase con la ridiculez de sus modales y la insolencia de sus adornos.

La reprobación se la hacían sentir los privilegiados de la alta sociedad comiteca por todos los medios a su alcance. Lo bautizaron con un apodo, *el Becerro de Oro,* que aludía, a la vez, a su antiguo oficio y a su condición actual. Pinchaban sabiamente la vanidad del advenedizo al excluirlo de cualquier reunión negándole así la oportunidad de pavonearse ante los demás.

Porque si se trataba de presumir, a don Timoteo le sobraba con qué. ¿No había comprado la casa de don Sebastián Rovelo, señor con pergaminos que probaban su descendencia noble de no sé qué familia andaluza? Ahorcado por las deudas de juego don Sebastián tuvo que deshacerse del último resto de su herencia, que pasó a poder del pileño.

¡Con qué satisfacción pisaba las antiguas alfombras con sus ordinarios pies! ¡Y con qué voluptuosa complacencia pasaba la encallecida palma de la mano sobre el peluche de los muebles, el

terciopelo de las cortinas, la seda de los tapices! Quién se lo iba a decir… Él, don Timoteo, dueño de una vajilla con anagrama y de sábanas bordadas con iniciales. Esas iniciales no eran las suyas, de acuerdo. Pero le pertenecían, las usaba. ¡Lástima que nunca tuviera visitas a quienes deslumbrar con su opulencia!

Para colmo de males la mujer de don Timoteo, doña Serafina, que en los años de su pobreza se ocupó únicamente de luchar a brazo partido para salir adelante, ahora que tenía ocio suficiente para disfrutar de los placeres de la vida había dado en la flor de afligirse por la salvación de su alma. Se hizo beata y se pasaba el día entero olfateando los lugares en que iba a celebrarse misa o a cumplirse alguna ceremonia. Buscó un confesor a quien confiarle sus cuitas y el padre Damián supo presentarle con una admirable habilidad el horror del pecado que había cometido su esposo al alzarse con la hacienda de las señoritas Cancino. Machacó tanto y tan enérgicamente sobre este asunto que la pobre señora estaba crucificada en un dilema terrible: restituir o condenarse. Como la decisión de restituir no dependía de ella (y los ruegos no lograron sino exacerbar el odio de su marido contra la Iglesia), doña Serafina no tuvo más remedio que convertirse también en ladrona. Robaba, en pequeña escala, desde luego, para dar limosnas a los curas y apagar aunque fuese una sola de esas llamas del infierno que iban a atormentar a su familia durante toda la eternidad.

Los dos hijos del matrimonio Santiago crecían en el vórtice de estos conflictos. Caralampio (que con el dinero de su padre había comprado el derecho de usar un nombre elegante: César), más apegado a don Timoteo, se negaba a juzgar una conducta a la que debía su bienestar. Pero su esfuerzo de comprensión no llegaba hasta el punto de admirarlo. A su sentido crítico no podía ocultarse que el ex tablajero jamás sería digno de ocupar un puesto destacado dentro de la vida social de Comitán y que las personas de buen tono tenían razón en burlarse de su ignorancia y su falta de modales. Árbol que crece torcido, dice el refrán, nunca su rama endereza. Y menos todavía en la vejez. Los vástagos, confiaba César, se pulirían, aprenderían a comportarse, ya no dejarían ver “el pelo de la dehesa”. Por ejemplo, él tenía los sentidos alerta y una regular capacidad asimilativa. No le sería imposible aprender, instruirse, figurar sin desdoro entre los mejores. En cuanto al hermano menor, Límbano…

Enfermizo, durante la niñez acaparó los escasos mimos que podía concederle una madre excesivamente absorta en procurar sus medios de subsistencia y asegurar su porvenir. Pero estos mimos

eran tan satisfactorios que Límbano prolongó la lactancia hasta un límite que no había sido alcanzado nunca antes en los anales comitecos. A una edad de la que ya se empieza a guardar memoria Límbano tuvo que abandonar esta costumbre, ay, tan agradable, obligado por los brutales castigos de don Timoteo y por las implacables burlas de César. Pero esta separación de la madre fue únicamente exterior. El cordón umbilical que lo ataba a doña Serafina permanecía intacto y seguía alimentándose, al través de él, de las palabras, sentimientos y convicciones de su madre.

El conflicto moral que para doña Serafina tuvo un desenlace no muy ortodoxo pero sí harto práctico (tranquilizaba su conciencia, cuando le reprochaba sus exacciones al patrimonio conyugal, recordando aquel adagio que reza que "ladrón que roba a ladrón tiene cien años de perdón") fue para Límbano un callejón sin salida. La adolescencia no comprende ni admite las componendas de los mayores, las sutiles trampas, las argucias con que fingen su virtud. El joven, en cuanto vislumbraba un deber, se lanzaba a cumplirlo sin que ningún razonamiento lo apartara de su propósito. Lloró, suplicó que la fortuna malhabida volviera a sus dueñas. Pero como ni sus lágrimas ni sus súplicas tuvieron éxito pasó a las amenazas. No le arredraba una pobreza digna tanto como le avergonzaba una abundancia de tan turbio origen. Sus aspavientos no lograron siquiera enfurecer a don Timoteo. Los oía con la misma impasibilidad tolerante con que un gran danés escucha los ladridos de un gozquecillo.

Desesperado de no ser a los ojos de los mayores más que un niño cuando ya se había impuesto las responsabilidades de un hombre; nostálgico de la infancia perdida, de la tibia oscuridad del seno materno, Límbano asumió la postura fetal de los cadáveres, se ovilló en el regazo de la tumba. En otras palabras, se suicidó disparándose un balazo en la cabeza, antes de cumplir los dieciséis años de edad.

La tragedia, comentaron todos repitiendo la frase con que el periódico local había consignado el acontecimiento, enlutó aquel hogar. La tumba del hijo difunto se volvió abismo insalvable para la voluntad de los esposos. Don Timoteo no encontró más refugio que el engreimiento con su dinero y lo atesoraba y recontaba a solas sus pertenencias. Doña Serafina se empecinó en sus devociones, en sus rezos por las almas en pena, pues quién quita y Límbano se hallase en ese número. Porque según dice el señor cura pudo haber tenido, en el momento de su tránsito, una perfecta contrición que lo salvara.

Par de viejos chochos, se irritaba César, ahora convertido en el

heredero universal. Si yo que soy su hijo —como quien dice su carne y su sangre— los miro con ojos atravesados, cuantimás los que no son ni parientes y no saben dolerse del prójimo.

Dolerse, lo que se llama dolerse de la desgracia de los Santiagos, fueron muy pocos los que lo demostraron en Comitán. Y en cuanto pasó el primer ramalazo de horror, en cuanto el ruido del disparo se hubo extinguido, ya en plena posesión de su juicio, los espectadores comenzaron a reflexionar sobre el hecho. De la reflexión se llegó al fallo: los Santiagos habían tenido el castigo que se merecían. Y ya bajo el amparo de esta certidumbre atenuante se podía hablar del suceso y sus consecuencias con despego, con frivolidad, con burla.

¡Y vaya que la burla cae bien a los comitecos! Pueblo de gente ingeniosa y aguda, ágil para las respuestas, certera para los apodos. La "raspa" era su entretenimiento favorito.

¡Cómo no iban a reírse los comitecos de las desdichas de don Timoteo y doña Serafina! Que sus carcajadas no llegaran a oídos de los interesados era natural. No hay peor sordo… Además casi no salían, no alternaban con nadie. Él, embebido en sus negocios; ella, convertida en una rata de sacristía. El único que quedaba al alcance de la maledicencia era César. Pero tampoco era presa fácil. Sin amigos, tuvo que volverse orgulloso y reservado, y cuando alguien se le aproximaba corría el riesgo de volver con la cola entre las piernas. Porque el muchacho alardeaba —¡habráse visto descaro igual!— de su dinero. ¿Quién iba a tolerarle tales fanfarronerías? Donde hay buenos hay mejores y un comiteco no permite que nadie le ponga el pie adelante. Así que sus enemigos aprendieron pronto la respuesta. Iban a provocarlo para darse el gusto de reírse en su cara o de sacarle sus trapitos al sol. César se defendía pero los otros eran muchos y al fin tuvo que sumirse, esconderse a rumiar su disgusto en un rincón.

Sin decir adiós a nadie (¿a quién, si César era un "Juan te vas, Juan te venís"?) el muchacho partió a la finca de su padre, esa finca que le había echado la sal a don Timoteo y a toda su descendencia. Bonita la condenada. Bonita desde el nombre: Las Delicias. Y con su gran río como para darse a respetar y los pequeños arroyos útiles. Tierra buena, rendidora; harta gente. Indios de calzón blanco y sombrero de palma; indias envueltas en su tzec azul; gente con bastante amor propio como para empeñarse en conservar el rango de los mejores peones de la región. Algunos como que ya se querían aladinar. No por los modos ni por la ropa, sino así, a bulto: los ojos claros, el pelo crespo y un tinte paliduzco en la piel. Eran los "hijos de cura", como quien dice los gallos más buenos del rumbo.

Y como buenos gallos, levantiscos. César tuvo sus pendencias con ellos. El muchacho no estaba acostumbrado a mandar y el rigor fue para él un machete de dos filos que lo hirió al cogerlo. Por eso, y por otras cosas, a los pocos meses de estar en la finca César se había vuelto melancólico. Se pasaba todo el santo día encerrado en su cuarto, sin ver a nadie, sin hablar con nadie. ¿Comer? Pigpear de un plato y de otro sin agregar sustancia ni fuerza a su cuerpo. Le repugnaban los guisos rancheros. Y además temía que alguno intentara envenenarlo, darle un bebedizo. Se cuidaba de la traición aquí en la casa grande como de las emboscadas en el campo. Los indios son tan cobardes y tan viles…

César regresó a Comitán.

Pero allí tampoco se puede vivir. Se enamora a una muchacha; digamos, por ejemplo, alguna de la Rovelada. ¡Cuándo van a voltear a ver a un pileño! Como tienen pergaminos, como son blancas y garbosas se dan ínfulas. Y creen que todos se les acercan por interés. ¿Interés de qué? La familia Santiago es tan rica o más que la suya. Pero es el apellido el que las envalentona. Y tampoco César iba a hacerse menos arrastrándole el ala a una cualquiera. No hay, pues, dónde escoger.

Pero si no se tiene novia ¿a quién se le lleva serenata? Esa marimba que suena de noche en las calles íngrimas… Cuando la van cargando los marimberos retumba igual que los barriles llenos de agua sobre el lomo de los burros. Luego se planta uno frente a tal ventana y se dice: aquí es. Empiezan a desgranarse las piezas: valses y danzas, música decente, canciones honestas. Sin hacer alboroto para que no lo oigan los parientes de la muchacha y malinformen al pretendiente, pasa, de mano en mano, la botella. Tococh, tococh, el trago. Raspa el gaznate, entona para que se pueda aguantar el frío de la madrugada. Y cuando los amigos empiezan a gritar los vivas, se oyen más fuertes, más de veras.

Al otro día, claro, se amanece de goma. Entonces viene el caldo de gallina con chile tostado. Al beberlo se suelta un vaho que humedece la cara. Entre un sorbo y otro se saborean los recuerdos de la parranda. El escándalo en casa de las Lochas, donde dicen que hasta tiros hubo, nomás que uno ni cuenta se dio. Los juramentos de amistad y más que de amistad —¡yo soy tu hermano, mi hermano!— con los compañeros. Y la esperanza de que aquella que te conté, la que anoche estaba durmiendo tan quitada de ruidos mientras los hombres plantaban la marimba ante su balcón, duerma alguna vez al lado nuestro, calientita y sabrosa, acompañada, acompañando.

Pues nada de lo que dijimos es para César Santiago. Para él, si acaso, la serenata ajena, cuando se decida a soportar las guasas de los demás. No hay otro amigo que su enemigo ni más mujer que las gaviotas, las que viven en las casas malas y se pintan como los parachicos de feria. ¿Se va a casar César con una tal por cual? Bueno estaría para su orgullo y para las pretensiones de don Timoteo.

¿Qué va a hacer entonces? No le queda más remedio que irse de Comitán. A rodar tierras. No muy lejos, si se quiere que la piedra críe moho. Siempre conviene no apartarse demasiado de la casa, de la gente. Aquí nomasito. En Ciudad Real.

Con la venia de sus padres César partió. Llevaba muchas ilusiones, una regular cantidad de dinero y un equipaje que renovaría al llegar a su punto de destino.

Se estableció en una pensión para estudiantes. Corredores con macetas florecidas, cama de metal dorado y dueñas solteronas. Pasados los primeros días de aclimatación fue a matricularse al Instituto Superior de Chiapas.

Sentirse a disgusto ¿por qué? Los compañeros de clase son corteses y finos. No se echa de menos la expansividad del comiteco que tantas veces se confunde con la grosería. Los coletos son ceremoniosos; serán hipócritas pero su discreción defiende a los demás de las pullas desagradables y las bromas malintencionadas. ¿Amigos? No esperaba Santiago hacerlos tan pronto. Ni parrandas siquiera, porque con este clima hay que jugarle la vuelta a la pulmonía. Ni esas parsimoniosas partidas de dominó, a puerta cerrada, entre la nube de humo que exhalan los fumadores. Ni perseguir criaditas en los callejones de los barrios oscuros; ni atropellar indias por las orilladas; ni rondar a las adonisas. Si acaso un paseo por los portales, entre una llovizna y otra, para desentumir las piernas; un ponche bebido de prisa, de pie ante el mostrador del expendio, y el resto del día estudiar.

Como tantos ambiciosos, César deseaba borrar la vileza de su origen con las excelencias de su educación. Su caso era, ya de por sí, difícil porque su mente (no entrenada en las disciplinas escolares) captaba con excesivo esfuerzo lo que ahora pretendía imbuírsele y lo asimilaba sin corrección. Había, además, otro obstáculo: César se inscribió en el instituto para resolver un problema personal. Y no había encontrado en las aulas más que palabras huecas, fórmulas abstractas que de ningún modo se relacionaban con las experiencias y las urgencias de su vida.

El único que supo hablar a las necesidades de César fue

Fernando. Y eso de una manera casual, ya que la materia que impartía no podía ser ni más remota ni más árida.

Pero a los alumnos les preocupaba otro enigma que el de los números: la misión del ingeniero. ¿A qué había venido a Ciudad Real? ¿Eran ciertos los rumores que decían que a despojar a los ricos de sus tierras para repartirlas entre los pobres y entre los indios?

Había en tales preguntas una malignidad soterrada, una susceptibilidad herida, unos prejuicios alarmados que Ulloa no era capaz de advertir. Sus respuestas daban una visión de conjunto, una teoría general en la que los casos particulares que estaban frente a él perdían, por lo menos a sus ojos, toda importancia.

Según Ulloa la historia mexicana podía representarse por el ensanchamiento paulatino de un círculo: el de los propietarios de la riqueza. De los conquistadores a los frailes, a los encomenderos, a los criollos… Faltaba mucho para que la riqueza llegase hasta las masas ínfimas de la población. Grandes intereses se oponían al desarrollo de este proceso; así, cada nuevo ensanchamiento del círculo se había logrado a costa de ahogar al país en ríos de sangre, de convertirlo en fácil presa de rapiñas extranjeras, de arrojarlo a la sima del caos más bestial. Terreno propicio para la aparición de falsos redentores y de caudillos venales.

¿Por qué no imitar a otros países? En ellos el proceso histórico, que se retarda pero no se detiene, fluía dentro del cauce de una norma legal. En cierto momento México sustituyó la proclama improvisada de los militares por el trabajo concienzudo de los técnicos.

Las primeras tentativas fracasaron porque el legislador trabajó en la soledad de su bufete. La armazón legal, brotando como Minerva de la cabeza de Júpiter sin pasar por la suciedad y el calor de una entraña materna, resultaba inaplicable a nuestras circunstancias peculiares aunque se hubiese calcado de los modelos más perfectos de Europa y Norteamérica.

México había hecho de la ley un ídolo al cual reverenciar y no un instrumento útil para servirse de él. Pero no puede serlo si el legislador, al redactarlo, no tiene en cuenta los datos concretos de la realidad a la que pretende regir.

¿Y qué era México para los mexicanos sino un enigma, un vago fantasma, un monstruo sin nombre? Había que reducirlo a nociones claras, a cifras exactas. Era necesario adquirir una conciencia, lo más aproximada posible, de los elementos naturales con los que se contaba, de la cantidad de personas entre quienes hay que

distribuirlos, de la manera con que debe explotárseles para lograr un mayor rendimiento.

Al hacer a un lado las mentiras de la propaganda, las exageraciones del optimismo, se hallaba como figura de la patria un inmenso horizonte desolado. Miseria, ignorancia, podredumbre. Un suelo cuya esterilidad agobia o cuya exuberancia aniquila; una población pulverizada en innumerables caseríos aislados entre sí. Un hombre al que su trabajo no salva de la lenta agonía del hambre. Otro que no conoce más voz que la del látigo.

Y aparece la verdad. ¿Cuál es la riqueza de México? El filón de las minas se acaba, la prosperidad de las urbes decae. Lo seguro es nada más la tierra.

¡Qué lástima, qué desperdicio, qué crimen las grandes extensiones ociosas! ¡Qué escándalo el precio que sus dueños exigen por arrendarlas, ya que no quieren venderlas! Un gobierno justo (y en política la justicia toma forma de habilidad) tiene la obligación de arrebatar la tierra a las "manos muertas" que la poseen y entregarla a las manos, ahora vacías, del campesino, del indio, de los que siembran y van a compartir con todos la cosecha.

Pero esas manos muertas, que fueron manos consagradas de sacerdote, de fraile, son ahora manos poderosas de rico y saben convertirse en garras para no soltar su presa. ¿Qué se va a hacer entonces? Luchar, combatir. No sólo contra los terratenientes, a los que perjudica el reparto de los latifundios, sino contra la gran muchedumbre fanatizada que se rehúsa a aceptar un beneficio porque le han hecho creer que es un sacrilegio.

—El gobierno tiene la fuerza suficiente para usar de ella si es necesario; pero también tiene la razón y prefiere convencer, tanto a los egoístas que no quieren renunciar a ningún privilegio como a los pusilánimes que no se atreven a reclamar ningún derecho, de que un país no es grande si no es justo; de que una sociedad no es próspera si no es equitativa; de que un bien no es un bien si no disfrutan de él todos los ciudadanos.

Los alumnos del ingeniero Ulloa lo escuchaban con reprobación, con malestar. A todos los argumentos del maestro oponían una negativa sumaria y un insistente:

—¿Y nosotros? ¿Por qué han de perjudicarnos a nosotros? Que los que no tienen nada se las arreglen como puedan. Ése no es asunto de nuestra incumbencia y al gobierno tampoco le va ni le viene.

César, por su parte, acarreaba pacientemente agua a su molino. De modo que los que se habían erigido en sus jueces, en los jueces

de su padre, eran estos propietarios que para allegarse una fortuna y para conservarla habían recurrido, sin ningún escrúpulo y sin ninguna medida, a la violencia de la conquista y a la chicana legal. El poder del que se habían envanecido ya se tambaleaba. Porque ahora, Fernando lo había anunciado, la justicia se impondría por fin. Todos, antiguos y nuevos ricos, serían pasados por el mismo rasero. Todos serían confundidos en el gran acto de restitución a los desheredados que el gobierno preparaba. Y los que manejaran esa restitución sabrían sacar beneficios.

El ingeniero Ulloa aparecía así, a los ojos de su discípulo, con el prestigio del técnico y con la atracción del político. La admiración crecía en aquel pecho mezquino de comiteco, igual que una marejada. Escuchar con reverencia a su oráculo, defenderlo de las críticas mordaces de los otros, tales eran los actos del nuevo culto al que César se había entregado. ¿Por qué no iba a renunciar al instituto si en él no tenía cabida Fernando y abandonar todo para compartir su tarea y su triunfo?

Fernando había escuchado con atención las palabras de César, y aunque sus móviles siguieron pareciéndole confusos lo aceptó como ayudante. Por lo menos no era un cómplice de quienes trataban de obstaculizar su misión.

XV

CUANDO en Ciudad Real se divulgó la noticia de que César Santiago se había convertido en ayudante de Fernando Ulloa hubo un murmullo de desaprobación. ¿Cómo este muchacho se atrevía a desobedecer una consigna que acataban todos los demás? La gente comenzó a fijarse en él, a mirarlo con atención para descubrir los rasgos de una personalidad que hasta entonces les había parecido insignificante pero que ahora empezaba a ser peligrosa.

Todo en Santiago les era motivo de sospecha: el acento y las palabras, la ropa y los modales, los gestos y las costumbres. El ama de la casa de pensión comentaba con las vecinas que César había rechazado hoy tal platillo en el almuerzo y las vecinas recibían el comentario como una prueba evidente de culpa. El miembro soltero de una cofradía religiosa apuntaba que César había pasado sin descubrirse ante la iglesia de Caridad:

—Cierto que allí no está expuesto Nuestro Amo… pero de cualquier modo es un signo de respeto.

El propietario de un almacén de "ropa y novedades" transmitía el monto exacto de una compra de mangas de hule, pantalones de montar, botas de campo y otros implementos que seguramente servirían a César para acompañar a Fernando en sus giras por el interior de la zona.

Acostumbrado al rechazo brutal de los comitecos, César no advertía la hostilidad secreta que lo rodeaba. Exteriormente nada había cambiado; los mismos saludos, los mismos apretones de manos, las mismas preguntas corteses acerca de su propio bienestar y del de su familia. La situación se habría prolongado así por tiempo indefinido si la dueña de la pensión, atormentada por su conciencia escrupulosa, no hubiera tomado una medida drástica: decirle a César, con las palabras más melosas, que iba a necesitar el cuarto que ocupaba "porque una prima huérfana vendría a vivir a su lado".

A César le desagradó moderadamente este requerimiento. Estaba a gusto como huésped de la señorita Morales; su habitación era

amplia, bien ventilada y con unos muebles antiguos pero sólidos y de buena apariencia; la comida era abundante y nunca faltaba un buen plato de cocido y los frijoles refritos, que eran de su predilección. En cuanto al cuidado y limpieza de su ropa no dejaba nada que desear. César confiaba en que tales ventajas podría disfrutarlas también en otra parte y la excusa de la señorita Morales le pareció tan válida que ni por un momento se le habría ocurrido dudar de ella. Pero cuando hubo desfilado por una casa de estudiantes tras otra, sin hallar acomodo, supo que la prima huérfana de su antigua patrona era un pretexto tan falso como los demás con que le habían negado alojamiento.

César comunicó su apuro a Fernando Ulloa, quien no quiso permitir que su ayudante siguiera sometiéndose a la humillación de una negativa y le ofreció un lugar en su casa.

Tal ofrecimiento lo hizo sin consultar con Julia. No lo consideró indispensable puesto que la casa era demasiado amplia para esta pareja sin hijos y muchos de sus cuartos estaban cerrados por falta de utilidad; por lo demás la servidumbre era barata y fácil de conseguir. ¿Por qué Julia iba a encabritarse, como lo hizo, cuando supo que un extraño vendría a vivir bajo su mismo techo? Fernando no quiso hurgar en las razones profundas de su mujer; se había acostumbrado, en los años de convivencia con ella, a las súbitas explosiones de rebeldía o malhumor, a las crisis de lágrimas, a los arrebatos desvanecidos pronto sin dejar huella. Los atribuía, por una pereza bonachona, a la inestabilidad del alma femenina, a los vaivenes fisiológicos impredecibles, a la opresión de una rutina sin horizontes en que las mujeres se ahogan.

Pero, esta vez por lo menos, los motivos de Julia eran otros. Se había acostumbrado a vagar sola por el caserón, a disponer a su antojo hasta del último de sus rincones. Le estorbaba la presencia de un testigo. No porque ella hiciera nada malo. ¿Qué de malo había en las visitas de Leonardo Cifuentes o en las conversaciones con doña Mercedes Solórzano? ¿Por qué, entonces, espiarla así?

Pues César Santiago, a los ojos de Julia, era un espía. Lo encontraba de pronto a sus espaldas, silencioso, taimado, como en espera de sorprender algo. Estaba segura de que aprovechaba sus ausencias para curiosear en las habitaciones y de que cada vez que podía escuchaba tras las puertas. Pero era hábil para escabullirse y Julia nunca pudo acusarlo de nada ante Fernando. Entonces Julia se vengaba a su modo. Olvidaba ordenar a las criadas que cambiaran la ropa de la cama o que remendaran los calcetines de su huésped; el café del desayuno estaba siempre frío y en alguna ocasión César

tuvo que dormir en el sofá de la sala porque no se encontró por ninguna parte la llave de su cuarto.

César no protestaba sino que fingía condolerse con Julia de estas irregularidades. Si ella no atinaba prontamente con la excusa plausible (y tartamudeaba al ofrecerla para que fuese menos convincente), César inventaba una para dejar a salvo el prestigio de la dueña de la casa y su propia dignidad. Pero en el fondo olfateaba la intriga en su contra y la atribuía a motivos más ruines de los que existían en realidad.

Para César era una verdad tan evidente que los rumores que corrían en Ciudad Real sobre la conducta de *la Alazana* eran tan ciertos que lo único que le faltaba por averiguar eran las ocasiones de que se valía para cometer el adulterio con Leonardo y los medios con los que contaba para mantenerlo oculto.

La admiración que el comiteco profesaba a Ulloa exacerbaba su desprecio a Julia. ¿Cómo es posible, se decía, que un hombre de tal calidad se haya casado con una mujer tan ordinaria y de tan mala índole? Pero, ya que era así, por lo menos lo lógico hubiera sido que la mujer viviese en un estado de perpetua adoración y agradecimiento ante el hombre que había descendido hasta su nivel. Y nada de esto sucedía. Julia no era capaz siquiera de apreciar las cualidades de Fernando y lo trataba con una falta absoluta de respeto. Como si la impulsara el rencor, no desperdiciaba oportunidad de herirlo con sarcasmos crueles, con observaciones irónicas. César, que había vivido en un mundo en que las mujeres son sumisas o cuando menos hipócritas, encontraba esta actitud escandalosamente injustificable.

Algunas veces quiso comentarla con Fernando porque su pasividad de marido le parecía fruto único de su inadvertencia. Pero Fernando sonrió despojando de importancia al asunto. En el fondo, si toleraba los desmanes de Julia era por una especie de piedad hacia un ser más débil, una bestezuela salvaje en la cautividad que daba zarpazos inofensivos a quienes la rodeaban. Por otra parte Fernando veía aún en Julia a aquella muchacha entusiasta que se enamoró de él y que lo siguió, enajenando su porvenir. Pesaban también, para su juicio, elementos con los que Santiago no podía contar: los instantes de abandono y ternura, el desamparo y la dependencia en que Julia se había colocado respecto a Fernando desde el principio de su relación y que él consideraba todavía intactos, ciertos rasgos infantiles de su carácter.

Por lo demás la transformación que Julia había sufrido durante estos años fue tan gradual que Ulloa, sin dejar de advertirla, no le

dio la importancia que tenía realmente. La dureza interior de Julia era calificada por su amante como desazón superficial; su cinismo no era sino desparpajo y su avidez por la riqueza y el prestigio una frivolidad natural en su sexo.

Esto permitía a Fernando dispensarle a su pareja el sentimiento que en él perduraba siempre con más fuerza: la responsabilidad. Se habían enfriado sus pasiones, se secó su ternura, pero nadie lo relevaría jamás de la obligación de proteger a Julia y de cuidarla, de asistirla en su desvalimiento y en sus tropiezos.

Pero esta actitud, que se reservaba para los grandes momentos de crisis, carecía de función en la convivencia cotidiana que cada vez se hacía más rutinaria, más indiferente. Y si Julia esperó que la presencia de Leonardo daría a sus relaciones conyugales una nueva tensión, un nuevo interés, tuvo que sentirse defraudada. La falta de celos de Ulloa la ofendía como un desprecio, no la halagaba como una prueba de confianza.

A César la actitud de Fernando le producía desconcierto y no cesaba de aludir veladamente a ella hasta que un día Ulloa condescendió a explicarle su punto de vista: Julia no tenía amistades y no era porque no las hubiese procurado.

—Yo estaría en las mismas si no fuera por usted. Y además tengo el aliciente de mi trabajo. Sus problemas me absorben; conozco gentes nuevas, nuevos lugares. En cambio mi mujer está encerrada en la casa el día entero.

—Es lo natural.

—Quién sabe. Un hijo la distraería, pero no lo tiene. El quehacer es poco y de él se encargan las criadas. Yo no puedo sacarla a pasear porque constantemente estoy fuera y además no hay muchas diversiones en Ciudad Real. Al cine no se puede ir más que dos veces a la semana, que es cuando cambian programa. Y eso si se resigna uno a que la película sea del año del caldo, a que no te interese en lo más mínimo, a que ni siquiera entiendas de qué se trata porque está llena de cortes y el aparato de sonido no funciona bien. Y a que los que van a galería se venguen de sus incomodidades escupiendo sobre las lunetas y gritando leperadas.

—Claro, la señora está acostumbrada a otro medio.

—En sus tiempos de estudiante a Julia le gustaba leer, novelas y esas cosas. ¿Pero dónde se consiguen aquí? La única librería que hay no vende más que textos escolares y artículos de escritorio.

—Pues sí, no queda más que aburrirse.

—A Julia le hace gracia Leonardo (y le confieso que no entiendo por qué, pues a mí personalmente me parece un pelmazo), no voy a

prohibirle que hable con él.

—Pero la gente podría murmurar…

—A la gente no se le da gusto nunca. ¿Qué dicen de mí? Que me como a los niños crudos. ¿Y de usted? Que vendió su alma al demonio.

—Nosotros somos hombres, sabemos defendernos. Pero en una mujer la honra es asunto muy delicado.

—¿La honra, César?

—En estos pueblos las amistades entre hombre y mujer no se acostumbran. El mismo don Leonardo podría interpretar mal esta libertad que usted le concede.

—Supongamos que Leonardo se enamore de Julia; es natural. Ella es atractiva y joven, distinta de todas las otras mujeres con quienes puede tratar un ranchero de por estos rumbos. Pero Julia sabrá mantenerlo a raya; no es ninguna criatura inexperta que va a caer en manos de un seductor. Conoce sus deberes y, además de eso, ¿qué podría ligarla con Leonardo? Entre ellos hay un abismo, por la formación de ambos, por sus costumbres, hasta por su edad.

Pensar así era en Fernando un signo de profundo egoísmo; porque la más mínima duda sobre la virtud de su mujer habría implicado un esfuerzo de atención que disminuiría la que consagraba en su totalidad al trabajo.

Se planeaba ahora una gira por el municipio de Chamula, ya no para deslindar los límites de las haciendas, sino para reconocer las dotaciones de las comunidades y parajes, rehabilitando sus títulos de propiedad, hasta hoy desconocidos y violados por los rancheros.

Para llevar a cabo esta tarea Fernando Ulloa y su ayudante precisaban de la colaboración de todo el pueblo. Así que desde el primer día de su llegada a San Juan el ingeniero convocó a los “principales” a una asamblea en el Cuarto del Juramento del cabildo municipal.

A las tres de la tarde el cuarto (enorme y frío, regado de juncia en honor de los visitantes y sin más mueble que una mesa rectangular de madera en el centro) estaba lleno de chamulas. La mayor parte de ellos eran ancianos pero habían acudido también algunos jóvenes que formaban un grupo aparte, el más inquieto y alborotador.

Cuando Fernando y César entraron, todos se pusieron de pie para saludarlos. Un leve rozón con la punta de los dedos, unas palabras masculladas e ininteligibles y el regreso a su lugar.

La atmósfera era irrespirable; el apiñamiento, los olores mezclados de la resina, de los cigarros de última clase, del sudor, de

la lana húmeda, se condensaban en el ambiente. Se abrieron de par en par todas las puertas y una ráfaga de aire fresco alivió el malestar.

Fernando solicitó un intérprete pues lo que tenía que decirles era largo y necesitaba de explicación. Ninguno de los ancianos (aunque había quien hablara fluidamente la castilla) se ofreció a desempeñar ese servicio. Habían venido porque estaban acostumbrados a obedecer las órdenes de los ladinos; pero desconfiaban de ellos y en su interior estaban dispuestos a resistir.

Entre los jóvenes hubo una discusión breve, algunos gargajeos, signos de asentimiento y por fin se separó de ellos Pedro González Winiktón, quien se puso al lado de Fernando.

Fernando habló con lentitud, como si se dirigiera a un niño, escogiendo las palabras más fáciles, repitiéndolas como si la repetición las tornara comprensibles. Dijo que él era un amigo de los indios y que había venido desde muy lejos con una recomendación del presidente de la República para que les devolvieran la propiedad de sus tierras; cuando cada uno sea dueño de su parcela es necesario que todos trabajen, que levanten buenas cosechas, que las lleven a vender a los mercados. Con el dinero que consigan, dijo, pueden vestirse mejor, pueden comprar medicinas, pueden mandar a sus hijos a la escuela.

Los ancianos escuchaban y de toda la peroración no sacaron en limpio más que se les estaba exigiendo que pusieran en manos de un extraño los papeles que, de generación en generación, habían atesorado y transmitido y que para ellos representaban lo más precioso.

Winiktón hablaba convirtiendo las palabras del ingeniero en la expresión de su propio sueño. Decía que había llegado la hora de la justicia y que el presidente de la República había prometido venir a arrebatar a los patrones sus privilegios y a dar a los indios satisfacción por todas las ofensas recibidas, por todas las humillaciones, por todas las infamias.

Los ancianos escuchaban con estupor y los jóvenes con entusiasmo. Si hubiera habido alcohol ¡qué fácil habría sido arrastrarlos, poner en cada mano una tea, un fusil!

Xaw Ramírez Paciencia se había sentado hasta el fondo y hacía un esfuerzo casi sobrehumano por atender, por entender. Miraba a su alrededor para registrar las reacciones de los oyentes. ¿Por qué se abandonaban así? ¿Acaso no les había advertido el propio Xaw lo que predicaba el señor cura Manuel Mandujano? Que no hicieran caso de los consejos engañosos y que estos extranjeros eran pukujes,

diablos que habían venido para perderlos y condenarlos.

Terminó la asamblea y cada uno se despidió ceremoniosamente de Fernando y con una reverencia breve, como correspondía, hecha a César. Todos prometieron registrar en sus cofres y entre sus pertenencias para ver si hallaban un documento como los que el caxlán les exigía; si tenían suerte en el hallazgo lo traerían a entregar al ingeniero. Mientras tanto él y su ayudante podían pasar la noche aquí, pues era el sitio que las autoridades chamulas destinaban a sus huéspedes.

—¿En el Cuarto del Juramento? —preguntó con incredulidad Fernando.

Sí. El hombre de más respeto, que era Ulloa, podía dormir sobre la mesa, grande, sólida y que resiste su peso; el otro se acomodaría sobre la juncia.

Así lo hicieron; y como no había luz, pues el cabo de vela de que los proveyeron se consumió muy pronto, se acostaron temprano. En la oscuridad palpitaban, intermitentemente, sus cigarros.

—¿Qué le parece la manera como nos han recibido? —preguntó el ingeniero.

—No podíamos esperar nada mejor; hay que avenirse a las incomodidades.

—No me refiero a eso. Tengo la impresión de que no entendieron lo que les dijimos; de otro modo no me explico que reaccionaran de esa manera.

—Algunos parecían muy contentos.

—Pero los demás nos miraban con una desconfianza…

—Los indios son muy desagradecidos.

—No diga los indios como si se tratara de los habitantes de otro planeta; procure entender sus actitudes; piense cómo se comportaría usted si lo colocaran en una situación semejante a la de ellos.

Santiago sonrió con un asomo de burla.

—Tienen desconfianza y es natural. Después de todo no nos conocen; somos ladinos y de los ladinos no guardan muy buena opinión. A nosotros nos toca convencerlos de que nuestras intenciones no son las de perjudicarlos sino las de hacer que se cumpla la ley que los protege.

—Los viejos son muy reacios. Con ellos no hay que contar.

Pero de los jóvenes tampoco estaba muy seguro César. Quién sabe qué es lo que piensan, quién sabe qué es lo que interpretan de lo que se les dice. El más listo era, indudablemente, este Pedro González Winiktón que se ofreció a servirles de intérprete y de guía.

Pronto iniciaron las largas caminatas; iban a caballo los

caxlanes, Fernando y César, y a pie Winiktón y un muchachito al que daba trato de hijo: Domingo Díaz Puiljá.

Conocedores de la vereda, ágiles en el paso, los indios iban adelante. Pedro se detenía ante un mojón y Fernando apuntaba cifras en el papel y medía con unos aparatos extraños que transportaba en una mula de carga. De cuando en cuando movía la cabeza en signo de inconformidad o de duda.

Fernando había aprendido a beber posol. A la orilla de un arroyo, de un ojo de agua, desmontaba para batirlo. Charlaba entonces con su ayudante y preguntaba a Pedro quién era el propietario de las ovejas que ramoneaban en aquel lugar y quién había sembrado aquella milpa y cómo era el tal don Olinto Serrano que alquilaba estas tierras como si fueran suyas.

Pedro responde todo lo que sabe, preciso, deseoso de servir. Y él, a su vez, pregunta: ¿Fernando Ulloa ha visto la ley? ¿Dónde está? ¿Es verdad que dice que cada campesino debe ser dueño de la parcela que trabaja? Los finqueros ¿ya no podrán seguirse declarando dueños de grandes extensiones y desalojando de allí a los pueblos que se habían establecido desde siglos atrás?

Pedro recuerda los éxodos de su infancia. Sus padres tenían su jacal, su milpa, en un paraje que ahora ya no existe. Y de pronto vinieron las tropas y a culatazos los arrojaron de allí y los soldados se llevaron los carneros y las gallinas y los dejaron a ellos a mitad de un camino con las pocas pertenencias que habían podido salvar, durmiendo a la intemperie y buscando en el cerro más alto y más pelón un lugar donde quedarse. Hasta que de nuevo eran expulsados de allí.

—Y mis padres tenían títulos, papeles. De nada les valió.

A veces un aguacero repentino los hacía correr a refugiarse bajo la sombra de un árbol, de una enramada para ovejas, de una choza de indios.

Aquí se sentaban alrededor del fuego, con el humo escociéndoles en los ojos y ese olor de comida hirviendo, de cuerpos humanos hacinados; ese cierto husmo animal que queda todavía en los recién nacidos. Afuera el agua escurría entre las junturas mal ajustadas de los palos y la paja semipodrida del techo. Desde un rincón miraban los chiquillos, quietos, harapientos, panzudos. Arrastrándose, procurando no hacer ruido ni llamar la atención de los extraños, se acercaban a la madre que molía afanosamente el nixtamal, con los ojos bajos, vergonzosa y muda.

El dueño de la casa abría las puertas ante la petición de Pedro; era un “pasada autoridad” y se le conocía por su honradez. Si él

acompañaba a estos ladinos no había que recelar de ellos ningún daño. Hospitalario, el dueño destapaba un garrafón de aguardiente y convidaba de él a los visitantes. A boca de botella bebían todos, hasta el niño Domingo. Menos César, a quien daba asco esta costumbre.

Pero si Santiago permanecía al margen, entre los otros hombres se establecía una corriente de simpatía y de amistad. Poco a poco, el dueño de la casa cedía a la persuasión y hablaba.

Y así, hoy aquí y mañana en otro lugar, cada uno dice lo que ha guardado durante años. Vienen con sus quejas como van al altar de los santos. Y es la misma salmodia, la misma letanía de abusos padecidos, de pobreza, de enfermedad, de ignorancia. La desgracia de estos hombres tiene algo de impersonal, de inhumano; tan uniformemente se repite una vez y otra y otra.

Que se quejen algunos, bueno; es la costumbre de una raza vencida, de una generación abyecta. Pero no todos tienen el mismo temple. Los hay que alzan la voz para protestar, para exigir. Y los que proponen medidas para remediar.

Responde Ulloa. Sabe que no admitirán evasivas. Y promete. Él, hombre de razón, hablará con las autoridades ladinas. No, no hay que precipitarse, no hay que obrar fuera de la ley porque la ley lo previene todo, lo ampara todo. Sólo hay que echar a andar la máquina de la justicia, hasta hoy paralizada por tinterillos y rábulas. Fernando tiene experiencia, sabe cómo arreglárselas con los tramposos. Sí, viene de otras partes, “de más allá de México”. Y es verdad que conoce al presidente, que puede apoyar a Pedro González Winiktón en su testimonio de que existe. Y de que el presidente tiene poder para ordenar que se devuelva a los indios lo que es suyo.

—Fernando, saca el papel que habla; apunta lo que oyes para que todo lo tengas presente. Aquí está Crisanto Pérez Condiós y la historia de cuando lo engancharon a la fuerza para trabajar en las fincas. Aquí, Raquel Domínguez Ardilla, con las señas de los latigazos que todavía no cicatrizan en su espalda. Se ha de saber también lo de la hermana de Domingo Gómez Tuluc, raptada en las calles de Jobel para servidumbre de casa rica. Pon, con estas letras, que los soldados entraron al paraje de Majomut y arrasaron lo que salió a su paso. Era mentira la denuncia de que los indios habían instalado un alambique para destilar trago. Pero ahora ¿quién devuelve las gallinas robadas, el telar deshecho, la vida de los niños despanzurrados a bayonetazos? Nadie va a devolver a las mujeres aquella mirada sin espanto ni a los varones un ánimo sin rencor.

Pero hay que decirlo; apúntalo, Fernando; escríbelo, caxlán.

Este hombre, rumia César al ver al ingeniero inclinado sobre sus papeles, se está metiendo en camisa de once varas con su promesa de ayudar a tales infelices valiéndose de la ley. ¿Cuál ley? En Ciudad Real, en los Altos de Chiapas no hay más ley que la fuerza. Y la fuerza la tienen los finqueros. La tendrían los indios si fuera el número lo que importara. Aquí hay muchos. Y no son todos. Otros más están remontados en la serranía, esperando una señal, una voz que los junte. Pero Fernando no tiene agallas para jefe. Es bienintencionado y no se adelanta a las malicias de los otros.

—Si me dejaran el asunto a mí ¡ya verían cómo lo bailaba!

XVI

CATALINA DÍAZ PUILJÁ daba vueltas al huso mientras pastaban sus ovejas. De cuando en cuando miraba rencorosamente a su alrededor. Nadie.

Estaba sola; de día y de noche estaba sola. Desde que ese par de ladinos andaban rondando por los parajes, con sus palabras y con sus números, Pedro González Winiktón ya no era el mismo.

¿Pero cuándo había sido de otro modo? Catalina hacía esfuerzos por recordar, por revivir a su marido tal como era en los primeros tiempos: un agua transparente, un agua fresca que se bebe cuando se tiene sed. Y no este enemigo por el que después se lo trocaron, ensimismado siempre, pensando —¿en qué?—, remoto, triste.

Hacía tiempo que Catalina había cesado de culparse por el desvío de Pedro. Cierto que ella era estéril y que él estaba en su derecho si quería repudiarla. Pero nunca lo hizo. ¿Por qué lo perdía ahora que los dos tenían un hijo? Porque Domingo era suyo, no de Marcela Gómez Oso ni de Lorenzo Díaz Puiljá. ¿Qué sabían ellos, pobres, del don que se les había concedido? Entre la inexperiencia de la muchacha y la imbecilidad del hombre habrían acabado por dejar que Domingo muriese. Fue Catalina la que salvó a la criatura, arrebatándola al regazo de Marcela.

Marcela, mala madre, no tuvo siquiera leche para amamantarlo. Fue preciso ordeñar a las ovejas recién paridas, a las cabras, para alimentar al pequeño.

Catalina sabía secretos para preparar infusiones y bebedizos; sólo esta ciencia había librado al niño, ¡tantas veces!, de las garras de la enfermedad y de la fiebre.

Domingo se crió en las faldas de Catalina; había aprendido a andar de la mano de Catalina. Marcela sólo miraba desde lejos, indiferente. Y Lorenzo, desde más lejos aún, reía sin comprender nada; reía a solas, estúpidamente, cuando no venía al caso.

Pedro quería al niño, lo amparaba con la sombra de sus años. Cuando estuvo en edad lo llevó consigo al monte, a la milpa. Le explicaba los nombres de las cosas, las costumbres de los animales,

las virtudes y modos de las plantas. Hablaba el padre, contento de entregar lo que con el tiempo había venido atesorando. El hijo escuchaba con atención, con respeto. Y al terminar el día, la labor, regresaban ambos a la choza un poco más unidos, más amigos.

Delante de las mujeres, compostura. No son ellas para oír cosas de varones. En su boca todo se vuelve charla y bulbuluqueo. Hay que enseñarlas, con el ejemplo, a ser graves.

Esto lo sabía Catalina y lo aprobaba. El niño (lo era aún, con sus diez años apenas) ya estaba exigiendo el trato que se le da al hombre. Cohibida, la ilol se acercaba a Domingo para servirlo, no para mimarlo. De las manos se le caían las caricias, de los labios los nombres de ternura. Pero estos renunciamientos de Catalina, esta distancia, eran la tierra en que estaba germinando la hombría del muchacho. Iba a ser un varón como Pedro, ponderado, severo, tenido en más por todos. Para tal se le entrenaba y estaba bien. Por eso cuando Pedro empezó a frecuentar a los caxlanes, que habían llegado ya a estar siempre presentes, y cuando no se recataba de conversar con Fernando y con César delante de Domingo, Catalina tuvo un sobresalto doloroso como cuando la danta olfatea el peligro para sus crías.

Fue inútil querer apartarlos. Por lo demás, Catalina no solía manifestar su desaprobación a la conducta de Pedro por medios directos. Y esta vez acudió a su fama de ilol para pregonar que, auxiliada por su doble vista, había advertido que la estancia de los dos caxlanes en Chamula no tenía más fin ni propósito que dañar a la gente de la tribu: ya denunciando a los fabricantes clandestinos de aguardiente, ya vendiendo los datos que alcanzaran de su observación a los rancheros, a los enganchadores de Jobel.

El rumor llegó hasta los oídos de Pedro después de haber pasado por tantas bocas que era imposible ya reconocer su origen. Delante de Catalina Winiktón afeó la pusilanimidad y la mala fe de quienes propalaban tales especies. No eran muy culpables, arguyó ella, los que veían con desconfianza a los ladinos. ¿Cuándo un indio había recibido beneficios de ellos? Salvo de los frailes y de los curas. Pero éstos no tienen sino el habla de ladinos; en lo demás son diferentes: de la raza de los ángeles, así de poderosos para repartir ¡y cuán incomprensiblemente a veces! los premios y los castigos.

—Ah, sí, me vas a decir que ese cura de San Juan, ese Manuel Mandujano tiene fuerza. ¡No es verdad! Yo lo he visto caer derribado por la cólera, por el miedo. ¡Yo lo he visto temblar ante mi voz!

Catalina volvió a replegarse en el silencio. Pero incansablemente

urdía, como la araña su tela, modos de separar a Pedro de esos advenedizos con los que hablaba en español de asuntos que ella no comprendía y que lo dejaban meditabundo, irritable, inquieto.

Como para descargarse del peso de sus preocupaciones, Winiktón salía a buscar con quién compartirlas. Y buen cuidado tenía para escoger a sus interlocutores. Nunca ancianos respetables, varones de consejo. Nunca siquiera aquel Xaw Ramírez Paciencia a quien ya no visitaba por no tener que ir a la casa parroquial.

No, los nuevos amigos de Pedro eran jóvenes, irrespetuosos como él. Eran los que regresaban de las fincas de la costa, insolentes a causa de su viaje; los que habían ido más lejos, al Istmo, al mero México, los que ya no encontraban bueno seguir viviendo como habían vivido hasta entonces. La miseria los sublevaba como una injusticia. Un hombre (¡con qué orgullo de hallazgo valioso pronunciaban esta palabra!), un hombre no tiene por qué padecerla.

—Si los ladinos no nos reconocen nuestros derechos tenemos que reclamarlos. Con la fuerza si es preciso. Con la guerra.

Ellos han visto las armas bien de cerca, conocen su funcionamiento, saben cómo se organiza un ejército del que algunos han sido soldados rasos. Se excitan al husmear el olor de la pólvora. Y en sueños se lanzan contra un enemigo todavía sin cara, sin nombre.

A la hora de matar gritarían: ¡patrón, ladino, caxlán! Porque también los caxlanes mueren. ¿Acaso no los han visto caer, en una encrucijada, abatidos a machetazos? ¿O achicharrados por las llamas del incendio?

¿Quién movió los machetes? ¿Quién prendió el fuego? Indios. Los indios saben matar a traición. Ahora han de aprender a luchar a cara descubierta. Son muchos. Son más que sus enemigos. ¿Por qué han de tener miedo?

Ah, qué fácil es hablar, piensa Catalina. El que habla corre como un jinete por el llano. Y de pronto la piedra de tropiezo, una pregunta:

—¿Dónde están las armas? ¿Y el dinero? ¿Y los jefes? Antes de que alcanzáramos a levantar el machete ya los ladinos nos habrían acabado a balazos.

El jinete trastabilla y luego recupera su equilibrio.

—Hay que conseguir lo que nos falta.

La zanja honda, que no se advirtió en el vértigo de la carrera.

—¿Cómo?

Y Pedro que se adelanta a decir, seguro y enigmático:

—Yo sé cómo.

Él sabe cómo. Los demás callan, vencidos por la autoridad del que afirma. Y esperan.

La conversación continúa fuera del jacal, en el paraje, en el campo. Catalina los sigue desde lejos, ansiosa, rechazada. ¿Qué dicen ahora? Palabras de hombres, juramentos. ¿Por qué Winiktón no aparta de estos vientos fuertes a Domingo? Domingo, Domingo. Pronunciar este nombre es masticar una raíz amarga.

—Lo arrancaron de mi regazo como si ya hubiera crecido y madurado. Me dejaron sola otra vez. Bruja, mala, ilol. Castigan el daño que hice, el que quiero hacer. ¡San Juan Fiador, ten compasión de mí!

Cuando me inclino a soplar el fuego, el vaho de las ollas me cubre la cara y me la empapa de vapor. Las gotas calientes van escurriendo después por mi cuello, por mis hombros. Y sin embargo tengo frío, me castañetean los dientes, me duelen las coyunturas. Ay, se me cierran los párpados porque no quiero ver el sol. ¡Qué oscuro está aquí adentro! Tengo que andar a tientas, como en el fondo de una cueva. ¡De una cueva! Resuena el eco en el hueco de la piedra. Caminan lagartijas, alimañas de humedad. Resbalan mis pies en la laja fría. Y me penetra hasta los huesos esta tiniebla mojada. Es igual que si me hubiera yo muerto y me hubieran enterrado envuelta en un petate viejo. Y no llevo conmigo al perro que ha de ayudarme a atravesar los ríos. El perro, el tigre de San Roque, protector de los brujos. Nadie, nadie. No se puede avanzar. Voy a pudrirme aquí, en la tumba, en la cueva.

Pero a veces se encuentran piedritas con que jugar. Piedras pequeñas y grandes. Musgo. No, musgo no, que no quiero dormir. Piedras. Como aquellas que encontré una vez.

Eran mi secreto. Lo supo Lorenzo. Pero a Lorenzo lo arrastró el gran pukuj y se ha olvidado de todo. Su cabeza es como un cascabel vacío. Sólo yo sé dónde está la cueva, dónde están las piedras. Son tres. Y tienen figura como de persona. Hablan. Yo las he oído hablar. Pero eché a correr porque tenía miedo. Era una niña y me asustaban las sombras. Hoy… hoy no me asusta siquiera vivir con un hombre que no es mío y que no sé de quién es. Lo perdí, me lo arrebataron. Yo tenía toda mi riqueza, como los árboles del camino, desparramada alrededor de mí. Cualquiera viene y la codicia. Y yo ciega, inmóvil, voy padeciendo la desgarradura, el despojo. No sé defenderme, no puedo. Voy a abrir ya este puño que no puede retener nada. Voy a desatar el nudo de mi amor que no guardó más que el aire. Estoy sola. Es preciso entenderlo bien. Sola.

Cuando los pensamientos duelen, el dolor se asoma a la cara. A

todas partes: al pastoreo, al río, al jacal, a la iglesia, Catalina llevaba sobre sí el sello del sufrimiento. Las mujeres se apartaban de ella con temor y, a distancia, espiaban sus intenciones. No podían ser buenas. ¡Dañar! ¿Qué otra cosa quiere la fiera herida sino morder y despedazar a los que se le acercan? El círculo de aislamiento que rodeaba a Catalina se cerró. Y ella quedó en medio, con la fiebre fría que le martirizaba las sienes, con aquel delirio que le llenaba los ojos de imágenes absurdas, con aquella hambre que la hacía desenterrar recuerdos.

Retroceder, borrar este día de marido ausente, de hijo raptado. ¡Si se pudiera regresar hasta el principio! Cuando el trabajo era alegre como un juego y los juegos…

Correr por los montes, trepar entre las peñas y de pronto el pasmo de aquel encuentro. La cueva oculta entre la maleza. Rodó Catalina lastimándose con los guijarros, con los espinos. Miró la breve abertura sin atreverse a entrar. Se retiró de allí asustada. Pero volvería. Volvió con Lorenzo. Un hombre es un amparo. Juntos, los dos hermanos apartaron las hierbas. Entró él adelante. Ella atisbaba en el borde, medrosa. Quería gritar, huir. Pero lo siguió. Su corazón palpitaba con tal ímpetu que la cueva entera resonó como esos tambores lúgubres del templo. Después ¡qué oscuridad y qué frescura! Aletearon los murciélagos. Buena seña encontrarlos aquí. El murciélago es un espíritu favorable, un nahual. Pero hay otra cosa que no es esta alarma, estas carreras de los pequeños animales sorprendidos. Cuando los ojos de los intrusos se habitúan a la oscuridad pueden distinguir otras figuras. Helechos grotescos, momificados. Y piedras, sí, piedras. Hay algo en ellas que resulta extraño: su forma no es, como la de otras, casual. Y de pronto los dos niños echan a correr, despavoridos. Afuera, y a distancia grande del lugar de peligro, se comunican sus impresiones. “¿Qué viste tú?” “La cara de un brujo, de un demonio.” “¿Y tú?” “No lo podría decir.” Lorenzo tartamudea, es lento para expresarse. Y más cuando se azora. No puede hablar. Está mudo. Las palabras que le quedan son pocas, incoherentes. Después callará para siempre.

La experiencia de la cueva permanece en secreto. Catalina no habla. Noche a noche, y durante meses, el recuerdo la ronda. La curiosidad la obligará, una vez y otra, a aproximarse al sitio misterioso. Pero el miedo no le permite avanzar. Se queda aquí, ante la boca de la caverna. Sabe, oscuramente, que el día en que trasponga este umbral, morirá.

Catalina deja su infancia como se deja un jacal maltrecho que no nos defiende de la intemperie: sin nostalgia. Entró en su vida de

mujer con el amor de Pedro sosteniéndola. Y luego los años de cavar en la roca sin la recompensa de una gota de agua. Todo el alrededor era desierto y sed. El sufrimiento la adiestró en ciencias sombrías. Los demás la temieron. Ella misma, a veces, se asustaba de ser el instrumento de potencias sobrenaturales. El relámpago podía descargarse sobre los seres que Catalina amaba. Pedro, siempre el primero; Lorenzo después. Y luego Domingo, el pequeño Domingo. No fue Marcela quien lo llevó en sus entrañas. Envidias de brujos hicieron que la apariencia de las cosas engañase a todos. La madre fue Catalina. Y el padre no era un ladino sin nombre de Jobel. El padre era el esposo de Catalina. El niño había nacido del amor de los dos y creció bajo el cuidado de los dos.

¡Mentira! ¿No ves que te has mentido, durante años y años, Catalina? Si lo que dices hubiera sido verdad, si tú fueras madre de ese niño ¿recibirías el trato que recibes? El desvío del hombre, su esquivez, son castigo de tu esterilidad. Y ahora te arrebatan a Domingo, se lo llevan lejos de ti, lo enseñan a olvidarte. ¿Dónde está tu poder? También era mentira. Tu ceño es nube sin rayo, tu mano izquierda es una catástrofe conjurada. ¿De qué sirven tus invocaciones? Sordas están las orejas de los dioses, baldías fueron sus promesas. También ellos te abandonaron, sin esperanzas, ay, los adoraste. Castigo, todo es castigo. ¿Acaso revelaste lo que sabías de ellos? ¿Acaso no los dejaste pudrirse de humedad, de sombra, de olvido, en su cueva? Verdes de musgo estarán ahora, resquebrajados por el tiempo. Nadie les lleva ofrendas ni cirios. Tú les escamoteaste la adoración al no comunicar a ninguno tu hallazgo ni exigir reverencia a sus imágenes.

Había que volver a la cueva, hacer patentes los ídolos ante los ojos de la comunidad. Las ausencias de Catalina, sus búsquedas, pasaron inadvertidas para sus familiares. Pedro estaba demasiado absorto en las conversaciones con los caxlanes. Y Domingo siempre iba detrás de Pedro. Los demás… los demás no contaban: el Lorenzo idiota y la Marcela distraída.

Catalina se acordaba del rumbo pero no del lugar preciso. Subía las peñas descuidando el rebaño, se enredaba en las zarzas. Sin temor de herirse apartaba la maleza para descubrir la boca oculta de la cueva. Y a medida que se extraviaba y que sus esfuerzos eran vanos, la fiebre iba apoderándose de la ilol. ¡Era preciso hallar aquel sitio! ¡Era preciso! Todas sus desgracias las atribuía a este solo motivo; todas sus esperanzas se fijaban en este solo punto: la cueva, la cueva, la cueva.

Desesperada, Catalina recurrió a Lorenzo, como si pudiera

responder a sus preguntas. Le atenazaba el brazo, se lo retorcía, para exprimir, de aquella carne atormentada, una revelación. Marcela contemplaba, atónita, la escena, sin atreverse a intervenir porque todos los actos de su cuñada le fueron siempre incomprensibles, aunque jamás dejó de considerarlos misteriosamente justos.

Catalina soltó a su hermano y fue a sentarse junto al rescoldo. Tenía frío y sin embargo el sudor le empapaba la espalda, las palmas de las manos. Trémula, sostuvo un pocillo de café y lo bebió ansiosamente. Sobre su rostro consumido bailaba el resplandor de la llama dibujando sombras grotescas. Un gran cansancio la desmadejó. Por sus mejillas amarillentas rodaron las lágrimas.

A sus rezos, a sus invocaciones, ya no acudía ninguna presencia. Catalina se inquietaba, como las yeguas pajareadoras, al escuchar un ruido, un rumor. Pero los ruidos y los rumores del mundo no traían ningún mensaje, ninguna palabra para la ilol.

Como si adivinara, la gente se sustraía a su trato. Ya nadie buscaba a Catalina para solicitar un consejo, para pedir una venganza. Su mano izquierda pendía inerte. Su mano derecha estaba vacía.

Catalina empezó a hablar. Confusamente mezclaba amenazas y promesas.

—Está madurando el tiempo; se acercan los grandes días, los días nuestros. El hacha del leñador está derrumbando el árbol que ha de caer para destruir a muchos. Te lo digo a ti y a ti. Que lo que se acerca no te coja desprevenido. Alístate, prepárate. Porque se aproxima un gran riesgo.

Los que la escuchaban casualmente, al pasar junto a ella, se iban con un vago malestar. Tenía poderes, los dioses no habían desamparado a la ilol. La enormidad de sus revelaciones le roía las entrañas; vedla, con los labios sollamados, la mirada delirante, la cabellera revuelta. Vedla por el monte, caminar como una sonámbula. Es que está escuchando. La voz se multiplica en ecos: norte y sur, este y oeste. Aquí, aquí, no, más allá. Avanza, retrocede. Tropieza, la ropa se le rasga, los cardos la muerden. ¿Dónde va caminando Catalina Díaz Puiljá? ¿Encima de la tierra o adentro de tu alma? Llegaste, al fin. Donde la memoria, subiendo de tus pies, entrando por tus ojos, despertando en el tacto, comienza a reconocer y dice: es aquí. No titubees, acércate. Desciende por esta ladera sin camino; esquiva esa ramazón, asómate por la abertura. El olor —¿no te acuerdas?—, la bocanada de aire húmedo y malsano. Atraviesa el umbral, penetra. No ves nada aún. Espera a

familiarizarte con la tiniebla. Ahora sigue. Ya estuviste aquí antes. El corazón resuena, como entonces, dentro de la oquedad que te rodea. Las piedras estaban allá, en aquel rincón. ¡Pero no hay nada! ¡Han desaparecido! Soñaste lo que no existía, te robaron tu tesoro. Aguarda. No has soñado. Allí están las piedras: son tres, como antes. Tres. Eres dueña del mundo, Catalina Díaz Puiljá, ahora eres dueña del destino. Sal, grítalo a todos los vientos. ¡Que vengan! ¡Que se inclinen ante ti, todos! ¡Pedro! ¡Domingo! ¡Gente!

Las voces de Catalina se perdieron en la inmensidad vacía del campo. Quería correr y no quería apartarse de su hallazgo; lo estrechaba, macerándose la piel con la aspereza mineral. No pudo moverlo.

Ya vendrán, se decía la mujer, han de buscarme. Pero las horas pasaban, noche y día, iguales adentro de la cueva.

Vendrán. Vinieron. Hallaron a Catalina junto a sus piedras, desfallecida de alegría y de hambre.

XVII

¿EN QUÉ momento empieza la infidelidad? Julia Acevedo no podría decir con precisión cuándo comenzó a escuchar, como si fueran aceptables, las proposiciones de Cifuentes. Su resistencia había sido minada no tanto por el seductor sino más bien por sus decepciones conyugales.

Fernando hizo la cama para el otro, sentenciaba con malevolencia. Y acaso en su decisión de entregarse al finquero no había más que un gesto desesperado: el del jugador que apuesta lo último que tiene a una sola carta.

Así Julia se enfrentó a Leonardo. Esto es una lucha, no es una trampa, se repetía en los primeros tiempos para darse valor. Confiaba en la atracción que era capaz de ejercer y en las satisfacciones que sabía dar. Estaba segura de que conservaría el suficiente dominio de sí misma como para no perder las riendas de este asunto. Pero no contaba con la insensibilidad de Leonardo, con ese orgullo del macho que no está acostumbrado a recibir dones sino tributos. Y su prestigio más sólido, el de extranjera, quedó eclipsado ante una nueva y brutal denominación: la de querida. Era la querida de Leonardo y este hecho la colocaba, automáticamente, a su merced.

Las entrevistas de los amantes no eran fáciles. *La Alazana* las preparaba con cuidado, creyendo que la discreción basta para tapar la boca de la maledicencia. No había testigos pero sobraban testimonios. Y como el mal no se inventa sino que se repite, a estos gratuitos informadores de la curiosidad pública les bastaba repetir. Historias viejas, sobadas. La misma historia que Leonardo y Julia vivían, considerándola original.

Julia Acevedo aguardaba. Con la garganta seca, con la lengua pegada al paladar —¡y no era la primera vez!— acechaba el más leve rumor proveniente de la calle. Había dado licencia a la servidumbre con cualquier pretexto (la fiesta del barrio, porque siempre hay una fiesta en algún barrio) y se quedaba sola en el caserón. Sola y casi a oscuras. Únicamente una veladora parpadeaba

en un ángulo de la estancia.

Julia unía las manos sobre el pecho como en actitud de orar. Su corazón golpeaba fuertemente. Gracias a Dios su latido era ahogado por el estrépito de afuera: cohetes, galopes repentinos, pasos vacilantes de beodos, canciones destempladas. ¡Gracias a Dios! ¿Pero cómo distinguir, en medio de tal algarabía, el ruido que esperaba? El rechinar de la llave en la cerradura, el leve gemido de la puerta al entreabrirse…

Nerviosa, *la Alazana* se asomaba al corredor. La luz de la luna proyectaba sombras caprichosas sobre el enladrillado. Una luna remota y fría. Pero entonces ¿qué hora es? Julia ha perdido la noción del tiempo. La noche es eterna. Ha comenzado siglos atrás y no terminará nunca.

—¿Qué va a pensar ese hombre si me encuentra así? Debo serenarme, hacerme dueña de mis actos. Esto es una lucha, no una trampa.

La Alazana iba a la cocina y avivaba el fogón para calentar una taza de té. Quería ayudar al esfuerzo de su voluntad y prendía las luces. El examen atento, frente al espejo, le resultaba satisfactorio. Su expresión parecía impávida y sobre la palidez se extendía artificialmente una capa de rubor.

Después Julia volvía a la sala; se acomodaba en el sofá, tomaba un libro. Cuando Cifuentes entraba, Julia podía alzar un rostro genuinamente sorprendido, como si la interrupción hubiera sido fortuita.

Leonardo no reparaba en estos detalles. Iba en busca de su placer y lo solicitaba sin rodeos. Alardeaba de su potencia, estaba contento de no experimentar gratitud.

En las conversaciones posteriores Leonardo se pavoneaba ante la hembra. Recuerdos de aventuras anteriores, cuidadosamente deformados; exposición de sus proyectos actuales: negocios, política. Y, para dar sabor, una que otra referencia despectiva al marido, a Fernando.

—¿Sabes lo que está haciendo ahora? Predica a los chamulas. Que si son iguales a los ladinos, que si serán dueños de la tierra que trabajan… ¡Como si los indios pudieran entender lo que se les dice!

Julia callaba. Le producía un malestar cierto el tono de la voz del otro, sus palabras ordinarias. A veces hacía un esfuerzo por sonreír y lograba un rictus inoportuno. Para escapar al yugo de este hombre a Julia no le quedaba más recurso que ignorar su presencia, borrarlo de su imaginación y de su mente. Cerraba los ojos, se refugiaba en pensamientos absurdos, en repeticiones hipnóticas:

“Pablito clavó un clavito, un clavito clavó Pablito; uno, dos, tres, cuatro, cien; Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero… cuando naranjas, naranjas, cuando limones, limones”.

La conciencia de Julia empezaba a adormecerse. Pero daba un respingo sobresaltado al escuchar el nombre de Fernando. ¿A propósito de qué? Ah, sí, a propósito de los indios.

—¡No quiero ni que me los mientes! ¡Los indios! Los odio a todos, sucios, miserables, torpes. No se puede caminar por las calles de Ciudad Real sin tropezarse con indios tirados de borrachos, sin recibir la embestida de una carga con la que corren a ciegas, sin resbalar en las cáscaras y desperdicios que van dejando tras de sí.

Leonardo reía complacido con la viveza de la descripción. Sí, ahora que reflexionaba él también había sentido el mismo disgusto y por las mismas causas. Pero ni en mil años hubiese acertado a decirlo de la manera que lo decía *la Alazana.* Era graciosa. Y para apoderarse de esa cualidad que no comprendía y que lo inquietaba, Leonardo se abalanzaba sobre Julia imponiéndole la rotundidad de su carne, haciendo brotar de aquella boca el único lenguaje que compartía: el del placer.

Julia se resistía lo suficiente como para enardecer, hasta el colmo, a su adversario. Después iba cediendo poco a poco, desbaratando los nudos de su instinto hasta entregarse en un impulso total.

Quedaba apaciguada ¡por lo menos! Y al encontrarse otra vez sola miraba a su alrededor como si ese alrededor fuera nuevo y estuviese reconociéndolo con asombro. Todo seguía sucediendo según la monotonía de su ritmo; los cimientos del mundo estaban intactos; la catástrofe no se había producido.

—Y yo soy una adúltera —se repetía Julia para convencerse de un hecho cuya realidad no alteraba la esencia de su ser. Sólo había cambiado ante el juicio de los demás; se había convertido en un objeto de desprecio, de abyección.

Isabel escuchaba los comentarios sobre su rival con un secreto regocijo. Había descargado, ¡por fin!, en los otros el arduo oficio de sospechar, el triste menester de descubrir engaños, el indeseable privilegio de castigar. Su conducta imperturbable llenaba de elogios las murmuraciones de Ciudad Real. ¡Una santa Rita de Casia, ni que ver! Un ejemplo para esas jóvenes soflameras que por nada y nada le ponen a su marido las peras a cuarto. El propio señor obispo hizo a Isabel una visita especial para recomendarle paciencia, esa virtud que, entre todas las cristianas, es la única equiparable a la caridad.

Isabel reía entre sí de aquellas exhortaciones. Pero un largo

hábito de hipocresía la hizo componer inmediatamente un discurso de circunstancias.

—No me duelo de mí. Todo lo que me suceda es bien poco para lo que mis pecados merecen. Es ella la que me preocupa, mi hija.

—¿Qué tiene que ver Idolina con esto?

—Se ha encariñado mucho con… con esa mujer.

—¡Pero a quién se le ocurre! *La Alazana* es una compañía no sólo impropia, sino hasta peligrosa.

—Lo sé, monseñor, pero no puedo prohibírsela a Idolina. ¡Está tan sola!

—Por lo menos habría que vigilar esa amistad. ¿Usted está presente en sus entrevistas?

—No.

—¿Por qué?

—¡No puedo soportarlo, monseñor!

—Sí, lo comprendo. Pero alguien tiene que intervenir.

—Aconséjela usted, don Alfonso. A mí Idolina no me hace caso. Basta que le pida yo algo para que se esmere en llevarme la contraria.

Idolina escuchó el sermón de Su Ilustrísima con las mandíbulas tercamente trabadas. Este anciano no era nadie, aunque estuviera cubierto de sedas y amatistas. Dignidades, títulos… Idolina sabía lo que se ocultaba debajo de las apariencias: lodo y mentira. Que creyeran en estos prestigios los mayores que los establecían y los reverenciaban. ¡Los mayores! Quién los ve, tan pulcros, estirando el dedo meñique para tomar la tacita de chocolate; limpiándose la comisura de los labios con la punta de la servilleta; recogiendo el vuelo de las faldas para que no rocen los charcos. Pero cuando están a solas hacen alarde de sus vicios. Idolina ignoraba cuáles eran esos vicios, dónde los ejercían y cómo. Pero olfateaba la atmósfera de brama que se desprendía de las mujeres y de los hombres, adivinaba sus guiños de complicidad, su anhelante acecho de lo que ellos llaman “la ocasión”. Idolina sentía el desdén con que la miraban porque era una muchacha, porque no crecería nunca, porque jamás descifraría los secretos de los otros, porque siempre iba a contemplar desde afuera, desde el extremo opuesto, a la asamblea de satisfechos, de hartos. Los odiaba desde su pureza malherida, desde su inocencia corrupta, desde sus pasiones sin objeto.

¿De qué habla este anciano? Es evidente que le gusta escucharse. Saborea las palabras, deja que se deslicen fácilmente. Agrada. Pero no hay que oírlo. Es pérfido. Entre los circunloquios Idolina advierte la oreja de su intención: trata de separarla de Julia. ¿Por qué? Dice

que Julia no es la amiga adecuada. ¿No? ¿Y quién entonces? Idolina no conoce a las muchachas de Ciudad Real. Y las teme. Desde el otro lado del vidrio las ha visto pasar. Van con los ojos bajos. Susurran. En la oscuridad de los anocheceres salen a la calle con el rostro cubierto por un chal. ¿Adónde se dirigen? ¿Qué buscan? Al día siguiente recuerdan y se sonríen a solas. Entre ellas no cabe Idolina; es de otra especie.

El señor obispo no se atreve a lanzar contra Julia la acusación definitiva. Pero entre una reticencia y otra va cuajando una imagen: adulterio; va dibujándose la figura de los protagonistas: *la Alazana* y Leonardo.

El primer impulso de Idolina es gritar que la gente los calumnia. Pero la reflexión la enmudece. Su padrastro es capaz de una hazaña semejante. Y la consideración de lo que ahora sufrirá su madre anestesia a Idolina para impedirle advertir su propio sufrimiento.

Hasta después, en la soledad, siente la herida. La han traicionado otra vez y otra vez de la misma manera y con el mismo hombre. Idolina odia a Cifuentes con un odio mezclado de secreta admiración, de oscura envidia.

Y se está sentada en un rincón, impotente, mientras la sangre le golpea las entrañas y un ahogo le entrecorta la respiración.

Los culpables están fuera de su alcance. ¿Cómo podría castigarlos? Inventa conjuros, los recita. ¡Si estuviera aquí Teresa, su nana! Pero calla cuando descubre que son palabras sin sentido, sin eficacia. Y vuelve al punto del que partió: el crimen, un crimen cuya enormidad está haciendo que le estalle el cerebro. Se pone de pie. Es medianoche y el rescoldo del brasero se ha extinguido. Tropezando, va hasta la luz y la enciende. Pero el proyecto que la empujó a levantarse se desvanece ante la llama pálida y oscilante de la vela. ¿Qué quería? Ah, sí, quejarse, protestar. Pero no mañana; transcurrirán siglos antes de que amanezca. Ansiosamente busca un papel y un lápiz. Ella, que apenas sabe escribir, está llenando ahora una página y otra con esa letra grande, desgobernada, de quienes están acostumbrados a emplear la mano en otros menesteres. Es un relato tumultuoso, una confesión infantil, el último grito del que se ahoga. Cuando termina está jadeante como si hubiera hecho un gran esfuerzo físico. Dobla los papeles y los guarda en un sobre. Sólo entonces se da cuenta de que no tiene a quién dirigírselo. Antes de apagar la vela prende fuego a una de las puntas del manuscrito. Ayudada por esta claridad vuelve al lecho.

Ahora tirita de frío y el alivio momentáneo que le produjo la escritura ha desaparecido. Ay, si se pudiera morir. Pero no alguna

vez, más tarde, sino en este instante preciso. No le importa la manera y es incapaz de imaginar los detalles. Tiene miedo, además, del dolor y del minuto supremo en que el cuerpo perece. No, morir sin trámites, sin repugnantes dilaciones, con la facilidad con que las cosas suceden en los sueños. Idolina muerta. En su rostro una palidez, una serenidad que la embellece… pero su quijada cuelga y es necesario atarla con un pañuelo. No importa, sigue adelante. Alrededor del féretro los cirios chisporrotean, languidecen en su amarillez funeraria. Y ellos, los culpables ¿qué hacen? ¿Ríen? ¿Levantan los hombros con indiferencia? No, no es posible, no es justo. ¡Yo la maté!, gemiría su madre, retorciéndose las manos. ¡Yo la maté!, gritaría a los que vinieran a darle el pésame y que, después de escucharla, le volverían la espalda, horrorizados.

¿Y Julia? Julia tendría que huir de Ciudad Real, perseguida por los remordimientos.

Las mejillas de Idolina estaban húmedas de llanto. Lloraba de lástima de sí misma; lloraba representándose ese recuerdo suyo, amargo y vengativo, que para siempre iba a acompañar a quienes tanto la martirizaron.

Pero en contradicción con sus cálculos y aun con sus deseos la salud de Idolina no padeció menoscabo. Por más que buscaba en su interior, al acecho de un malestar oculto, no veía el menor síntoma que la alarmase. Recurrió a sus antiguas tretas y fingió la enfermedad. Pero Julia no cayó en el lazo.

—Arriba, holgazana. ¿Vas a desperdiciar un día tan hermoso como el de hoy? Mira ese cielo, sin una nube. Es un milagro, en este pueblo donde no hay más que llover y llover. Anda, levántate y ven conmigo. Te concedo que Ciudad Real tiene alrededores bonitos. El Peje de Oro, las labores, las huertas. Ahora es el tiempo en que se dan los duraznos. Son jugosos y dulces. ¿No te gustan? Nada, no admito pretextos. ¿Que estás decaída y quebrantada? Vamos, si tienes unos colores que no te dejan mentir.

Así Julia obligaba a Idolina a vestirse. Iban juntas por las calles de Ciudad Real.

—¿Por qué la gente no nos saluda? —observaba suspicazmente la muchacha.

—Porque no nos conocen —respondía con aparente franqueza la otra—. Tú has vivido encerrada y yo no soy de aquí.

No bastaba la explicación para Idolina. Seguía hilando sus sospechas.

No nos saludan porque nos desprecian. A ella por perdida y a mí por consentidora. Lo que se dice de Julia y de mi padrastro es

verdad.

Para asirse a una certidumbre Idolina recordaba detalles, recogía alusiones sueltas, admitía como testimonio los celos de Isabel. Pero todo se derrumbaba ante la imagen, las palabras, los ademanes de Julia. Tenía una frente tan nítida, una risa tan espontánea. ¡No, no es verdad, no puede ser verdad!

Era verdad. Las relaciones entre Julia y Leonardo habían entrado ya por el seguro cauce de la rutina. Se habían abandonado a ella los amantes después de semanas de galvanizar su ansia de aventuras con el miedo. Un miedo al que Fernando no daba pábulo. Sus ausencias les concedían amplio margen para las expansiones y sus retornos eran siempre previsibles. La culpabilidad era en Julia y Leonardo un sentimiento demasiado débil como para sostener un clima de sobresaltos, arrepentimientos y temores. De modo que la pasión de los primeros tiempos fue derivando hacia un afecto conyugal y tranquilo.

Pero esto no era lo que el ranchero buscaba en una amante y menos en una amante como Julia. Hablaba de su decepción a su confidente, doña Mercedes Solórzano.

—¡Qué me estás contando, criatura! Si es muy cierto lo que dice el dicho de que “caras vemos y corazones no sabemos”. Pero mirá, te voy a dar un consejo: callate, no le digás a nadie lo que pasa, no lo des a maliciar, porque lo único que vas a sacarte es que se rían de vos. ¡Si supieras la envidia que te tienen los señorones, tus amistades! *La Alazana* es bocado de cardenal, dicen, y ellos tienen que conformarse con unas enteleridas que consiguen a saber adónde, porque ahora ya no son las mismas épocas de antes en que había hembras tan galanas. Dejalos en su creencia. ¿Para qué les vas a dar satisfacción? Y si querés divertirte por otro lado, nadie te lo critica. Te conozco, mañoso. Te hacen falta los fustanes almidonados de las criadas y hasta el tzec descolorido de las indias. Dejate estar, que de eso me encargo yo. Ya me estaba haciendo falta una coyuntura para servirte. Yo sé muy bien que en la cárcel y en la cama es donde se conocen los amigos.

Cifuentes no aceptó, por el momento, tal oferta. Se complacía en rumiar su inconformidad. Porque al hacer un balance resultaba que, a fin de cuentas, Isabel, la legítima, había logrado mantenerlo durante un plazo más largo en un estado de tensión y expectativa y no esta mujer.

Una salud espléndida inmunizaba a Julia contra los arrebatos histéricos; la seguridad en sí misma y en sus atractivos la libraban de los celos y una cierta insensibilidad moral adormecía fácilmente

sus escrúpulos. Para ella el adulterio más complicado se habría convertido pronto en una situación normal.

Leonardo observaba, además, otros síntomas. Julia estaba adquiriendo un aire de matrona satisfecha que lo sublevaba. Empezó a irritarla para ver cuál era su reacción: excusas a última hora por no asistir a una cita; esencias extrañas que de pronto exhalaban su olor desde los dobleces de un pañuelo; distracciones súbitas; y doña Mercedes, tan servicial como siempre, que muy sutilmente señaló a Julia el peligro de que el señor tuviera por ahí algún quebradero de cabeza.

Julia se encabritó. No faltaba más que un ranchero, un payo con el que ella había condescendido y al que se había rebajado, se diera el lujo de humillarla. La ofensa hecha a Julia iba más allá de su persona: en ella la provincia estaba escarneciendo a la elegancia, al buen tono, a la superioridad, en fin, de la capital.

¿En qué me he descuidado?, se preguntaba Julia exprimiéndose una espinilla indiscreta, ante el espejo. Su instinto le dictó las medidas para recuperar el terreno perdido. Medidas elementales: arrumacos que se cobraba después minuciosamente con frialdades, fingidas ausencias, olvidos deliberados. Pero Leonardo, zorro viejo en estas lides, venteaba desde lejos el engaño y lo veía venir con una sonrisa socarrona.

Jugaban los dos, en estas escaramuzas, su posición, el dominio que iban a ejercer sobre el adversario vencido. Ganaba la experiencia del hombre, perdía la índole vulnerable de la mujer. Pero la casualidad, con la que ninguno contaba, vino a decidir la contienda.

—¿Y aquel chal que te regalé? —preguntó Leonardo—. ¿Por qué no te lo pones nunca? ¿Es que no te gusta?

—Es que no hay oportunidad; no salgo a ninguna parte. Y para quedarme aquí, en estos cuartos helados, necesito algo que me abrigue mejor. Con tu mentado chal me resfriaría.

El pretexto era válido. Pero a Cifuentes le dio cierto tufo de cosa rebuscada y falsa. Volvió a insistir unos días después.

—¿Y el chal? No me dirás que hace frío hoy. En la resolana del patio hasta te sofoca el calor.

—Es cierto —respondió vagamente Julia—. Hace buen tiempo. En Tepic la gente ha de estar asándose.

Y comenzó a evocar su casa, los episodios de su estancia en aquella ciudad, las personas que había conocido. La nostalgia de sus palabras irritó a Leonardo. ¿Acaso no estaban bien aquí? ¿Qué más podía pedir una mujer como Julia? La interrumpió bruscamente.

—Barájamela más despacio, Julia. Estábamos hablando del chal.

—¡Y dale con el chal! ¿Qué quieres que haga con él? ¿Que lo coloque en un marco?

—Que te lo pongas para darme gusto.

—Yo no soy el payaso de nadie, señor. Si usted quiere que una mujer le sirva de títere búsquela en otra parte, porque lo que es conmigo se equivocó de puerta.

Se veía hermosa así, con el rostro arrebatado por la cólera. Su contracción violenta borraba aquellas insinuaciones de obesidad tan contradictorias con su tipo. Cifuentes se sintió excitado a la lucha.

—¡Cuidado con lo que dices! Si me provocas…

—Si te provoco ¿qué? ¿Me vas a amenazar con buscarte otra querida? Anda, apúrate, que me estás estorbando aquí.

—Ya sé lo que buscas, grandísima solapada: motivos para faltarme al respeto.

—Respeto no te lo debo a ti.

—¿A quién entonces? ¿Al pobre Fernando?

En jarras, habiéndose despojado en un instante del barniz de buenos modales tan difícilmente adquirido, tan cuidadosamente vigilado, Julia respondía:

—¡Miren quién habla! ¡Pero si el culpable de que Fernando sea "el pobre Fernando" eres tú!

—Igual que Isabel cuando le miento a Isidoro…

—¿Qué tiene que ver Isabel con esto? Aquí se trata de mí y únicamente de mí.

—Pues tú, tú me diste entrada con tus lagoterías. ¡Bien ensayadas las tienes! ¿Con cuántos más las usaste?

—Leonardo, te estás propasando…

Replicaba el otro y todo venía a resolverse en una crisis de lágrimas. Besos, tanto más dulces cuanto que los labios acababan de probar la hiel del insulto; caricias apasionadas que tenían que luchar contra el rencor. Y por último la embriaguez absoluta, el olvido, el aniquilamiento. Parecían dos nadadores que hubiesen abandonado en la orilla las vestiduras de sus prejuicios, de sus susceptibilidades, de sus desconfianzas. Pero tras la breve inmersión era preciso regresar, vestirse de nuevo y continuar el diálogo.

—¿ Y el chal?

—¡Otra vez! ¿Cómo voy a ponérmelo ahora? Es una prenda de lujo que requiere una ocasión.

—Cuando hay esa ocasión la desperdicias. ¿Por qué no te lo pusiste en los maitines de San Cristóbal?

—No se me ocurrió.

—¡Qué casualidad!

—Déjame en paz, hombre de Dios.

—¿No será que alguno va a reclamarte si te lo pones?

—Bastantes dolores de cabeza me causas tú como para que todavía me queden ánimos de meterme en otro berenjenal.

—Entonces…

No había explicación. Julia aborrecía las discusiones y nada le costaba complacer a Cifuentes. Sólo que, al ir a buscar el chal, encontró vacío el sitio de su ropero en que lo guardaba.

—¡Qué raro! —se dijo, revolviendo con precipitación los demás cajones—. Estoy segura de haberlo dejado aquí.

Pero la evidencia se imponía: el chal no estaba allí ni en ningún otro lado. Julia registró hasta los lugares más inverosímiles de la casa: el desván, la cocina, el cuarto de la leña. Nada. Como si el chal no hubiese existido nunca.

Naturalmente se le ocurrió sospechar de la criada. A la primera oportunidad se metió en su cuarto para registrarlo. Forzó un baúl, levantó el petate, movió la cama. Antes de marcharse puso orden en los objetos pero no lo bastante como para que la sirvienta dejara de advertir que su habitación había sido violada y armase un escándalo fenomenal.

—¡Yo soy pobre pero honrada! Puedo andar con la frente muy alta porque a mí nadie me pone un pie adelante. No como algunas señoras que yo conozco que tapan con su dinero sus sinvergüenzadas.

Hubo que aplacarla, pedirle perdón, aumentarle el sueldo. Y el chal, mientras tanto, sin aparecer.

Leonardo se mostraba cada vez más insistente y necio. Acorraló a *la Alazana,* quien, ahora que se sentía culpable, era incapaz de desviar la conversación ni de convertirla en disputa. Acabó por confesarlo todo.

Leonardo se enfureció. ¿Era ése el pago que merecía? Semejante descuido podría parecer natural en otras mujeres pero no en Julia que tenía su casa hecha un espejo, una tacita de plata. Si le preguntan dónde está el último alpiste para el canario lo sabe. Pero no sabe qué se hacen los regalos de su querido. ¡No habría de serlo tanto cuando tan poco aprecio concedía a sus atenciones! Y eso suponiendo que no hubiese perdido intencionalmente el chal.

La Alazana se encerró en un desdeñoso mutismo. ¡Era el colmo que le hicieran tales reproches, echándole en cara el dinero que Leonardo gastaba en regalarla! Porque no eran celos, no, era avaricia burlada todo este alboroto. Bien probaba con sus acciones

el ranchero cuál era su sangre y cuáles sus costumbres. Por eso ahora Julia había decidido darse su lugar. Hasta que no le pidiera perdón, hasta que no mandara al diablo el desdichado asunto del chal, no consentiría en recibir de nuevo a su amante.

Estuvieron disgustados unos días. En ese lapso Leonardo comenzó a sentir un angustioso desasosiego. El hábito le mandaba encaminarse rumbo a la casa de Julia, quitar llave a la puerta, entrar. Y tenía que contenerse y aguantarse.

—Te falta tu querencia —comentaba doña Mercedes—. Y a lo mejor ella también te extraña, pobrecita.

—¡Qué va a ser! Si ha de estar bailando de gusto por haberse deshecho de mí.

Lo decía para que lo contradijeran, para que la otra desvaneciese con frases esta sospecha dolorosa. Pero luego las frases le parecían endebles, los argumentos rebatibles. Era preciso poner término a la situación.

Doña Mercedes fue la emisaria de paz. Tuvo que empeñarse para convencer a Julia. Le entregó un chal nuevo, más rico, más hermoso que el que se había perdido. Y Julia adornó con aquella prenda el triunfo de su dominio sobre la voluntad de Cifuentes.

XVIII

EL PARAJE de Tzajal-hemel se había convertido en un santuario, punto de llegada de los peregrinos de toda la zona de Chamula.

Hasta los rincones más lejanos donde se habla tzotzil se supo la noticia: ¡los dioses antiguos han resucitado!

Éste era, pues, el momento que todos aguardaban. Los ancianos, con los ojos nublados de vejez, agradecían haber vivido lo suficiente para ver el fin de su esperanza; los hombres, en la plenitud de su edad, acogían el maravilloso anuncio con reverencia y alegría; las mujeres, atónitas, no comprendían nada sino que la carga del sufrimiento iba a aligerarse; y los niños se movían con facilidad dentro de la atmósfera del milagro.

"El lugar que las deidades de los antepasados escogieron para manifestarse está después de una distancia larga. Pero no importa. Camina tú adelante, venteador. En la vereda angosta te seguiremos. Detente aquí, a respirar, porque la cuesta es áspera y no termina pronto. Defiéndete del aguacero al cobijo de aquellos árboles copudos, en aquella enramada bajo la que se guarecen las ovejas. ¡Cuidado! No vayas a resbalar en el lodo ni a tropezar con la piedra. Acomódate bien el fardo para que la ofrenda llegue cabal: incienso silvestre, pom, el humo que se deshace en alabanzas; velas de cera, lentas para arder; medidas de aguardiente que suscitan en quien las bebe la fluidez de la oración. ¿Acaso ignorabas que siempre que Dios mira con malevolencia al mundo y quiere destruirlo (porque lo irritan nuestros pecados, porque se avergüenza de nuestra miseria) los hombres lo aplacan con estos regalos? Dios establece su alianza entre libaciones sagradas, entre luces mortecinas, entre salmodias agradables; eso lo saben quienes pactan con él, los que escuchan sus mandatos y sirven de guía al pueblo.

"Lo dice Catalina Díaz Puiljá, lo repiten quienes van tras ella. Si antes conociste la gruta en que aparecieron los dioses, ahora ya no acertarías a reconocerla. Mira: donde no había más que monte y maleza hay caminos, caminos frecuentemente andados. Y el interior, una vez oscuro y húmedo, ahora está limpio, regado y oloroso de juncia. En el centro ¿qué se levanta? Es una caja de

madera, una especie de altar donde reposa el ídolo. La caja es tosca, está mal cepillada y si no la manejas con precaución te astillas los dedos. Pero es que la han hecho aquí las manos de los indios.

”No cabe duda de que en Jobel hay mejores operarios. Pero no es bueno profanar nuestras ceremonias, permitir a los caxlanes que se mezclen en ellas. Nadie extraño debe tocar ni una tabla. Las velas, el trago, también los hemos hecho nosotros. Y eso que envuelve al santo ¿qué es? Es un chal. Vino de lejos, de Guatemala; fue tejido allá también por manos de indios. Tiene, además, una virtud: ha sido propiedad de una mujer que tiene fuego en la cabeza; llamaradas le brotan, se le derraman por la espalda y no la queman. No receles maldad de ella, no es coleta, no es de Ciudad Real. Es extranjera y esposa de nuestro protector y padre Fernando Ulloa. Se llama Julia Acevedo.

”Entre los caprichosos colores del chal ¡cómo resalta la negrura pétrea del ídolo! Mira su rostro inmóvil, su boca sellada, sus ojos fijos en un día que no existe. Ha renacido aquí, en medio de nosotros, y sin embargo ¡qué distancia de estrella hay entre su oído y nuestro lamento!

”De Huistán y Yalcuc, de Jolnautic y Yaltem, de Zacampot y Milpoleta, de todos los puntos hemos llegado. El hilo de lágrimas que sala una mejilla se une al otro hilo de lágrimas y al otro y al otro, para desembocar aquí, para anegar el llano, para cubrir el cerro.

”Y el dios ¿acaso se conmueve? ¿Acaso dice: ¡basta!? Ha renacido, es verdad; es verdad que ante nosotros yace. Pero olvidó nuestro idioma y ya no acierta a hablarnos. Calla tú también, peregrino. Inútilmente gritas; tu cosecha de maíz no ha de bastar, por eso, al hambre de tus hijos; tus deudas engordarán al patrón y las potencias malignas se cebarán, como siempre, en tus rebaños. Y tú, mujer, ¿qué cuchicheas en un rincón? Más te valdría cerrar los labios. ¿La atajadora te arrebató la tela que tejiste? Paciencia; espera que la oveja se cubra de lana otra vez; esquila de nuevo y teje. Pero no bajes a la ciudad, guárdate de aproximarte a Jobel porque el brazo del ídolo no alcanza a defenderte.

”Míralo allí, dormido, mudo. Ay, cuánto mejor hubiera sido quedarnos en nuestro paraje, en nuestra casa y no caminar hasta aquí para que nuestros ojos contemplaran este espectáculo tristísimo.

”¡En vano, en vano te mesas los cabellos, multitud! ¡Inútilmente te golpeas el pecho, te rompes en alaridos y súplicas! Dios, el dios que viniste a reverenciar, duerme. Duerme como un recién nacido.

O como un muerto.”

Catalina no se apartaba de los ídolos. Su jacal ya podía derrumbarse en el abandono; su familia ya no recibía de ella cuidados ni atenciones. Estaba aquí, noche y día, esperando. Esperando no sabía qué.

Cuando Catalina volvió en sí después de su hallazgo, la rodeaban gentes de la tribu. No pudo hablar entonces. Únicamente sus ojos se obstinaban en las figuras de piedra. Los demás las miraron también y comprendieron. Y al salir de allí se diseminaron por todos los rumbos para divulgar la noticia.

Con las ofrendas de los peregrinos se adornó la cueva, con su trabajo se la mantenía limpia, a pesar de la fluencia de visitantes y del tráfago diurno. Ebria por la devoción colectiva, Catalina respiró los primeros días un aire de entusiasmo, de exaltación, de expectante inminencia de lo sobrenatural.

¿Qué podría defender a Catalina contra la intrusión sagrada? Ninguna compañía íntima, ningún afecto seguro. Sólo sombras sin tuétano, palabras sin sustancia, espejismos. Pedro, impasible, silencioso, ceñudo; Pedro, devorado por una pasión desconocida, llama cuya combustión mantenía lejos a los importunos. Domingo, ansioso de novedades, olvidadizo de la gratitud para quien lo había criado. Y los demás: un hombre idiota y una mujer con la que no se podía hablar porque no se habla con las cosas. Más reales, más verdaderos eran estos huéspedes desconocidos, llegados quién sabe de dónde. Sumisos y exigentes, como todos los devotos, los peregrinos venían esperanzados. ¿Era posible dejarlos marchar sin que su esperanza se cumpliera? Los ojos de todos convergían naturalmente en Catalina. “Lo que calla el ídolo has de decirlo tú.”

(¡Tú! ¡Tú! La sílaba resuena en un cerebro hueco; oprime y dilata una respiración angustiosa; late en un pulso incierto. ¡Tú! Si únicamente fueras capaz de escuchar… Cierra los ojos, Catalina, que no te distraiga el chisporroteo de las velas, el murmullo de las oraciones, el rumor de la vida de afuera. Atiende. Este llamamiento es más débil que el vagido de un recental. Ventéalo entre los ruidos confusos y sin objeto. No hay más que una voz. Su voz.)

Los que estaban cerca de Catalina pudieron observar su palidez. Un copioso sudor le escurría de las sienes empapándole el cuello y la camisa; sus miembros, rígidos, se crispaban. Repentinamente profirió un grito y cayó convulsionándose en el suelo.

Toda la asamblea la vio caer y ninguno hizo el menor movimiento para auxiliarla, como si, de un modo tácito, se hubieran puesto de acuerdo en que el acontecimiento que sucedía

ante sus ojos era de un orden en que toda intervención humana resulta ilícita.

A los pies de los suplicantes Catalina gemía; entre sus dientes apretados se filtraba una espuma espesa y abundante. Se retorcía la ilol como un reptil despedazado a machetazos. Los demás la contemplaban embargados de terror, temblando ante la inminencia de una revelación.

Y Catalina habló. Palabras incoherentes, sin sentido. Se agolpaban en su lengua las imágenes, los recuerdos. Su memoria ensanchaba sus límites hasta abarcar experiencias, vidas que no eran la suya, insignificante y pobre. En su voz vibraban los sueños de la tribu, la esperanza arrebatada a los que mueren, las reminiscencias de un pasado abolido.

El haz de potencias ceñidas en torno al nombre de Catalina se desató y al través de este desgarramiento de la personalidad, empujado por el delirio, se desbordaba el anhelo colectivo.

Nadie de los que rodeaban a la ilol pudo comprender ni su evocación ni su profecía. Pero todos estaban contagiados de un júbilo salvaje que les pedía manos para convertirse en acción. ¡Por fin! ¡Por fin! Ha terminado ya el plazo del silencio, de la inercia, de la sumisión. ¡Vamos a renacer, igual que nuestros dioses! ¡Vamos a movernos para sentirnos vivos! ¡Vamos a hablarnos, tú y yo, para confirmar nuestra realidad, nuestra presencia! Sí, es cierto lo que hemos visto, lo que hemos oído. Aún no acaba de suceder… Allí está el instrumento del que la divinidad se ha servido para manifestarse. Allí está. Ahora que lo sagrado se retiró de ella semeja un cuerpo muerto, la cáscara de una fruta devorada. ¿Quién osará aproximarse a Catalina? ¿Quién se atreverá a auxiliarla ahora que su verdadera naturaleza es conocida? Sólo los sacerdotes, los brujos, podrían tocarla sin morir.

Y sólo los sacerdotes, los brujos, eran capaces de interpretar las palabras de Catalina. Hablaron oscuramente también; se movían a tientas, entre símbolos antiguos, olvidados durante cien y cien y más años, y de cuyo significado ya no estaban seguros. Pero a sí mismos y a los demás hicieron el don de una promesa: la promesa de que el tiempo de la adversidad había llegado a su término.

Catalina los escuchó atónita. Se sentía defraudada. La gran fuerza que la había poseído no debía comprimirse así, escurrir, como en pequeñas gotas, en el tímido lenguaje de estos hombres. Catalina había sido, por un momento, lecho de un torrente, despeñadero de una catarata. Y ahora, enjuta, enmudeció.

La llevaron entre todos a su casa. Era de noche y algunos

empuñaban hachones encendidos de leña. El viento luchaba con la llama. Y de pronto un cántico brotó de la multitud. Avanzaban lentamente, acomodando sus pasos al ritmo religioso de su voz. Y el monte entero vibraba y devolvía cien ecos magnificados y sonoros.

La mujer que regresó al jacal de Pedro González Winiktón aquella noche ya no era su mujer. Era una extraña. Se sentó junto al fuego, con la mirada fija en el espacio como si lo interrogase. No quería moverse, no quería hablar. Y cuando el juez quiso averiguar por ella lo acontecido Catalina no atinó más que a cubrirse el rostro con las manos y a quebrarse en sollozos. Otras mujeres dieron cuenta de los hechos. La primera reacción de Pedro fue de ira.

Le habían arrebatado, lo comprendía bien, una posesión, un dominio suyo: Catalina. Y para recuperarlo no tenía al alcance más que la violencia. Golpear a su esposa hasta que el dolor (¡ah, ese rictus tan compañero de esa cara!) borrase el gesto extraño de distracción y ausencia. Sí, castigarla por su abandono, por su traición. Pedro se sentía desnudo y más, desollado, ahora que el amor, que la necesidad de Catalina por él se habían eclipsado.

Lo contuvo la presencia de gentes ajenas a su casa, a su paraje. Y al verlas atentas a los deseos de la ilol, obedientes a sus indicaciones, Pedro fue, poco a poco, dejándose ganar por un supersticioso respeto, por un oscuro terror.

Y lo que al principio irritaba a Pedro —la intromisión constante de mujeres desconocidas en el jacal— después le fue indispensable. Temía permanecer a solas con Catalina, temía que ella volviera de pronto sus ojos cargados de presagios para posarlos sobre él, para detenerlos sobre Domingo.

Miedo de esa mirada fija de los locos, esa mirada que no discierne, que no rescata del anonimato.

Era la misma mirada para todos los que venían a servirla, a reverenciarla. ¿Los advertía siquiera? En todo caso Catalina se entregaba a la solicitud, a la sumisión de los otros, con una pasividad total.

Catalina se había convertido en algo peor que una inválida porque, gozando de la aptitud de ejecutar cualquier acción, cualquier movimiento, se negaba a ello. Perdió la costumbre de los humildes menesteres cotidianos. Acechaba un éxtasis esquivo; lo perseguía con la red del conjuro, con la trampa de la oración.

El sitio de Catalina estaba en la cueva. Allí rezaba en alta voz, coreada por los peregrinos. Inventaba un ritual en el que afloraba el recuerdo de viejas ceremonias presenciadas alguna vez y la adivinación de ciertos ademanes con los que se expresa siempre la

necesidad de propiciar a los misteriosos poderes que nos rodean.

Catalina y sus secuaces fueron creando una liturgia compleja y delirante en la que el centro de los homenajes gravitaba sobre la propia ilol. En ella venía a desembocar la imprecación y la alabanza, de ella surgían la luz y la promesa. Y Catalina no esbozaba ni el más mínimo gesto sin la certidumbre de ser un velo tras el cual los otros vislumbraban una realidad divina.

Pedro no intentó siquiera detener la avalancha de acontecimientos que se precipitaban en torno suyo. Él, lo mismo que sus compañeros de raza o condición, creía en la verdad de lo que se estaba manifestando. Esperanzas, mil veces derrotadas por el infortunio, brotaban ahora de nuevo, pujantes. Y en ese frenesí combativo del que también participaba sentía el latido anunciador de hechos que darían a las vidas de todos un nuevo cauce. "La humillación ya no ha de asfixiarte más con su dogal de hierro. La injusticia será reparada. Los dioses resucitaron para decirnos que tú y tú y tú, serás libre, que serás dichoso."

Pedro avizoraba algo más, invisible todavía para los otros. Si no bastara el sufrimiento padecido (se decía entre sí) para merecer la redención, tenemos otros méritos: el haber sabido agruparnos alrededor de un hombre que se ha inclinado a escuchar nuestras quejas, que conoce la extensión de nuestra miseria y que ha sondeado nuestra angustia: Fernando Ulloa. Está midiendo lo que se nos debe y cuando haya terminado marchará en busca del gobierno hasta la ciudad de Tuxtla, donde los ajwaliles firmarán los papeles de la restitución. Seremos, desde entonces, indios con tierra, indios iguales a los ladinos. Y ésta será la primera palabra del dios que se haya cumplido.

Lo que Pedro sabe es una verdad. Pero una verdad que apenas está germinando, que todavía no resiste ni la intemperie ni la luz. Pedro se hace silencio para protegerla.

¿Hay algo que pese más que un secreto? El juez no tiene con quién hablar. Recuerda a menudo a Xaw Ramírez Paciencia.

Xaw se sentía bien entre los suyos. Les bastaba verlo llegar para que todos, hasta los principales, inclinaran la cabeza solicitando el roce de sus dedos sobre la frente. Y después escuchaban con atención sus palabras, esperando encontrar en ellas el hilo conductor de sus acciones.

Desde años atrás Xaw había desempeñado en San Juan la función del sacerdote ausente. Su fama no era ambigua como la de los brujos. Se le respetaba por ser el más próximo al altar, por ser el único que conocía el nombre de cada uno de los santos.

Xaw cumplía de buena fe su cometido. Honradamente creía que las alucinaciones del alcohol, que los absurdos caprichos de una mente confusa por la senilidad, eran consejos inspirados, avisos de las divinidades benéficas. Los comunicaba así a sus oyentes y sobre ellos recaía el resto del trabajo: obedecer.

Del ascendiente ejercido sobre los demás Xaw no pensó nunca sacar provecho. El sacristán había traspuesto la edad de las pasiones y para sus necesidades (hombre viudo y solo) sobraba lo que tenía y no ambicionaba más. ¡Pero con qué fruición disfrutaba de su prestigio y del acatamiento de la tribu!

Por eso cuando se enteró de la llegada a Chamula del padre Manuel tuvo un ligero sobresalto de celos. ¿Iba un ladino a disputarle el rango que durante tanto tiempo había usurpado? Su actitud ante el recién venido fue taimada y defensiva. Los incidentes de los primeros días parecieron confirmar los tristes pronósticos del anciano. Manuel estaba muy pagado de su autoridad y era consciente de su jerarquía y de la importancia de su misión.

Pero muy pronto Xaw pudo convencerse de que la presencia de un cura no debería ser motivo de alarma ni de inquietud. Al contrario. Ante los ojos de los indios Manuel Mandujano era la materialización del dios caxlán. Incapaces de figurárselo según abstracciones, los indios preferían tener a ese dios, frente a ellos, visible, de carne y hueso. Como todas las divinidades ésta era incomprensible. Tronaba desde el púlpito en un idioma extraño; decretaba mandatos absurdos; se enternecía por motivos incógnitos. Podía temérsele, sí, reverenciársele. Pero quererlo, entregarse a él, jamás.

Por tal motivo los servicios de un intermediario eran imprescindibles. Para ello, precisamente, estaba Xaw. Traducía las palabras de uno a los otros en su torpísima lengua; explicaba, a unos y a otros, las peticiones y las disculpas, embrollándolo todo y complicándolo más. Y el resultado fue que el padre Mandujano dejó de ser un rival para convertirse en un aliado muy útil. Ah, si Xaw no hubiese estado tan próximo a su persona, si no conociera tan de cerca el hueco que cubría con su cólera; si no presenciara cotidianamente los desfallecimientos de su voluntad, las flaquezas de su cuerpo, también él hubiera creído en el padre Mandujano como en un dios.

Un escepticismo saludable moderaba la actitud del sacristán ante el sacerdote. Naturalmente al padre Manuel Mandujano se le podía juzgar y juzgarlo se había convertido en la ocupación predilecta de Xaw. Naturalmente también al padre Manuel Mandujano podía

engañársele y, en caso de conflicto con sus feligreses, inclinarse siempre a la parte contraria.

Pero a pesar de que los tzotziles conocían de sobra la lealtad de su sacristán, se mostraban ingratos. ¿Acaso acudían, en el número y con la frecuencia de antes, a solicitar el consejo o las indicaciones de Xaw? ¿Acaso no descuidaban la celebración de las festividades religiosas y dejaban transcurrir semanas enteras sin una visita a la iglesia? Sucedía algo y el fino olfato de Xaw lo puso inmediatamente sobre aviso. Algo estaba gestándose en alguna parte. Xaw conocía bien los síntomas. Los temía.

Por ejemplo, esto: los demás se volvían reservados frente a Xaw. Callaban o aludían a temas indiferentes, como si en el ardor de su conversación pudiese ser traicionado un secreto. Pues había un secreto, esto era lo único indudable. Un secreto que todos compartían, menos Xaw. Todos andaban agitados, como a la expectativa de un acontecimiento. ¿Que las cosechas serán malas porque no llueve? ¿Que vendrá el hambre y nos arrebatará a nuestros hijos, a nuestros hermanos? No importa. Todos tienen los ojos vueltos hacia otra parte, como en espera de un signo. Y algo, que todos advierten en la atmósfera y es imperceptible sólo para Xaw, los hace marchar. No se recatan. Se reúnen en grandes grupos y se van. ¿Adónde? Todos lo saben, menos Xaw. Regresan exaltados, con una lumbre de confianza y desafío en los ojos. Comentan entre sí, animadamente, las peripecias del viaje. Enmudecen cuando ven llegar a Xaw.

Éste no sabe cómo vengarse. Sus quejas se extinguen sin encontrar eco; sus ironías mellan su filo en la indiferencia de sus interlocutores. Y Xaw no se atreve a encarar resueltamente la situación preguntando: ¿qué ocurre aquí? ¿Por qué de pronto me he convertido en un perro sarnoso?

A fuerza de acechar Xaw sorprende un nombre. Las sílabas se abren paso entre las nieblas de la decepción y la estupidez hasta el cerebro del sacristán. Y allí refulgen. Solo, aparte, Xaw no puede explicar las razones de su certidumbre. Pero lo sabe, le ha sido revelado. En este nombre está la solución del enigma que lo atormenta. Lo que lo ha derribado de su sitial y le ha arrebatado sus insignias de preeminencia es una palabra: Tzajal-hemel.

Era allá donde iban todos, esperanzados; de allá volvían, acezantes de una excitación que Xaw no acertaba a calificar. El sacristán se aproximó a algunos, deseoso de compartir este alimento nuevo. Y lo que supo de él lo decidió a emprender también el viaje.

Ante el cura pretextó la visita a un pariente enfermo y marchó

sin compañía. Dudaba de que lo aceptaran aquellos mismos que se negaron a hacerle partícipe de su hallazgo. Pero a medida que iba acercándose a Tzajal-hemel encontraba grupos, cada vez más numerosos, de peregrinos que llevaban el mismo rumbo. Iban cantando antiguas y monótonas canciones; iban tocando en el acordeón, en la guitarra, en sus violines rudimentarios, un ritmo obsesionantemente repetido. El paso tambaleante, los ojos turbios, la voz insegura de estos hombres delataban su ebriedad.

Se encaminaban, pues, a una ocasión solemne y pronto tuvo Xaw la oportunidad de verificarlo.

Tzajal-hemel, que antes fue la triste ladera de un cerro en la que se desparramaban algunas chozas miserables, mostraba hoy un aspecto animado y bullicioso. Gente de todos los puntos de la zona se congregaba aquí. Tenejapanecos, con su largo cotón de rayas verticales; huistecos, defendidos del viento por su sombrero ladeado; pableños de largas mangas rojas. Se escuchaba el tzotzil, con todas sus variaciones dialectales, en las conversaciones de la multitud.

Los comerciantes descargaban su mercancía; redes estallantes de naranjas; pequeños montículos de sal; telas ásperamente tramadas; utensilios de madera y de barro. Y la chicha y el aguardiente retumbando en el interior de tecomates y cántaros.

Por todas partes se alzaba la algarabía de una mañana de mercado. ¡Qué contraste el de esta pequeña plaza improvisada con la de San Juan, silenciosa y desierta desde hacía varios domingos!

Pero la plaza de Tzajal-hemel era únicamente un lugar de reposo y de tránsito. Los peregrinos, después de descansar y de proveerse, continuaban adelante, se internaban en el monte hasta llegar a la cueva.

Como ésta resultaba insuficiente para dar cabida a los visitantes, muchos permanecían afuera, esperando su turno para entrar. Cuando llegó el de Xaw fue empujado por la muchedumbre al interior de un recinto asfixiante por su pequeñez y por las emanaciones de flores y de cirios consumiéndose, de los que se hallaba atestado.

En una especie de altar estaban los ídolos, irreconocibles ya bajo las varas y varas de seda en que los habían envuelto. Algunos hombres quemaban incienso o hierbas aromáticas; otros iniciaban cantos que eran desordenadamente seguidos por los demás e inmotivadamente abandonados.

Se notaba, en la incoherencia de estos actos, que ninguno estaba autorizado para dirigirlos. Eran actos espontáneos, la espasmódica

manera que tiene la multitud de desahogar su impaciencia.

Por fin sobrevino lo que todos esperaban y lo anunció un gran silencio: Catalina Díaz Puiljá avanzaba, abriéndose paso entre las gentes arrodilladas. Sus acompañantes apartaron, sin ningún miramiento, hasta con brutalidad, a quienes querían acercarse a la ilol, participar (aunque fuera por la fugitiva impresión del tacto) de la virtud que irradiaba de su cuerpo.

Catalina se detuvo ante el altar y se inclinó en actitud reverente. Luego alzó la voz, una voz ronca de sufrimiento; no modulaba sílabas, no construía palabras. Era un gemido simple, un estertor animal o sobrehumano.

Xaw sintió que le recorría la espalda un escalofrío de horror. ¿Era que alguien iba a responder a esta invocación? Y deseó desesperadamente estar lejos de allí, del sitio en el que iban a desencadenarse fuerzas bárbaras y sin nombre.

Ahora la voz de Catalina alcanzaba un registro casi imperceptible por su gravedad y era semejante al murmullo de un manantial remoto y soterrado.

La languidez parecía haberse apoderado de los miembros de la ilol. Se extendió en el suelo y yacía allí, inmóvil. Después un temblor, al principio leve y paulatinamente más y más violento, la agitó en convulsiones desordenadas. Temblaban los espectadores, contagiados por la fuerza sugestiva de aquella escena a la que puso fin un grito doloroso.

¡Va a hablar! ¡Va a hablar! Tal era el rumor que se derramaba entre la muchedumbre.

Como si el grito la hubiese liberado de sus ataduras, Catalina Díaz Puiljá se irguió, transfigurada. Si alguien la hubiese llamado por su nombre no habría comprendido. Era otra y no reconocía ni parentesco ni lazos con ninguno. Todo estaba borrado ante sus ojos menos esta visión del futuro, de un futuro que debía convertirse en presente. Y ya. Ahora.

Sólo que Catalina no era capaz aún de expresar sus visiones. Balbuceante, gesticulaba, se golpeaba la cabeza con los puños crispados. O repetía palabras sin ilación, sonidos de un idioma inventado, que llenaban de maravilla y estupor a quienes la escuchaban.

Menos a Xaw. Por un milagro el sacristán había logrado mantenerse incólume, al margen del frenesí colectivo, y guardaba una actitud cautelosa. Esta mujer miente, se repetía. Son fingidos sus ademanes y sus palabras falsas. Sus palabras… ¿qué dice? Que vengan a adorar a estas imágenes que son las de sus protectores, las

de los únicos santos vivientes. ¡Mentira! Los santos de verdad viven en la iglesia de Chamula. Ésos sí pueden apartar de nosotros el daño de los brujos, pueden ayudar a que la milpa crezca y los rebaños abunden. Pero aquí… aquí nos devorarán y cuando vengamos a darnos cuenta ya estaremos muertos.

Xaw se movió, carraspeando. De alguna manera quería mostrar su inconformidad, su protesta. Una severísima mirada de los que estaban junto a él lo contuvo. Nadie permitiría que se turbase el éxtasis de Catalina. Y si el sacristán se hubiera atrevido a romper aquella atmósfera, si hubiese intentado distraer a los demás con una irreverencia, se habrían lanzado furiosos contra él para ultimarlo.

Xaw tuvo miedo. Hundió la cara entre las manos para defenderse de la ceremonia que no podía interrumpir y se quedó quieto. Cuando abrió los ojos, Catalina y sus acompañantes ya se habían marchado. Unos minutos después la cueva estaba vacía.

Por curiosidad, por miedo de singularizarse, Xaw siguió a la multitud. En el camino al paraje iban todos cantando, plañendo, rezando a gritos. Se dispersaron al llegar; buscaban la sombra de los escasos árboles para batir su posol y comer las tortillas tiesas de su bastimento. No hablaban. O muy poco y de asuntos indiferentes. En vano Xaw trató de comentar lo que habían presenciado. Eludían el tema como si para referirse a él hubiera sido preciso estar en un estado especial de gracia.

El jacal en el que penetró Catalina se distinguía de los otros por los adornos que pendían de las paredes y las puertas y por la cantidad de personas que pretendían entrar.

La ilol no tenía una regla fija para recibir a los visitantes. Actuaba por impulsos que ninguno acertaba a predecir. Ayer estuvo de mal humor, retraída, huraña y se negó a hablar con nadie. Pero hoy se fatiga escuchando las quejas de uno, la consulta de otro, la petición del de más allá. Para escogerlos los contempla a distancia y decide: éste. No importa que éste acabe apenas de llegar y los demás hayan esperado durante días enteros. Éste es el que pasa y los demás se someten a la arbitraria elección de Catalina.

No todos se conforman con acercarse un minuto a ella, con escucharla brevemente. Hay quienes insisten en quedarse aquí, y son las mujeres. Ayudan en el quehacer de la casa, que ahora ha quedado sin gobierno. Pues Marcela Gómez Oso está atónita, no entiende lo que sucede a su alrededor y no acierta a disponer ni a mandar. Con “el inocente” nunca se ha contado y Domingo es un niño todavía.

Pedro González Winiktón atiende a los hombres. Los lleva aparte

y discute con ellos. Se le ilumina la cara cuando distingue el rostro de Xaw entre la multitud de desconocidos. Pero Xaw lo elude, se mezcla con los otros, desaparece.

En el interior del jacal se afanan las mujeres. Muelen el maíz en el metate, echan las tortillas al comal, vigilan el condimento de las viandas.

Pero estas mujeres son… cualquiera. Se turnan sin que nadie advierta ni la ausencia ni la sustitución. En cambio hay otras, las privilegiadas, que tienen acceso al aposento principal, a la intimidad de Catalina. La asisten hasta en los menesteres más nimios. No permiten que la ilol se moleste en hacer ni el menor esfuerzo. La visten y la aderezan para sus apariciones en público; la desembarazan de la gente importuna o necia; velan su reposo.

Todo se comenta afuera con envidia y admiración. Xaw no puede continuar escuchando y se retira abruptamente. En el camino de regreso a Chamula piensa que su pueblo, el pueblo que él apacentaba, se ha vuelto loco.

—Es el diablo —masculla—. El pukuj se ha apoderado de ellos.

Teme lo que sucederá después. Aunque ya nadie haga caso de sus advertencias, Xaw tiene la costumbre de sentirse responsable de la tribu. Es preciso hacer algo para que vuelva en sí, para que recuerde de este mal sueño.

La compasión dejaba su sitio a la cólera en el alma de Xaw. Habían usurpado su puesto. ¿Y quiénes? Una turba de advenedizos que ignoraban el ritual y la doctrina. Unos impostores sin escrúpulos.

Pero su delito no quedaría impune. Xaw iba a apelar a una instancia superior. El padre Manuel se enteraría de todo y pondría las cosas en su sitio. Ya verían estos improvisados que no era tan fácil prescindir de Xaw Ramírez Paciencia.

XIX

EL PADRE Manuel se aburría. Nunca, como en las últimas semanas, se le había hecho patente la inutilidad de su estancia en San Juan. Acodado sobre la mesa de pino que usaba como escritorio, oía caer —monótona, siempre recomenzada— la lluvia.

Su hermana Benita entró en la habitación.

—Te traje un pocillo de café; quién quita y te haga provecho.

El sacerdote sonrió e hizo un signo de gratitud. ¿Por qué iba a descargar su malhumor, su inconformidad, su impotencia, sobre esta mujer desarmada? La chispa de simpatía que Benita sorprendió en los ojos de su hermano la animó a quedarse. ¡Ansiaba de tal modo un minuto de conversación, de compañía!

—Yo no sé qué nos está pasando a todos…

Hablaba atropelladamente, sin escoger ni las palabras ni el tema. No sabía con qué plazo iba a contar y no era cosa de desperdiciarlo.

—Es el mal tiempo —la interrumpió el padre Manuel—. Ya nos aclimataremos.

—¿No te has fijado en Xaw? Antes se estaba muy tranquilo en el atrio de la iglesia, para tomar el sol, para espulgarse. Ahora anda barajustado, como un duende, por toda la casa y no sosiega en ninguna parte. A veces se queda en el éter y si alguno se asoma detrás de él se asusta como si hubiera visto visiones.

¿Por qué las mujeres darán tanta importancia a las nimiedades? Para soportarlas tal como son hay que ejercitar la caridad cristiana.

—¿No tendrá la conciencia intranquila por algo? Con estos indios nunca se sabe… Y me da miedo. ¿Por qué no hablas con él? No ahora —añadió Benita, como disculpándose al ver el gesto de fastidio de su hermano—. Después, cuando haya ocasión y no parezca forzado. —Y de una manera incongruente, concluyó—: Aunque tal vez sea mejor apurarse.

La taza estaba vacía y el padre Manuel no hizo ningún comentario para calmar las aprensiones de su hermana. Benita supo que la audiencia había terminado.

Suspirando, se dirigió a la puerta. En el momento de cerrarla

tras de sí la detuvo la voz del sacerdote.

—Dile a Xaw que venga. Platicaremos un rato.

Reconocer la validez de los temores de su hermana era un modo de compensarla por la brevedad de la conversación. Benita debía agradecerlo. ¡Pero con cuánto gusto, con qué prisa habría cambiado tal recompensa por unos instantes de cercanía junto a Manuel!

El sacristán compareció ante su amo sin estar aún completamente decidido a narrar los sucesos que había presenciado en la cueva. Los conservaba en la memoria, con todos sus detalles vívidos y precisos, pero cada vez le eran más incomprensibles, cada vez iba colocándolos en una jerarquía más fuera del alcance de sus palabras y de su juicio. Aunque también, y contradictoriamente, dichos sucesos le provocaban una turbación (¿cólera?, ¿rechazo?, escándalo) que le impedía callar.

El padre Manuel lo hizo sentarse frente a sí y le ofreció un cigarrillo. Xaw dio unas cuantas fumadas lentas, ceremoniosas, sin gusto, y lo apagó contra el suelo.

—¿Qué dice tu corazón, sacristán?

Xaw inició una respuesta confusa y vacilante. Se traslucía en ella la necesidad de referirse a otros asuntos. El padre Manuel no dejó de advertirlo.

—¿Qué dice el corazón de tu gente, sacristán?

La pregunta era demasiado directa para que Xaw pudiera esquivarla. Balbuceó.

—Torcieron el rumbo, padrecito. Ya no quieren traerle sus velas ni su incienso a San Juan. Antes ¿dónde iba a faltar la carga de juncia para regar en la iglesia? Se miraban pleitos a la hora de la repartición de las mayordomías y los cargos.

—¿Y ahora?

—Ya no quieren, padrecito.

El sacerdote se sintió herido por la responsabilidad que le cupiera en este desvío. Bruscamente indagó:

—¿Y qué quieren entonces? ¿Un cura de contentillo?

Xaw permaneció suspenso unos instantes, dando vuelta entre sus dedos al maltratado sombrero de palma.

—No voy a ofender tu cara contándote lo que la gente hace y lo que dice. Yo los quise aconsejar: en cumplir la obligación está tu paga, les dije. ¿Pero acaso me oyen? Se acabó el respeto, ajwalil.

El sacerdote se acercó a la ventana. Más allá de los vidrios se extendía un paisaje brumoso, de colinas estériles, de caseríos desparramados, de animales vagabundos.

Respeto. Cuando Xaw pronunció esta palabra sintió un aguijón

de celos. Había recordado cómo la multitud congregada en Tzajal-hemel se inclinaba al paso de Catalina Díaz Puiljá.

Abruptamente el sacristán se puso de pie y se colocó a espaldas de su superior.

—Si San Juan les dice: es fiesta, vení desde tu paraje cargando el arpa o la guitarra de tres cuerdas para que yo oiga la música ¿qué es lo que contestan? Que es tiempo de ir a la milpa, que se va a pudrir el maíz si no lo levantan luego. Y si San Juan les dice: ando en oscuras y necesito velas y quiero oler el pom y mirar las guirnaldas de flores colgadas enfrente de mí, alegan: esperate, tatik, que este año no hay con qué y escaseó la cosecha y es mucha la enfermedad. Si San Juan les dice: quiero que mis mayordomos me lleven al río y que me laven mi ropa, no hacen caso. Mañana, patrón, o el otro mes, o nunca. Basta, hay tiempo. Pero cuando les habla esa mujer…

El padre Mandujano se volvió con lentitud. De la maraña de quejas derramadas por Xaw no había asido más que el hilo de las dos últimas palabras.

—¿Cuál mujer?

—Es mala, padrecito. Está señalada. Nunca ha tenido hijos.

—¿Cuál mujer? —insistió el sacerdote.

Entonces Xaw habló: de lo que había visto en Tzajal-hemel, de lo que sabía de Catalina, de las catástrofes que iban a desencadenarse. A medida que su relato avanzaba la expresión del padre Manuel iba animándose.

Al principio receloso (¿cómo confiar en el testimonio de este hombre obnubilado por la ancianidad, la estupidez y el alcohol?); luego curioso, al final resuelto, el cura de Chamula interrumpió al sacristán.

—No hay tiempo que perder, Xaw. El asunto es muy grave. Mañana mismo me guiarás tú a esa cueva.

Xaw no esperaba una acción tan pronta. Temía, de una manera informulada, sus consecuencias y quiso dilatarla.

—¿Mañana? El aguacero no se va a quitar mañana, padrecito.

—No importa.

Manuel Mandujano estaba eufórico y los obstáculos le parecían insignificantes.

—Llevaremos nuestras mangas de hule. Y si nos mojamos ¡no somos de alfeñique, sacristán! Conque, apúrate. Tú te encargarás de que lacen mi caballo en el potrero y de que lo ensillen bien temprano. Yo voy a disponer que nos alisten el bastimento.

Cuando el padre Manuel se quedó solo no pudo estarse quieto; la

excitación lo hacía recorrer el cuarto en todas direcciones. Cuando se detenía era para cambiar de sitio un mueble, para hojear con impaciencia y sin atención algún libro, para tamborilear sobre los vidrios de la ventana.

¡Por fin! Se había acabado la rutina inerte, la inmovilidad forzosa. La desobediencia de estos indios, su hostilidad, su contumacia, habían dado la cara. Ya no más esos fantasmas que finge la neblina, esos rumores furtivos en mitad de la noche, esa amenaza que no cuajaba jamás en un gesto, en un acto. Ahora el enemigo había tomado forma, dimensiones reales, consistencia. ¡Y cómo se enardecía el ímpetu batallador de Manuel Mandujano al ventear la lucha!

El cura y el sacristán salieron con rumbo a Tzajal-hemel la mañana siguiente. En el camino toparon con pequeños grupos de indios que se hicieron presurosamente a un lado para dejarlos pasar. Después se miraron entre sí con inquietud.

El padre Manuel cayó sobre los congregados de la cueva como un gavilán sobre un gallinero. El fanatismo de aquella gente, exacerbado hasta el colmo por las ceremonias rituales, podía ser violento y destructivo. Pero tomado, como fue, por sorpresa, permaneció expectante, desconcertado, y permitió que su adversario ganara todas las ventajas.

El sacerdote supo, instintivamente, que debía aprovechar este momento. Se abrió paso entre la multitud arrodillada, apartando los cuerpos con la punta amenazadora de un fuete. Llegó hasta el remedo de altar y con un empellón se deshizo de Catalina. Xaw temblaba detrás de él, fascinado por su valor, temeroso de que su audacia fuera a quebrarse en un titubeo que desencadenara la reacción vindicativa de los otros.

A sabiendas de que no sería comprendido, el padre Manuel habló. El volumen de su voz, apasionada, vibrante, llenó los ámbitos de la cueva. Los arrodillados lo contemplaban atónitos y empezaron a sentirse reos de una culpa desconocida para la que quizá no habría redención.

Cuando el padre Manuel puso las manos sobre los ídolos hubo, en el espinazo de los creyentes, un escalofrío de terror. ¿Cómo responderían las potencias oscuras a este sacrilegio? ¿Se derrumbaría el firmamento, se desmandarían las aguas, se aniquilaría la especie? Los minutos latían en cada sien con una gravedad angustiosa. El aire parecía extrañamente vacío, extrañamente disponible para dar acogida a un gran acontecimiento.

El padre Manuel no cesaba de hablar mientras arrancaba, a las piedras inertes, sus adornos, sus envolturas. Los espejos con marco de celuloide se hicieron trizas contra el suelo; las varas y varas de telas corrientes, chillantes, se amontonaban sin forma. Los ídolos aparecieron, al fin, ante los ojos de todos, desnudos, con la fealdad de sus rostros carcomidos, de sus manos pesadas, de su impotente mole mineral.

La profanación no suscitó más que un ¡ah! prolongado, incrédulo, de la multitud. Los cimientos del mundo continuaban sólidamente asentados, nada había sido alterado. Catalina Díaz Puiljá gemía, incapaz de expulsar de sí este asombro, esta humillación sobrehumana.

Volvió los ojos hacia sus seguidores como para demandar auxilio pero halló en ellos un reproche más vivo que el que ella pudiera dirigir a las imágenes sagradas. Sintió cómo, de golpe, este intruso le había arrebatado la reverencia y la esperanza de su pueblo y cómo ahora ella aparecía revestida de ilusiones defraudadas y de un dolor sin consuelo.

De pronto la atmósfera se le hizo irrespirable. Un sudor de agonía lo impregnaba todo; las luces comenzaron a danzar, a entremezclarse en figuras caprichosas, en estallantes floraciones. Una avispa, cien avispas, mil avispas zumbaban a su alrededor. El abismo abría sus fauces y el vértigo la precipitó en él. La caída empieza y sigue y sigue pero no terminará nunca. Una mujer, Catalina Díaz Puiljá, se desplomó sin conocimiento. Los más próximos a ella lo advirtieron pero ninguno se atrevió a socorrerla. Todos tenían los ojos fijos en el padre Manuel que gesticulaba aún, que peroraba siempre con mayor vehemencia. Por último empuñó el hisopo y, empapándolo en agua bendita, asperjó las figuras de piedra y las paredes de la gruta y la multitud paralizada, ahuyentando así a los demonios que se habían enseñoreado de ellas.

El padre Mandujano partió de Tzajal-hemel con el botín conquistado. Nadie se opuso a que arrastraran los ídolos fuera de la cueva, por la ignominia de una plaza cubierta de cáscaras, desperdicios, basura. Y aun hubo quienes se prestaran a cargarlos hasta Chamula y más tarde hasta Ciudad Real.

El padre Manuel se presentó ante Su Ilustrísima con los testimonios y con un testigo de su triunfo: Xaw Ramírez Paciencia.

Don Alfonso escuchó distraído, indiferente, el relato del episodio. No, no podía compartir la alarma del cura ni del sacristán que lo consideraban indicio de algo cuya índole, gravedad y extensión no acertaban a determinar.

—La idolatría de los indios no es mala fe, es ignorancia —dictaminó—. ¿Y quién, más que nosotros, es responsable de tal estado de cosas? Hay que esforzarse en remediarlo.

Pero el padre Manuel no estaba dispuesto a ceder tan fácilmente su presa; había logrado un magnífico pretexto para salir de San Juan y no iba a regresar con la misión de apóstol cuyas dificultades le eran bien conocidas y cuyo sentido absurdo ya nadie le podría rebatir.

—Este asunto no nos compete únicamente a nosotros, Su Ilustrísima. Es preciso poner a las autoridades civiles en conocimiento de los hechos.

—¿Qué tienen que ver ellas con estos desvaríos de los indios? —replicó desganadamente el obispo—. Si acaso los agrandarán para darse ínfulas. O los fomentarán. Las autoridades civiles son enemigas nuestras.

—Si no las ponemos al tanto de lo que sucede en Tzajal-hemel podrán, más tarde, acusarnos de complicidad. ¿No se da usted cuenta de que esto —dijo el padre Mandujano señalando a los ídolos— es un principio de sublevación?

Don Alfonso no quiso oponerse más; los viejos, reflexionaba, pierden el sentido de las proporciones y no conceden importancia ya más que al asunto de su propia muerte.

La junta, a la que asistieron dignatarios de la Iglesia, funcionarios del Estado y las personas más notables de Ciudad Real, tuvo lugar en el obispado. Ante un auditorio fácil de convencer, propenso a condenar, el padre Manuel y Xaw Ramírez Paciencia repitieron su historia. Contestaron a infinidad de preguntas, inventaron detalles que les habían pasado inadvertidos para satisfacer la curiosidad de sus interlocutores. Al final todos coincidieron en que la situación era peligrosa. En lo que discrepaban era en las medidas que sería oportuno tomar. El presidente municipal, los regidores y síndicos se inclinaban a la prudencia, al lento pero seguro camino del papeleo y la burocracia. Escribir a las instancias superiores de Tuxtla y aun de México, informarles minuciosamente, aguardar instrucciones.

Los particulares se mostraron más fogosos; mientras las cartas iban y venían ¿quién iba a proteger sus fincas, sus tiendas, del asalto y el saqueo? ¿Quién defendería sus vidas y las de sus familiares? Porque en cuanto los indios se recuperaran del desconcierto que, indudablemente, les había causado la brusca intervención del padre Manuel, se aprestarían a la venganza. Eran numerosos, mucho más numerosos que los ladinos dispersos en la

zona y aun que los que se concentraban en Ciudad Real, y su ánimo salvaje, exasperado por la ofensa sufrida, se lanzaría sin freno a la destrucción. Se imponía aprovechar este momento de parálisis por el que atravesaban para reducir a la impotencia a sus jefes o cabecillas cogiéndolos prisioneros.

Quien abogó con más vehemencia para que se votaran estas decisiones fue Leonardo Cifuentes. Desde tiempo atrás eran conocidas sus ambiciones políticas y ahora se le presentaba una coyuntura para actuar, demostrando no sólo la ineptitud y la tibieza de sus rivales sino su propio don de mando.

El señor obispo lo observaba, constatando con una frialdad un poco desdeñosa cómo el ansia de poder insuflaba tal brío en las palabras de un hombre, tal ímpetu en sus determinaciones. Pero desconocía un elemento que, sin embargo, arrojaba un peso considerable en la actitud de Cifuentes. Mientras discutía frotaba entre sus dedos un pedazo de tela —revolcado, sucio, descolorido— en el que vinieron envueltos los ídolos. ¡De qué extraño modo había recuperado el chal con que una vez testimonió su amor a *la Alazana!*

XX

CATALINA quedó sola. Como en sueños oyó los últimos pasos del último que la abandonaba. Habría querido gritar, asir, detener a ese desconocido que se llevaba, irrevocablemente, su aliento y su razón de vivir, pero sabía que era inútil. Permaneció quieta, en la misma postura en que estaba cuando derrumbaron los ídolos y los raptaron: con el rostro humillado contra el suelo, respirando un vaho impuro, una emanación malsana de juncia pisoteada y cera consumida.

Mucho tiempo estuvo allí y nunca supo si dormida o despierta, si difunta o viva. Sobre su conciencia se descargaban chispazos repentinos de dolor, pronto amortiguados por una niebla remota en la que zumbaba, en espiral, un insecto minúsculo.

Pedro González Winiktón vigilaba la entrada de la cueva sin decidirse a trasponerla. El despojo que se hallaba en el interior era suyo pero, así como en los días de triunfo lo había turbado el resplandor que circundaba la figura de su mujer, así hoy sentía vergüenza de su derrota y rehusaba compartirla.

Fue Domingo quien rescató a Catalina. Traía en su tecomate agua fresca para rociarle las sienes y los pulsos. Tocó sin miedo esta carne que la multitud había reverenciado como sagrada y después repudiado por fraudulenta. Catalina abrió los ojos a la piedad del niño y desató su pecho en un llanto de gratitud. No podía levantarse, no era capaz de hablar. Sólo dilataba las pupilas en una interrogación angustiosa: ¿por qué? ¿Por qué?

¿Quién hubiera podido contestarle? Pedro, ayudado por Lorenzo, armó una parihuela. Entre los dos hombres transportaron a Catalina hasta su jacal, ahora silencioso, sin más presencia que la huraña de Marcela.

Depositaron a Catalina junto al fogón. Sus ojos inmóviles se fijaron en la movilidad de la llama. Y no se apartaron de allí ni cuando la llama se apagó.

La convalecencia de Catalina fue lenta, dificultosa, sin auxilio. Los pulseadores se negaron a atenderla, los brujos adujeron débiles

pretextos para no cumplir con su menester. Temían enfrentarse, en esta ilol vencida, a una realidad que ellos no dominaban, a hechos que no hubieran acertado a definir.

Solamente los muy allegados a Catalina la cuidaron. Marcela ponía a su alcance infusiones de hierbas saludables, manjares sencillos que la inapetencia de la enferma rechazaba. Lorenzo permanecía siempre cerca, mirando, velando un sueño esquivo, punzado de sobresaltos y congojas; guardando entre sus manos una mano inerte a la que ningún calor podía comunicar.

Para Domingo tenía, a veces, un esbozo de sonrisa, un parpadeo de entendimiento. La ilol volvía hacia el niño un rostro ansioso, expectante. Quería, sin duda, hablar; pero su garganta no daba paso más que a sonidos incoherentes, a sollozos abortados. Domingo se hundía en su regazo tapándose los oídos para no escuchar los esfuerzos inhumanos que Catalina hacía para romper su silencio.

Las fuerzas regresaron poco a poco al cuerpo rendido de la ilol y con ellas el sufrimiento. No hallaba postura cómoda y sus deseos no eran jamás comprendidos. Catalina se ahogaba en aquel jacal turbio de humo, quería salir al campo, sí, a la luz. Ya no se sentía culpable sino traicionada. Necesitaba desafiar a quienes la siguieron y después la abandonaron. No temía las interpelaciones, hervía por dentro de réplicas apasionadas, de argumentos ásperos. Pero se consumía en combates imaginarios porque el menor esfuerzo real la agotaba. Yacía en un rincón de la choza, viendo ir y venir a los demás, envidiándoles su libertad y su salud.

Un día Catalina percibió en el aire vacío que la rodeaba una palpitación, una inminencia. Con la rapidez de la alarma se irguió; iba a pedir ayuda pero no había nadie. Estaba sola. Con los ojos cerrados y un trasudor de angustia se dejó caer nuevamente sobre el jergón.

Por el cerro venían los jinetes rumbo a Tzajal-hemel. Sin apostura, sin gallardía, animados por una sórdida crueldad, investidos de un poder destructor, los fiscales habían sido enviados por las autoridades de Ciudad Real para que prendieran a los responsables del culto idolátrico, de asociaciones clandestinas, de intentos de sublevación.

Los informes de Xaw Ramírez Paciencia proporcionaron a los fiscales nombres precisos, orientaciones seguras. ¿Pero quién, cuando avanza con el impulso del castigo, se detiene a verificar? ¿Quién distingue la cara de un indio culpable de la cara de un indio inocente? ¿Quién escucha los alegatos en una lengua confusa y atropellada que siempre ha considerado indigna de ser

comprendida?

Los fiscales cayeron sobre el paraje con una avidez de ave de rapiña. Los hombres se hallaban ausentes, en la milpa, en el monte, y las mujeres corrían en fuga desordenada, llevando en brazos a los niños pequeños, tratando de salvar a la cría de una oveja, al utensilio de barro recién horneado, a la tela de lana a medio tejer.

Catalina oía, desde su desvalimiento, las carreras y los gritos, el caracolear de los caballos, los cacareos agudos, los gañidos agónicos de los cerdos. Carcajadas brutales se mezclaban con los débiles estertores y el llanto de los niños seguía al estruendo de muebles derribados, de trastos rotos, de telas desgarradas.

Catalina vio las puertas de su choza abiertas de par en par. Se replegó contra la pared como para fundirse con ella en un intento pueril de ampararse. Habían penetrado a la habitación unos hombres de uniforme raído y casi sin color, de rasgos burdos donde el ascendiente indígena se eclipsaba en la abyección de una vida miserable, de costumbres degradadas, de vicios sin grandeza.

Los fiscales levantaron en vilo a Catalina asiéndola de sus ropas. Como ella no podía sostenerse en pie la sacaron del jacal arrastrándola. Vio todavía, antes de quedar a la intemperie, cómo algunos soldados robaban sus pertenencias. Unos minutos después la paja de la choza ardía.

En el centro del paraje se habían congregado las mujeres y los menores. Miraban con ojos inexpresivos cómo se incendiaba su pueblo.

Más tarde, cuando el fuego se hubo extinguido, las mujeres (cargando sobre sus espaldas a sus hijos o jalándolos de la mano si ya podían andar) fueron atadas con una cuerda y conducidas a Ciudad Real. Catalina fue puesta tranversalmente sobre la grupa de un caballo.

La llegada de la comitiva a su punto de destino produjo una extraordinaria agitación. La gente abandonaba sus ocupaciones para asomarse a ventanas y quicios; formaba corrillos en las banquetas o se unía a la caravana de fiscales y prisioneras, enardeciéndose con comentarios burlones, amenazas y aun golpes rápidos y furiosos que los soldados toleraban con indiferencia.

Las indias avanzaban de prisa, tropezando unas con otras tratando de proteger a sus hijos. La muchedumbre hostil engrosaba a medida que se aproximaban al centro de la ciudad. Sus palabras habían perdido ya la timidez inicial; sus gestos eran cada vez más audaces, más decididos en contra de estas mujeres fatigadas, jadeantes de miedo, prestas a toda humillación. ¿Quién intercedería

por ellas? ¿Quién iba a interponerse entre su desamparo y la furia de sus enemigos? Su única posibilidad de salvarse consistía en llegar al niñado antes de que de aquellas gargantas brotara un grito colectivo de exterminio.

Catalina volvió en sí algún tiempo después. En la celda estrecha, oscura, maloliente, se apiñaban sus compañeras de prisión. Las miró interrogativamente pero no pudo hallar ninguna respuesta en aquellas caras cerradas por el rencor y el pánico.

Para esa noche las celadoras trajeron un pocillo de café a cada una y unas cuantas tostadas tiesas que se repartieron entre todas. Las madres cedían la ración a sus hijos. Catalina rechazó su parte y poco a poco vino a caer nuevamente en el sopor.

Al otro día las presas fueron sacadas del niñado para comparecer ante sus jueces, acusadores y testigos.

La multitud se arremolinaba en los portales del palacio municipal, ansiosa de noticias y de venganza.

Catalina se sintió como galvanizada al reconocer entre los presentes en el juzgado al cura de San Juan Chamula y a Xaw Ramírez Paciencia.

Ellos desempeñaron la parte principal de los papeles. Xaw acusó a Catalina de ser la instigadora y mantenedora de un culto idolátrico en la cueva de Tzajal-hemel. Respecto a las otras mujeres detenidas no podía asegurar más que eran sus cómplices, que la habían acompañado en las ceremonias y que la habían servido en su casa “mejor que a una patrona”.

La declaración de Xaw fue hecha en español. Las indias no comprendían aquellas palabras que las condenaban y se volvían a la figura familiar y rutinaria del viejo sacristán, como a un refugio, como a una esperanza.

El abogado que sostenía las cargos contra las detenidas tuvo presente que la libertad de cultos era una garantía salvaguardada por la Constitución y, aunque de ninguna manera aprobara su ejercicio (era un católico que tomaba la intransigencia como baluarte de la fe), prefirió dar al asunto otro cariz tan eficaz como el que abandonaba, para predisponer el ánimo de los oyentes contra las inculpadas: el cariz político. Esas reuniones, dijo, que so pretexto de reverenciar unos falsos dioses se efectuaban en la cueva de Tzajal-hemel, ocultaban una intención mucho más peligrosa: la intención a la que nunca habían renunciado los chamulas: sublevarse contra los ladinos de Ciudad Real.

El momento, añadió el abogado, era propicio. En los últimos tiempos se había despertado la agitación en toda la zona a raíz de

las disposiciones presidenciales que ordenaban revisar los títulos de propiedad de las haciendas para reducir sus límites al término marcado por la ley y, con ello, dotar de tierras a los ejidos. Este proyecto que, si era justo (el abogado no quería dudar ni de la buena intención ni de la capacidad de los funcionarios que detentaban el poder supremo en el país), era también inoportuno e imprudente, debió haberse puesto —para su realización— en las manos más idóneas. Por desgracia en Ciudad Real no había sucedido así puesto que se nombró como ejecutor de la política agraria a una persona cuyo nombre el abogado no pronunciaría pero que estaba en la mente de todos. Una persona que, lejos de conciliar los intereses en pugna, se había dedicado sistemáticamente a exacerbarlos poniéndose, sin ningún recato, en contra de los finqueros y soliviantando a los indios con prédicas de igualdad y reivindicación.

El resultado de tales errores estaban palpándolo ahora. Un pueblo que desoye los consejos y las advertencias de su párroco, que abandona la práctica de una religión de humildad y de obediencia y que se lanza a desenterrar imágenes de un pasado salvaje y sanguinario, desafiando así la cólera de sus señores naturales y poniendo en peligro el orden establecido. ¿Adónde conduciría todo esto? A su fin lógico: la toma de las armas y la exigencia violenta de unos derechos que si bien la ley se los acordaba los indios no los merecían. Nadie que conociera su índole, sus costumbres, sus tendencias, podía dudar de que los indios precisaban una tutela. ¿Y quién iba a ejercerla mejor y más beneficiosamente para todos que los patrones?

El abogado hizo una pausa para dejar que se desencadenasen los comentarios. Todos los coletos presentes en la sala asentían con vehemencia, exageraban el peligro arrostrado, pedían medidas rápidas y eficaces para desvanecerlo.

El abogado continuó. El mal, dijo (que una visión más certera de la realidad en quienes elaboraron la ley agraria, y un ánimo más accesible a los razonamientos en los encargados de su aplicación, podían haber evitado), estaba ya hecho y no quedaba sino tratar de remediarlo. ¿Cómo? ¿Con una benevolencia que sería calificada, por los mismos que disfrutaran de ella, como debilidad? No, sino con el rigor ejemplarizante. Que sobre estas detenidas, y especialmente sobre la que parecía ser acatada como principal, sobre Catalina Díaz Puiljá, cayera todo el peso del castigo. Esto aplacaría los ánimos de tanto chamula disperso en montes y cerros, haría volver el buen juicio a tanta cabeza extraviada por consejeros

irresponsables.

Terminada la peroración el abogado regresó a su lugar. Desde lejos contestaba a los saludos, a los gestos de aprobación, a los simulacros de aplauso con que los oyentes querían patentizarle su gratitud por haber interpretado, con tal fidelidad y tal valor, la opinión de todos ellos.

El juez se demoraba fingiendo revisar unos papeles para permitir el desahogo de estas simpatías. Luego fue llamado a declarar el señor cura Manuel Mandujano.

Principió recalcando que su investidura le vedaba inmiscuirse en los asuntos del siglo. Era muy ajeno a lo que se había debatido antes sobre propiedades y derechos. Ya el señor abogado, que le había precedido en el uso de la palabra, había dado, con liberalidad, al César lo que era del César. A él, como sacerdote, no le tocaba más que considerar el aspecto espiritual de la cuestión.

Cuando Su Ilustrísima, don Alfonso Cañaveral, lo honró con el nombramiento de párroco de San Juan, no pensó que había sido enviado a tierra de paganos. Sin embargo, desde el día de su llegada a la cabecera del municipio de Chamula pudo advertir que se hallaba en un mundo en que las verdades del cristianismo habían sido corrompidas por la ignorancia y degenerado en ritos groseros, en bárbaras supersticiones.

Penetrar en el alma de sus feligreses no era fácil, a causa del idioma; aunque se esforzó en aprenderlo no podría serle nunca de gran utilidad en una iglesia vacía, en un confesionario cerrado. Intentó otros modos de acercamiento. Pero el indio recurría al brujo, confiaba en el pulseador y no concedía al sacerdote más que una limosna en la que el alma no estaba, de ninguna manera, comprometida.

La situación, así planteada, era grave pero no insoluble. Vino a complicarla la aparición de los ídolos de Tzajal-hemel. Al referirse al descubrimiento del culto que los chamulas rendían a estos ídolos el padre Mandujano alabó la perspicacia y el celo de su sacristán, Xaw Ramírez Paciencia, así como su lealtad bien probada a la Santa Madre, a la que servía desde su más temprana juventud. En cuanto a su propio papel en los acontecimientos, el señor cura no le concedió más mérito que el de haber procedido con celeridad para enfrentarse a una amenaza, contra la seguridad del Estado, lo admitía, aunque a fin de cuentas el asunto no le incumbiera, pero sobre todo contra la autoridad de la Iglesia. Y antes de terminar no dejó de aludir, veladamente, a la intromisión abusiva del brazo secular en los problemas que, como éste, eran estrictamente de

fuero religioso.

La declaración del padre Mandujano, lejos de satisfacer al auditorio, lo desconcertó. ¿Por qué esa tibieza en señalar la responsabilidad de los culpables? ¿Por qué esas distinciones, que no venían al caso, entre lo espiritual y lo profano?

El abogado acusador solicitó la venia del juez para hacer algunas preguntas al sacerdote antes de que abandonara el estrado de los testigos. Habiéndosele respondido afirmativamente, el abogado habló así:

—Después de convivir una larga temporada con los chamulas el padre Mandujano ¿los creía capaces de la malicia suficiente para desenterrar unos ídolos y resucitar antiguas ceremonias rituales?

El señor cura de San Juan sonrió condescendientemente antes de responder que la suposición le parecía absurda aunque, desde luego, no veía de qué otra manera pudieron haber ocurrido los hechos.

¿No podría aceptarse la influencia malintencionada de un ladino, de un hombre de razón?

El padre Mandujano tuvo que aceptar que esta hipótesis tenía más visos de verosimilitud. Porque sí, en efecto, el alma de los indios es demasiado ruda como para inventar una forma nueva de idolatría o se encuentra demasiado estupidizada como para recordar las costumbres de sus ancestros.

El abogado acusador prosiguió: no restaba ahora más que pensar ¿a cuál influencia habían estado sometidos los chamulas últimamente? Esperó durante unos segundos que el padre Mandujano pronunciara el nombre de Fernando Ulloa, pero ante su silencio se vio obligado a puntualizar. ¿No recorría la zona, desde algunos meses atrás, un ingeniero agrónomo? El abogado acusador contaba con el testimonio de un antiguo ayudante de dicho ingeniero, el joven Rubén Martínez, para probar que no se constreñía a cumplir su cometido de deslindador sino que promovía reuniones en las que incitaba a los indios a la violencia para reclamar sus derechos. Si estas pruebas no eran calificadas de suficientes por el señor juez, concluyó el abogado con una reverencia hacia el aludido, se reservaba otras definitivas que evidenciarían la complicidad de dicho ingeniero con los chamulas de Tzajal-hemel.

Manuel Mandujano, que con su silencio y sus reticencias había logrado, sin comprometerse, que el asunto siguiera el sesgo que le convenía, expresó sus deseos —poniéndose ya de pie— de que las pruebas que se reservaba la parte acusadora fueran en verdad tan contundentes como se había asegurado, porque de lo contrario

corría el riesgo de incurrir en los delitos de calumnia y difamación.

La última parte de la diligencia consistió en carear a los testigos con los inculpados y en interrogar a estos últimos. Catalina Díaz Puiljá ocupaba el centro de la atención y todos se extrañaban de que una mujer tan insignificante y abatida pudiera haber levantado tras de sí a toda una multitud ansiosa y crédula. Y esto contribuía también a robustecer la idea de una voluntad oculta a la que la india había servido únicamente de instrumento.

Los careos y los interrogatorios se llevaron al cabo con el auxilio de un intérprete que, si por una parte desconocía el significado exacto de los términos legales que manejaba el acusador, por la otra no tomaba en cuenta el nivel de comprensión de las mujeres detenidas, sus hábitos mentales, su ignorancia de la justicia tal como los coletos la practicaban y concebían; su timidez natural, el terror que les producía el haber sido atrapadas por un mecanismo tan complejo como implacable.

El resultado de esta serie de malentendidos fue que todas señalaran histéricamente a Catalina como responsable. A Catalina, que había perdido su poder y su prestigio; a Catalina, que entre la gente de Ciudad Real no era nadie. Desde entonces el acusador se dirigió únicamente a ella.

No es que Catalina se negara a contestar. Es que no alcanzaba ni el sentido ni la intención de las preguntas. ¿Qué relación podía existir entre su delirio, su amor desesperado por Pedro, su anhelo de maternidad burlado por Domingo, su retorno a la infancia, su hallazgo en la cueva, su exaltación como sacerdotisa, el fervor de su pueblo y estas palabras con que ahora estaban señalándola? Catalina no encontró ninguna salida más que negar. No, no había recibido consejos de nadie. No, no había planeado una sublevación. No, no tenía cómplices a quienes delatar. No, no, no.

Catalina respondía en voz muy baja, sin levantar los párpados, sintiendo cómo dentro de sí crecía una oscuridad bamboleante, cómo se abrían grietas devoradoras, cómo retumbaba un alarido sin fin.

El abogado defensor permanecía negligentemente al margen del interrogatorio. Ninguno de los profesionistas de Ciudad Real habría querido poner en entredicho su ortodoxia, hipotecar su presente o su futuro tomando entre sus manos un caso que sabía de antemano perdido. Se siguió entonces el expediente rutinario: el juez tuvo que recurrir al defensor de oficio y éste no desperdiciaba la oportunidad de demostrar a todos cuánto le repugnaba desempeñar una comisión en la que la justicia, tan palmariamente, no lo asistía.

La sesión llegó a su fin ese día para reanudarse a la mañana siguiente. Esta vez la asistencia fue menos numerosa pues la curiosidad había disminuido desde el momento en que el desenlace ya no presentaba dudas para nadie. La condena era un hecho. Lo único que restaba por determinar era la magnitud del castigo.

Así las cosas un día bajó del monte un grupo de chamulas encabezado por Pedro González Winiktón.

La gente de Ciudad Real se detuvo a mirarlos con un pasmo de inquietud. Los recién llegados eran muy numerosos y quizá por eso avanzaban por la calle no con aire furtivo sino seguro y, en ciertos momentos, hasta desafiante.

Se dirigieron, como todo el mundo lo suponía, a la casa del ingeniero Fernando Ulloa, para solicitar su consejo y su ayuda.

XXI

MIENTRAS aguardaba la aparición de Virgilio Tovar, Fernando Ulloa se entretenía viendo el despacho al que había sido introducido.

Si la habitación era un reflejo del carácter de su dueño había razones para sentirse desanimado. La desnudez de las paredes era hostil; la altura del techo, desmesurada. Los muebles severos, incómodos. Y las ventanas obstruían el paso de la luz con visillos espesos.

La llegada de Tovar fue precedida por un rumor rápido de pisadas, un carraspeo enérgico, el chasquido del picaporte. Entró un hombre de mediana edad, nervioso, alerta. Consciente de su importancia, aunque no pareciera abandonarse a las delicias de esta sensación.

Era el abogado de mayor prestigio en Ciudad Real. Se alababa, más que la honradez de sus procedimientos, su eficacia. “Sabe más que un tinterillo”, decían. Y en esta frase estaba resumida la admiración hacia un talento sobre el cual el paso por las aulas y la posesión de un título no habían ejercido ninguna influencia inhibidora, sino que conservaba fresca la inventiva y que, por principio, no rechazaba ninguna coyuntura que el éxito pudiera después ungir de respetabilidad.

Saludó a Fernando con la deferencia que se debe a un funcionario federal pero también con la reserva de quien no aprueba una conducta ni quiere solidarizarse con una actitud. Ambos se sentaron ante el gran escritorio de caoba sobre cuya árida superficie se erguía un crucifijo de marfil.

—Espero que no le moleste —dijo el abogado señalando a la imagen— esta alusión tan clara a las creencias que profeso. Pero ¿qué quiere usted? Los coletos somos así: francos. No sabemos disimular.

Es precisamente lo que mejor saben hacer, pensó Fernando para sí mientras replicaba.

—Han de haberle informado mal respecto a mí, señor licenciado. Yo no condeno las creencias de nadie. Ni siquiera las discuto. Por eso exijo para todas un miramiento igual.

—¿No reconoce usted jerarquías?

—No. Y esto nos lleva directamente al asunto que he venido a plantearle: el de las mujeres de Tzajal-hemel a las que aprehendieron por rendir culto a sus ídolos.

Tovar abrió su cigarrera.

—¿Gusta usted, señor ingeniero?

Fernando hizo un breve gesto negativo, a continuación del cual el otro se sirvió a sí mismo, prendió fuego y dio las primeras chupadas ávidas.

En estos trámites dilatorios se deslizaban varias implicaciones: que al licenciado Tovar no era posible tomarlo desprevenido mencionándole un litigio del cual no estuviese enterado a fondo; que su interpretación del asunto solía discrepar de la generalmente aceptada ya que, para formularla, disponía de datos no accesibles a los demás y, tercero, que la discrepancia entre las opiniones debería entenderse como un error de sus interlocutores y un acierto propio. Satisfecho de este desenlace el profesionista apartó el cigarro de sus labios.

—No se trata de un problema religioso, sino político.

—¿Político? —repitió Fernando como si la palabra hubiera sido mal empleada.

—Exactamente. De lo que se acusa a las mujeres de Tzajal-hemel y a sus cómplices, pues debe haberlos y aun ser muy numerosos y quizá también muy influyentes, es de sedición.

—¿Y en qué se basan para hacer acusaciones tan absurdas?

—Usted ha de saberlo mejor que yo.

—¿Por qué?

Tovar apagó el cigarro contra el cenicero. No toleraba que lo supusieran cándido.

—Porque usted ha sido señalado como el instigador principal del movimiento rebelde entre los indios.

Fernando sonrió con un dejo de burla.

—Sí, eso he oído decir. Pero me gustaría saber su opinión, señor licenciado.

—Voy a hacer con usted algo que no acostumbro, ingeniero. Al fin y al cabo somos colegas, profesionistas quiero decir. No le cobraré honorarios, que es lo que suelen pagarme por mis opiniones. Escúcheme usted bien, ya que le hablo desinteresadamente: su situación es difícil. Le aconsejo que se ponga usted en manos de un defensor capaz.

—Yo había supuesto que ese defensor sería usted.

—Gracias por el elogio, pero no puedo hacerme cargo de su

asunto.

—No se trata de mi asunto, sino del de esas mujeres detenidas, de sus familias, de todos los pueblos de Chamula sobre los que recae ahora la sospecha y no tardarán en abatirse las represalias.

—Le guardaré el secreto y tampoco le exigiré recompensa. Pero le advierto que no es prudente que exhiba usted, ante ningún otro, sus relaciones con esa gente, el interés que le despiertan, su preocupación por ayudarlos. Yo puedo comprender el altruismo de sus móviles. Pero los demás hallarían aquí material de prueba de que usted incita a los indios a la sublevación.

—¿Y cómo pude haberlo hecho? Ni siquiera sé hablar tzotzil.

—Hay muchos modos. Su oficio, su misión, se prestan a que usted los aproveche.

—Yo me he ceñido estrictamente al cumplimiento de mi deber.

—¿Sí?

La reticencia de Tovar para admitir la veracidad de sus palabras dio a Ulloa la primera medida de hasta qué punto era desfavorable su situación. Ahora sí estaba seguro de que los finqueros no se detendrían ante nada para lograr que lo inodaran en el delito o que, por lo menos, lo destituyeran de su cargo.

—Para defenderme necesito de una persona versada en leyes. Cuento con usted.

Tovar hizo un gesto ambiguo.

—Yo estaría encantado de servirlo, pero…

De pronto, la excusa a la que el abogado iba a recurrir le pareció innecesaria. Hay hombres que merecen la verdad, pensó mirando conmiserativamente a Ulloa.

—Tomar su caso bajo mi responsabilidad significaría una traición.

—¿A quién?

—A mis colegas. Hay entre nosotros un pacto de caballeros para no intervenir en este proceso.

—¿Y permitir que se consume la injusticia sobre las inocentes? Permítame decirle que la ética profesional de ustedes es muy discutible.

—No son inocentes, ingeniero. Lo que se estaba fraguando en la cueva ha sucedido ya antes. Lea usted nuestra historia: sublevaciones en 1712, en 1862, en 1917. ¿Por qué no ahora? La diferencia está en que los descubrieron oportunamente, antes de que amagaran a Ciudad Real.

—¿De qué está usted hablando?

—De algo que los coletos sabemos mejor que los extranjeros:

cuando los indios se juntan no es para otra cosa sino para hacer daño a los ladinos. En sus fiestas, en sus borracheras, el saldo es siempre algún caxlán herido o muerto, alguna tienda de custitalero incendiada. Basta muy poco para lanzarlos contra nosotros. Y de sobornal viene usted y los azuza con sus prédicas. Tienen miedo. Es natural, porque siempre que han intentado rebelarse lo pagaron muy caro. Por eso recurren a sus supersticiones, a sus brujerías. Como creen que sus ídolos los protegen se lanzan a matar y a destruir. ¡Se olvidan de que nuestro dios es más fuerte y más poderoso que los de ellos!

Tovar había asido con fuerza el crucifijo. Su voz temblaba de indignación cuando prosiguió.

—¡Defenderlos! ¿Defendería usted a quien asesinó a su padre, a quien violó a sus hermanas? ¿Defendería usted a quienes lo han reducido a la miseria?

—¿Es su caso, licenciado?

—¡Es mi caso y el de cualquier otro coleto!

—Que las cosas hayan pasado de esa manera en otras ocasiones no le autoriza a sentenciar que pasarían de la misma manera hoy. La culpabilidad de los indios no puede basarse en profecías.

—Nadie profetiza. Recordamos, eso es todo. Usted no entiende esto.

—¡Aunque lo entienda, no lo acepto!

A Virgilio Tovar acabó por conmoverle una obcecación tan infantil. Miró amigablemente a Ulloa.

—No se meta usted entre las patas de los caballos, ingeniero. ¿Para qué? Es usted joven, tiene una carrera, un porvenir. Es tiempo aún: pida su traslado, renuncie, haga lo que quiera; pero no se quede en Ciudad Real.

Fernando Ulloa no se dejó engañar por el tono de la admonición. Ásperamente dijo:

—Ciudad Real no es ya lo que ustedes creen: el coto cerrado de unos cuantos señores y leguleyos. Ciudad Real es México y en México hay leyes justas y un presidente honesto. ¡No me iré! ¡Yo tampoco traiciono a los míos!

Después, ante los tzotziles, no sabía Fernando de qué manera explicar el fracaso de su gestión sin que padeciera su prestigio. Y no por vanidad. La confianza que en él depositaban los indios era esencial para la buena marcha de sus relaciones. Por fin se decidió a llamar aparte a Pedro.

—Aquí no lograremos que nos oigan, le dijo. Los coletos están decididos a hacer un escarmiento con las mujeres presas. Pero no se

detendrán allí sino que seguirán buscando a “los responsables”. Quieren perjudicarnos a todos nosotros.

—¿Te vas a quejar con el presidente?

Para la ignorancia de Pedro no había hombre ni más de fiar ni más próximo en una coyuntura de esta índole. Fernando sonrió sin burla. No, no acudirían tan lejos. Pero sí a Tuxtla. Allí había autoridades con mano más fuerte que la de los rábulas de Ciudad Real.

En el viaje los acompañó César Santiago, quien, cada vez con mayor insistencia, no cesaba de ponderar —exagerándolas— las sospechas que recaían sobre Fernando y la inutilidad de pretender sincerarse ante los coletos.

—Más valía que les diéramos una lección. Si ellos creen que usted es capaz de levantar a los chamulas…

—Se equivocan.

—Quién sabe. Los indios están muy descontentos y la esperanza de tener tierras los tiene barajustados. Si se aprovechara esta situación para amenazar a los finqueros… ¿Usted cree que van a permitir, por las buenas, que sus propiedades se dividan?

—¿Qué otra cosa pueden hacer?

—Lo que están haciendo ahora: preparar un estado de emergencia que paralice los trámites de dotación de ejidos. Mientras tanto ganan tiempo. Lo malinforman a usted ante sus superiores.

—Aunque me quitaran de aquí. Vendría un sustituto.

—Tal vez sería un hombre manejable.

Fernando permaneció pensativo. El camión en el que viajaban iba dando tumbos por un camino de lodo y piedras. Al lado derecho se abría un despeñadero.

¡Poder! ¿Era cierto que la voluntad de un pueblo estaba en sus manos? ¿Era cierto que con un gesto Fernando Ulloa podía imprimir el rumbo de los acontecimientos? Por un instante lo fascinó esta perspectiva. Poder, sí, y sin remordimientos, porque no iba a renegar ni de su pasado ni de sus ideales; porque no iba a satisfacer ninguna ambición turbia ni a conseguir ninguna ventaja ilícita. ¡Ah, cómo lo usaría! Contra las argucias de los ricos, contra la mala fe de los que ocupaban cargos desde los que se debía defender a los atropellados, a los inermes, a los desvalidos.

Fernando se volvió a ver el rostro de Pedro como buscando que confirmara sus esperanzas. Pero no halló más que la dureza de siempre, el secreto bien guardado por los ojos, las palabras detenidas ante el pliegue de los labios. ¿Cómo aproximarse a esta

raza? Sólo se abre en la embriaguez, en el riesgo, en el cataclismo.

Ya habían pasado el punto más alto del trayecto y de la niebla no quedaban más que jirones deshilachados y dispersos. La llanura se extendía allá abajo, verde, caliente.

—Cuando lleguemos a Tuxtla…

—Confía usted mucho en el gobierno.

César era más joven, más ignorante. ¿Por qué entonces tenía tal seguridad en sus afirmaciones?

—Los gobernadores de Chiapas están acostumbrados a obedecer. El patrón es patrón en su finca y también en Palacio. Allí pisa fuerte, como en todas partes.

César había empleado, evidentemente, una figura retórica. Porque en el Palacio de Gobierno de Tuxtla no se escuchaba más que el tecleo de las ruidosas y antiquísimas máquinas de escribir, los murmullos en las salas de espera, los pasos dóciles de los empleados y las órdenes del gobernador.

Para Fernando Ulloa y sus acompañantes no se hizo esperar. Apoyaba la política agraria del señor presidente de la República en todos los terrenos, dijo. Y el Ejecutivo a su cargo estaba siempre dispuesto a escuchar una queja, a remediar una anomalía. Fernando Ulloa aceptó este recibimiento cordial y esta promesa casi con decepción. Gracias a ella pudo advertir lo que había deseado la indiferencia de las autoridades o su franca parcialidad hacia los finqueros para justificarse a sí mismo en el uso de ese poder que César Santiago le había revelado que poseía.

—Conque ¿cuál es su problema?

El gobernador, un tierracalentano sencillo y benévolo, se reclinó hacia atrás como disponiéndose a oír una relación larga. Ulloa, sin embargo, prefirió ser breve. Hizo un resumen de los datos esenciales y recalcó el sesgo que a la inminente expropiación de fincas querían darle los coletos.

—La cuestión es muy clara —concluyó Fernando—. Como el mismo licenciado Tovar lo reconoció al negarse a tomar nuestra defensa, ningún hombre nacido en Ciudad Real, o ligado a ella por sus intereses, puede ser juez de esta disputa, puesto que todos ellos son parte directamente agraviada. Por lo tanto hemos venido a solicitar una revisión total del caso y que la verifiquen personas capacitadas y sin prejuicios.

El gobernador estuvo de acuerdo en acceder a esta petición.

—Conozco sus mañas y les vamos a dar una sopa de su propio chocolate. Pero —indagó con un asomo de duda—: ¿no existe ningún peligro de sublevación?

La pregunta parecía dirigida especialmente a Pedro. Hacia él se volvieron los ojos de los demás.

—No estaremos conformes, ajwalil, mientras la tierra que nos pertenece la tengan otras manos. Mientras no nos hayan dado un papel que diga quién es el dueño.

El tono de las palabras del indio era comedido pero no alcanzaba a ser conciliador ni mucho menos servil. Salvaguardaba un recurso, el recurso que la desesperación deja a los débiles: la violencia.

Fernando Ulloa quiso borrar esta impresión.

—Acabar con esta inquietud, como usted ve, señor gobernador, es fácil. Basta con que se activen los trámites ya iniciados y que cada ejido reciba sus escrituras de posesión.

El gobernador se puso de pie como para dar fin a la entrevista y sonrió elusivamente.

—Hay que darle tiempo al tiempo.

Los solicitantes no quisieron insistir. Pero su optimismo en la resolución favorable de sus asuntos se fortaleció cuando hubo llegado a Ciudad Real la orden de inmediata soltura para todos los complicados en los sucesos de Tzajal-hemel.

XXII

CUANDO las mujeres de Tzajal-hemel regresaron a su paraje fueron recibidas con júbilo. Habían sido tocadas injustamente por manos de ladino y este hecho las engrandecía. Sobre Catalina volvieron a posarse las antiguas miradas ávidas, furtivas, expectantes de quienes quisieran sondear el misterio. Donadores anónimos llegaron hasta las puertas del jacal recién construido de la ilol para depositar allí manojos de hortalizas, huevos frescos, pollos maniados.

Marcela se servía de esos presentes, contenta de ahuyentar —aunque a medias y provisionalmente— la escasez. Mas para Catalina estos tributos a su poder, estos reconocimientos de su prestigio eran como un aguijón. ¡Ah, cuán dolorosamente la despertaban del marasmo en que cayó durante el último tiempo!

Después del rapto de sus dioses, en los días del cautiverio, la voluntad, el carácter de Catalina fueron aniquilados. Se contemplaba a sí misma, como desde una remotísima atalaya, ir y venir por los caminos; oía, como si no le concerniesen, las órdenes de la escolta, las acusaciones de los testigos, la sentencia del juez. Miraba transcurrir las horas, indiferente a que le trajeran la libertad o la condenación. Y cuando las puertas de la cárcel se abrieron (nunca supo gracias a quién ni le importó) y Catalina fue restituida a su familia y a su casa, no puso de manifiesto ni sorpresa, ni gratitud, ni alegría. Se replegó dentro de sí para que no le doliese la punzadura que ya conocía: el agobio de una responsabilidad, el peso de un destino, la urgencia de una esperanza ajena que se alzaba para exigirle a ella, a la ilol, su realización y su cumplimiento.

Los signos se multiplicaban. Una mañana, al abrir la puerta de su jacal la mujer encontró, reclinados contra las paredes, aguardando, a unos peregrinos que venían desde más allá de las montañas a buscarla. Se inclinaron ante Catalina respetuosamente y permanecieron después sin decir palabra, sin dirigirle una súplica ni una petición. Pero en su silencio se adivinaba una pregunta tenaz, un ¿cuándo?, ¿cuándo? irreductible.

Catalina tendió las manos en un gesto que quería prometer. Pero ella misma tenía ante sí un porvenir oscuro, un horizonte sin respuesta. Retiró las manos antes de que sus dedos tocaran la frente sumisa de los peregrinos.

Cuando Catalina sintió que había recuperado aliento suficiente volvió a pastorear el rebaño. Iba con las ovejas a prados distantes, donde ninguna intrusión humana pudiese perturbar ese momento en que se asomaba a su fondo último, en un afán desesperado por hallar el eco de una voz, el reflejo de un rostro, la memoria de un nombre.

A veces se sorprendía encaminando sus pasos hacia la cueva. Se detenía, como al borde de un peligro, y abandonaba estas veredas que había abierto la fe de su pueblo y que ahora iban cubriéndose, poco a poco, de maleza.

Pero una vez siguió adelante, hasta el fin. Vaciló apenas ante la entrada pero el olor (un olor a cera ardiendo, a flores cortadas, a juncia) la atrajo irresistiblemente hasta el interior.

En el sitio en que antes estuvo el altar se arrodillaban ahora unas mujeres. Un murmullo sordo emanaba de sus bocas. Y de pronto se derramaron en un lamento sostenido, monótono, que después se quebró en palabras: la palabra del desamparo, la del sufrimiento, la de la miseria. Rezaban a unos dioses ausentes, iluminaban el hueco que habían dejado con cirios agonizantes que, sin embargo, no acababan nunca de extinguirse.

Catalina avanzó hasta incorporarse al grupo; quería confundir su ruego con el de las otras pero en cuanto fue reconocida fue dejada sola. Las mujeres se apartaron con esa mezcla de reverencia y temor que suscita todo lo que es sagrado. Catalina intentó ir tras de las que se alejaban, confesarles que había sido desposeída de sus dones y que ya nunca podría hacer nada por nadie, pero las demás se diseminaban ya por los parajes sin oír la voz que dejaron a sus espaldas, apresurándose para compartir con todos la noticia que inflamaría los ánimos.

Catalina permaneció en la cueva. Una agitación súbita remplaza a su antigua inercia. ¿Por qué cruzar los brazos? ¿Por qué callar? ¿Por qué no enfrentarse a lo ineludible? De pronto los obstáculos carecían de consistencia y todo estaba a su alcance. Pero la excitación fue desvaneciéndose sin hallar un modo de expresarse, un acto en el cual desembocar. Y Catalina se quedó, horas y horas, en la cueva, sin atinar a irse, sin encontrar un motivo para seguir allí. Un gran estupor la paralizaba. Y en la penumbra perdió la noción del tiempo transcurrido. Pedro y Marcela tuvieron que salir

a buscarla al día siguiente.

Pedro le reprochó con acritud su extravío. Pero mientras Catalina escuchaba, con la cabeza baja y los labios inmóviles, el marido acechaba la señal que viniera a dar bulto a su sospecha de que los dioses no habían muerto, de que su culto iba a reanudarse y de que el pueblo chamula no había sido, una vez más, defraudado.

A Catalina no le era posible ofrecer nada, ni siquiera a sí misma, en cuyo interior rastreaba pistas falsas, como un animal de presa famélico.

Después de aquella ocasión regresó a la cueva una vez, muchas veces. Solía quedarse allí, en la oscuridad, respirando ese aire malsano que poblaba de delirios sus sentidos. Se tendía de bruces sobre el suelo, el mismo suelo que en días más dichosos había hollado la multitud, y se sentía morir. Aflojaba las manos para soltar todos los propósitos a los que estaba asida; espantaba de su mente los recuerdos; apaciguaba su corazón borrando de él la llaga del amor, la mordedura de los celos, el pus del desprecio. Se quedaba vacía para dar acogimiento a la revelación.

Y nada sucedía. Ni una vislumbre, ni un hallazgo. La ilol regresaba a la rutina opaca tan pobre y desesperada como antes.

Sin embargo, algo estaba gestándose. No lo advirtió ni su corazón ni su cabeza. Fueron sus manos, más ciegas, más humildes, pero más obedientes, las que empezaron a buscar a tientas una materia para palpar la forma que ya habían presentido.

¿Cómo tener presente otra vez la imagen esfumada de los ídolos? Cada hora, cada día pasaban, cumpliendo su tarea de tachar un rasgo de aquellas facciones, de trastrocar una expresión, de confundir un atributo. Y Catalina, ansiando detener esa corriente, hundió las manos en el barro y allí la punta de sus dedos fue imprimiendo lo que le dictaba una memoria imprecisa, contradictoria, infiel.

El fracaso de sus tentativas la hizo encarnizarse con su trabajo. Una y otra vez rompió las figuras grotescas que modelaba. Una y otra vez desechó esos trozos casi informes de arcilla. Y siempre respiraba aliviada, como si hubiera hecho a un lado un estorbo y ahora la senda estuviese más despejada, más fácil de transitar.

La fiebre, la fiebre de los días de plenitud, volvió a poseerla. Pero ahora ya no la golpeaba como el viento encerrado sino que la erguía en el esfuerzo, la iluminaba en la concepción, la sostenía en la inconformidad. Y no fue descanso lo que tuvo Catalina cuando, al fin, la obra de sus manos correspondió —aunque imperfectamente — a las exigencias de su memoria. No fue descanso sino un frenesí,

ese jadeo de la hembra que está a punto de dar a luz.

Salió de la cueva buscando a quien hablar por los caminos; halló pastoras atónitas que no comprendían su mensaje entrecortado y confuso; halló leñadores a quienes hizo más liviano el peso de su carga; halló a los que volvían de comerciar con Jobel y su noticia apresuró los pasos del regreso a los parajes, congregó a las familias alrededor del fuego, dio pábulo a la conversación hasta la alta noche.

Cuando Catalina llegó a su jacal ya Pedro se había enterado, por otras bocas, de que los dioses estaban de nuevo en su sitio. No se alegraba tan fácilmente como los demás. ¿Para qué regresan?, se decía. Nosotros no sabemos adorarlos, no podemos defenderlos. Vienen únicamente a colocarnos ante la cólera del caxlán, vienen a azuzar contra nosotros a nuestros enemigos. Pero entre el hombre y el dios, pensaba Pedro, la mujer no es más que un instrumento sin conciencia. Por eso Catalina se abandonaba a la fascinación del milagro, sin ver el abismo que se abría más allá.

Ay, si pudiera dejar caer sobre su oreja una palabra, una sola palabra, mientras dormía. ¡Y si esa palabra llegase a ser depositada en el altar, para que la recogieran los ídolos!

Pedro se inclinó sobre el sueño de su mujer y, lentamente, fue pronunciando la única oración que sabía:

—La tierra, Catalina. Diles que nos devuelvan la tierra. Si nos piden la sangre, si nos piden la vida se las daremos. Pero que nos devuelvan la tierra.

Un escalofrío sacudió el cuerpo de la ilol que se tapó la oreja con la mano. Pedro se retiró de allí, seguro de que había sido escuchado.

Pero Catalina, aún despierta, no le había prestado atención. Soñaba lo que iba a venir. Las largas peregrinaciones de suplicantes llenando los caminos con música de acordeón y sones de arpa; las gruesas velas de cera ahuyentando, día y noche, las tinieblas de los recintos sagrados; el humo del copal quebrando los sentidos de la sacerdotisa hasta dejar libre cauce a la profecía. Y después el cuerpo, el propio cuerpo que se desploma como un fruto exprimido; la paulatina recuperación de las potencias; la mirada que descubre, poco a poco, un alrededor de caras maravilladas, de manos prontas, de oídos dóciles. Otra vez, entre su pueblo y ella, no había desgarradura. Catalina lo volvía a tomar de la mano, como a un niño, para conducirlo.

XXIII

CUANDO Teresa Entzín López huyó de casa de Leonardo Cifuentes (la fuga de un animal que ha dejado de ser útil y que se esconde buscando un sitio para acabar) no supo dónde ir. Los primeros pasos por las calles de la ciudad —una ciudad que había dejado de pertenecerle puesto que ya no contaba con el respaldo de sus amos— fueron vacilantes. No podía pensar en la posibilidad de acomodarse con otra familia coleta porque la servidumbre en ella había tomado forma de fidelidad. Tampoco estaba muy segura de querer regresar con los indios pero, por falta de una alternativa mejor, se dirigió al mercado donde, acabadas las transacciones, los vendedores chamulas se disponían a volver a sus parajes.

Teresa se unió a un grupo de mujeres. Se insinuaba en silencio, con humildad, para disipar el gesto de desconfianza con que la acogieron. Como ella no llevaba ningún cargamento supo hacerse agradable ayudando a las otras a transportar los suyos. Esa primera noche durmió arrimada al rescoldo de unos desconocidos y cuando le preguntaron de dónde venía y quién era contó una historia de años de secuestro en casa de unos ricos de Jobel, habló de malos tratos y de amenazas. Los demás la creyeron. ¿Qué de raro había en lo sucedido? Y a cambio de que trabajara en el jacal y en la milpa, vino a formar parte de la familia del "pasado" martoma Rosendo Gómez Oso, en el paraje de Majomut.

A Teresa el cambio brusco de perspectiva (de abajo hacia arriba en Jobel y ahora, repentinamente, en un plano de equilibrio) la hizo observadora. Escuchaba, primero con curiosidad y después con fastidio, las inacabables disputas entre el martoma y su mujer, Felipa. El motivo siempre era, al principio, insignificante. Pero luego iba creciendo como un remolino, atrayendo a su centro los hechos más dispersos y terminando en una catástrofe final; golpiza y borrachera, en la que se mencionaba con frecuencia el nombre de una muchacha a la que Teresa no había conocido —Marcela— y las circunstancias adversas de su matrimonio.

Con mayores precauciones, como para que Teresa no se

enterara, surgía también a veces la figura de Catalina Díaz Puiljá, a la que, según Felipa, se debían todas las desgracias de su casa. Rosendo procuraba aplacarla recomendándole que fuera prudente si no quería que esas desgracias aumentaran, ahora que Catalina había adquirido tan gran poder. Pero Felipa no se amilanaba. Todos esos cuentos de la aparición de unos dioses en una cueva, decía, no eran más que mentiras, patrañas como las que siempre había usado Catalina para imponer a los otros su voluntad por el terror. Mas a ella, a Felipa, ¿qué daño podía hacerle ya? No temía a la muerte, ni a la propia ni a la de los suyos, decía mirando malignamente a Rosendo. Y éste, que aún quería vivir, y que disfrutaba de la embriaguez en la que se sentía importante y respetado, no hallaba otro modo de callar las irreverencias de su mujer más que con un golpe. Lograba disminuir el volumen de aquella voz pero Felipa seguía refunfuñando ante ese hombre cobarde que había cedido a su hija Marcela por nada.

Cuando, terminadas las rudas faenas del día, Teresa se acostaba junto al fogón semiextinguido, el sueño tardaba en cerrarle los párpados. La miseria en la que había venido a caer la hacía recordar, con un secreto orgullo, con un velado sentimiento de superioridad, la casa de los Cifuentes. La alfombra del costurero, se decía, rememorando la blandura, la tibieza en la que tantas veces se regocijaron sus pies. Y, hecha un ovillo para calentarse, Teresa murmuraba en castilla los nombres de las cosas por las que sentía nostalgia: las macetas del corredor, la aldaba de la puerta de calle, las lajas donde lavaba ropa, el estrado en el que dormía. Nunca murmuró el nombre de Idolina.

Porque cuando un hijo se pierde (ay, mil veces preferible verlo muerto que en manos de una intrusa, de una ladrona como esa Julia Acevedo) no se puede hablar. Sobre el lomo de la bestia caen los golpes de un amo al que se teme, al que no se conoce. Y la bestia se azora y sufre y corre para escapar y es perseguida y alcanzada y sujeta de nuevo al castigo. Y la bestia no se queja porque no sabe.

Conforme pasaban las semanas Teresa iba descubriendo dentro de sí un vacío que no se llenaba ni con los recuerdos amables ni con el trabajo agobiador del presente. Si decía algo —¿qué se podía decir a este Rosendo siempre inconsciente por el alcohol, a esta Felipa gemebunda y agria?—, aun la palabra más pequeña, la más insignificante le parecía un desperdicio. Porque no era escuchada por Idolina.

Idolina. ¿Quién le llevará, temprano, con la primera campanada de la misa primera, su café con pan? Le gustaban las rosquillas

chujas, la cazueleja, el molde de yema. Y ella, su nana, escogía los más dorados, los más tiernos para dárselos. Era la única hora en que Idolina comía. Porque después, cuando ya todos los habitantes de la casa estaban despiertos y la puerta de su recámara sin pasador y su madre y su padrastro pudiendo entrar de improviso, a Idolina se le quitaba el hambre. Picoteaba aquí y allá para no exponerse a las reprimendas de los mayores. Pero no se llevaba a la boca nada consistente, nada que enrojeciera la sangre ni que fortaleciera el cuerpo. Sólo en los últimos tiempos, cuando llegaba Julia…

Teresa quería rechazar esta imagen. Pero *la Alazana* se imponía, sonriente, enérgica, obligando a Idolina a obedecerla en todo. Teresa acababa por dormirse pero en sus sueños aparecían, de pronto, enemigos, rostros crispados por el odio, puños, velocidad y fuerza que la hacían su víctima.

No era ella la única en sufrir así. Ahora, desde el incendio de los jacales de Tzajal-hemel y la prisión de Catalina y las otras mujeres, todos temblaban. Cuando el ladino se acuerda del indio es para acabarlo. Y cada uno esperaba su turno con una especie de sombrío fatalismo que sólo en Felipa se transformaba en una rebeldía frenética, en un apasionado reproche contra la culpable de las amenazas que se cernían sobre Chamula, contra Catalina.

Una tarde, mientras acarreaba leña, Teresa se apartó del camino y se sentó a llorar sobre su carga. No podía más. El trabajo la fatigaba hasta el aniquilamiento. ¿Y para qué trabajaba? Para tener un techo bajo del cual cobijarse, una tortilla con sal que comer. No valía la pena seguir viviendo. Porque ninguno la necesitaba realmente. La invalidez transitoria del “pasado” martoma Rosendo, producida siempre por el trago, era repugnante. Y Felipa, a pesar de sus achaques y de sus quejas, era una mujer robusta y capaz. Teresa pensó en ambos con rencor. No podía tenerles piedad. Pero la piedad, sin objeto desde que se apartó de Idolina, resonaba siempre en su interior como el agua en un cántaro. Y, a veces, como hoy, el cántaro, de tan lleno, rebalsaba.

¿Por qué no volver a Ciudad Real? Este pensamiento cruzó como un relámpago por la mente de Teresa. Entrar a mediodía, cuando las puertas de las casas estaban abiertas de par en par. Ir, con los pies descalzos, silenciosamente, por los corredores. Llegar hasta el cuarto de Idolina. ¿Estaría allí? Ahora que ya podía caminar acostumbraba dar largos paseos por las afueras con Julia. No, Teresa no encontraría a Idolina. Ni siquiera llegaría a su cuarto, ni a su casa, porque los chamulas no se atrevían a bajar a Jobel ahora que la furia de los ladinos estaba desencadenada.

Secándose las lágrimas con el dorso de la mano, Teresa se puso de pie. El fardo de leña le fue más liviano ahora que acababa de verificar que su desgracia era irrevocable.

Al llegar al jacal Teresa se encontró con que el "pasado" martoma Rosendo Gómez Oso se había puesto su chamarro de gala y que Felipa hacía los preparativos para partir.

—¿Adónde van? —preguntó extrañada.

—A Tzajal-hemel —repuso con aire triunfante Rosendo—. Nuestra comadre, Catalina Díaz Puiljá, ha regresado.

—¡Comadre! —interrumpió desdeñosamente Felipa—. ¿Cuánto dinero recibiste por entregarle a Marcela?

—Es una ilol. Ni los mismos ladinos pudieron dominarla. Estaba en la cárcel y de repente ninguno de los guardianes pudo mantener cerradas las puertas. Y nuestra comadre Catalina y las otras mujeres que estaban presas salieron volando hasta su paraje. ¿Y así te la querías echar de enemiga? Tiene mucha fuerza de ilol.

Felipa soltó una carcajada desafiante.

—¡Fuerza! ¡Ni siquiera un hijo ha podido tener!

—¿Y qué son esos santos que le nacieron en la cueva?

Felipa inclinó la cabeza, momentáneamente vencida. Había oído hablar de esos santos. Que eran milagrosos, que protegían a los débiles, que curaban a los enfermos, que aconsejaban a los descarriados. Pero los quería ver con sus propios ojos, palparlos. No, a Felipa no era tan fácil engañarla.

—Dicen —prosiguió el "pasado" martoma aturdido por la repentina victoria sobre su mujer—, dicen que cuando los santos nacieron la ilol estaba sucia de barro y no de sangre, como las otras hembras. Y que los santos nacieron ya de la edad que tienen.

—¡Ave María Purísima!

Esta exclamación, tan usada por las criadas ladinas de Ciudad Real, acudió naturalmente a los labios de Teresa. Rosendo y su mujer la miraron con un fulgor de alarma. ¿Qué había dicho, que ellos no entendían?

—¿No vas con nosotros? —preguntó Felipa.

Teresa asintió. Tenía miedo de quedarse sola; miedo de que la consideraran distinta; miedo de ser acusada de traición.

El grupo se puso en marcha rumbo a Tzajal-hemel. Cuando llegaron a la cueva no les fue fácil entrar. La gente se aglomeraba, como en otros tiempos, por todas partes. Estaban excitados y ansiosos. Se había corrido la voz de que Catalina Díaz Puiljá iba a aparecer.

A codazos y empujones el "pasado" martoma, Felipa y Teresa

lograron abrirse paso hasta el interior. En el fondo, rodeado de sahumerios y velas prendidas, estaba el altar cubierto por una sábana de Guatemala. A Teresa el espectáculo la decepcionó. Había esperado un despliegue de riquezas y ofrendas pero esto era más pobre que la más pobre ermita de rancho.

Contrastando con la desnudez del santuario hizo su aparición Catalina, pesada de adornos, hierática como un cadáver, sostenida en los flancos por mujeres de su séquito. Se colocó dando la espalda al altar, ante el que no hizo ninguna genuflexión. Los ídolos que allí se adoraban ¿no eran acaso criaturas suyas, hijos suyos? No, no les temía. Había establecido con ellos un trato de igual a igual. En ese trato cada uno ponía las condiciones que le convinieran y exigía el precio que fuera justo. Ellos, sí, miraban dentro de las entrañas del tiempo y si apretaban el mundo entre sus dedos podían desbaratarlo. Pero sin Catalina, al través de la cual se habían manifestado, sin ella, que les servía de intérprete, ¿a qué iban a quedar reducidos? De nuevo a la invisibilidad, a la mudez.

Catalina se enfrentó sin espanto a la multitud. Rebaño dócil, pero ¡qué pronto a dispersarse ante la menor señal de peligro! ¡Qué pronto a renegar!

Teresa Entzín López observaba los lentos ademanes de la sacerdotisa, oía su voz grave y sin modulaciones.

—Los santos no están contentos. Lo mismo que el ganado quieren lamer su sal para estar más fuertes. Y no hay sal. Ninguno tiene dinero, ninguno quiere hacer el sacrificio de traer las velas y el pom.

En algún sitio alguien se puso a sollozar.

XXIV

TERESA se acostumbró pronto a la salmodia de esa mujer cuyo rostro parecía de piedra. Dejó de oír; comenzó a mirar a su alrededor. La gente suspiraba con estrépito, como para ser advertida, se lamentaba para disculparse. Aun la misma Felipa, tan hostil contra Catalina, había caído bajo su fascinación y ahora rivalizaba con las demás en dar muestras de arrepentimiento y de compunción. Teresa la miraba con el asombro de quien se siente al margen de una corriente que va arrastrando a todos, cada vez con mayor violencia, hacia un rumbo desconocido.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —se preguntó de pronto Teresa con un disgusto que husmeaba, para cebarse, el olor de los cuerpos apiñados, de las flores marchitas, de la cera en combustión.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —y repentinamente la invadió una nostalgia de gentes blancas, de palabras españolas, de espacios libres.

Si esta mujer que nos reclama deberes, razonaba Teresa, fuera verdaderamente capaz de hacer algo, yo no estaría aquí sino con Idolina.

Cuando el "pasado" martoma y su mujer abandonaron la cueva iban conmovidos y borrachos. A cierta distancia, una distancia que ya no quería disminuir, los seguía Teresa. Los esposos se paraban cada vez que el viejo, tambaleante, requería el apoyo de Felipa para continuar caminando. Teresa se burlaba de los torpes esfuerzos del viejo por conservar el equilibrio, por avanzar. Y no esbozaba ningún gesto de ayuda, ningún ademán de comedimiento. Le parecía indigno y humillante servir a un indio.

Al jacal Teresa entró únicamente para recoger sus cosas: un rebozo, un pequeño envoltorio de trapos. Felipa no se daba cuenta de los manejos de su huéspeda sumida, como estaba, en la embriaguez.

Nítidamente, cuidando de no rozar ningún objeto ni con la orilla de su ropa, Teresa dio los últimos pasos en el jacal. Colocó la escudilla en que comía, reluciente de limpia, sobre un estante. Y

luego se fue.

En el camino iba pensando cómo la recibirían los Cifuentes. ¿La habría extrañado Idolina? Con qué gratitud aguardaba una sonrisa de alegría. Pero sin confiar mucho en ella. Lo que sí tenía como seguro eran los reproches de Isabel, acaso esa breve bofetada que daba fin a sus arrebatos de malhumor.

¿Y si no la acogían? Teresa quedó paralizada ante esta posibilidad. Pero luego se repuso y continuó caminando, atenta a las piedras que debía esquivar, a los charcos de lodo, a las espinas. Ya no pensaba.

En Ciudad Real los ánimos se habían calmado y un indio era visto por los caxlanes con la misma indiferencia despectiva de antes, pero ya no con encono, con miedo. Había dejado de ser un signo de peligro.

Teresa atravesó las primeras calles sin que ninguno le concediera muestra especial de atención. Tal vez una señora con la que se cruzó (y a la que había conocido en casa de sus patrones) dibujó la mitad de esa sonrisa distraída que se dirige al mueble que siempre está allí.

Teresa entró en el zaguán de la casa de sus amos pegándose a la pared para no ser advertida. Pero su llegada a la cocina causó tal alboroto entre la servidumbre que forzosamente hubo de enterarse Isabel.

Isabel apareció furiosa. ¡Haberla dejado así, sin avisar siquiera, una india desgraciada, revestida, a la que hizo tantos favores! Y escogió bien el momento para hacer daño, como todos los de su raza. Precisamente cuando se le necesitaba más porque una salera se había ido y la mujer que lavaba la ropa tampoco se daba abasto. Precisamente entonces a Teresa se le ocurrió salir con su domingo siete. Pero en fin, muy merecido se lo tenía ella, Isabel, por haber esperado gratitud de una india. Teresa lloraba de arrepentimiento y prometía no volverlo a hacer. Había estado loca, alguien le echó un maleficio, porque de otra manera no se explicaba el arranque de irse. Y mientras hablaba, entrecortándose con un acecido que quería imitar el sollozo, se excitaba las lágrimas frotándose los ojos con la punta del tápalo.

Isabel se dejaba ablandar. Después de todo ¿qué más da que sirva ésta o la otra? Por lo menos a Teresa ya le conocía las mañas. Y por otra parte era segura, servicial. Después del escarmiento al que iba a someterla no le quedarían intenciones de saltar nuevamente las trancas.

Desde esa noche le dieron a Teresa, como ración de cena, una

tortilla fría (porque no va a desperdiciarse el carbón en consentir indias alebrestadas) y unos tragos de café, también sin calentar. Teresa masticaba el bocado duro, triste porque aún no había podido ver a Idolina que se encontraba ausente, visitando a *la Alazana.*

Idolina regresó tarde y de buen humor. Cuando descubrió que la que iba a ayudarla a desvestirse era Teresa la abrazó efusivamente, aunque con una efusividad que nacía de otras causas y que estaba dirigida a otras personas.

Teresa no dejó de sentir lo que de distancia había en ese abrazo pero cerró los ojos para no ver a esta muchacha extraña, que se movía con soltura —como si jamás hubiera estado enferma— y que charlaba sin cesar de sucedidos y cosas que Teresa no conocía. Y cuando llegó el momento de dormir Teresa permaneció largo rato, con los ojos abiertos en la oscuridad, haciéndose la misma pregunta que en la cueva: ¿qué tengo yo que hacer aquí?

Los días subsiguientes la ayudaron a instalarse en la rutina. Carecía de tiempo para reflexionar, y en la noche, al acostarse, caía rendida sobre el suelo, porque su antiguo estrado servía ahora a una criada que siempre se lo había envidiado.

Teresa acechaba las breves estancias de Idolina en la casa pero, además de su brevedad, estaban tan llenas ya del proyecto y los preparativos de salir nuevamente que no era posible cruzar más palabras que una orden, una recomendación o una señal de acatamiento. ¡Qué distinta esta Idolina presurosa, inquieta, arrebolada de excitación, de aquella otra, inerte, a la que agotaba el esfuerzo para cambiar de postura en el lecho!

Pero las personas que vamos siendo sucesivamente no se pierden jamás, no se entierran. Sobreviven, se esconden y en cuanto un resquicio favorable se les abre, asoman otra vez a la escena y se instalan en el sitio de honor.

Un día lluvioso Idolina amaneció cansada y no quiso levantarse. Teresa, como en los viejos tiempos, prendió el brasero y se arrodilló en un ángulo de la habitación.

—Cuéntame un cuento, nana —pidió indolentemente la muchacha.

Y Teresa, que estaba llena de relatos maravillosos, no quería contar más que lo que la otra no le había preguntado: lo que hizo durante los meses que abandonó la casa.

Teresa comenzó a hablar. Idolina se distraía con el tamborileo del agua contra los tejados y los vidrios y apenas atendía alguna frase inconexa de la narración. Teresa hizo un esfuerzo desesperado para ser oída por la muchacha y, al llegar al punto en que,

acompañando a Rosendo y a Felipa, llegaba hasta la cueva de Tzajal-hemel, aseguró que la ilol se había dirigido a ella (como si hubiera reconocido bajo su aspecto insignificante a una canán muy poderosa) para decirle que las promesas de la ceniza serían cumplidas. Ya había sanado su niña. Ahora sólo faltaba que murieran el padrastro y la madre para que fuera libre.

Idolina se irguió para contemplar severamente a su nana.

—¡No mientas!

Teresa se santiguaba la boca e Idolina volvió a dejarse caer sobre las almohadas.

—¿Cuándo dejará de llover? —dijo mirando con impaciencia la vidriera.

—Si te vas ¿me llevas contigo? —quiso saber la nana.

Idolina hizo un gesto de asentimiento. Pero ¿adónde iba a ir? ¿Qué tendría que abandonar? De pronto la sacudió un escalofrío de miedo. Necesitaba hablar con Julia.

—Busca un paraguas. Vamos a salir.

Idolina estaba ya de pie, comenzando a vestirse.

Ama y criada caminaron por las calles desiertas, buscando en cada esquina un vado entre el torrente de lodo, agua sucia y desperdicios. *La Alazana* tuvo que cambiar las medias empapadas de Idolina por otras secas. La india fue a calentarse al fogón.

Mientras se dejaba asistir por su amiga, Idolina sonreía, saboreando de antemano el suculento bocado que ambas iban a compartir. ¡A ver si ahora Julia se atrevía a burlarse de ella diciéndole que era una niña, que ignoraba todo lo del mundo y que la hastiaba con sus conversaciones! Iba a admirarse, sí, de que ella conociera los secretos de esos indios a los que la extranjera veía siempre como remotos e inaccesibles.

Pero cuando Idolina transmitió a Julia el relato de Teresa, Julia no se admiró. Se le dilataron los ojos de asombro.

—Así que han vuelto a las andadas.

¿Lo sabía Fernando? ¿Por qué no la puso al tanto? ¿Quería encubrir a los chamulas? ¿O traicionarla a ella?

Me odia, pensó Julia amargamente. No quiere conservar nada de lo que yo he conseguido.

Miraba a su alrededor, con la agudeza dolorosa de las despedidas. La amplitud, la solidez de este cuarto, uno entre los muchos de los que disponía en su casa. El arreglo, en el que se aliaban la riqueza y el gusto. El poder de mandar a una servidumbre incondicional, sumisa. La seguridad de tener más dinero que necesidades. El prestigio de ser esposa de funcionario y

amante de finquero. Había encontrado en Ciudad Real el término de una peregrinación azarosa que no quería volver a reanudar. ¡Y esta niña estúpida se le abrazaba al cuello, instándola para que se marchasen pronto, porque ella no podía, de veras no podía, seguir viviendo al lado de su familia, ni en ese pueblo, ni…!

Julia pasó la mano sobre la cabeza de Idolina para calmarla.

—Ya verás cómo todo resultará bien.

Pero tenía miedo. Y esa noche, cuando llegó a visitarla Leonardo, le contó lo de la cueva de Tzajal-hemel.

XXV

LEONARDO hizo preguntas, quería detalles. Y Julia los inventó. Mientras más cuidaba ella de apartar las sospechas de Fernando, más pensaba él en confidencias imprudentes, en secretos mal guardados. Fingía creerla para enriquecer sus informes y le agradeció el aviso con la promesa de unas arracadas de oro que a *la Alazana* se le habían antojado al ir de paseo por el barrio de los plateros.

Al terminar su entrevista Leonardo se encaminó al Palacio Episcopal. Necesitaba un consejo antes de poner los hechos en conocimiento de las autoridades civiles. Su Ilustrísima clamó paciencia al cielo cuando supo que de nada había servido el escarmiento hecho con la prisión de las indias. Los chamulas, a más de ser contumaces, se sentían ahora fortalecidos por la impunidad que públicamente les garantizaba el gobierno.

—Ya lo dicen las Escrituras —concluyó don Alfonso—. Hay tiempos de acometer y tiempos de retirar.

—Exactamente —abundó Leonardo—. Es tiempo de acometer, ahora.

—¿Cómo? A los ojos del gobernador apareceríamos como provocadores y desencadenaría contra la Iglesia una persecución igual a la de Tabasco. Ha estado buscando pretextos y si ahora le proporcionamos uno…

—Su Ilustrísima —le reprochó suavemente Leonardo—, no parece usted coleto.

—No lo soy.

El anciano estaba exhumando un origen extranjero, una formación distinta, unas costumbres diferentes para eludir su solidaridad con un pueblo al que se había asimilado desde muchos años antes.

—El pastor debe vigilar a sus ovejas. Sin embargo, el rebaño de Chamula está mostrenco. He visto al cura Manuel Mandujano por todas partes, menos en su parroquia.

—Tiene derecho a descansar. Y yo estoy meditando sobre la conveniencia de reponerlo en su cargo. Manuel es un hombre de

índole muy violenta y ha olfateado en San Juan, lo mismo que usted, que todos, una presa política.

Leonardo hizo un gesto de alarma.

—¿Y quién va a sustituirlo? ¿Un blando? ¿Un miedoso? Entre los indios se necesita alguien que sepa llevar las riendas, alguien que sea capaz de enfrentarse a Ulloa.

Don Alfonso Cañaveral acabó por acceder. ¿Cómo iba a arreglárselas él, pobre perro viejo, entre tanto mastín ladrador? Pero quiso esgrimir, todavía un momento, el arma que lo había hecho fuerte en su juventud y en su madurez e impuso una condición.

—Que de lo que hemos hablado aquí, Leonardo, no se entere nadie. Como si fuera sigilo confesional.

—¿Ni los finqueros, monseñor? Deben estar sobre aviso. Serían los primeros perjudicados en caso de que estallara un alzamiento.

—El alzamiento estallará si cunde el pánico. ¡Nadie, he dicho! Escoja usted: si recurre a mí es porque quiere que tengamos la fiesta en paz. Si lo que busca es ejercer una represalia contra Fernando Ulloa o contra la gente de Tzajal-hemel, vaya a la presidencia municipal, convoque a los síndicos y regidores, ponga en pie de guerra al pueblo. ¡Es muy fácil atemorizarlos porque todos, quién más, quién menos, tienen la conciencia culpable! Y usted sabe cómo se maneja a esta gente. Basta un grito, un rumor y ya están, sus dichosos finqueros, abalanzándose a las escopetas, escondiendo a sus mujeres en los aljibes y desvanes, enterrando en los traspatios su dinero.

Leonardo rió, divertido por la descripción de la escena, e hizo un gesto como para borrarla. Don Alfonso Cañaveral se había reclinado contra el respaldo de su silla. Respiraba con dificultad.

—Estoy dispuesto a guardar el secreto, monseñor. Pero yo también pongo mis condiciones.

—¿Cuáles?

—Una que vale por muchas: que el cura que vaya a San Juan sea Manuel Mandujano.

—¿Por qué?

—Conoce el terreno.

El argumento era inobjetable y el obispo tuvo que aceptarlo. Con lo que la entrevista tuvo un desenlace cordial que no se vislumbraba al principio. Leonardo abandonó el Palacio Episcopal de buen humor. Esta vez, reflexionaba, cumpliría con su promesa. Era contraproducente echar las campanas a vuelo antes de que el fruto hubiera madurado. Se repetiría, paso por paso, la historia que

acababa de suceder. Y no iba a lograrse nada más que los indios se envalentonaran y nadie pudiera detenerlos cuando exigieran el desmembramiento de las haciendas en favor de sus comunidades. En cambio, si manejaban con tino la situación…

Manuel Mandujano se había cansado de pasear su triunfo por las sacristías y las tertulias devotas cuando le llegó la orden de partir a San Juan. Fue oportuna, porque él temía que sus laureles se marchitaran en la inacción y porque había notado ya que decaía el interés sobre el momentáneo peligro que había arrostrado la ciudad. Ahora se hablaba, con la misma pasión de antes, de pleitos por herencias, de niños recién nacidos hallados en algún albañal y de aquella conseja de los hermanos que vivían amancebados y fueron hasta Roma a ver si el Santo Padre…

Don Alfonso Cañaveral recomendó tacto al joven sacerdote, ánimo conciliador; recordó la parábola del hijo pródigo, esta vez aplicada a Tzajal-hemel, mientras el caballo en el que iba a partir piafaba de impaciencia en el establo.

Manuel decía sí, sí, a todo. Estaba decidido a que su ausencia de Ciudad Real sería breve y su regreso nuevamente espectacular. Por unos cuantos días de estancia en Chamula no era preciso molestar a Benita. Así que la dejó instalada en una casa amplia, cuyos corredores se llenaron pronto de macetas y jaulas de pájaros. Para que la hermana se entretuviera y no suspirara demasiado por el ausente.

—…Y no los condenes porque ahora son idólatras. Es la ignorancia, el desamparo. Sírveles de consuelo tú, que sientan, al través de tu ministerio, que nuestra Iglesia los acoge y los protege.

Mandujano asentía, ya sin oír. Con sus dedos atormentaba el fuete con que iba a hostigar a su cabalgadura. El fuete que levantó en la cueva de Tzajal-hemel y que no pudo descargar porque Catalina se interpuso entre él y los ídolos y se lo arrebató.

El padre Mandujano quiso castigar a la ilol pero unos hombres lo sujetaron por la espalda. Catalina quebró el fuete contra sus rodillas y esto fue como una señal. Algunos con palos, otros con machetes y los demás provistos con piedras, todos se abalanzaron contra el padre Manuel. Cuando se fueron de allí no quedaba más que una masa asquerosa de huesos y de sangre. El sacristán que lo acompañaba, Xaw Ramírez Paciencia, se salvó de milagro.

XXVI

XAW RAMÍREZ PACIENCIA tenía miedo. Desde su regreso a San Juan, solo (porque el padre Manuel tenía todavía asuntos que resolver en Ciudad Real), no veía a su alrededor más que rostros inexpresivos, reverencias forzadas. Y Xaw necesitaba del respeto, de la simpatía de su gente. No estaba acostumbrado a que lo temieran y mucho menos a que lo odiaran. Desde el malhadado arribo del padre Manuel a Chamula, algo muy parecido al temor y al odio había ido separando cada vez más a Xaw de su tribu.

El sacristán había dado en beber para disipar su disgusto. Bebía con los mayordomos de los santos, en las ceremonias sagradas que se reanudaron con la ausencia del sacerdote. Pero ya ni en el alcohol encontraba palabras para hacerse entender de los demás.

Luego los mayordomos descuidaron sus cargos. Las sartas de tecolúmates se marchitaban en los altares y la juncia había adquirido el color amarillento, la consistencia reseca y quebradiza de cuando va a morir.

Xaw comprendió que algo estaba pasando. No quiso preguntar qué pues nadie le hubiera respondido. Y le bastaba mirar el rumbo que seguían las peregrinaciones: el paraje de Tzajal-hemel.

Xaw siguió bebiendo, ahora ya sin compañía. Tocaba las campanas parroquiales a deshora, cuando la angustia se le volvía intolerable y le era preciso desatar un ruido estrepitoso para que se rompiera el silencio de mal agüero.

Cuando el padre Manuel regresó a San Juan, Xaw no supo si alegrarse o huir. Quiso convencerlo de que desmontara del caballo, de que descansara un momento en la sacristía. Pero el padre Manuel tenía prisa. Y a las entrecortadas recomendaciones del sacristán respondió con un amistoso toquecito de su fuete. ¿Qué podía temer? Lo acompañaban varios hombres armados, entre ellos Rubén Martínez, quienes para protegerlo (y a escondidas de don Alfonso Cañaveral) le habían sido proporcionados por Leonardo Cifuentes.

Xaw hubiera preferido quedarse en San Juan pero la comitiva

reclamaba a alguien que los guiase y él tuvo que ir, adelante de todos, rumbo a Tzajal-hemel.

No entró en la cueva. Permaneció afuera, hurtándose a las miradas, atento a lo que iba a suceder. Cuando escuchó el primer grito y supo que los caídos eran los caxlanes, corrió sin parar hasta Jobel, buscando las veredas más escondidas, las menos transitadas, ocultándose tras los arbustos cuando oía que se aproximaban pasos humanos.

Llegó al Palacio Episcopal jadeante de fatiga y los criados, que ya lo conocían del viaje anterior, lo dejaron entrar. Los asustó el desorden de su rostro, el pánico de su mirada y, aunque no lo hubiera pedido (porque aún era incapaz de hablar), lo condujeron hasta la presencia de Su Ilustrísima.

Don Alfonso no entendía nada de aquel relato deshilvanado, dicho mitad en tzotzil y el resto en un español inseguro. Pero poco a poco se le fue contagiando el escalofrío aterrorizado de su interlocutor y, sacudiéndolo con violencia por los hombros, pudo enterarse de que el padre Manuel y sus acompañantes (¿cuáles acompañantes?) habían sido asesinados en Tzajal-hemel.

Doña Cristina, el ama de llaves, y otras criadas de menor rango que escuchaban tras de las puertas, se dispersaron al enterarse de la noticia. Una corrió al fogón a preparar los draques que serían necesarios; otra sacó de la alacena tazas y cucharillas. Y no faltó quien se lanzara a la calle, con cualquier pretexto, para propalar lo que acababa de saber.

Don Alfonso medía la habitación con pasos lentos y vacilantes. No le importaba abandonarse así a su desconcierto delante de Xaw porque, a semejanza de los coletos, un indio no era para él un testigo.

¿En qué trampa lo habían hecho caer los finqueros? Por lo que se desprendía de lo que contaba Xaw, Leonardo Cifuentes no respetó el compromiso que entre los dos se juraron. Alertó a otros, dio una escolta al padre Manuel.

—Ellos han de haber sido los primeros en atacar. Dispararían, haciendo alarde de su fuerza. ¡Qué temeridad más imbécil!

Pero esto no me libra a mí de responsabilidad, se repetía don Alfonso. Conociendo el carácter del padre Mandujano, su agresividad, su soberbia, acrecentada desde la primera hazaña en la cueva, ¿cómo pudo ceder a la presión de Cifuentes y enviarlo a Chamula que era un polvorín? Para calmar sus escrúpulos lo exhortó a la cordura antes de partir. ¿De qué servía? De lo mismo que sirve recomendar prudencia a la mecha en la que corre el

fuego. El resultado no podía ser otro que el que tenía ante sus ojos.

—Y yo soy el culpable —sentenció.

Era extraño. La frase le sonaba hueca y sin sentido. Estaba tan acostumbrado a absolver sin llegar siquiera a representarse con claridad los pecados que escuchaba (¿qué es una calumnia, qué es un mal pensamiento, qué es no amar a Dios sobre todas las cosas?) que ahora, inmediatamente después de formular su falta y de calificarla, se sintió tranquilo, descansado.

—Ve a la cocina. Allí te darán un cordial —dijo a Xaw.

Cuando se quedó solo, don Alfonso fue a sentarse a un sillón. Sin advertir cuándo había aparecido junto a él una taza humeante. Agradeciendo a una sombra que se desvanecía por la puerta, y de una manera automática, empezó a beber a pequeños sorbos.

¿Cuál debería ser su actitud? ¿Reclamar a Cifuentes? Don Alfonso hizo un ademán de fatiga. Leonardo negaría las imputaciones y no podía probársele lo contrario. No quedaba ni un sobreviviente. Y en todo caso Leonardo tenía el apoyo incondicional de los finqueros, la simpatía de todos en Ciudad Real.

—¿Qué alboroto es ése? —preguntó Su Ilustrísima al ama de llaves que acababa de entrar en la habitación.

—La gente. Están asustados.

Doña Cristina retiraba con diligencia la taza vacía y la apretaba contra su pecho.

—¿Cómo han podido saber…?

Don Alfonso se había puesto de pie con un impulso colérico. Doña Cristina retrocedió, vagamente espantada. Nunca lo había visto así.

—No sé… Algunos custitaleros, quizá. Venden su mercancía en la zona de Chamula.

—¡Custitaleros! —repitió con amargura don Alfonso—. Traiciones por todas partes, intrigas…

—¡Monseñor!

—No, no lo digo por ti. Tú no sabes lo que hay en el fondo de todo esto.

Los rumores crecían en la calle. La gente se había arremolinado junto a las puertas y ventanas del Palacio Episcopal y murmuraba con excitación. Ya el suceso de Tzajal-hemel resultaba irreconocible en aquellos labios. Cada uno había añadido algo, inventado, recordado. La versión de Xaw se convirtió en un amasijo de verosimilitudes y exageraciones, de augurios apoyados en remembranzas. Y a cada nueva frase, a cada nuevo comentario, aumentaba en todos la sensación de peligro, se justificaba la cólera.

Y la multitud no se movía de allí aguardando a que en el mismo sitio desde donde se propaló la noticia del asesinato del padre Manuel y sus acompañantes, surgiera también un consejo, una orientación.

Alguien dio vuelta a la esquina. Era una mujer despeinada, con el chal negro flotando a sus espaldas, seguida de otras mujeres cuyos ademanes ambiguos no se sabía si la detenían o la empujaban, y quiso abrirse paso entre la muchedumbre. Era Benita Mandujano. Gritaba, con una voz ronca, fatigada, curiosamente opaca. Se debatía, como si alguien le impidiera avanzar, aunque ahora todos se hacían a un lado para dejarle el paso libre hasta la puerta. Golpeó la madera con dos puños cerrados.

—¡Me lo mataron, monseñor! ¡Usted lo mandó al moridero!

La gente meneaba la cabeza en gesto de conmiseración. Los más próximos a Benita se esforzaban por consolarla.

—La voluntad de Dios. ..

—La voluntad de Dios…

—La voluntad de Dios.

La frase iba desgranándose mecánicamente, sin inflexiones, sin convicción.

—¡Malhaya! —replicó apasionadamente Benita—. No fue la voluntad de Dios. Fue la envidia de estos poltrones —añadía señalando el Palacio Episcopal—. Ninguno tenía sus tamaños.

Adentro el ama de llaves ahogó una exclamación de rabia.

—Déjela usted —dijo don Alfonso con un gesto de conformidad —. Cree que tiene razón.

—Estando los ánimos como están —repuso doña Cristina—, esa mujer podría soliviantarlos a todos. Y se echarán contra nosotros, monseñor.

Tantos años al servicio del clero la habían hecho sentirse una parte integrante de él.

—¿No sería oportuno que usted le hablara para calmarla?

Un exorcismo, cualquier cosa, terminó balbuceando, porque no sabía con exactitud cuáles eran los procedimientos de la Iglesia con los endemoniados. Don Alfonso tuvo que sonreír.

—Hágala usted pasar. ¡Pero sólo a ella! ¡No quiero que me ensucien la alfombra los demás!

Benita no se arrodilló cuando estuvo en presencia del obispo. No se inclinó siquiera a besarle el anillo. Había cesado de llorar y su mirada era firme y directa.

—Ni entierro, monseñor —empezó a decir con una voz neutra, glacial—. Los zopilotes se lo van a comer, como a los animales.

Y de pronto el frenesí volvió a apoderarse de ella.

—¡Usted tuvo la culpa! ¡Usted me lo mandó al moridero!

Doña Cristina se precipitó para callar, con una bofetada, a la irreverente. Pero ya no fue necesario. Benita se había dejado caer sobre el sofá, llorando.

—¡Usted lo mató por envidia! —repetía, sofocada por la felpa de los cojines.

—¡Monseñor! —clamó doña Cristina.

Don Alfonso observaba, con una atención paciente, cómo iba perdiendo intensidad el pulso de la furia. Acabaría por extinguirse y más pronto mientras más se desangrara en acusaciones.

—¡No lo soporto! —gimoteaba el ama de llaves, con el rostro escondido entre los pliegues del delantal mientras, a ciegas, buscaba la salida.

No se trataba de que insultaran a don Alfonso, que en ese caso bien podía, si así le parecía mejor, tragarse las ofensas. Pero era su dignidad, sus investiduras moradas, el respeto y la sumisión que los fieles deben a su Santa Madre. No, doña Cristina no podía soportarlo.

Cuando Su Ilustrísima quedó a solas con Benita se aproximó a ella, poco a poco. Los sollozos eran ahora una respiración regular, rítmica, espaciada, de persona que duerme.

Don Alfonso contempló aquella boca, ahora entreabierta por el sueño, de la que había brotado pocos minutos antes una inculpación, demasiado burda y sin matices, fundada en un móvil falso (¡la envidia!) pero en realidad justa. Sí, él había enviado a Manuel Mandujano a la muerte. Intentó otra vez sentir remordimientos, pero la pequeña ola, artificialmente movida, se derrumbó en su corazón.

Los años habían destruido su creencia en el carácter sagrado de la vida. De esta vida, por lo menos. Si la del joven sacerdote no hubiera sido truncada, ¿qué? Habría llegado a ser un párroco respetable; acaso habría alcanzado otras jerarquías. Y acaso, desde la silla de su poder, cualquiera que fuese, habría podido enviar a cualquiera de sus subalternos a la muerte.

Sufrimiento y culpa, meditaba don Alfonso, son las dos orillas de la desgracia. Él había cruzado la corriente, mucho tiempo atrás. Y desde su orilla contemplaba, con mirada remota, a esa mujer abatida que roncaba, echada de cualquier manera, sobre el sofá.

XXVII

LA MULTITUD, que iba engrosando paulatinamente con la incorporación sucesiva de personas recién llegadas, se demoró un rato largo ante la fachada del Palacio Episcopal. Con miradas furtivas y rápidas la gente se volvía, con frecuencia, hacia las ventanas y las puertas, aguardando —de manera oscura— la aparición de un jefe que guiara sus acciones, que decidiera por ella, que pronunciara las palabras que iban a conferir a su conducta un calificativo y una justificación.

Alguien susurró el nombre del presidente municipal. Después de todo era la autoridad más alta en el pueblo y a él debía recurrirse en un momento de apuro como el que hoy se presentaba.

El nombre sonó desprovisto de significado en muchos oídos. ¿Quién era? Ah, sí, aquel anciano gordo y benévolo del que se murmuraba que había permitido a muchas mujeres de mala vida provenientes de la costa —"gaviotas"— establecerse en Ciudad Real.

Su cargo era familiar a todos. ¿Quién no lo había invocado, para maldecirlo, al atravesar una calle socavada de hoyancos que el ayuntamiento no se había ocupado de tapar? ¿Quién no le atribuía, sin excepción, las pequeñas calamidades que azotaban al pueblo: alcabalas por los motivos más inconcebibles, falta de seguridad nocturna, aprehensiones injustificadas, exacciones irrefutables, proliferación del vicio? ¿Quién no aspiró en secreto alguna vez a detentar esa dignidad de la que se salía ineluctablemente desprestigiado pero probablemente rico? Un presidente municipal es una institución que se acepta, que se tolera y que se necesita en circunstancias normales. Pero en una emergencia, como la de ahora, un presidente municipal no tenía nada que hacer.

¿Y el comandante de la guarnición? Esta sugerencia no mereció siquiera los honores de ser discutida. El comandante de la guarnición era un extranjero y estaba pagado por el gobierno de la República. Estas dos agravantes bastaban para descalificarlo. Confiar en él habría sido una locura.

No, lo que se precisaba era un caudillo. Y el caudillo tenía que ser coleto hasta los tuétanos y hombre enérgico, audaz y ambicioso. ¿Quién encarnaba estas virtudes? La multitud lo supo cuando Leonardo Cifuentes, seguido de otros finqueros, se abrió paso para llamar a la puerta del Palacio Episcopal.

Fue recibido de inmediato. Y desde el momento en que Leonardo Cifuentes y su séquito desaparecieron en el interior de la casa del señor obispo la espera de la multitud cobró un sentido. Ahora se agitaban gesticulando y el murmullo había elevado su volumen hasta la vociferación. Ahora proponían planes de ataque a las comunidades indígenas y medidas de defensa de su propia ciudad. Ahora cada uno se sentía el héroe de una hazaña inminente, el responsable de la vida de sus conciudadanos, el guardián de los bienes de la colectividad.

Cuando, después de un lapso de tiempo que a los que aguardaban pareció interminable, Leonardo Cifuentes reapareció en el umbral, se produjo un brusco silencio.

Leonardo se detuvo y detrás de él sus acompañantes. Supo entonces que debía hablar.

—Su Ilustrísima les envía su bendición —dijo—. Los acontecimientos lo han postrado de tal manera que no puede acercarse personalmente a su grey.

Una anciana suspiró, compadecida. Se sentía fuerte, animosa, resguardada. ¿Cuándo los había desamparado la Iglesia? En una sublevación, de la que oyó hablar a sus abuelos, se interpuso entre los indios y los caxlanes la Virgen de la Caridad, otorgando el triunfo a la justicia. Ahora ¡quién sabe cuántos milagros, cuántos prodigios se presenciarían!

—Cada uno debe ver por sí y por todos —continuaba Leonardo —. El hombre empuñando las armas, la mujer obrando con prudencia, esa virtud que a las coletas se les reconoce en toda la región.

Se escucharon aplausos. Los pechos se dilataban por el orgullo de haber nacido en este valle cercado de altas cimas; orgullo de descender de varones famosos por sus hazañas y la limpieza de su nombre; orgullo de hablar el idioma de los elegidos.

—¡Nuestros mayores no se avergonzarán de nosotros! ¡Con nuestros hechos nos mostraremos dignos de ellos!

Las últimas palabras de Leonardo fueron coreadas con vivas y celebradas con sombreros lanzados al aire. Las mujeres cubrían su rubor con la punta del chal. Un niño aventó un cohete provocando primero el susto y la cólera, luego la risa de los más próximos.

Después cada uno siguió su rumbo. Leonardo y los finqueros se encaminaron hacia el ayuntamiento donde se había convocado a reunión urgente a las “personas visibles” de la población. Los demás fueron a sus respectivas casas.

Y he aquí que todo había sido súbitamente transformado. El artesano ya no abría la puerta de un taller en que el trabajo lo trituraba sin ninguna recompensa. Ahora pasaba frente al telar, frente a los utensilios de talabartería, frente al yunque, sin concederles siquiera una mirada. Iba hasta las alacenas interiores y sacaba una escopeta enmohecida, un rifle antiquísimo, una pistola que había hecho con sus propias manos. Requería el aceite y un pedazo de gamuza y se sentaba, a la orilla de un catre, para frotar pacientemente los intersticios del arma hasta que se borrase el último vestigio de orín que hubiera ensuciado el metal. Los hijos no osaban acercarse a ese hombre absorto, por primera vez desde que ellos alcanzaban memoria, en una tarea importante y, a hurtadillas, imitaban sus actitudes con alguna arma de juguete. La madre los retiraba de allí sin hacer ruido. Después se dirigía a la cocina a preparar un poco de café con el que reconfortaría a su marido.

A mediodía tocaron las campanas de los templos. Era el toque de oración que cada uno acostumbraba rezar para sí. Pero hoy los transeúntes se arrodillaron en plena calle y, con las manos unidas, recitaron en voz alta los versículos de la Anunciación.

La conmoción era más evidente en los barrios del centro. Las criadas entraban y salían —descalzas, sigilosas, rápidas— agotando las provisiones de tiendas y mercados, acompañando a la patrona hasta el escondite para casos como éste, limpiando el aljibe por si alguno tenía que refugiarse en él.

Había algo semejante a una fiesta en estos preparativos. Pero era una fiesta fúnebre. El gran luto que había caído sobre Ciudad Real con la muerte del padre Mandujano y su escolta había borrado los pequeños lutos particulares que muchas familias arrastraban sin acordarse ya por causa de quién.

Las solteras abrieron la puerta de su encierro. Por fin ahora podían moverse, actuar, servir, sin que las paralizara la burla o la desaprobación de los demás. Miraron la calle, por primera vez en años, ya no al través de un vidrio, de un batiente entornado, sino a plena luz. Se incorporaban a los grupos con naturalidad, sin que su figura fuese ocasión de comentarios y suspiros compasivos. ¿Quién iba a fijarse en ellas? ¿Quién iba a reparar en sus vientres estériles, en sus años baldíos? ¿Quién iba a contar sus arrugas y sus canas? ¿Quién iba a anular sus esfuerzos por sentirse todavía esperanzadas,

todavía no excluidas definitivamente del círculo de los intereses y los trabajos de los demás? Hablaban mucho y febrilmente, reían con estrépito. Ofrecían su ayuda y aprovechaban esta tregua inesperada para dar un cauce a su abnegación.

Las casadas abandonaban desde temprano el lecho del amor y del parto, el sitio donde el macho las humillaba y las exaltaba, el trono de su pereza, el refugio contra la destemplanza del clima y tomaban, con brío, las riendas de una casa que tan frecuentemente abandonaban a la servidumbre.

Ahora las criadas no podían disponer, puesto que la rutina estaba interrumpida. Ahora la cocinera tiránica, la cargadora malmodosa, la salera en celo, tascaban las órdenes inflexibles de un ama repentinamente vigilante, bullente de invenciones acertadas, de iniciativas inaplazables.

De cofres antiquísimos emergían sábanas heredadas y amarillentas, vajillas venerables, imágenes borrosas. Se sacudía el polvo de estantes preteridos, se recontaban los haberes y las posesiones. De cuando en cuando la patrona cedía, con displicencia, con magnanimidad, algún jirón ya inútil, a la avidez de la criada que la auxiliaba.

Las muchachas buscaban la coyuntura para intervenir. Se disputaban un lienzo de seda, una jarra, un cubierto de plata para el ajuar que llevarían a sus hipotéticos matrimonios. La madre mediaba en la disputa prometiendo para después un reparto equitativo, porque ahora había prisa de esconder lo mejor posible los objetos que les pertenecían.

—Si no, a la hora del saqueo, nos quedamos sin una hebra de hilo.

—¿Quién va a saquear, mamá?

—Los indios, si entran.

—¿Y si no entran?

—Entonces los pobres, los de las orilladas. Están al acecho de cualquier desorden para robar. Y también la tropa.

—¿Es cierto que los soldados se llevan a las muchachas?

La señora de respeto tuvo un sobresalto.

—Haz una cruz sobre tu boca y cállate. Vamos, al quehacer.

La señora de respeto estaba disgustada precisamente porque lo que le habían preguntado era verdad. ¡Cuántos casos no se vieron durante la Revolución! La pobre Angélica Ortiz, tan bonita y con novio formal, tuvo que sufrir el abuso de los oficiales y delante de la familia. Quedó como loca, naturalmente. Y ya nunca se pudo casar.

La historia había sucedido una vez y podía repetirse ahora. Las víctimas serían estas muchachas. La señora de respeto contempló con espanto a sus hijas que reían frente a un espejo, acomodándose sombreros pasados de moda sobre la cabeza. Sólo una había permanecido quieta, con los ojos bajos y las mejillas arreboladas. Era la mayor.

—¡Primero tendrían que matarme a mí! —exclamó la señora de respeto con violencia. Las muchachas se volvieron a verla, azoradas. La mayor sonrió.

En la sala se reunían los señores. Fumaban un cigarro tras otro y se hacían traer jarras y jarras de café.

—El señor obispo no está con nosotros.

Leonardo hizo un gesto para disminuir la importancia de aquella exageración.

—No ha dicho eso.

—Pero tampoco ha dicho que nos apoya.

—¡Y él debería ser el más ofendido! Después de todo el padre Manuel era crianza suya.

—Por eso mismo la noticia de su muerte lo trastornó. A su edad las impresiones fuertes ya no se resisten.

—¡Tocado de la cabeza! Sólo así se puede entender que haya dicho lo que dijo.

—Bueno —propuso Leonardo—. Vamos a dejar por la paz a don Alfonso ya que de momento, y gracias a Dios, no nos es indispensable. Y pensemos en las medidas que se han de tomar.

—La más importante ya está tomada: el jefe eres tú.

Leonardo hizo una breve reverencia.

—He puesto telegramas a Tuxtla, a México…

—La gente de Tuxtla no desperdiciará la oportunidad de perjudicarnos. Somos rivales viejos.

—Además yo sé de buena fuente que Fernando Ulloa está en pláticas con el gobernador.

—No se preocupen, señores. El gobernador no hará sino lo que le manden de arriba.

—Y arriba es más fácil que lleguemos nosotros y no un simple empleado como él.

—¡Yo tengo una finca en la zona chamula!

—Y yo una labor en las orilladas.

—Van a acabar con las tiendas, esos indios tales por cuales.

—Yo ya repartí armas entre los peones.

—¿Y si las usan contra ti?

—¿Cómo me van a dejar en la estacada? También ellos son

ladinos.

—Pero ladinos pobres.

—No merecen confianza.

—¿Qué se le va a hacer? No hay otro palo en que ahorcarse.

—Si la sublevación de los indios cunde, los primeros en morir serán los peones de las fincas y los ladinos de las orilladas.

—Habría que decírselo.

—Lo saben por experiencia, hermano. Siempre ha sucedido igual.

—Si pudiéramos estar al tanto de lo que pasa en la zona.

—¡Esos indios son más taimados! Se nos van a echar encima cuando estemos desprevenidos.

—El que entrega leña en mi casa me dijo que desde hace varias noches ha visto luminarias en los cerros.

—Ya se están juntando.

—No hay tales luminarias. Son incendios. Es la época de la rozadura.

—Más vale creerlo que averiguarlo.

—Yo lo tengo averiguado —dijo Cifuentes.

Los demás lo miraron con admiración. Sobre un silencio respetuoso, continuó:

—No sé si ustedes se acuerdan de una tal doña Mercedes Solórzano.

—¿Y cómo no si bien que la conocimos?

—¡Ay, qué tiempos aquellos!

—No estés echando habladas. Siempre fuiste un apulismado.

Cifuentes les permitía que se divirtieran con las bromas. Al final él sería el único en llevar la rienda.

—Bueno, ¿qué hubo con esa madrota?

—¡Los buenos servicios que le debes, compadre!

—Sirve al que la sabe recompensar.

—Yo le he proporcionado un capitalito para que trabaje por su cuenta. Compró unas mulas, unas arrobas de sal y se fue a venderlas donde tanta falta hacen ahora: a Chamula.

—Es bragada la vieja. Porque eso de irse a meter a la mera boca del lobo…

—No está corriendo ningún peligro —aseguró Leonardo para restarle méritos—. Los indios están acostumbrados a ver a los custitaleros.

—¡Qué trabajo más ingrato! Andar por esos caminos…

—Siempre corriendo el riesgo de un asalto, de una emboscada.

—Y ni con quién hablar. No hay gente de razón en los pueblos.

—Lo compensan las ganancias. A la vuelta de unos años el custitalero, que de quedarse en su casa no habría pasado de perico perro, puede abrir su tienda en la calle Real de Guadalupe.

Alguno de los presentes carraspeó. Se sentía aludido.

—Cualquier trabajo es honrado.

—Naturalmente.

—Pues si doña Mercedes sabe alguna noticia que nos interese me la comunicará de inmediato.

—¿Y mientras?

—Mientras tomamos café, platicamos.

—Pero si la espera es larga la gente se va a desanimar.

—¿Qué podemos hacer? No tenemos recursos suficientes para remover el avispero.

—Tenemos en contra hasta a las autoridades.

—¡Gobierno de bandidos!

—Algo vamos a sacar en claro: que el presidente sepa que en Chiapas sus leyes valen una pura y celestial chingada.

—A ver si dejan de mandar estos tituladitos que se creen más águilas que ninguno.

—Fernando Ulloa ni siquiera es titulado. Lo sé de buena tinta —remachó Leonardo. Los demás sonrieron para patentizar su complicidad.

—¡Lo que hay que ver! Un don nadie viene de otra parte y nos mete a nosotros ¡a nosotros! en semejante berenjenal.

—Porque si los indios no se sintieran respaldados por él…

—…si no los hubiera soliviantado con sus soflamerías…

—…jamás se habrían atrevido a barajustarse.

—Señores —dijo uno, con el prurito de la exactitud histórica—, no olvidemos que no es ésta la primera sublevación.

—Lo que importa es que sea la última.

—¡Dios te oiga!

—Dios me oirá, aunque el señor obispo se haya vuelto sordo.

—¡Pobre viejo! Está chocheando.

—Deberían de jubilarlos a ellos también, como a los demás empleados. Hay sacerdotes listos…

—…que están procurando pescar en río revuelto.

—Si el gobierno los persigue tienen que defenderse a como dé lugar.

—Desde el púlpito cualquiera habla bien. El día en que alguno de ellos pegue un grito, el pueblo entero de Ciudad Real se abalanza a destrozar a los chamulas.

—Vamos a tener cuidado de que no sean ellos los que den el

primer grito.

—Sirven, pero no hay que darles demasiadas alas.

—La situación la controlamos nosotros.

—Y las cosas no están saliendo mal. Han llegado refuerzos de Comitán y hasta de Guatemala.

—Olieron la chamusquina.

—Saben que somos su mampara. Si los indios acaban con nosotros después seguirán con ellos.

—De todos modos se les agradece.

El reloj del cabildo dio las once. Los señores se pusieron de pie, empezaron a hacer preparativos para marcharse.

—Entonces, ¿en qué quedamos, mi general?

Leonardo sonrió.

—Esperaremos.

Esperar era fácil para ellos, para los ricos que tenían las despensas bien abastecidas de provisiones. Mas para la gente con obligación de figurar y sin los medios de hacerlo, el asunto se complicaba un poco más.

Muy temprano salían de los caserones medio en ruinas, criadas viejas que llevaban bajo el rebozo algún objeto que malvender. Pero los que podían adquirirlo no consideraban que fuera el momento oportuno y después de una infructuosa ronda por zaguanes y almacenes, las criadas volvían a su punto de partida con el objeto a cuestas y con alguna legumbre fiada en el canasto de la compra.

La señora se desesperaba entre los restos de un antiguo esplendor que la verían morir de hambre; las hijas se prometían a sí mismas escapar de estas humillaciones cotidianas —ahora más graves por el virtual estado de sitio en que se encontraba Ciudad Real— pero no pensaban recurrir al trabajo, pues eran incapaces de desempeñar ninguno, sino en concertar un matrimonio ventajoso. Si no era posible (¡cuánta doncellez marchitada había tras las rejas de los balcones!) aceptarían los requiebros, que nunca faltaban, de un agente de ventas, de un torero de feria, de un sobrestante de caminos.

Los varones, mientras tanto, permanecían el día entero fuera de la casa y ahora sí disponían de un buen pretexto para no quedarse a escuchar las crónicas lamentaciones de las mujeres. Con el arma al hombro patrullaban las calles, se detenían a charlar en los portales, en las cantinas, hallaban ocasión para departir con las personas visibles y de mostrarse al lado de ellas. Entre una ocasión y otra no les faltaba tiempo para gastarse bromas que pusieran en evidencia su cobardía mutua.

Existía aún la clase inferior, esa sí pobre sin tapujos, sin paliativos, sobre la cual pesaba —más duramente que sobre las otras— la anormalidad de la situación.

Las atajadoras se apostaban en vano, una madrugada tras otra, en las entradas de Ciudad Real. Ningún indio bajaba de los cerros y ellas tenían que volver a sus misérrimas viviendas con las manos vacías. Las que cultivaban un trozo de huerto pudieron engañar el hambre durante algunos días. Pero las otras se lanzaron pronto a mendigar a las calles céntricas. Medida inútil. Las tiendas estaban cerradas, los portones de las casas particulares también. Las mendigas golpeaban con insistencia, con estrépito, el llamador de hierro. Alguna criada se asomaba apenas. Al través del resquicio abierto llegaban ecos de risas, fragmentos de conversaciones. Los ricos se reunían, estrechaban sus vínculos sociales, hacían del peligro un motivo de esparcimiento. Y la menesterosa se quedaba fuera con el portón bruscamente cerrado ante su cara.

La Congregación de las Hijas de María y la de las Damas del Sagrado Corazón fueron las primeras en apiadarse y organizaron un comité de beneficencia. Repartieron, en el barrio de Mexicanos y Tlaxcaltecas, en Custitali y San Felipe, ropa vieja, pequeñas raciones de café y panela, almudes de maíz.

Los habitantes de esos barrios se apiñaban para recibir con júbilo estos socorros y las benefactoras volvían a sus casas con la conciencia henchida de un sentimiento de satisfacción.

Pero pronto descubrieron que lo que hacían no era suficiente, que nada era suficiente. ¿Dónde conseguir más? A los ricos se les habían acabado las sobras y cada vez disminuían sus donativos. Las congregantes empezaron a hacer sus recorridos matinales con un poco de miedo y un disgusto que ya no acertaban a disimular. Sin que nadie supiera de dónde, brotaban sin tregua nuevas familias desharrapadas, famélicas, y ya ninguna adoptaba el gesto de sumisión y gratitud del principio. Los chiquillos gritaban exigiendo cosas y los mayores no hacían nada para callarlos. Después los mismos mayores gritaron también, importunando a las devotas con sus peticiones, dando rienda suelta frente a ellas a su mala educación y permitiéndose bromas y faltas de respeto.

Las Hijas de María y las Damas del Sagrado Corazón se quejaron, llorando, a sus confesores. Y éstos, encabezados por el padre Balcázar porque el señor obispo continuaba enfermo, fueron (como a misión en tierra de paganos) a esos barrios miserables que rodeaban la ciudad y que servían de tránsito, casi imperceptible, entre el mundo de los ladinos y el de los indios.

Donde los sacerdotes encontraron mayor resistencia fue en el barrio de San Diego, cuyos habitantes practican tradicionalmente la brujería. Los sacerdotes no se atrevieron a derribar los altares profanos pero sí afearon con energía la conducta de quienes los veneraban. Celebraron misas solemnes en todas las parroquias, pronunciaron sermones encendidos de fanatismo y la tensión pareció tomar otros cauces. Pero ya las devotas se negaban a volver a los barrios pobres y el reparto de víveres y ropa, cada día más escasos, tuvo que encomendarse a la tropa.

Ciudad Real estaba sucia y nadie se preocupaba de barrerla. Todas las noches las familias de las orillas acarreaban sus enseres y dormían, en montón, bajo los arcos del ayuntamiento. Quedaba allí un hacinamiento de cáscaras y desperdicios, un olor de leche rancia —¡había tantas criaturas!—, de sudor viejo, de lana usada, que se renovaba antes de que hubiese acabado de extinguirse.

Este olor no molestaba a las autoridades puesto que sus deliberaciones no se efectuaban allí. Habían escogido como cuartel general la casa de Leonardo Cifuentes. Después de tanto tiempo de repudio su umbral fue traspasado por los comerciantes de prestigio más sólido, los finqueros de más rancia estirpe, los prelados de mayor influencia. Entre las señoras no faltaba nunca *la Alazana,* que quería demostrar así su solidaridad con la gente decente de Ciudad Real y disminuir las murmuraciones que corrían acerca de Fernando Ulloa.

Julia, en cuanta ocasión —oportuna e inoportuna— se presentaba, sacaba a relucir el viaje a Tuxtla de Fernando, para explicarlo con motivos que ninguno creía. Sus interlocutores asentían con desconfianza y ella se aferraba entonces a la pasión de Leonardo, a la sumisión de Idolina para sentirse amparada.

¿Cuánto tiempo iba a prolongarse la espera? ¿Qué se esperaba? Muchos lo habían olvidado ya. Otros repetían, sin convicción, sin entusiasmo, los rumores. Que, en sendos telegramas, se había pedido al presidente de la República y al gobernador del estado su protección para defender a Ciudad Real contra la amenaza de los indios. Pero el papel había ido a parar a alguna oficina subalterna y allí seguía el trámite lento, rutinario, laberíntico de la burocracia. En México nadie se imaginaba la inminencia del peligro y en Tuxtla se felicitarían de ella.

Los auxilios enviados por Comitán y Guatemala, tan bien venidos, acabaron por resultar contraproducentes. Pesaban sobre un pueblo empobrecido y paralizado y calmaban su impaciencia por entrar en acción, cometiendo pequeños hurtos, tropelías sin

importancia que, no por ello, dejaban de ofender y alarmar a los coletos.

Y a todo esto doña Mercedes Solórzano sin aparecer.

—¿No la habrán matado los chamulas?

—Mala hierba nunca muere —respondía Leonardo—. Ya regresará. Y con buenas noticias.

Mientras tanto era preciso mantener vivo el interés de la gente, atizar su odio. Con tal propósito un finquero hizo venir de su rancho a una partida de indios cerreros. No traían carga y por órdenes expresas de su patrón todos llevaban machetes y escopetas.

Bastó su figura, bastó su presencia para que la gente de Ciudad Real se lanzara a las calles. Con gritos iniciaron el ataque. Los soldados no pudieron rescatar a los indios sino después de una refriega prolongada en la que más de uno fue herido.

Los indios durmieron esa noche en la cárcel de Ciudad Real y al día siguiente fueron conducidos, por Leonardo Cifuentes, sus secuaces y los vigilantes, hasta la capital del estado.

Ante un gobernador displicente e incrédulo se les acusó de pretender tomar por asalto a Ciudad Real y de estar conspirando en un vasto proyecto de sublevación. Los interrogatorios se llevaron al cabo por medio de un intérprete pero no pusieron nada en limpio porque los inculpados ignoraban la significación de términos como “tomar por asalto” y “vasta sublevación”. Según les variaba el humor contestaban a todo que sí o que no sin distinguir lo que los incriminaba de lo que los absolvía.

Los indios suplicaron que se les permitiera hablar con su patrón porque era el único capaz de poner fin al embrollo. El patrón negó conocerlos siquiera de vista y los indios fueron declarados bien presos y confinados en la cárcel de Tuxtla.

Pero el gobernador supo hallar excusas para negarse a acompañar a los señores en su viaje de regreso a Ciudad Real, así como aplazar la movilización de la tropa. Los conformó únicamente con la promesa de apretarle las clavijas a ese revoltoso de Fernando Ulloa.

XXVIII

LO QUE NO había hecho posible ni la simpatía ni la insistencia era hoy favorecido por el peligro. Julia Acevedo planeó una complicada red de evoluciones tácticas para lograr que las señoras que se reunían en casa de Leonardo Cifuentes lo hicieran en la de su querida. Las ventajas eran evidentes y muchas. Una anfitriona más joven, más ansiosa de agradar que Isabel, quien aparecía en raras ocasiones y siempre con un gesto forzado, displicente, aburrido o burlón.

La primera en desertar fue Idolina. Sus consejos, su ayuda, sus órdenes apresuraron la habilitación de los cuartos vacíos de casa de los Ulloa en salones de recibo.

En la adquisición del mobiliario no se regatearon precios. Las familias de abolengo que se deshicieron de estas reliquias de un pasado glorioso, ahora en desgracia, se frotaban las manos de satisfacción por haber realizado un buen negocio. Los semaneros de los ranchos de Cifuentes transportaron ajuares completos. Eran muebles pesados, sin belleza. Sus méritos residían en la calidad duradera de los materiales, en el concienzudo esmero del trabajo. Y también en haber pertenecido a antepasados famosos, opulentos, cuyos retratos habían sido también puestos a subasta.

En el arreglo de los salones se respetó, escrupulosamente, la simetría establecida por la costumbre. La más mínima alteración hecha por Julia era corregida por Idolina, como una falta intolerable contra la ortodoxia. *La Alazana* aceptaba las correcciones con docilidad. Sin el marco de los convencionalismos ¿cómo podría ella representar de modo convincente su papel de señora coleta?

El primer día de recepción Julia casi no pudo disfrutar de su triunfo. Ya acechaba la actitud aprobatoria o crítica de sus invitadas, ya seguía con mirada vigilante la eficacia del servicio. Hasta que el rito adquirió la fluidez de lo cotidiano sus inquietudes cesaron. Y fue capaz de advertir entonces que sus huéspedas se comportaban de una manera que, en otras circunstancias, se habría

calificado de insultante.

Lejos de agradecer la hospitalidad brindada por Julia correspondían a ella con no por pequeños inofensivos actos hostiles.

La asiduidad, rayana en la manía, con que Julia conservaba la limpieza de su casa, fue su primer punto vulnerable. Las invitadas aparentaban no ver las esteritas puestas en los lugares de entrada, o ignorar el uso destinado a ellas, y penetraban al interior de la casa con los zapatos sucios del lodo de la calle.

Sostenían con distracción angustiosa los vasos de refrescos, las tazas de café o chocolate con que las agasajaba Julia y los líquidos salpicaban los muebles, dejaban obscenas manchas sobre las alfombras.

Apenas una exclamación de contrariedad, no de disculpa, daba término al incidente que no había logrado siquiera interrumpir unas conversaciones en las que la dueña de la casa permanecía al margen porque nadie la había puesto al tanto de los asuntos, ni instruido acerca del significado de los modismos, ni preguntado si le interesaban o no.

Cuando Julia pretendía romper este círculo de exclusión aventurando alguna pregunta, se le respondía con vaguedad o con impaciencia como si su curiosidad no fuera lícita ni oportuna.

Conforme transcurría el tiempo aumentaban los abusos a los que las visitas daban el nombre de confianza. Comenzaron a hacer alarde de sus antojos. Las criadas les ofrecían apresuradamente bocados de queso, butifarras, galletas. Algunas, ya saciado su apetito, no se ruborizaban al pedir una servilleta y hacer un envoltorio. Era “para el hoyito de la muela” del hijo enfermo, el anciano imposibilitado, el hombre aguerrido. *La Alazana* añadía raciones a las que se había concedido la visita y con aspavientos se negaba a escuchar las explicaciones con que intentaba justificarse.

Sus despilfarros no la hacían acreedora a la gratitud, sino a la suspicacia. ¿Qué iba a pedir a estas señoras a cambio de lo que les daba? Se mantendrían atentas para responder a la primera insinuación con una negativa, pero mientras tanto ahorraban sus propios víveres consumiendo los ajenos.

Pronto ya no fueron suficientes los bocados y las señoras se demoraban hasta la hora de la comida o de la cena. Había que hacerlas pasar a una mesa decorosamente provista, de la cual se levantaban apresuradamente para marcharse en cuanto habían terminado.

Ya a solas Julia sopesaba sus esfuerzos y los resultados. Gastaba lo que a Cifuentes le parecía cada vez más excesivo y absurdo.

Desatendía todas sus otras obligaciones y placeres para asegurar el éxito de su tertulia. Y continuaba aún siendo una extraña ante la cual las otras no se molestaban siquiera en disimular sus recelos. ¿Valía la pena empeñarse en penetrar un mundo tan cerrado, subir a una jerarquía tan inaccesible?

Estoy nerviosa, decidía con brusquedad. La situación era ya no tanto crítica cuanto incomprensible. No podía prolongarse mucho tiempo más.

Y como para apresurar el desenlace ordenaba a la servidumbre que recogieran los desperdicios y arreglaran otra vez los salones. Luego, cuando las cosas estaban nuevamente en su sitio y el orden producía la ilusión de seguridad, se encerraba en su recámara y bebía un calmante para poder dormir.

Dormía profundamente, sonriendo a sueños agradables. El descanso fortalecía sus propósitos de conquistar, de imponerse (ya no sólo de igualarse) a estas mujeres coletas que ahora abusaban de ella.

La imitación de sus modales y sus actitudes era cada vez más espontánea y fluida para *la Alazana.* Dejó de hacer preguntas y se compuso una expresión suficiente de quien está en el secreto. Discreta y hábilmente atisbaba las reacciones de las demás para no discrepar de ellas. Se consternaba cuando era preciso, como era preciso y hasta donde era preciso. Celebraba con entusiasmo lo gracioso.

A fuerza de girar en la noria de los temas pudo darse cuenta de los muy escasos que daban pábulo a los comentarios, a las confidencias, a las rememoraciones, a los proyectos, a los rencores, a la ambición de sus invitadas.

Hombres. Primero conocí a mi padre, decían. El padre, al que estaban sujetas y del que heredaban un apellido, una situación, una norma de conducta.

El padre, dios cotidiano y distante cuyos relámpagos iluminaban el cielo monótono del hogar y cuyos rayos se descargaban fulminando no se sabía cómo, no se sabía cuándo, no se sabía por qué.

El padre, ante cuya presencia enmudecen de terror los niños y de respeto los mayores. El padre, que se desata el cinturón de cuero para castigar, para volcar sobre las mesas el chorro de monedas de oro.

El padre, que bendice la mesa y el sueño, el que alarga su mano para que la besen sus deudos en el saludo y en la despedida.

El padre que, una vez, te sentó en sus rodillas y acarició tu larga

trenza de adolescente. Entonces te atreviste a mirarlo en los ojos y sorprendiste un brillo de hambre o un velo de turbación, que te lo hizo próximo y temible y deseable.

Hombres. El sacerdote que jadea tras la rejilla del confesionario.

—Acúsome de haber pecado contra la pureza.

—¿De pensamiento? ¿De palabra? ¿De obra? ¿Contigo misma? ¿Con un cómplice? ¿Has reincidido? ¿Cuántas veces?

Cuando la tentación te asalte encomiéndate a la Santísima Virgen, invócala bajo cualquiera de sus advocaciones. Arrepiéntete de corazón, cumple la penitencia. Vete en paz.

Hombres. Cuando tu primo y tú se esconden en el desván él te echa un huelgo caliente sobre la nuca. Y sus manos buscan algo que ni tú ni él saben dónde está ni cómo se oculta o se encuentra. Oyen a lo lejos los ruidos domésticos, apagados por el latir de su corazón.

De pronto, unas puertas abiertas como para sorprender la culpa y la palmada enérgica de la cuidadora.

—¡Salgan de allí! ¿No les da vergüenza? Ya no son indizuelos para entretenerse de ese modo.

Hombres. La condiscípula que pregunta, mientras la profesora se afana explicando un problema de aritmética, si no has visto desnudos a tus hermanos cuando se bañan. No, no los has visto, no los quieres ver. Pero desde entonces no puedes apartarte de las cerraduras, de las rendijas y no descubres nada pero te sientes sucia por dentro. Y triste.

Hombres. El amigo de la casa observa, con una burla trémula, que tu corpiño comienza a llenarse. Las criadas hurgan las sábanas, la ropa interior. Murmuran en la cocina, en el cuarto de plancha. Hasta que un día estalla el alarido. Sangre. Por donde vas te sigue un reguero que te delata, hembra doliente. No, no vas a morir. Sólo vas a guardar cama temporalmente, a abstenerte de tomar ácidos, de hacer movimientos bruscos, de bañarte. Tú no sabes por qué. Pero los demás sí. Y sonríen.

Hombres. En las serenatas te miran con insistencia, con intención. En las ferias te envían flores y regalos. En las kermeses te cubren de confetti. En los bailes te toman de la cintura y te hacen girar hasta el vértigo.

¡Detente, enemigo! ¡El corazón de Jesús está conmigo!

¿Pero cómo vas a reconocer el rostro del enemigo en los rincones oscuros, en los parajes solitarios? Allí socava a tu doncellez ese “no” que la defendía.

Te desnudas ante el espejo y te contemplas con la fascinación con que se asoma uno a un abismo, con la terquedad con que se

interroga a una esfinge.

El cuerpo que padeces ahora te va a ser revelado por un hombre. Madurarás en la entrega, adquirirás tu forma definitiva gracias a las caricias.

El esposo es el colmador. Él guarda, para tus ansias, placer; para tus vacíos, fecundidad. Él va a colocarte en el rango para el que estás predestinada.

Si el esposo no llega, niña quedada, resígnate. Cierra el escote, baja los párpados, calla. No escuches el crujido de la madera en las habitaciones de los que duermen juntos; no palpes el vientre de la que ha concebido; aléjate del ay de la parturienta. El hervor que te martilla en las sienes ha de volverse un puñado de ceniza. Busca el arrimo de tus hermanos cuando encanezcas. Tal es el hombre al que debes asirte, hiedrezuela.

Ni tu regazo ni tus manos permanecerán vacíos, ociosos. Quehaceres y criaturas de los demás te solicitarán hasta la muerte. Y de todos tus ataúdes únicamente el último será blanco.

Dinero. La dote con que el padre quiere cubrir una fealdad excesiva o remediar una virginidad maltrecha.

Dinero. La herencia que, en torno de la cama del moribundo, se disputan los allegados.

Dinero. Litigios interminables para apoderarse de una franja de tierra, de una escritura de propiedad. De una generación a otra se transmiten el pleito, la codicia, el odio.

Dinero. Porque este año no alcanza para ir a pasar una temporada en la tierra caliente. Porque las muchachas quieren estrenar vestidos para las fiestas. Porque los jóvenes “ya sacaron mujer” y corren parrandas con los amigos.

Dinero. Porque el señor emprende negocios arriesgados y la ganancia es a largo plazo. Dinero. Porque el señor apuesta en el palenque de gallos, en la mesa de juego del casino. Dinero. Porque el señor mantiene a sus queridas y a sus bastardos. Dinero, dinero, dinero, es la letanía de la señora. Porque la vida cuesta cada vez más y es necesario mantener las apariencias y no sabe qué hacer con tantos ajigolones.

Dinero. Los cónyuges se dan la espalda en las noches. Los comensales guardan silencios amenazadores alrededor de la mesa. Los noviazgos se rompen, las amistades se acaban, los lazos familiares se desconocen.

Dinero. El notario recoge las últimas monedas que dejó en tu poder el médico. Y tal vez oigas cómo clavan los clavos de tu caja. Porque los herederos son impacientes.

Fama. Hay que hacerse una cruz sobre la boca para que el ángel guardián nos libre de cometer el crimen —porque sí, es un crimen— de herir la reputación de nuestros semejantes, de inventar calumnias, de propagar rumores.

¡Pero la conversación sería tan desabrida sin el granito de sal de las murmuraciones!

Con suavidad, con lentitud, con delicadeza se remueven los sepulcros blanqueados y escapa el olor fétido de los secretos que no pueden callarse porque claman al cielo. De injusticia, de dolor, de miseria.

No se puede callar. Porque si se callara lo que está oculto bajo los techos, bajo las sábanas, se pudriría, hasta contaminar al mundo entero.

Hablar es como abrir un absceso. Corre el pus; la inflamación disminuye; la fiebre y sus desvaríos se mitigan.

Julia asistía, fascinada de asco, de curiosidad, a esta operación. Hasta entonces no tuvo frente a sí, por primera vez, una imagen verdadera de Ciudad Real.

Todos los prestigios a los que rendía el tributo de su admiración, de su respeto, de su envidia, fueron descuartizados en su presencia. Bajo las vestiduras eclesiásticas, bajo las togas de los profesionistas se retorcían las entrañas enfermas, los ánimos contrahechos, las desgracias inconsolables.

En el traspatio de una casa, en cuya puerta principal se ostentan escudos de nobleza y pruebas de linaje, está encerrado, revolcándose entre sus propias inmundicias, el loco, que se enfurece ciertas noches y quiebra los barrotes de su jaula y se pone a aullar como un animal herido.

En una habitación sin ventanas yace una criatura cuyos huesos no se endurecieron nunca lo suficiente como para tenerla erguida. Desdentada, vieja de siglos, bambolea sobre la pila de almohadones una cabeza enorme y hueca.

Hay familias de las que todos huyen porque, a deshora, se escuchó un vagido, un llanto que se apaga sin un eco, sin un epitafio.

¿Y cómo se ha alzado, de pronto, ese lambeplatos que vivía en las orilladas y ahora se pavonea en el centro e insulta a los demás con el lujo insolente y la disipación de sus costumbres? ¿Es que arrancó un tesoro, como dicen los cuentos? ¿Y que, noche a noche, se le aparecía un alma en pena para indicarle el sitio exacto en que debía excavar? El dinero estaba reservado para misas y actos que rescatarían a un difunto de las llamas del purgatorio. Y se dilapida

sin ton ni son en frivolidades.

No, con los finados no se juega. Más le valía haber despojado de su hacienda a una viuda, de su haber a una huérfana, como tantos otros. Más le valía hasta haberse apropiado de los bienes del clero, traicionando su confianza al convertirse de depositario nominal en dueño legítimo.

Las mujeres callaban tras haber cumplido su tarea de discernidoras de espíritus. Si alguna satisfacción las colmaba no era la de su malevolencia. Era la de haber desviado la atención implacable del testigo y juez, que era cada habitante de Ciudad Real, hacia vidas que no eran las suyas y pecados ajenos y el sufrimiento de los otros.

Gracias a estos ritos de iniciación Julia empezó a ser tratada como una cómplice. Después de tanto merodeo infructuoso estaba, al fin, en el interior del círculo. Y se sentía salvaguardada por un muro de secretos compartidos, de memorias comunes. Invulnerable bajo el título de señora coleta.

Idolina se inclinó hacia ella para musitar a su oído:

—Fernando y César acaban de llegar de Tuxtla.

Julia pudo, apenas, reprimir un gesto de sobresalto. No permitiría que le interrumpieran su tertulia. Idolina hizo un ademán tranquilizador.

—Están ensillando sus caballos.

Julia acechaba, entre el ruido de las voces, el otro ruido, tan lejano, tan leve que no advirtió en qué momento se desvanecía.

Sus músculos se distendieron y toda su figura adoptó una actitud de reposo, de seguro dominio. En esa atmósfera se prolongó, más tarde que otras noches, la reunión.

Después de acompañar a sus invitadas hasta la puerta Julia hizo, como siempre, la última ronda de inspección por la casa. Todo estaba en orden. Aun la recámara de Fernando. Ningún armario había sido abierto, ningún objeto cambiado de lugar. Únicamente llamó su atención un paquete de cartas, atado con una cinta y puesto sobre la mesa de trabajo.

Julia se acercó a examinarlo. Sobres corrientes, letra irregular, ortografía plebeya. El nombre de Ulloa escrito muchas veces.

Julia extrajo un pliego y comenzó a leer: “Una persona que lo estima, pero que cree más prudente no dar sus señas…” Y luego surgía la figura de ella, de Julia. Las letras se entrelazaban, de manera lasciva, como dos cuerpos en una cama, uniéndola con Leonardo Cifuentes. Julia adúltera. Julia codiciosa. Julia hipócrita.

Con palabras soeces, con imágenes groseras, Julia era

denunciada, condenada, escarnecida. Y detrás de cada párrafo se adivinaba una mano. La misma que estrechaba diariamente, que se abría con avidez para recibir las dádivas, que se cerraba con fuerza sobre el botín. Esa mano trazaba signos innobles, con la aplicación de quien cumple un deber escolar.

¿Desde cuándo había estado así, destazada como una res, expuesta a la mirada impasible de Fernando? Buscó, sin hallarlo, el auxilio de una fecha. Pero algunos papeles habían comenzado a perder su color.

Con dedos torpes, Julia volvió a doblar las páginas, a acomodarlas en sus envolturas, a anudar el cordel.

Dio una última mirada a la recámara vacía, cerró la puerta con llave y salió al corredor.

Una noche desmedida se desparramaba por el cielo. Julia la contempló con los ojos dilatados de espanto.

XXIX

LA NOCHE de los indios. Un olor de resina quemada, un murmullo de hoja quebradiza, un aullido remoto. Fernando Ulloa se estremeció. ¿No había otras noches en el mundo? Calles iluminadas, interiores limpios, conversaciones, risas. ¿Cuánto tiempo hacía que esto no era más que un sueño? ¿Por qué se le presentaba ahora, con la tristeza de lo irrecuperable? ¿Porque había pertenecido a su juventud o porque presentía que iba a morir?

Algún perro ladró furiosamente a los recién llegados. Luego se fue, presuroso y lastimero, como si lo hubieran golpeado.

No había luz en los jacales de San Juan Chamula. Las puertas del cabildo estaban cerradas por fuera con enormes candados. En el portón mayor de la iglesia había una gran tranca horizontal.

Fernando y César se miraron interrogativamente.

—Están escondidos. Tienen miedo de que les caiga encima la tropa.

—Hay espías en los cerros. A estas horas ya deben saber que estamos aquí.

Desmontaron y, con el auxilio de una lámpara de mano, se dirigieron hasta el establo de la casa parroquial. Allí comían parsimoniosamente su forraje dos bestias de carga, viejas y fatigadas.

—Parece que no somos los únicos.

Los atrajo a la cocina un sabroso husmo de comida.

—¡Ave María! —dijo una mujer obesa y se puso de pie. Su acompañante, un arriero patibulario, se palpó la cadera de la que pendía un arma. Fernando y César se detuvieron en el umbral.

—Pasen, pasen. Más vale llegar a tiempo que ser convidado, dice el dicho. ¡Lo que son las vueltas de la suerte! ¡Quién me iba a decir que un señor de las polendas del ingeniero Ulloa iba a ser mi güespede!

Al despojarse del chal que la resguardaba del frío para manejar más libremente los utensilios de la cena, Fernando reconoció las facciones de doña Mercedes Solórzano. Respondió a su cordialidad

con una sonrisa.

—¿Qué está usted haciendo aquí?

—Lo que el pobre en todas partes: la lucha. Es buen negocio vender sal por estos rumbos en el tiempo de la Semana Santa.

—Pero usted estaba muy bien establecida en Ciudad Real —observó, no sin malicia, César.

—¡Malhaya! Llena de ditas. No me quedó más que echarme al monte.

—¡Arrecha la mujer! —ponderó el arriero.

—¡Callá tu boca, vos, y ayudame a servir a estos señores que han de estar traspasados de hambre!

—Trajimos bastimento. Es cosa de calentarlo, nada más.

—No me ofenda usted, ingeniero. ¿Me va usted a rechazar porque puedo ofrecerles muy poco? Una borcelana de caldo hirviendo, una presa de pollo, una enrollada con sal. No se recibe lo que es, sino la voluntad. ¡Yo que quisiera agasajarlos con un banquete!

Fernando y César se acomodaron cerca del fuego. Era agradable el calor, pintoresca la compañía. Empezaron a comer, con apetito.

César hizo una pausa entre dos bocados para preguntar.

—¿De qué rumbo viene usted ahora?

—De donde corre el Negro Cimarrón.

Doña Mercedes escanciaba café en dos grandes tazones de peltre. Después se sentó, riendo silenciosamente. No quiso añadir más.

—Yo no les pregunto adónde van ustedes. ¿Quién es una pobre custitalera para igualarse con los patrones? Pero sí les recomiendo que tengan cuidado, porque ahora no son tiempos de acometer.

El arriero había terminado su cena y se enjuagaba la boca con un sonoro buche que después escupió sobre los ladrillos del suelo.

—Cuando los indios me ven llegar a un caserío, con mi patache de mulas, corren a esconderse como si se les hubiera aparecido el diablo. Sólo cuando se aseguran que soy gente de paz, se van arrimando otra vuelta. Compran sal, que es lo único que traigo. Pero quisieran que yo les vendiera otras cosas.

Doña Mercedes y el arriero se miraron. Él se sintió autorizado para decir:

—Les hace mucha falta la pólvora.

Doña Mercedes alzó los hombros como para restar importancia a esta observación.

—Han de ser los meses en que se levanta la veda. Hay bastante venado por aquí.

El arriero se sacudió las migajas de los pantalones. Estaba de pie, malhumorado y soñoliento.

—¡Me hincharía yo de pisto si les pudiera vender a los indios lo que me piden!

El arriero interrumpió la divagación de su ama.

—Tenemos que madrugar, doña.

—¿Yday? ¿Quién te está deteniendo? Pero antes de que te vayas a dormir, échale una miradita a las mulas. No las vaya a espantar el Sombrerón.

El arriero salió de la cocina, bostezando. Doña Mercedes recogía los trastos y los limpiaba sin demasiada exigencia.

—En lo que yo les pueda servir, señores, ya saben que con mucho gusto.

—¿Regresa usted pronto a Ciudad Real?

—Depende. Si logro deshacerme de la mercancía…

—¿Quién le va a comprar en San Juan? No hay nadie.

—Ahorita, niño, no hay nadie. Pero yo conozco el sebo de mi ganado. No van a dejar sin fiesta su Semana Santa. Y les puedo vender, además de sal, las velas y el incienso para sus santos.

La seguridad con que hablaba la mujer los impresionó. ¿Cómo iban a juntarse los indios en un momento como éste? Salvo que tuvieran armas y se hubieran decidido ya a resistir. O que ignoraran el peligro que corrían.

XXX

LA MADRUGADA del Jueves Santo se rompió con un estrépito de campanas y cohetes. Desde la plaza llegaba un rumor de multitud creciente, fluctuante.

Fernando y César despertaron sobresaltados y se apresuraron a vestirse. Al salir a los corredores de la casa parroquial escucharon la voz de doña Mercedes urgiendo al arriero para que transportara la carga al puesto en que se iba a poner a la venta. Se interrumpió para saludar al ingeniero y su ayudante.

—¡Qué bonito nos amaneció Dios! Ha venido gente hasta del último paraje. Traen necesidad, y donde hay necesidad ha de haber dinero. El negocio va a ser redondo, porque tienen que recalar conmigo. Nadie más que yo quiso arriesgarse a venir hasta estos andurriales.

Sin contestar a estos comentarios más que con un breve ademán y una sonrisa, Fernando y César continuaron su camino hacia la plaza de San Juan.

A pesar de lo temprano de la hora (la niebla no se había levantado aún completamente) era ya muy grande el número de los congregados y cada momento aumentaba con la incorporación de familias que desembocaban por las diferentes veredas, vestidas de gala, llevando sus enseres y sus hijos.

—Mire usted —señaló César al campanario del templo.

Allí, varios martomas se esforzaban por colgar un Judas, un grotesco muñeco relleno de paja y cuya máscara era la de un ladino de expresión amenazadora. Fernando seguía atentamente la maniobra. De pronto creyó reconocer a uno de los que intervenían en ella.

—¿No es el sacristán?

Dudaba de su memoria y de su vista. Por otra parte no había aprendido aún a distinguir entre un indio y otro.

César se esforzó por identificarlo, a pesar de la distancia y de la constante movilidad de las figuras.

—Xaw Ramírez Paciencia. ¿Qué diablos está haciendo aquí?

—Se había refugiado en Ciudad Real. Tenía miedo. Si regresó es que las cosas van mejorando. Todo parece tranquilo.

Fernando lo constataba con una mezcla de alivio y decepción. Tan profundamente había arraigado en él la idea de intervenir en el conflicto, de solucionarlo gracias a su mediación.

—¡No sea usted inocente, ingeniero! Los coletos no van a conformarse con una disculpa de los indios. Quieren castigar a los responsables de la muerte del padre Mandujano, hacer un buen escarmiento. De otro modo ¿qué les garantiza que el crimen no se repetirá?

—Eso depende mucho de ellos. El padre Mandujano era un provocador.

—¿A quién le importa el padre Mandujano? Se trata de no darles rienda suelta a los indios, de que sientan el sofrenazo entre los dientes. Para que reconozcan su lugar y su condición y no se les ocurra pedir que se reparta la tierra.

¿Y si los indios habían renunciado a sus derechos y los patrones se habían aplacado con la promesa de que todo continuaría como hasta entonces?

—Hay que hablar con Pedro González Winiktón. Para que nos saque de la duda.

Ni César ni Ulloa sabían dónde localizarlo. Echaron a andar sin rumbo fijo. Para permitirles el paso se hacían a un lado, respetuosamente, los hombres de edad, con sus sombreros suntuosamente adornados de listones, con sus gruesos chamarros de lana negra, con sus altísimos caites de cuero. Muchos escondían la botella de trago entre sus ropas; otros suspendían su labor de tejer palma. No daban la impresión ni de alarma ni de animosidad porque un par de caxlanes circulara entre ellos. Probablemente sabían quiénes eran Ulloa y Santiago, aunque ninguno diera señales de conocerlos.

Las mujeres no les concedían más que una mirada de reojo. Continuaban absortas en el cuidado de las pertenencias que habían acarreado para el trueque, o de los objetos que se emplearían en las ceremonias. Muchos de los niños estaban disfrazados de ángeles, con un manto blanco y una corona de papel sobre la cabeza. Éstos, que causaban la mayor curiosidad de los extranjeros, eran también quienes los contemplaban con mayor asombro e iban detrás de ellos, riendo a hurtadillas, imitando sus palabras y sus ademanes.

Fernando y César, aunque incómodos por la burla, no exteriorizaron su disgusto. Mas para desembarazarse de sus seguidores se dirigieron al templo, cuyas puertas estaban abiertas

de par en par.

Se detuvieron un instante en el umbral. Con tal fuerza los había asaltado el olor de flores, de resinas quemadas, de ceras ardiendo, de muchedumbre sudorosa y compacta.

Apenas se podía avanzar entre estos cuerpos sentados o extendidos en el suelo. Las mujeres extasiadas en una salmodia ininterrumpida; los hombres derribados por el cansancio o por la embriaguez. Los niños divertidos en trenzar la juncia que servía de alfombra.

En el centro de la iglesia, dentro de un enrejado de madera y cubierto con orquídeas salvajes, yacía una imagen de Cristo con las manos cruzadas sobre el pecho y el perfil agudo y pálido de los agonizantes.

Resguardándolo, en la cabecera y a sus pies, había dos rifles cruzados y cuatro hombres con unas especies de cartucheras simuladas por sus paliacates.

Fernando quiso comunicar su inquietud a César. ¿Qué significaban estas armas? ¿Eran una costumbre que este año se repetía? ¿O los chamulas las exhibían hoy para mostrar su ánimo belicoso? Cuando pretendió acercarse a ellas Fernando fue rechazado brutalmente por los guardianes del Santo Entierro.

Cerca del altar mayor estaban sentadas ocho mujeres. Sobre la lana oscura de los chamarros se deslizaban, en figuras geométricas, estambres de colores. Un yagual, de estambre también, les cubría la cabeza desde la que bajaba, hasta sus plantas, un manto pesado y brillante. Cada una tenía ante sí un cesto con nichimes olorosos y un rosario del que pendían listones. Los daban a besar a quienes se aproximaban a ellas.

Eran las que alumbran el sacramento.

César se inclinó, simulando una reverencia, con la esperanza de encontrar, entre estas mujeres, a Catalina Díaz Puiljá. Tuvo que alejarse, defraudado.

Los dos ladinos abandonaron el templo y volvieron a la plaza. ¡Con qué avidez respiraron el aire frío y puro! Se divisaba, desde lejos, el sitio en que había instalado su puesto de ventas doña Mercedes Solórzano.

Apenas se daba abasto para atender a la clientela. El arriero la ayudaba con torpeza y desgano.

—¡Acérquense, patrones! ¿No les dije que hoy me había yo persignado con la mano derecha? ¡Con mis ganancias de esta temporada, y si Dios quiere, bien podré volver a levantar cabeza en Ciudad Real!

Fernando y César se pusieron bajo el amparo de la manta que cubría a los comerciantes del sol agudo y fuerte de la mañana.

—Haceles un lugarcito, vos, mi alma, que son gente delicada y hay que tratarla como se merece. Amontoná de este lado los maromeros y los trepatémicos, que al fin y al cabo no se han de maltratar. Retirá esos atados de panela. Andá carrera y venís tropel con un butaquito de cuero, para que se sienten, aunque sea por turno.

—No queremos darle molestias, doña.

—¿Cuáles molestias? Semejante vaquetón no va a ser capaz de irse jimbando hasta la casa parroquial. Mírenlo, allí viene ya, un juelgo con otro. Sosegate, criatura, que Dios te lo pague.

El arriero colocó el mueble en un pequeño espacio libre.

—A ver, ingeniero, acomódese usted.

Ulloa quiso, por cortesía, ceder el asiento a su ayudante, pero doña Mercedes se opuso sin ningún miramiento.

—¡No faltaba más! Usted es el hombre de respeto. El niño César no se afrentará de acurrucarse sobre el petate, como nosotros. Es joven y se aviene a las incomodidades.

Durante la conversación doña Mercedes no interrumpía sus transacciones mercantiles. En una romana pesaba los confites; con sus manos cortas y gruesas medía los jemes de listón, las varas de manta y de yerbilla. Constantemente se renovaba la clientela; y ella, con seguridad y precisión, se volvía al sitio en que almacenaba las calderas, los molinillos, el cacao.

Las horas transcurrían con lentitud. La sombra se movía apenas uno, dos milímetros, en el reloj de sol que estaba en medio de la plaza. Fernando lo contemplaba con insistencia como si cada minuto tuviera el poder de convertir en realidad lo que tanto deseaba: que apareciera Pedro González Winiktón.

César se había apoderado de unas avellanas y jugaba distraídamente con ellas. Sonrió.

—¿Sabe usted lo que estoy pensando? Qué sucedería si ahora llegaran los federales.

Fernando había considerado también esta posibilidad.

—Una carnicería espantosa. Muy pocos tienen armas. Casi todos están ya borrachos.

—Además de que no cuentan con un jefe.

—Si Pedro les hablara tal vez lograría dispersarlos.

Entre los indios que se acercaban al puesto de doña Mercedes había algunos cuyo rostro era familiar a Ulloa. Pero no se atrevía a abordarlos por temor a una equivocación.

—¿Sabe usted hablar tzotzil, César?

El primer movimiento del aludido fue de defensa. Luego dos reflexiones lo calmaron: estaba con un hombre cuyo criterio era opuesto al de los finqueros. Y aun los finqueros, a pesar de su desdén por todo lo que concerniera a los indios, solían dominar el idioma de sus siervos a quienes no les permitían expresarse en español.

—Lo entiendo un poco.

Fernando hizo un ademán de impaciencia.

—No basta eso.

César continuó jugando con las avellanas. El reloj de sol parecía siempre igual.

—¿No es Winiktón aquel hombre que está allá?

Fernando, de pie, señalaba a un punto distante. No podían distinguirse claramente las facciones.

—Vamos a acercarnos antes de que se nos pierda.

César depositó las avellanas en un cesto y se sacudió las manos. Doña Mercedes miró con sospecha su esfuerzo por incorporarse.

—¿Qué mal modo les han hecho, patrones? ¿Por qué se quieren ir?

—Vamos a desentumirnos un poco, casera.

Echaron a andar. Tenían que abrirse paso entre los pequeños grupos. La actitud de los indios no era ni cordial ni indiferente como al principio. Parecían ceñudos. Comenzaban a estar ebrios.

Los hombres se tambaleaban apoyados los unos en los otros y contemplaban con una fijeza estúpida a los extraños. Las mujeres, sentadas en el suelo, no alzaban los párpados. Movían la cabeza mientras daban el pecho a sus hijos. Otras les hacían beber pequeños sorbos de trago de la limeta o les exprimían entre los labios un trapo empapado de posh. Los niños hacían muecas de disgusto pero luego cesaban de resistir.

—Pedro, hemos estado buscándote.

Ulloa acompañó estas palabras con una palmada amistosa. El indio volvió el rostro con rapidez. Catalina se irguió, atrayendo junto a sí al pequeño Domingo. Lorenzo y Marcela no concedieron más que una ojeada breve y sin curiosidad a los recién venidos.

—¿Qué pasa, Pedro? ¿Por qué se ha reunido la gente? ¿Qué no saben que las tropas pueden caer, de un momento a otro, sobre Chamula?

Pedro quería descargar su responsabilidad disculpando, al mismo tiempo, a los otros.

—Es la fiesta de la Semana Santa, ajwalil. Si no la celebramos no

hay agua para las siembras.

Catalina entrecerró los ojos para que no advirtieran el relámpago de odio que la había sacudido. ¡La iglesia de San Juan llena de adornos y ofrendas y la cueva de Tzajal-hemel vacía y abandonada!

—¿No les avisaste del riesgo, Winiktón?

Sí, Pedro se había cansado de aconsejarles, aunque no le hicieron caso. La gente había sobrepasado el límite de la angustia y del miedo. La espera había sido demasiado larga y había acabado por perder su sentido. Poco a poco los indios fueron olvidando las precauciones y volviendo a la rutina de la vida normal. Salían de sus escondites, reanudaban sus labores, se atrevían a ocupar nuevamente sus casas. Tenían hambre y buscaban su sustento.

—En Ciudad Real los ánimos están muy exaltados, Winiktón.

Pedro asentía y Catalina lo miraba con lástima. Había escuchado sus discusiones con los principales. Eran obstinados y temían que si el rito de la Semana Santa no se seguía con exactitud las potencias que hasta ahora los habían protegido se les tornaran hostiles. La misma Catalina se equivocó creyendo que en algo podría influir para revocar estas decisiones. Cuando dijo, en uno de los trances en los que caía frecuentemente, que los ídolos de Tzajal-hemel exigían un culto exclusivo, los que la oían quedaron pasmados de asombro y de temor. Pero después de largas deliberaciones los principales llegaron a un acuerdo: ofrecerían a los ídolos oblaciones extraordinarias para testimoniar su sumisión. Pero celebrarían la Semana Santa en el templo de San Juan porque era también poderoso y capaz de hacer daño.

Catalina vio cómo desertaban sus seguidores conforme se acercaba la fecha de la Pasión. Exageró sus amenazas y sus predicciones adversas, sólo para comprobar que eran inútiles. Entonces optó por callar y, al fin, consintió en asistir también a las ceremonias. El contacto con la multitud se le había convertido en un vicio y no perdía la esperanza de desempeñar ante ella, otra vez, el papel principal.

—Si tú les explicaras, ajwalil, tal vez te hicieran caso. Eres hombre de razón.

—Reúnelos lo más pronto que puedas y avísame.

Catalina se apartó llevando de la mano al pequeño Domingo. Ambos se encaminaron a la iglesia.

—Pídele al secretario municipal que abra el cabildo. La junta será en el Cuarto del Juramento.

Pedro hizo un gesto de obediencia y se alejó.

Cuando Ulloa y Santiago volvieron al puesto de doña Mercedes estaba casi desmantelado.

—¿Qué sucede, casera?

Doña Mercedes interrumpió su trabajo, pero no sin antes ordenar al arriero que se apresurara a enrollar las mantas que los habían resguardado del sol. Se puso en jarras para dar respuestas a César.

—¡Negocio redondo! Se nos agotó la mercancía. Ay, si todos mis clientes fueran como estos chamulitas otro gallo me cantara.

Uno de los baúles tenía la tapa aún abierta. Su interior rebosaba de objetos. Sobre él coincidieron las miradas de César y de doña Mercedes. Ella, sin inmutarse, aclaró.

—Hay cosas que no tienen demanda. Pero la sal… no me queda ni un adarme. Tendré que ir por algunas cargas más a Ciudad Real.

Doña Mercedes cerró el baúl.

—¿No se les ofrece algún recado? Regreso mañana, a más tardar. Me ajusta el tiempo como para hacerle una visita a la niña Julia —concluyó mirando con mansedumbre a Ulloa.

—No vale la pena. Nosotros también estaremos de regreso muy pronto en Ciudad Real.

—Bueno, pues. El que mucho se despide… Para que no pasen trabajos ahí queda en la cocina algo de bastimento. Es sólo cuestión de calentarlo.

El arriero trajo las bestias. Doña Mercedes montó en una mula y, con un fuetazo enérgico, la hizo andar con rapidez. Fernando y César la vieron alejarse sin encontrar ningún comentario que expresara su preocupación.

XXXI

La junta no pudo llevarse a efecto sino hasta el anochecer. Los principales abandonaron de mala gana las ceremonias en que tomaban parte activa o los corrillos familiares en los que se emborrachaban. La falsa seguridad del alcohol, el apoyo del número en que se habían congregado, el tiempo (vacío de los acontecimientos que temían) redujo su inquietud y su alarma a una realidad remota y sin sentido. ¿Qué era Jobel sino algo que estos hombres podían aplastar con el puño? Y lo cerraban con rabia y con obstinación y desenvainaban sin motivo los machetes y su brillo relampagueaba un instante y un instante el aire vibraba de peligro.

Todo el valle de Chamula retumbaba de música. El acordeón, jadeante y desigual, como una respiración de borracho; las arpas, de líneas delicadas, invisibles por la distancia y la oscuridad. El ritmo de los pies, calzados con caites de cuero grueso y mal curtido. Por todas partes al mismo tiempo —iniciándose, continuando, alcanzando su fin— el Bolonchón, la danza del tigre y la culebra, las metamorfosis del dios, de pronto reconocible en un animal al que los ojos están acostumbrados. En ese animal que preside los nacimientos, que acompaña y fortalece la vida, que despoja de su horror a la muerte. El Bolonchón, continuo, igual, inacabable.

¿Qué puede, contra lo que los dioses han dispuesto, la voluntad humana? ¿A qué viene Pedro González Winiktón, inoportuno, con sus recomendaciones de prudencia? ¿Y esos extranjeros, Fernando Ulloa y César Santiago, cuyas intenciones son confusas, cuyo lenguaje es intraducible? ¡Que se callen todos! El pueblo de Chamula está estableciendo su alianza con las potencias oscuras, está pagando su tributo a los verdaderos señores, está rescatando su derecho a vivir un año más.

Pero unos hombres, los principales, han sido apartados momentáneamente de esta comunión. Abandonaron la noche libre, los ecos, las fogatas y, guiados por un instinto ancestral de obediencia, han venido hasta el Cuarto del Juramento. Caben apretujándose. Distinguen mal sus facciones a la luz de una lámpara

de petróleo. Ríen y gargajean. Están nerviosos. Winiktón ha anunciado que va a hablarles el ingeniero Ulloa.

—Vengo de Tuxtla. Estuve con el gobernador.

Winiktón tradujo. Algunos principales eructaron con suficiencia. No ignoraban qué era eso de Tuxtla. Y en cuanto al gobernador lo habían escuchado, una o dos veces, en ocasión de alguna gira. Los indios no recordaban el discurso al que un encargado dio respuesta en su propia lengua. Recordaban los tumbos del camión de carga en que los habían transportado, su inmovilidad frente a un kiosco o un balcón, la moneda con que los recompensaron. ¿Qué tenían que ver estas autoridades (cada principal representaba un paraje, hasta el último de la zona tzotzil) con las otras que Ulloa estaba invocando? ¿Por qué ellos tenían que temer siempre y siempre someterse? Estaban hartos ya de patrones. El presidente de la República, que era algo más que el gobernador, les prometió que serían libres.

—El asunto de la repartición de tierras va por muy buen camino.

Fernando mentía. Los trámites podían retrasarse durante años. Pero él contaba con su intervención para que fueran más rápidos.

César escuchaba con escepticismo. Dirigida por este hombre, flemático, reposado y que creía en la ley, la inconformidad de los indios no llegaría a ninguna parte. Pero César confiaba —más que en las decisiones individuales— en las circunstancias. Las de ahora podían ser favorables. La gente de Ciudad Real aterrorizada; el gobernador dictando medidas que, en vez de proporcionar seguridad, aumentaban la alarma. Los indios… de ellos no se sabía nada. Probablemente estaban asustados también. Es fácil hacer que el miedo se convierta en violencia. Cuando un hombre teme ya no distingue entre la defensa y el desafío. Se lanza a la acción como cuando el toro embiste a la capa roja que se mueve frente a él.

Lo que se necesita es saber manejar el engaño. César no tenía en mucho la habilidad del ingeniero. No creía siquiera que se hubiera propuesto algún plan concreto. Su actitud era más bien la de aplacar a los indios que la de enardecerlos.

—Los finqueros quieren un pretexto para que no se cumplan las órdenes. ¡No se lo demos nosotros! ¡No nos pongamos la soga al cuello!

Winiktón titubeó ante las palabras. No comprendía bien su significado y su prestigio padecería ante los demás si mostraba ignorancia. Dijo que éste era el momento de hacer uso de la fuerza.

Uno de los principales alzó la mano para protestar. Aquí, lejos de Tzajal-hemel, dentro de otra órbita religiosa, Pedro y su mujer, la ilol, no eran personajes temibles. ¿Por qué seguir sus consejos?

Otros principales intervinieron. Hablaban animadamente. Ulloa sospechó que su mensaje había sido mal interpretado. Procurando que los demás no lo oyeran, dijo a Pedro:

—Viene la tropa. Te buscan a ti y a tu mujer por la muerte del padre Mandujano. Pero agarrarán a todos. Ahora todavía es tiempo de que huyan.

Pedro logró, al fin, acallar los murmullos y los comentarios. De pronto se dolió, no de él ni de Catalina, sino de todos éstos que serían castigados por un crimen que ya nadie sabía quién había cometido.

—Hay que regresar al monte. Hay que esconderse.

—¿Y dejar sola la iglesia de San Juan? —preguntó con incredulidad uno de los presentes. Los otros callaron estupefactos.

—¡En Semana Santa!

¡Qué insensatez! Como si San Juan y la Virgen de los Dolores y Santiago y el Cristo muerto fueran a permitir que se interrumpieran sus fiestas.

—Son soldados, muchos. Traen rifles, balas.

Fernando gesticulaba. Sus esfuerzos inútiles por hacerse entender provocaron una breve sonrisa en Santiago.

—¡Tú serás el responsable de esta matanza si no los obligas a que se dispersen!

Había asido a Winiktón por los hombros. Lo sacudía con fuerza. Pedro negaba, angustiado. Nunca había querido esto: la muerte de su gente. Quería la justicia. Pero en su imaginación la idea de la justicia y la de la sangre iban siempre unidas.

Winiktón se apartó de Ulloa y fue a mezclarse con los principales. En vano trataba de hacerse oír. Estaban excitados y no tenían miedo. ¿Qué quería de ellos este aladinado? Siempre los desconcertó y en muchas ocasiones pudo hacer que su voluntad prevaleciera. Pero hoy no iba a conseguir que ninguno saliese corriendo a refugiarse en los montes. Estaban bien todos juntos. Solos perderían el valor; irían a entregarse a sus enemigos, delatarían a los que hubiesen huido. Nadie quería estar solo.

—Las tropas van a llegar.

—¿Cómo? En los caminos cada piedra se convertiría en un guardián, cada peña en un obstáculo, cada arboleda en un ejército. Tal es el poder de San Juan, cuyo doble está en el cielo y vigila cuando la imagen de Chamula descansa.

Los principales se cruzaron de brazos. ¿Dónde está la fuerza? ¿En las armas, en los cañones? No, dentro de este cuerpo, que ha bebido el agua de los manantiales sagrados. En esta cabeza donde

penetran las emanaciones del pom. En estas manos que sostienen las andas de los santos, que riegan la juncia de las festividades, que ensartan las guirnaldas de flores. ¿Qué puede, contra estos hombres invulnerables, el caxlán blasfemador, descuidado de sus deberes religiosos? ¿Qué pueden sus balas de plomo contra esta carne a la que ha comunicado sus atributos lo divino? Sin embargo, uno de los ancianos quiso saber.

—¿Los ladinos de Jobel han sacado en procesión a la Virgen de la Caridad?

Pedro iba a contestar que sí, que la Virgen de la Caridad se había aparecido en el cerro de Tzontehuitz y que había sido vista con sus insignias de generala. Pero César Santiago se le adelantó.

—No. La Virgen de la Caridad está en su camarín, dentro de la iglesia.

Hubo entre los indios una risa colectiva de alivio. Su enemiga inmemorial, la que en los combates se encuentra en varios lugares a la vez, animando a los pusilánimes, devolviendo la vida a los moribundos, tendiendo trampas fatales a los chamulas, no había tomado participación en este conflicto. Entonces podría ser ganado. Se abrazaban entre sí, destaparon las botellas de alcohol, rieron hasta las lágrimas.

Fernando se acercó a César.

—¿Qué les dijo usted?

—La verdad.

Negligentemente dio los detalles que el otro le pedía.

—¿Y no previó que eso iba a envalentonarlos?

Naturalmente. Y lo había hecho con ese propósito. Ya en una ocasión anterior César había intervenido. Cuando se supo lo del descubrimiento de los ídolos en la cueva de Tzajal-hemel. No es que creyera en su origen milagroso. Piedras semejantes se encontraban en cualquier parte y él había visto unas muy parecidas, en el rancho de su padre, cerca de Ocosingo. Pero lo que sí era un hecho real, y sobrecogedor, fue la devoción de la gente, la gran esperanza que se despertaba en ella a la sola vista de las imágenes, la ferocidad con la que se disponían a defender su culto. César pensó que sería conveniente, para el prestigio de Ulloa en la zona tzotzil, mostrar su apoyo a estas creencias. Se lo insinuó con bastante claridad. Pero Fernando no accedió nunca a sancionar con su presencia o con sus palabras un rito que no calificaba más que como una superstición grosera.

Los indios no comprendían esta insensibilidad de quien les mostraba tanta simpatía en otros terrenos. No se atrevían a

interrogar. Pero algo dentro de ellos se cerraba cuando este hombre, Ulloa, les pedía confianza o les hablaba de justicia y redención.

César advirtió dónde se encontraba la falla y, convencido de que Fernando no condescendería nunca en repararla, hizo lo que consideró conveniente: robar el chal de Julia y entregarlo a Catalina para que envolviera en él a sus ídolos. A Pedro González Winiktón, que fungió como intérprete, le dio largas explicaciones sobre lo que significaba la prenda y quién era la mujer a la que había pertenecido. *La Alazana* tenía, también, el poder sobrenatural de hacer andar a los tullidos. Respetaba a la ilol chamula, le enviaba un presente. ¿Que por qué no lo trajo el marido? César hizo un gesto vago con la mano. Es un secreto. No hay que hablar nunca del chal delante de él.

Los indios asintieron dócilmente. Y de una manera confusa, al pensar en *la Alazana,* sentían que Fernando Ulloa no era un extraño y que el silencio con que contemplaba las ceremonias en la cueva era complicidad y consentimiento. De allí en adelante fueron menos reacios a confiarle sus cosas. Los que hasta entonces habían escondido sus papeles —escrituras, planos— los desenterraron y se los dieron. Arrancaron la maleza que ocultaba los mojones entre una propiedad y otra; señalaron los antiguos cauces de los arroyos. El ingeniero desempeñaba su trabajo con exactitud y celeridad. Y cuando se congratulaba de su buena suerte y ponderaba la docilidad de los indios, César no podía menos de sonreír. Como sonreía también, a solas, cuando hasta su cuarto de Ciudad Real llegaba el eco de la voz de Julia —lamentándose, acusando— por la desaparición del chal.

—¡Retire usted inmediatamente lo que ha dicho!

—Tan escrupuloso el ingeniero y quiere ayudarse con una mentira. Y una mentira inútil, además. Vea usted a sus indios, a sus pobres corderos. Están furiosos y cuando deciden lanzarse contra los ladinos ya nada los puede detener.

—¿Y usted se alegra?

—Por lo menos no voy a convertirme en un obstáculo para que me atropellen.

Estaban frente a frente. César dominaba la situación y, con un ligero tono de condescendencia, dijo:

—Yo no tengo otra cosa que hacer más que seguirles la corriente. Pero usted que los compadece, que piensa que son víctimas de la explotación y de la injusticia ¿por qué no los acaudilla?

—Porque no creo en la violencia.

—¿No creerá usted en ella ni cuando, ante sus ojos, pasen a cuchillo a toda esta gente?

—Vine a evitarlo.

—Y les pide usted que se desbanden. ¡Como si eso sirviera de algo! Los finqueros han convencido al gobernador de que haga un escarmiento. Y se hará. Buscarán al último indio, en el último rincón, para matarlo. Siquiera aquí, juntos, pueden defenderse mejor.

—¿Con qué armas?

—Ya las encontrarán. Un machete, una coa, una piedra. Cualquier cosa sirve. ¿No le han contado que en tiempos de la Revolución los chamulas tapaban la boca de los cañones con sus sombreros de palma?

—¿Y?

—Y volaban hechos pedazos, como era de esperar. Pero venía otro, con otro sombrero. Son muchos. No se acabaron.

De la noche llegaban los ecos lúgubres de un tambor. Y resonancias rotas de llantos y canciones.

—El que quiere azul celeste, ingeniero, que le cueste. Usted les ha hablado de tierras. Pero los finqueros no van a dárselas a los indios por su linda cara. Hay que estar dispuesto a perder algo.

César había pasado, casi insensiblemente, de la condescendencia a la petulancia. Su malicia de provinciano lo hacía sentirse superior en edad, en experiencia, a este ingenuo capitalino.

—Hay que ser práctico, ingeniero.

—Sí, yo no me opongo a lo que usted aconseja ni a lo que esta gente quiere hacer, por consideraciones morales. Sé que en la política no se conservan ni las manos limpias ni la conciencia tranquila. Pero lo que absuelve es la eficacia. ¿Qué lograríamos si encabezáramos esta sublevación?

—Asustar a los coletos.

—No es bastante. Dígame usted vencerlos y lo acepto. Pero del temor salen represalias, no concesiones.

—¿Y si venciéramos?

—No me fío de los milagros. Conozco la historia. Las rebeliones de los chamulas se han incubado siempre, como hoy, en la embriaguez, en la superstición. Una tribu de hombres desesperados se lanzan contra sus opresores. Tienen todas las desventajas de su parte, hasta la justicia. Y sin embargo fracasan. Y no por cobardía, entiéndame. Ni por estupidez. Es que para alcanzar la victoria se necesita algo más que un arrebato o un golpe de suerte: una idea que alcanzar, un orden que imponer.

—Eso es, precisamente, lo que usted podría darles, ingeniero.

Los principales solicitaron permiso para retirarse. Iban a deliberar.

Winiktón salió pensativamente tras ellos. El corredor del cabildo estaba a oscuras. De cuando en cuando llegaba hasta allí una ráfaga sonora, luminosa, de los congregados en el valle.

Se sentaron en círculo. Tosían solemnemente. La botella de trago no dejaba de circular.

—La Virgen no ha salido en procesión. Pero los caxlanes pueden sacarla.

—Tal vez ahorita la están sacando.

—¿A quién vamos a alzar para que la mire de frente?

—Nuestro patrón es San Juan.

—San Juan pastorea rebaños. No tiene espada.

—Santiago es jinete.

—Cura los caballos cuando pisan la hierba mala. No quiere pelear.

—¿La Dolorosa?

Esta proposición no obtuvo respuesta. La Dolorosa vagaba por la tiniebla de las noches, lamentándose de sus hijos muertos. Triste, loca, madre, ¿cómo los podía defender?

Pedro no tomaba parte en aquella discusión. Olvidó que los perseguidos por los ladinos de Jobel eran Catalina y los suyos. Olvidó que si se entregaba, según la promesa de Ulloa, había una posibilidad de salvación para su pueblo. Sólo quiso, en ese momento, ayudar. Dijo a los indios:

—¿Y si fuéramos a Tzajal-hemel?

Lo miraron con suspicacia. ¿Ir a Tzajal-hemel ahora? ¡Qué sacrilegio! Además, los ídolos de la cueva todavía no daban signos de su poder. No se habían medido ni con los santos de Chamula; menos aún con el dios de los caxlanes.

—Ellos lo clavaron en una cruz y lo mataron y bebieron su sangre. Desde entonces nadie los puede vencer.

Permanecieron en silencio. Pensaban en sus parajes abandonados, en los escondites del monte.

—Los fiscales saben rastrear. Olfatean una huella y la siguen.

—Mi mujer está preñada. En los últimos meses.

—Y mis hijos apenas están aprendiendo a andar.

—Es una vida trabajosa.

—Es.

A Winiktón le rebelaba este fatalismo.

—Podría ser de otro modo.

Ninguno escuchó. No tenían curiosidad. No les interesaba contradecirlo. Eso lo animó a proseguir.

—¿Se acuerdan de las historias antiguas?

—Cuentos de viejos. Nadie sabe ya lo que pasó.

—Cuando vinieron los primeros caxlanes, hace siglos, muchos prefirieron morir a rendirse.

Un anciano hizo signos afirmativos. Sí, había oído decir algo a sus abuelos. Algo de unos guerreros que se habían tirado desde un peñasco al fondo de un río.

—Desde entonces el Sumidero es sagrado.

El sacrificio de tantas almas santificó cada piedra, cada rama, cada declive del abismo. ¿Y Chamula iba a quedar desamparada? ¿Y en esta comarca inmensa ya no podría reinar el espíritu de San Juan, su ánimo de constructor y de dueño de rebaños? ¿Se envilecería esta tierra donde brotaban tantos manantiales, donde la niebla bajaba a posarse con tanta frecuencia? ¡Qué indignos habían sido de vivir aquí si no eran ahora capaces de disputar al ladino esta posesión!

Vendría la fuerza, desordenada y caótica, de los caballos al galope, arrasándolo todo, dejando tras de sí cenizas, ruinas y esclavitud. Las costumbres serían abolidas, las dignidades usurpadas, los santuarios profanados. ¿Qué sería del cielo si los chamulas entregaban su tierra?

Un grupo de principales, encabezado por Pedro González Winiktón, se puso de pie para hablar con el ingeniero Ulloa.

—Ajwalil, mañana es la fiesta del Viernes Santo. Queremos que asistas con tu ayudante, porque ha de ser una gran solemnidad.

XXXII

CATALINA DÍAZ PUILJÁ lo sabía: la Cuaresma es el vientre del año. En sus horas —largas, transparentes, inmóviles— fermentan las estaciones que han de regir el destino de la tribu. Aguarda la tierra sollamada; aguardan los animales famélicos. El escrutador invoca los signos de la lluvia y conjura el fantasma haraposo de la sequía.

La Cuaresma es el tiempo de las propiciaciones. Los santos abandonan la sombra de su nicho, el resguardo de su altar y salen, en hombros de sus mayordomos, a la mitad de la plaza. Allí piden alimentos, salud, vida. Y ofrecen, a cambio, sacrificios.

Pero en la Semana Santa, la última, la decisiva, ninguno (ni santos, ni mayordomos, ni fieles) soporta la intemperie. Se refugian todos en el interior de la iglesia porque un rayo en seco va a caer y nadie sabe a quién aniquilará.

Catalina lleva de la mano a Domingo. La tiene asida con firmeza para que la multitud no los separe.

La comparecencia de la ilol en el templo de San Juan no significa que traicione a sus dioses, a sus criaturas de Tzajal-hemel. Sostenida por su memoria avanza, con un gesto desafiante más que reverente, hasta el lugar en que los sabidores dictan el orden de las ceremonias, puesto que este orden es necesario para que el mundo no se aparte de su camino. Y para que las costumbres de los hombres no sean quebrantadas.

Catalina, que no suelta a Domingo, que se escuda en él, se acerca a la imagen yacente, exangüe, de Cristo. No baja los párpados delante de ella porque hace tiempo que ya no teme mirar de frente el misterio. Y no la conmueve este cuerpo abatido por el sufrimiento, derrumbado por la muerte. Desprecia sus músculos fláccidos que no acertaron a vencer; su epidermis blanca cuya delicadeza no protegió a su dueño contra las heridas. Y en la que cada herida se encona y se vuelve llaga.

Alrededor de Catalina plañen las mujeres. ¿Qué le piden a este varón sordo, indefenso, sin vida? ¿Que las defienda de los mismos que lo crucificaron? ¿Que las ayude a cargar su fardo de

sufrimientos y miserias cuando no pudo, siquiera, cargar su propia cruz? ¿Por qué no lo abandonan a la tumba que lo reclama y vuelven con Catalina a Tzajal-hemel? Catalina no lo entiende. Y las mujeres continúan allí, tercas. Algunas, las más menesterosas acaso, lamen la sangre de los pies, de las manos, del costado. Y luego se yerguen como el que se ha fortalecido con un sacramento.

Girando con el remolino de fieles, Catalina y Domingo llegan hasta donde Xaw Ramírez Paciencia oficia, con un cuenco de agua espesa de pétalos de rosa. Con la mano izquierda lo sostiene. Con la derecha asperja el rostro de los congregados.

Catalina recibió esta forma de bendición sin mirar a Xaw. Temía ser reconocida por su antiguo rival, cuyo momento era de triunfo, y rechazada por él. Se envolvió, lo más que pudo, en sus tocas de lana. Xaw trazó el ademán distraídamente. Para él no existía más que una sola cabeza —inclinada, sucesiva y anónima—: la de su pueblo, sobre el que había recuperado la potestad.

Tocó el turno a Domingo. Y cuando el sacristán se disponía a rociarle la cara, el cuenco (precariamente equilibrado entre los dedos torpes, reumáticos de Xaw) se inclinó hasta derramarse por completo sobre el niño, al que cubrió de agua y pétalos. El sacristán emitió una especie de gemido de cansancio, de dolor, de impaciencia. Domingo no se atrevía a secarse el líquido que le apelmazaba el cabello y le escurría por las sienes. Los testigos quedaron paralizados de alarma ante lo insólito de la situación. Catalina se despojó con brusquedad de la toca —de modo que su cara quedó al descubierto— y con ella quiso enjugar a Domingo. Muchos brazos la detuvieron. Xaw, que no la había reconocido, que ni siquiera la había mirado (porque toda su atención, interrogante, humilde, estaba vuelta hacia el niño), dejó caer el cuenco vacío al suelo y se arrodilló ante él. Con un silabeo casi inaudible le suplicaba que le permitiera seguir desempeñando su obligación.

—¡Sacristán apóstol! —exclamó con voz fuerte Catalina. Y entonces Xaw y los demás la identificaron y se les hizo patente que Domingo era el que había nacido cuando el eclipse. Y su turbación se acrecentó.

Cuando Catalina terminó de limpiar de pétalos y de agua a su sobrino, partió con él. Se abría paso entre los arrodillados, entre los abatidos, arrogante, dominadora, como si enarbolase un trofeo conquistado.

De pronto la poseyó la certidumbre de que los ídolos de Tzajal-hemel acababan de ganar una batalla a los santos de Chamula. Y esta certidumbre la golpeó como un borbotón repentino de sangre,

como un sorbo de aguardiente y la aturdió un instante y luego dio a sus sentidos una agudeza intolerable para percibir hasta la vibración más leve que electrizaba la atmósfera del templo.

La actividad se concentraba ahora alrededor de la Gran Cruz del Viernes Santo. Algunos funcionarios religiosos la apartaron de la pared en que se apoyaba.

La Cruz se tambaleó en el aire, amenazando caer y aplastar a muchos. Pero los funcionarios religiosos la sostuvieron y, lentamente, en el espacio que la multitud le había dejado libre, la Cruz fue reclinándose hasta quedar en posición horizontal.

La habilidad de los funcionarios religiosos fue celebrada. Los más próximos a ellos (y todos procuraban serlo) les ofrecieron limetas de trago y pequeños embudos para que bebieran hasta saciarse. Desde lejos Catalina los observaba: el gesto con que agradecían el convite, la facilidad con que lo aceptaban. Les era necesario recuperar las fuerzas antes de seguir cumpliendo su cometido.

Éste consistía ahora en desenrollar las mantas que cubrían la Cruz. Jalaban la tela procurando no romperla. Pero cuando, a pesar de sus precauciones, la rotura se producía, los funcionarios religiosos guardaban hasta el más pequeño de los hilos desmandados en una cajita especial.

Por fin la Cruz fue despojada de sus coberturas y la madera, antigua, sólida, sin pulir, quedó expuesta a los ojos de los que presenciaban el rito. Las madrinas acudieron con prontitud llevando algodones para limpiarla. Después la madera volvió a cubrirse. Ahora con la frescura, con la fragancia de hojas silvestres.

Luego vinieron los sahumerios. Siete sahumerios. El pom se consumía en las brasas y se difundía en el aire haciendo surgir, en quienes lo respiraban, la evocación de los grandes bosques de coníferas, la altura y la soledad de la cordillera.

Catalina cerró los ojos. Un malestar conocido la invadía. ¿En qué momento iba a sobrevenir el arrebato? ¿Hasta cuándo caería en el pozo oscuro de la inconsciencia? Porque no era posible que se prolongara más el sufrimiento. Un sudor frío de angustia, de enfermedad, le brotaba por los poros, le impregnaba la ropa.

Se desasió de Domingo sin importarle que los vaivenes de la multitud lo apartaran de ella. Y, a tientas, buscó un espacio para dejarse caer. No lo halló más que para quedar de rodillas.

Al nivel en el que quedó entonces, el aire, corrompido, casi no se podía respirar. Los acezidos de Catalina eran rápidos, obligaban a su pulso (tan atormentado de por sí) a acelerar el ritmo y a su

corazón a encabritarse. Y sin embargo la inconsciencia no acababa de imperar.

Catalina volvió a abrir los ojos. Nadie había concedido la más mínima atención a su lividez, a sus ademanes dolientes. Y no estaba sola. Éstos, que hoy la desatendían, la repudiaban, eran los mismos que ayer calzaron la sandalia de la peregrinación para encaminarse a la cueva de los ídolos. Eran los mismos que excitaban el trance de la sacerdotisa con sus salmodias; que solicitaban, durante días y días, el favor de una audiencia. Porque les era preciso depositar en otro su culpa o su castigo. O hacer que les resucitaran su esperanza. O compartir la virtud de la ilol tocando las orillas de su vestido, rozando la punta de sus dedos.

Los mismos. Sí, Catalina sabía los nombres y las caras y recordaba sus penas. Y tenía aún en su boca el sabor de las promesas que pronunciaba. ¿Por qué se habían apartado? ¿Es que alguna vez Catalina antepuso su cansancio a las necesidades de los solicitantes? ¿Es que alguna vez se negó a arrojarse al vórtice en el que gira la revelación? ¿Es que alguna vez no quiso compartir sus hallazgos? Catalina examinaba su conducta, presta a la contrición, y no encontraba en ella nada reprensible.

Catalina, la estéril, pero que sabía de la maternidad más que tantas madres, había dado de sí, como en el parto, en cada acto de adoración, de admonición, de consejo. Su cuerpo (¿era todavía *su* cuerpo?) se había convertido en un receptáculo, dócil para albergar lo sobrenatural, transparente para dejar que se manifestara el milagro. Cuando Catalina se sentía colmada de dones no osaba defenderse. Inerme, se ponía al alcance de todos. ¡Que venga el sediento y beba del agua serenada! ¡Que el que padezca hambre devore esta sustancia que ha de confortarlo! Y ardía, para iluminar la tiniebla donde se pierde el ignorante. Y se endurecía para que el vacilante tuviese un asidero. Y permanecía inmóvil, como una señal para los que no atinan con el rumbo.

Ciencias arduas eran éstas en las que Catalina se había ejercitado. Desató, uno tras otro, los nudos que la trababan. Primero los de la complacencia propia. Después los de los afectos hacia los demás. Y no aspiraba a ganar la libertad sino a aherrojarse en la absoluta esclavitud. Obedecer al que vino de lejos y al que partirá lejos. Dar. Darse.

Cada desatadura (los apetitos que le exigen su satisfacción, los deudos que se quejan del desvío o nada más la fatiga del esfuerzo incesante) era una enfermedad, era un desgarramiento. ¡Qué agonía tan larga y sin desenlace!

Pero la ilol aceptaba, conforme, obediente, su destino. Su destino de agua que fecunda el lugar por donde pasa. Hasta que, de pronto, se despeñó en el vacío.

No es posible retroceder. En vano buscó, en la presencia de Pedro, el amor, la zozobra, la angustia de otros días. Y en Domingo el consuelo de épocas pasadas. Uno la rechazaba por huraño; otro la defraudaba por feliz. Y ni la visión de Lorenzo, ni el trato con Marcela eran capaces ya de revivir ni su piedad ni su desprecio.

Catalina se volvió hosca. Hosca hasta con los ídolos a los que hubiera querido maltratar, romper, como si la envoltura de la materia fuera el origen de su mudez. Y el silencio no estaba en las bocas ajenas sino en los oídos sellados, en los tímpanos deshechos de Catalina.

Porque en su interior no resonaba más que una pregunta: ¿por qué me abandonaron? Los suyos, su pueblo. No, no la habían abandonado por hartura. La ilol los vio partir muchas veces —y a pesar de lo que se desvivía por entregárseles— insatisfechos, dudosos, sin alivio. Y aunque los llamaran y volvieran, se quedaban mirándola inútilmente.

¿Pero es que sus vetas se habían agotado o es que Catalina era inhábil para buscar? Se sentía con derecho a exigir una tregua. Mas el pueblo, tornadizo siempre, traidor una vez más, ya estaba lejos. Y la cueva de Tzajal-hemel, vacía. Y los ídolos sin ofrendas. Y la ilol abandonada.

Abandonada. Como el enfermo vuelve, toca, punza, su punto neurálgico, Catalina regresaba a la sensación de su aislamiento, de su superfluidad. Quería removerse el rencor pero sólo experimentaba una turbación difusa, sin asidero. El mal ahondaba su raíz no en los otros. En ella.

Ah, cómo se conocía, cuánto tiempo se había soportado. Mujer sin hijos. La nuez que no se rompe para dar paso, crecimiento y plenitud a la semilla. La piedra, inmóvil, fea, con la que se topa el caminante. El puño que aprisiona el pájaro y estrangula sus últimos estertores.

¿De qué le había valido su tenacidad equivocada? Nada era suyo. Pedro siempre fue otro y no el que Catalina amaba, el que Catalina necesitaba. No pudo tenerlo dentro de sí ni siquiera como se tiene a un hijo. Un hijo. Éste era el nombre de su soledad, de su desvalimiento, de su fracaso.

Catalina quiere expiar la culpa. Se humilla ante el marido pero luego se levanta, loca de orgullo lastimado; sirve a Lorenzo pero lo desprecia por su invalidez. Tolera a la cuñada cuando la envidia no

le sube hasta la boca como una espuma amarga.

Sólo en Domingo se apacentó alguna vez y supo hallar descanso. Domingo, que se calentaba de su cuerpo cuando recién nacido; que recibía el alimento de sus manos y el cuidado y los pequeños dones sin los cuales la vida no es posible.

¿Quién, sino Catalina, sorprendió en los ojos del niño el primer destello de inteligencia? ¿A quién tendió por primera vez los brazos para que lo sostuvieran y lo alzaran? ¿Qué nombre aprendió a balbucir antes que ningún otro?

En aquellos años Catalina llevaba, como una joya resplandeciente sobre el pecho, su amor por Domingo. Después atravesó por un gran desierto hostil hasta que la aparición de lo absoluto hizo de ella su aposento y su dominio.

Pero lo absoluto es celoso. Uno por uno fue expulsando los recuerdos que se preservan de la melladura de lo cotidiano; fue debilitando los hábitos que facilitan el trabajo; fue borrando la fidelidad a los demás, a uno mismo.

Catalina esquivaba hasta la mirada de Pedro; dejaba que Lorenzo se llenara de piojos y que Marcela descuidara sus labores. Hasta el mismo Domingo se le convirtió en un extraño y su figura la veía como desde muy lejos, como al través de la niebla, como desde otro mundo.

Catalina es ya como el animal marcado por un hierro: el de los dioses. Delante de ella el gran estupor de lo desconocido. Detrás la masa de su pueblo. El pueblo que reza, que implora, que amenaza tal vez. Palabras, murmullos, confesiones. Y de repente todo se desmorona, se hunde en el silencio.

El silencio es la boca hambrienta del abismo. Hay que aplacarla arrojando a su fondo lo que ha de saciar su hambre: una víctima.

Catalina es un árbol sacudido, un cofre saqueado. Ya no tiene nada que dar. Y el silencio persiste. Nada que dar. Porque lo último que posee lo defiende y su desnudez no es perfecta como la de la Cruz.

La Cruz reclama a su crucificado. Uno por uno, a todos. ¿Pero quién ha asumido sobre sí los deberes de la tribu? ¿Quién se ha arrogado el oficio de intermediaria? Nadie más que Catalina. Y por eso en ella se magnifica el eco del clamor y en sus ijares se hunde la espuela que urge a la acción.

Embriagada, terrible, inocente, Catalina lanza un alarido. El silencio, por fin, se rompe. Ella, y lo que la yergue y la sustenta, avanzan sobre la juncia pisoteada y los desperdicios esparcidos y la gente expectante, hasta la Cruz.

Los funcionarios religiosos se apartan; las madrinas huyen; el sacristán tiembla. Y lo que va a suceder es lo que debe suceder. El instante en que lo posible y lo necesario confluyen y se mezclan y culminan, es un instante que no se puede soportar.

Catalina contempla la Cruz con la misma compasión con que se contempla a sí misma. Es la madera derrumbada a hachazos; es la contradicción y el nudo y la parálisis; es la carencia total. Y ella, la ilol, tiene en sus manos lo que falta a la Cruz para ser, no el símbolo inerte, sino el instrumento de salvación de todos. Basta un ademán, el ademán más simple, para que la esperanza cuaje en realidad. Y Catalina lo cumple.

XXXIII

¡QUÉ PEQUEÑO es el mundo si un niño puede convertirse en su centro! Es un niño cuyo nacimiento se acompaña de presagios: “el que nació cuando el eclipse”. Su destino había permanecido oculto detrás de la humildad de su condición y de la rutina de las tareas cotidianas. Pero hoy se pone de manifiesto, ante la cara de la tribu, porque una ilol, una mujer que ha parido dioses, lo alza en brazos y pronuncia las palabras que ungen a los elegidos.

A Domingo no le atemorizaba la multitud. Confundido con ella estuvo en Tzajal-hemel y asistió a los actos de adoración y desagravio de los ídolos. La multitud, que rondaba su casa, igual que un animal hambriento pero manso. La multitud que se dispersaba a la menor señal de peligro. La multitud que ahora lo rodea pero que no se atreve a traspasar cierto límite, un límite que no se sabe quién le ha marcado.

Porque Domingo debe estar solo junto a la Cruz. Aun la misma Catalina se aparta. Va a confundirse con los hombres que callan, con las mujeres que contienen la respiración; con el pueblo tzotzil que aguarda.

Pues he aquí que el plazo de la purgación ha terminado. Que los signos de prueba se cumplieron. Las potencias oscuras se reconcilian con sus siervos y les conceden el don que ha de hacerlos semejantes, en fuerza, en mando, a los caxlanes. Derramarán la sangre de un inocente y los que la beban han de levantarse llenos de ímpetu. Cristo tenían de más los otros. Cristo también tendrán ahora ellos.

Los mayordomos reconocen a la víctima que propiciará su rescate y se acercan para depositar a sus pies las ofrendas de gratitud.

A Domingo no le asombra que se arrodillen frente a él. Los mayores vigilan, de rodillas, el crecimiento de las plantas; encienden el fuego de rodillas; y de rodillas hablan con los niños cuando son demasiado pequeños.

Y Domingo es todavía un niño. Aunque sus jornadas no se

alegren con juegos sino se doblen de obligaciones y trabajos; aunque sus dientes hayan mordido, tantas veces, el hueso del hambre; aunque su piel esté curtida de intemperies y su inteligencia afilada en la escasez y en los peligros, “el que nació cuando el eclipse” no es más que un niño.

Ávido. Cuando los mayordomos le alargan las botellas de trago no busca los ojos de Catalina para consultarle si es bueno que acepte el convite. Bebe. La garganta le arde. Tose. Pero después un calor agradable se le difunde por el cuerpo y se siente libre y anhela estar en el campo abierto, correteando como los cachorros, como los recentales.

Catalina lo mira con dureza, fijamente. ¿Quién es este extraño que ella ha entregado como complemento natural a la Cruz? El bastardo de un caxlán de Jobel; la deshonra de una muchacha de su raza; la vergüenza oculta de Lorenzo; el reproche de su marido, su propia llaga. Sí, la llaga que no cesa de sangrar, que no cicatriza nunca porque Domingo está presente siempre. A medianoche, cuando todos descansan, ella, Catalina, escucha la respiración del niño. Si es sosegada se apacigua. Pero si se entrecorta en un jadeo, corre a conjurar la amenaza de la fiebre, del daño, de la enfermedad. Y antes de que se declare el llanto ya ella ha dejado manar de su pecho el arrullo.

Catalina no duerme. Vela en la oscuridad. Desvaría en la luz. Y ahora que contempla, por fin, de frente, al ladrón que le ha hurtado el sueño, a la espina que se clava en su reposo, quiere gritar de rencor, pues ella no ha sido madre de ninguno para que ninguno la desgarrara así.

Domingo bebe de las botellas de los mayordomos. ¿Cómo iba a rechazar un don cuando no sabe más que recibir? Ni siquiera ha pedido nunca. En la casa de Pedro González Winiktón la comida no se repartía en raciones iguales. Si hay poco, el niño lo ignora. Porque Catalina finge desgano, malestar, y cede su parte a Domingo. Y en las épocas de abundancia escoge para él la mazorca más tierna, la carne más suave, la hortaliza más lozana. Y esos renunciamientos claman hoy su recompensa. Y Catalina quisiera llorar, como la que ha sido defraudada, porque nada puede ya devolverle esta criatura a la que ella misma ha colocado fuera de su alcance.

Inútilmente alarga hacia él las manos. Esas manos que lo ayudaron a salir del vientre de Marcela y lo limpiaron de la suciedad original; esas manos que fueron modelándolo, día tras día, con más paciencia que a los ídolos y que, una vez alcanzada la

perfección, no pueden añadir ni el roce más ligero.

Porque el cuerpo de Domingo es sagrado y sólo deben tener acceso a él las madrinas del sacramento. Turbadas, torpes, lo despojan de su chamarro de lana, de su camisa y su calzón de manta, de sus caites de cuero. Atavíos de gala, sí. Pero indignos de la ceremonia que va a consumarse.

Con las mejillas arreboladas por el alcohol, Domingo se abandona a la solicitud de las mujeres. No tiene frío, no tiene miedo. ¡Con qué suavidad manejan el algodón empapado en aceite y se lo untan en la espalda, en los brazos, en los muslos!

Una salmodia grave (¿de dónde surge si todas las bocas están cerradas?) lo invita a la inconsciencia. Domingo deja que se abatan sus párpados y un paisaje de colinas defendidas por árboles, de llanuras lamidas de niebla, de charcos en que se duplica el azoro del ciervo, lo deslumbra.

Perezosamente, dejándose llevar por el flujo de la aglomeración, Marcela y Lorenzo han llegado al centro del remolino que es la Cruz. La visión de Domingo desnudo, desguanzado, no los asombra, no los alarma. A Lorenzo porque no la comprende; a Marcela porque buscará la justificación en los labios de Catalina.

Catalina sigue, con una atención implacable, los pasos del sacrificio. Ahora Domingo ha sido extendido, por el sacristán, a lo largo de la Cruz. ¡Qué desproporción tan enorme entre los dos tamaños! Y sin embargo, en la balanza de la justicia pesa más el alma que la madera. Y basta una brizna de hierba para colmar el vacío del universo.

No, estos misterios no escandalizan ya a Catalina. Los ha devanado desde su primera juventud. ¡Cuántas veces la madeja se le desbarató en muchos hilos! ¡Cuántas veces halló los cabos y ató los nudos y tejió un dechado resistente en que el dibujo era sencillo y claro!

Pero lo que no lograba entender era que un sacrificio se consumara sin dolor. Y se le rebelaba su pobre carne, consumida en la familiaridad con lo divino.

Porque Domingo parecía dormir. ¿Qué mezclaron los mayordomos con el posh? De tal manera había docilitado la voluntad, quebrantado los miembros, anonadado la resistencia “del que nació cuando el eclipse”.

No, una muerte así, de vegetal, de piedra, carecería de mérito a los ojos de las potencias oscuras. E iban a exigir otro rehén. Catalina arrebató a Xaw Ramírez Paciencia el cuenco y lo que contenía de agua. Ante el espanto de todos fue a verterlo sobre las sienes de la

víctima para revivir sus sentidos.

Domingo volvió en sí con un escalofrío de alarma. Pero la imagen que ocupó su horizonte le hizo recuperar la tranquilidad. Conocía bien esa crispación de angustia, ese sobresalto que siempre había suscitado —en el rostro de Catalina— la más leve amenaza contra su salud, contra su felicidad. Ahora, como siempre, se inclinaba a protegerlo. ¿Pero por qué, en lugar de la tibieza y la suavidad de su regazo, le deparaba la rigidez vertical de la Cruz?

Domingo quiso moverse, cambiar de posición, y advirtió que no le era posible. Sus brazos habían sido extendidos en toda su longitud y alrededor de sus muñecas una cuerda, fuertemente atada, los mantenía fijos. Forcejeó para librarse de las ataduras pero no alcanzó más que a ahondar el surco que la cuerda cavaba en su carne.

Domingo quedó quieto, como los animales en la trampa, cuando no quieren precipitar su fin. Sólo sus ojos, más que asustados, estupefactos, se clavaban con insistencia en los de Catalina como pidiéndole, antes que una ayuda, una explicación.

Catalina seguía todos estos movimientos, estas prudentes e inútiles parálisis, con una extrema fascinación. Ahora sí, la muerte tomará posesión de este cuerpo como la toman siempre los dioses: haciendo alarde de su poderío sobre un enemigo al que sometió en la lucha desigual, al que redujo por la fuerza, al que ha desgarrado hasta la última fibra sensible. ¡Y son tantas!

Y los mayordomos, intérpretes de la voluntad divina, son sabios. Punzan ahí donde más profundamente duele, donde se agazapa el alarido. Pero no dejan que el alarido retumbe en los ámbitos del templo. Lo amortiguan con sus llantos, con sus lamentaciones. Persiguen la voz quebrada del agonizante con la jauría furiosa de las suyas. Y le dan alcance en todos los rincones y la aniquilan.

El primer borbotón de sangre (del costado, como en todas las crucifixiones) ciega a Catalina. Y sin embargo intenta apartar la catarata que le nubla la vista y limpiar el rostro de la agonía como con el paño de Verónica, para dejarlo limpio y evidente.

Con el primer borbotón de sangre a Domingo se le fuga el ímpetu que lo encabritaba, que lo mantenía en el vértice agudo del dolor y respira un momento de tregua. Es posible escapar, con la sangre, lejos de este sudor, de esta náusea sin desenlace, de esta expectativa intolerable del golpe, del que no se sabe nada más que ha de venir.

Lejos, lejos. Va a desvanecerse la pesadilla, va a desaparecer el horror. Con una sonrisa de placidez Domingo pierde el

conocimiento.

Catalina lo observa, angustiada. ¿Se ha rendido tan pronto y tan sin resistencia? Su martirio no saciará el hambre de los dioses. ¡Su muerte no va a bastar para redimir a la tribu!

¿Qué hacen los mayordomos? ¿Se distraen de sus deberes rituales, en reverencias mutuas, que no tienen fin? ¿Y las madrinas? ¿Pretenden nublar el espectáculo con el humo de los incensarios? Sólo uno permanece atento al orden que ha de guardarse: el sacristán, que exprime sobre la boca de Domingo una bebida áspera.

Domingo siente, multiplicado, el ardor de la herida. Se debate por instinto, pero no se pregunta cómo, por qué, ha comenzado a suceder lo que está sucediendo. Es un niño pero su infancia no ha sido preservada de la contemplación de la lucha desigual entre los seres. Desde su nacimiento lo marcaron con la cifra indeleble de la única ley que rige el mundo: la de la fuerza. Presenció, temblando, los asaltos nocturnos de los coyotes a los gallineros; vio descender, rápido y certero como una flecha, el gavilán sobre su presa; se defendió de las atajadoras en las entradas de Jobel; durante la celebración de las festividades asistió a las riñas de los rivales. Y vio, sin espanto, cómo sobre la cara del caído, golpeaba, una y otra vez, el caite de suela triple y cuádruple del vencedor, hasta desfigurarlo. Pero nada era semejante a la desgracia que se había abatido sobre él. Nada. Ni siquiera ese instante en que la tribu entera enarbolaba el palo, el machete, el luk, para acabar con el perro rabioso. O con el brujo.

Domingo comprendió, de pronto, que de alguna manera se había convertido en eso que tanto temió siempre: en un perro rabioso. Y quiso ayudar a los demás en su obra de exterminio y se retorció tratando de romper las ataduras y gritó para excitar a sus verdugos y la herida volvió a sangrar, pero esta vez sin que la sangre perdida le trajera alivio ni debilitamiento.

No, esta vez Domingo no se desmayará. Va a ser la víctima, pero también el testigo, de su propia ejecución.

Los clavos con que van a traspasarle las manos y los pies son grandes y están herrumbrosos por haberse mantenido guardados mucho tiempo. Al penetrar en la carne se pulverizan los huesos, se revientan las arterias, se rasgan los tendones.

Domingo se queja, no sabe ya por qué. Pues si alguno se acomidiera a preguntarle si sufre no sería capaz de contestar. El sufrimiento es una palabra que se mide y tiene un peso determinado y para pronunciarla es bastante la voz. Y Domingo ha ido más allá

de toda voz, de toda medida.

Está muriendo. Pero no es él, no es su cuerpo lo que va a desintegrarse. Es el mundo. Abre los ojos y una especie de vértigo lo acomete. Las figuras se acercan, se esfuman, se confunden. Las proporciones cambian. No, no es únicamente que la firmeza de su percepción vacile. Es que la Cruz, a la que Domingo ha sido clavado, se mueve. Los funcionarios religiosos la cargan hasta el centro del altar y allí es sembrada y se yergue. Cada vibración de la madera alcanza una prolongación dolorosa en la carne de Domingo y le arranca los últimos gemidos, le corta las últimas amarras.

La sangre continúa fluyendo pero ya no en borbotón ni en torrente. Gotea. Y cada gota es recibida abajo por los paños finísimos de las madrinas del sacramento y los tiñe de rojo. Lo que escurre a lo largo de la madera es lamido por los mayordomos, por el sacristán, por Catalina.

Los que están más lejos de la Cruz pueden contemplarla entera. Pero la distancia les borra los detalles que afean al crucificado. Pende ya, inerte, y no hay en su fin ni la belleza ni la serenidad de las estatuas. Contra todas las voluntades ajenas, y aun contra la propia, el cuerpo de Domingo se resistió a morir. Y su rebeldía quedó plasmada en contracciones grotescas de los músculos, en un gesto de cobardía, de azoro, de repulsión.

Después de la consumación aplasta a la multitud un silencio como de plomo. Hasta el llanto del recién nacido es prontamente sofocado por el pecho de la madre; hasta las incoherencias del ebrio se extinguen. En este silencio se gesta la profecía. Porque nada significa lo que ha sucedido si las palabras no le dan forma.

¿Pero quién va a hablar? Xaw tartamudea y no alcanza a entender el sentido profundo de las cosas. Los funcionarios, los mayordomos, las madrinas son buenos nada más para las tareas serviles, bestias de carga del espíritu, que ignoran lo que acarrean. No queda nadie más que la ilol y hacia ella se vuelven los ojos esperanzados, anhelantes.

Catalina conoce esta mirada, responde a ella. Por primera vez no se extravía en falsas veredas. Sabe lo que ha de decir y encuentra las palabras justas. Ni balbuceo ni enigma. Y la revelación no se abre paso como antes, como siempre, entre el delirio. Catalina conserva la lucidez; es dueña de sí misma; es libre. La piedra del sepulcro ha sido apartada.

—Aquí llegamos todos al final de la cuenta con el ladino. Hemos padecido injusticia y persecuciones y adversidades. Quizás alguno de nuestros antepasados pecó y por eso nos fue exigido este tributo.

Dimos lo que teníamos y saldamos la deuda. Pero el ladino quería más, siempre más. Nos ha secado los tuétanos en el trabajo; nos ha arrebatado nuestras posesiones; nos ha hecho adivinar las órdenes y los castigos en una lengua extranjera. Y nosotros soportábamos, sin protestas, el sufrimiento, porque ninguna señal nos indicaba que era suficiente.

"Pero de pronto los dioses se manifiestan, las potencias oscuras se declaran. Y su voluntad es que nos igualemos con el ladino que se ensoberbecía con la posesión de su Cristo.

"Ahora nosotros también tenemos un Cristo. No ha nacido en vano ni ha agonizado ni ha muerto en vano. Su nacimiento, su agonía y su muerte sirven para nivelar al tzotzil, al chamula, al indio, con el ladino. Por eso, si el ladino nos amenaza tenemos que hacerle frente y no huir. Si nos persigue hay que darle la cara.

"¿Qué podernos temer? Sobre nuestras cabezas ha caído la sangre del bautismo. Y los que son bautizados con sangre, y no con agua, está dicho que no morirán.

"Salgamos, pues, al encuentro del ladino. Desafiémosle y vamos a ver cómo huye y se esconde. Pero si se resiste nos trabaremos en la lucha. Somos iguales ahora que nuestro Cristo hace contrapeso a su Cristo.

"No tiembles tú, mujer, por tu marido ni por tu hijo. Va al sitio donde se miden los hombres. Y ha de volver arrastrando por los cabellos a la victoria. Intacto, aunque haya recibido muchas heridas. Resucitado, después del término necesario. Porque está dicho que ninguno de nosotros morirá."

XXXIV

EL GRITO con que Domingo Díaz Puiljá expiró sobre la Cruz tuvo resonancia hasta en el último rincón de la zona habitada por los tzotziles. Vibraba en el aire desolado como un cuerno de caza para despertar en los varones el instinto persecutorio y rapaz.

El labrador arrancó el luk del surco a medio abrir y lo enarboló como un arma; los leñadores furtivos destrabaron el hacha del tronco, antes de terminarlo de derribar, y se afanaron en hacer que desaparecieran las melladuras que disminuían su filo. El vadeador de los arroyos, el frecuentador de los aguajes, exprimió los paños recién golpeados contra la piedra de la orilla y los puso a secar al sol; y los comerciantes, que iban y venían de Jobel, suspendieron su tráfico para encaminarse a su paraje, a su jacal, e instruir a la familia en los deberes de la orfandad, de la viudez, de la ausencia.

Los ancianos, las mujeres, los niños, permanecían en su lugar.

No podía exponerse ni a la oveja a punto de parir, ni al cordero tierno, ni al macho cabrío en celo, a los azares ni de la aventura ni de la fuga. Y aun ellos eran capaces de huir pero ¿y los demás? Los utensilios de barro, cuyo rostro modelaron y conocieron al través de una larga costumbre; el cofre de madera, cerrado en torno de pequeños, ocultos tesoros; el telar, que proporciona rango y dignidad a la tejedora: los tenamastes calientes del rescoldo. ¿Quién podría cargar con los víveres que ayudan al sustento? La cecina de res, pendiente de un tosco garabato; los almudes de las diferentes clases de frijol y de maíz; los chiles secos y el café tostado reconfortadores.

Pero lo que arraiga es lo que tiene raíces: la hortaliza inerme y el árbol frutal, también desvalido.

Cada cosa, como en los tiempos de la creación o de la vida pacífica, quedó con su guardián.

Mientras tanto la tribu se movía como un gran animal torpe, desarticulado y acéfalo. Cambia el rumbo obedeciendo a los obstáculos del terreno. Negrean los montes y retumban los valles con su marcha.

Cada uno conoce el sitio del rencor, el lugar en que se cumple la venganza y quiere acudir allí para saciarse. La tribu se desbanda. Alrededor de la voluntad de Winiktón y de las órdenes de Ulloa se agavillaron unos pocos. Su meta era Ciudad Real.

Caen sobre los caseríos en que se refugian los ladinos; sobre las fincas de ganado y de café; sobre los pueblos. Roban lo que necesitan para comer o para matar. Matan cuando tienen miedo, cuando los sacude la cólera. Se les entrega la gente y se posesionan de los territorios. No hay lucha y su triunfo no alcanza el tamaño del heroísmo. Abandonan lo que conquistan. Siguen. No importa dónde. Hay que ir más allá.

Los memoriosos se acuerdan: en la finca El Vergel dieron grandes voces exigiendo la rendición. No hubo respuesta. Parapetados tras las cercas esperaron la sombra de la noche para avanzar. A culatazos rompieron una reja que no protegía más que un patio desmantelado. Mientras registraban los corredores y quebraban las macetas buscando quién sabe qué, eran seguidos por un perro sarnoso, flaco, que aullaba lastimeramente. No tuvieron necesidad de forzar ninguna cerradura y encontraron en las recámaras el desorden de una partida precipitada. Frascos vacíos y rotos por el suelo, muebles desvencijados, alacenas revueltas. Los indios cargaron con algunos bultos de ropa que después tuvieron que ir dejando caer por el camino porque resultaban muy estorbosos. Y se hicieron de una escopeta de doble cañón.

De Arbenza habían huido todos, menos una mujer, imposibilitada para andar por la parálisis. Los recibió, tiesa en su silla de madera, con insultos. Y cuando alguno quiso taparle la boca le mordió la mano. La golpearon en la cabeza hasta que perdió el conocimiento y la dejaron inconsciente mientras recorrían la casa y sus dependencias. Estaban cansados, hambrientos. Los enfureció no encontrar nada y volvieron a la habitación de la tullida. Se quejaba apenas, hacía esfuerzos por asir algo con sus manos contrahechas de reumática. En uno de los dedos brilló un anillo de oro. Un indio se lo quiso quitar, pero no pudo por la hinchazón de las falanges. Entonces otro le descargó un machetazo. La sangre salpicó la cara de los que estaban más próximos. Se la limpiaron con la manga y remataron a la mujer allí mismo.

En Laguna Petej dieron alcance a unos niños. Vestían casi con harapos y al través de ellos se les contaban las costillas y se les hinchaba el vientre lleno de lombrices. Intentaron escapar, pero como por juego. Sus perseguidores eran muchos y más ágiles. Los acosaron a preguntas que los niños eran incapaces de contestar.

Lloraban de terror y de fatiga. Un indio, ya anciano, se acercó a ellos y dijo que iba a llevárselos a su paraje pues necesitaba quien lo ayudara en la milpa. Otro quiso disputárselos y se enzarzaron en un pleito que muy pronto cundió entre los demás. Por fin uno, que estaba medio borracho, quiso zanjar el problema: de un lanzazo mató a los niños. Después todos se alejaron, con pasos de sonámbulo, hacia otra parte. Era mediodía y los atormentaba la sed.

En un prado de Baalchen hallaron ramoneando a una cabra. Tenía las ubres llenas y no se divisaba, en los alrededores, ninguna cría que fuera a descargárselas. Se acercaron al animal con precaución, para no espantarlo. Una precaución inútil, pues la cabra era mansa y se dejó coger y colocar en la postura conveniente para que la ordeñaran. Cuando no le quedaba ni una gota de leche, la mataron.

Habían prendido una gran fogata y allí asaron los trozos de carne. Se demoraron en la comida, insatisfechos porque ninguno tuvo ración suficiente ni un sorbo de trago para empujar el bocado. Alguien sacó una violineta que llevaba oculta entre sus ropas y comenzó a tocar un son. El son del tigre que lucha con la culebra; el son de la derrota de los hombres que se convirtieron en monos; el son de los sabios que contemplaban el cielo y sabían el número de los astros. Y la música hizo que el pensamiento de la muerte fuera menos amargo.

En Cruz Obispo se les enfrentó un viejo. Por los alrededores corría la fama de su riqueza y de su avaricia. Los indios lo tenían bien conocido como enganchador sin escrúpulos y como amo severo. Con él no valían el brazo en cabestrillo para disminuir la tarea; ni la historia del hijo enfermo para aumentar el préstamo.

—Vamos a jalar parejo, chamulita —decía. Y se levantaba antes que el sol para vigilar el trabajo. Recorría los términos de su hacienda montado en una mula gorda, lenta y solemne. Y donde encontraba una irregularidad se detenía inmediatamente a corregirla. No soltaba nunca un fuete que era el aviso o el ejecutor de sus castigos.

En su casa no había mujer y fuera de ella no frecuentaba amigos; no iba a Ciudad Real más que cuando algún asunto litigioso lo obligaba.

Cuando este viejo tuvo noticia de la sublevación dio órdenes estrictas a sus peones para que duplicaran el quehacer. Así no se les alebrestará la cabeza, pensó. Y cuando llegaron hasta la casa grande los indios alzados, estaba solo.

Su aspecto no era ni de sorpresa ni de temor. Se había

acostumbrado a verlos en grupo y a discutir simultáneamente con varios. El viejo no se movió de su asiento, no levantó los ojos de las cuentas que revisaba. A los indios los turbó tal serenidad.

Por fin uno, antiguo asalariado suyo, que escuchó a hurtadillas las consejas sobre los tesoros que guardaba el amo, se adelantó a exigirle que se los entregara.

El viejo alzó los ojos y se le quedó mirando con una escandalizada fijeza. ¿Estaba loco? En tiempos de tantas calamidades como los que corrían ¿era alguno capaz de enriquecerse, de medrar? Precisamente ahora, que acababa de ver sus papeles, podía decirles que si las cosas seguían por ese camino pronto tendría que declararse en quiebra. Pero en fin, ése era problema suyo. En cuanto a los indios, les aconsejaba que se dejaran de pendejadas y volvieran a sus milpas porque los días eran buenos para sembrar.

¿Qué estaban persiguiendo? Daba lástima verlos, andrajosos, sucios, andando como locos por cualquier vereda.

Uno de los indios contestó que ya no iban a permitir que ningún ladino les hablara de ese modo, puesto que ahora eran iguales. Ante la risa burlona del viejo añadió el argumento irrefutable: que los chamulas tenían un Cristo propio y que habían escuchado la promesa de que no iban a morir.

—¿Vamos haciendo la prueba? —preguntó el viejo—. Yo no tengo armas. Pero si alguno de ustedes me da una y deja que yo le dispare un tiro, no cuenta el cuento.

Un indio alargó un rifle y le pidió al viejo que apuntara sobre él. El viejo consultó con la mirada a los que parecían de más respeto y vio señales aprobatorias. Entonces se llevó el rifle a la cara y dirigió la boca al corazón del indio. El estruendo, la nube de pólvora suscitados por el disparo, hizo retroceder a los chamulas mientras su compañero se desplomaba. El viejo volvió a cargar el rifle.

—¿Alguien más quiere hacer la prueba?

Ninguno aceptó. A muchos los angustiaba el hecho de que su compañero hubiera caído y pareciera exánime. Otros aconsejaron esperar. Su opinión prevaleció y los indios velaron el cadáver hasta la noche. El viejo ocupaba el sitio principal y seguía —levemente divertido— los incidentes del velorio. Se había negado a encender la lámpara de gasolina y un único hachón de ocote iluminaba la estancia. El rifle descansaba sobre sus rodillas.

Al filo de la madrugada muchos se habían marchado. Para el entierro no quedaron más que los peones de la finca.

Lejos de Cruz Obispo los alzados volvieron a reunirse. No

querían comentar lo sucedido pues no eran capaces ni de comprenderlo ni de interpretarlo. Pero todos resintieron el hecho como un impulso para acciones más rápidas y más ambiciosas.

Hasta los más obtusos se daban cuenta de que ya no era posible retroceder, de que era necesario seguir adelante, aunque no contasen con el auxilio de la invulnerabilidad. Y la desesperación los empujó contra pueblos bien habitados y defendidos, sobre los cuales carecían de cualquier otra ventaja que no fuera la iniciativa del ataque, la sorpresa y el número.

El lugar más inmediato era San Pedro Chenhalhó. Cayeron sobre él inopinadamente, sin dar tiempo a la resistencia. Los hombres (artesanos, campesinos, no gente de guerra) se situaron en los puntos más favorables porque los ocultaban a la vista de sus enemigos. Pero eso también les impedía un ataque certero.

Los indios no hicieron caso de los cuerpos de quienes habían sucumbido, los cuales, además, eran pocos. Avanzaban por las calles estrechas hundiéndose, hasta las rodillas, entre el lodo y tropezando contra las piedras. Los más impacientes, los más curiosos, los más fatigados, saltaban las cercas de las casas, entraban en los gallineros y en los establos, descerrajaban las puertas para penetrar en las habitaciones de la familia, para encontrar una mesa todavía con los restos del último desayuno; las camas que aún guardaban la tibieza de los cuerpos; el cuarto de chácharas en el que se esparcían, sin uso, los objetos más inútiles y diversos.

Otros indios continuaban caminando, buscando el cogollo de la lucha. Cuartel no había en San Pedro Chenhalhó y el Palacio Municipal estaba desierto. Del interior de la iglesia escapaba un murmullo de gente apiñada y oculta. Sobre ella cayeron.

Echaron abajo las puertas (antiquísimas, de madera carcomida por la polilla) con la culata de sus rifles. A cada culatazo se alzaban chillidos histéricos, pronto sofocados. Cuando tuvieron el paso libre los indios entraron.

En el interior del templo no había más que mujeres rodeadas por sus hijos, por sus abuelos. Estaban de rodillas, dando la espalda al enemigo, con los ojos fijos en el altar. Ninguno se volvió a causa del estrépito de las puertas derrumbadas ni de los gritos de los invasores. Su horizonte único era una imagen doblegada bajo sus propios milagros.

Los indios se consultaron entre sí, indecisos. Los paralizaba la falta de adversario. Pero, de pronto, uno descubrió un pedazo de pan en las manos de un niño y quiso arrebatárselo. Lloró la criatura, protestando; intervino la madre, afeando la conducta del hombre.

—¡Semejante winikón! ¿Por qué no se mete con los de su tamaño? ¡Suéltalo, tal por cual!

Y le descargó una bofetada. El indio se abalanzó contra la mujer y la sacudió con violencia. Los que estaban más cerca hicieron un ademán para interponerse. Un anciano se justificó:

—¡Si no me clavaran aquí mis achaques ya nos veríamos las caras, indios desgraciados!

—¡Ni se crean que van a salir vivos de esta ratonera! Nuestros hombres les darán su merecido.

De las amenazas habían pasado a los golpes. Las mujeres esgrimieron unas tijeras que hasta entonces llevaban guardadas en el corpiño. Otras se habían provisto de agujas de arria, de puñados de pimienta que soplaban sobre la cara de sus atacantes.

—¡Cabrona! ¡Me dejaste ciego!

—¡Eso y más mereces, indio alzado! Todavía te he de ver arrastrándote para pedir perdón.

Salieron a relucir los machetes. Zumbaban en el aire, caían en el vacío o sobre algún cuerpo que se partía en dos mientras se iba formando un charco de sangre.

En silencio continuó el encuentro. Los sitiados retrocedían hasta las paredes. Lisas. Sin un lugar donde esconderse; sin un asidero para escalarlas. Los niños se enredaban entre las piernas de los mayores, perdían el equilibrio, no podían levantarse del suelo, eran pisoteados. Fueron los primeros en comenzar a llorar.

De pronto sobrevino un aullido y los chamulas se lanzaron sobre sus víctimas. Daban alcance a las mujeres, les rasgaban la ropa, se reían a carcajadas de su desnudez. Jugaban a aventar a los niños al aire y a ensartarlos en la punta de sus lanzas. Los viejos imploraban, en vano, piedad. Morían temblando, innoblemente.

Uno se aplicaba en descuartizar, con cuidado, con minuciosidad, un cadáver. Quería encontrar algo que no fuera semejante ni a la carroña de los animales ni a los despojos del indio. Eso, que permite a los ladinos mandar. Como no lo hallaba, movía la cabeza insatisfecho, dudoso. Abandonó ese cadáver inútil para buscar otro.

Los que bajaron de las sierras más altas traían apetito de mujer. ¿Quién iba a detenerlos? Violaron a las núbiles, a las encintas, a las viejas. Y luego consumaban su obra con un golpe en el cráneo, con un tiro a boca de jarro, con el cercenamiento de una extremidad.

Otros se abrían paso, sin importarles cómo, para saciar su ansia de profanación en los objetos del culto. Rompían los cálices, hacían pedazos las custodias, despojaban de su peluca a los santos, les arrancaban los ojos de vidrio. Rodaron los maniquíes desgonzados,

los marcos rotos. Se desperdigaron las pestañas postizas.

Después de algún tiempo aquel episodio concluyó. Los indios estaban cansados y el aire de la iglesia era irrespirable. Al salir de ella iban manchados de sangre, con pedazos de sesos incrustados en la suela de los caites. Su botín era exiguo. Pero con él se conformaron muchos y regresaron a sus parajes.

Otros, en cambio, en cuanto se enteraron del suceso prepararon el bastimento para marcharse. Continuaron —sin orden, sin regularidad, sin sentido— las incursiones, la depredación, el incendio. Las rancherías convertidas en pavesas, las siembras arrasadas, la estampida incontenible de los rebaños.

Por el monte van los que huyen y los que los persiguen. Ambos tienen miedo de enfrentarse. Se topan, porque no hay más que un ojo de agua en el cual beben y una cueva para refugiarse y una vereda que sube o baja la sierra.

Ichinton, Ya'alcuc, Corralchen, Bechiltic. ¿Por dónde no pasarían los indios? Con hambre, con desesperación, con furia.

El que se queda es olvidado. Nadie vuelve a preguntar de su suerte. ¿Volvió aquél? ¿Lo enterraron? Porque únicamente los sostiene, en la peregrinación sin fin, una brújula: la promesa de Catalina. Los que murieron resucitarán con una pesadumbre que los otros no han experimentado aún: la de no haber muerto. Y si no resucitan…

No pienses más, chamulita, y camina. La soledad no es buena consejera. Júntate con un compañero y otro y otro más. No preguntes nada. Porque podría resquebrajarse el cimiento en que te edificaste y te podrías derrumbar.

XXXV

JULIA estiró la mano sobre la superficie, húmeda siempre (y por eso viscosa), de la sábana. Tocó una espalda sólida y dijo con timidez:

—¿Duermes?

La asustaban los silencios, cada día más prolongados, de Leonardo. Quería atribuirlos a una causa natural. Pero la tensión, el sobresalto, que emanaban de aquel cuerpo antes dócil a su hechizo, no le permitían engañarse. Una voz desganada repuso:

—No.

Y después, más para sí mismo que para ella:

—Estoy pensando.

Julia conocía muy bien estas separaciones que impone, aun a la proximidad más íntima, la preocupación, el cuidado de asuntos ajenos al amor. Y las detestaba. En otros tiempos, cuando ella llevaba las riendas de esta relación, habría protestado con violencia. Ahora se contentó con levantarse procurando no hacer ruido, no molestar al otro.

Lo que Leonardo pensaba (de una manera difícil, dolorosa y, para él, imposible de formular) era que no valía la pena haberse esforzado tanto por ser una parte integrante, viva, de Ciudad Real. Y luego su cabeza rectora.

—¿Supiste lo que pasó ayer con los hombres de la guardia nocturna?

La Alazana había encendido una pequeña lámpara frente al espejo del tocador y estaba recogiéndose los cabellos para atarlos con una cinta. Sin poder evitar una inflexión de fastidio respondió:

—Los mataron los indios. El entierro pasó aquí enfrente. Cantaban alabados y juraban venganza.

Leonardo veía el techo con ambas manos enlazadas bajo la cabeza.

—Pero no los mataron los indios. Eso lo inventamos nosotros.

Julia se volvió, extrañada.

—¿Entonces?

—Se mataron entre ellos. De miedo.

Leonardo pronunció esta última palabra con rabia. Se conocía a sí mismo y por eso había creído conocer a su gente. Él no era cobarde. No tembló, a la hora suprema, ante Isidoro, cuando liquidaron definitivamente sus cuestiones. Gracias a esta hazaña él se había considerado igual a los señores y compartió con ellos muchas vicisitudes en las que el valor era el elemento esencial: partidas de caza en las que alardeaba de su ojo certero y su pulso firme; brutalidades para castigo y escarmiento de peones; raptos de mujeres. Y de vez en cuando, también alguna emboscada para deshacerse de un rival.

Por eso ahora Leonardo se escandalizaba de la conducta de los otros. Les había señalado, como su jefe que era en la presente situación de emergencia, obligaciones muy precisas. Todas los beneficiaban directamente a ellos y sin embargo las evadían con los pretextos más inverosímiles. Abandonaban el pueblo, el barrio, al peligro, por no presentarse a formar parte de las patrullas de vigilancia. Y en cuanto a su propio hogar estaba a la merced no sólo de los invasores sino de cualquier ladrón pues lo habían desamparado para refugiarse en algún escondite.

La noticia de que alguna de sus fincas había sido arrasada por los indios ni los enardecía ni los encolerizaba, sino los hacía temer. Hablaban de fuga. Al principio en voz baja, ocultándose. Ahora sin recato. Y algunos habían huido.

Leonardo volvió la cabeza para ver a Julia ya vestida, lista para su tertulia de la tarde. ¿Pero quién asistiría? Las que no estaban encerradas a piedra y lodo, refugiadas en alacenas y en el interior de aljibes vacíos, vagaban por las calles como locas, confesando a gritos sus pecados, arrodillándose ante cualquier transeúnte para pedirle perdón. Porque había que limpiar de sus pecados a Ciudad Real y ellas lo lograrían con la penitencia. A los pecadores contumaces era necesario excluirlos, lapidarlos. Los contumaces, como Leonardo, que aprovechaba la anormalidad de las circunstancias para consumar sus abominaciones. Visitaba a *la Alazana* sin tomar ya ninguna precaución, como si se tratara de un desafío. Y así, la ira que los coletos acumulaban contra sus enemigos y no se atrevían a descargar, se lanzaba contra quien se había impuesto el deber de defenderlos. ¿Quién era este advenedizo? El asesino de Isidoro, el amante de Julia, el traidor que pactaría con los extranjeros las condiciones de rendición de Ciudad Real.

Cada mañana, puntualmente, Leonardo recibía los anónimos en los que se enumeraban los cargos en su contra, se repetían los

insultos, se adivinaban los designios. En los pliegos sin firma pugnaba por encontrar salida el odio, un odio acumulado en años inertes, como el viento entre la cal de un caracol, vivo ahora, moviéndose, resonando.

Julia se frotaba las manos con impaciencia; iba y venía por el cuarto; cambiaba de sitio los objetos del tocador.

—Estate quieta, que vas a acabar por ponerme nervioso. ¿A qué hora llegan tus visitas?

—Desde que no tengo nada que ofrecerles, mis visitas tienen siempre un motivo u otro para no venir.

—Es natural.

—¿Y es natural también que las criadas hayan invadido la casa con una recua de parientes que acarrean más que las hormigas y comen todo lo que encuentran?

—Échalos.

¡Qué fácil era solucionar los problemas ajenos! ¡Echar a las criadas! ¿Y quién haría los quehaceres? Julia era incapaz de barrer los enormes patios, ni de guisar en las hornillas de carbón. Ni de quedarse sola.

Espiaba la reacción de Leonardo. No fue de impaciencia ni de solicitud, ni siquiera de curiosidad. Casi sonriente, comenzó a vestirse.

—Tienes miedo tú también ¿verdad? Ya puedes presumir de que eres coleta.

Julia le tomó el rostro entre las manos, ansiosa.

—¿Es cierto que los indios nos tienen sitiados? ¿Y que no hemos hecho nada para defendernos?

Leonardo se apartó con brusquedad.

—Tú también crees lo que dicen los periódicos.

Julia no había querido volver a leerlos desde que publicaron el dato de que los ídolos que llevó Xaw Ramírez Paciencia a Ciudad Real iban envueltos en un perraje de Guatemala que muchos testigos podrían identificar como pertenencia de ella. De allí a acusarla de cómplice o de instigadora no había más que un paso que muchos dieron. Clamaban, en los editoriales, por que se hiciera una investigación a fondo.

“Caiga quien caiga”, decían. Y Julia se negaba a leerlos, aunque no podía desobedecer la orden de Leonardo de adquirirlos todos. Gran parte de sus entrevistas las dedicaba él a estos papeles que ahora yacían, en desorden, arrugados, alrededor de la cama.

—Antes era uno solo ¿te acuerdas? Ahora día a día brotan en montón, como los hongos después de los aguaceros. Al *Plus Ultra!*

ya nos habíamos acostumbrado. No es que dijera nada de importante. Al contrario. Notas sociales, pronósticos del tiempo, recetas contra el moquillo. Y la denuncia, mesurada pero firme, contra la ineptitud del ayuntamiento que permitía que se inundaran las calles o se convirtieran en basureros. Ahora ya no puedes abrir una página sin que un profeta se desmelene lamentando las calamidades que han de abatirse sobre nosotros. Y eso cuando no aparece el generoso depositario de las soluciones más eficaces y rápidas para nuestros problemas.

—¿Exageran cuando hablan de ellos?

Leonardo, con el arma al cinto, no parecía tranquilizador.

—Lo enfocan mal. El peligro no está en los indios. Son muchos, no lo niego. Pero no tienen equipo ni jefes.

Contempló a Julia con una ligera burla en los ojos.

—No quise ofenderte. Por un momento olvidé que uno de los que los acaudillan es tu marido.

Julia se volvió de espaldas para declarar:

—No es mi marido.

La humillaba esta confesión. Y no había logrado, con ella, ni sorprender ni halagar a Leonardo. Ante él no era más que un incidente sin importancia, un detalle que no modificaba en lo más mínimo la situación.

—Nosotros tampoco tenemos con qué defendernos. Un cañón de juguete y unos soldados de chocolate. Y no vamos a recibir ayuda. México está muy lejos. Y en cuanto a Tuxtla…

Leonardo descorrió las cortinas para dar paso a una oscuridad fría.

—Hay viejas rencillas que no se han olvidado. Y tienen su interpretación de los hechos. Según ellos la sublevación de los indios no es más que una fábula inventada por nosotros. Y cuando les pedimos auxilio es porque queremos distraer sus tropas y luego caer sobre una ciudad inerme, declarar desaparecidos los poderes y volverlos a su lugar de origen: Ciudad Real.

A Julia este malentendido le parecía absurdo y muy fácil de disipar.

—¿No pueden venir y constatar que es cierto lo que se les informa?

—Su dignidad se lo impide. No han olvidado que aceptamos el socorro de un país extranjero: de Guatemala.

¡Bonito socorro! Unos pobres mercenarios a los que no se les dio siquiera uniforme y que no sabían mantener la posición de firmes ante sus superiores. Hicieron la pantomima durante unos días pero

luego, en grupos, abandonaron el cuartel. Se liaron, en amasiato, con mujeres de las orillas y vendían su trabajo a un precio muy inferior al de los artesanos de Ciudad Real. Como, además, eran hábiles, les arrebataron la clientela. Los que tuvieron peor suerte parasitaban en las casas de los ricos. Julia podía decirlo por experiencia. Y en cuanto alguno quería irles a la mano en sus abusos soltaban una retahíla sobre la falta de gratitud de los coletos que los dejaba mudos.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Qué puedo hacer? Convertir a un talabartero en un capitán no es fácil. Hay algo que los civiles no tienen y no adquirirán más que cuando les llegue la lumbre a los aparejos: disciplina. Claro que yo podría intentar enseñársela, infundírsela —además de con el ejemplo— con ciertas medidas que es indispensable dictar… Pero te estoy aburriendo. Estas conversaciones no son para mujeres. Más bien debería yo preguntarte qué vas a hacer tú.

No había ningún interés verdadero. Sólo una forzada y distante cortesía. Julia se sintió lastimada.

—Depende de los acontecimientos. Y los acontecimientos dependen de ti.

Fue una conclusión tan abrupta que tuvo que añadir:

—Tú eres el jefe de las operaciones en la Zona Fría. ¿O no es ése el título con el que te honraron en la última junta de notables?

—Me llamaron así porque estaban asustados. Y porque no apareció ningún otro con ánimos de enfrentarse a lo que viniera.

—No te rebajes —repuso con calor *la Alazana*—. Ésta es una coyuntura favorable y para ti no significa más que el principio. Tú naciste para subir muy alto. Ciudad Real es poco. El mismo Chiapas también.

—Por favor, basta.

Leonardo protestaba sin convicción. Y Julia, para quien la lisonja había sido hasta entonces vecina de la burla, descubrió —estupefacta— que ahora creía en sus palabras y anhelaba que se convirtieran en realidad. Turbada, añadió volublemente.

—Te estoy adivinando el porvenir. Tengo algo de bruja ¿sabes? Y si no lo crees pregúntaselo a Idolina.

—No es fácil hablarle ahora. Se pasa el día entero encerrada en su cuarto.

—¿Está enferma otra vez?

—No sé. Ni me interesa.

—Dejó de venir a verme. Así, de pronto. Sin ninguna explicación, sin ningún motivo.

—Tal vez se sintió ofendida al saber lo nuestro.

—¿Se lo dijo Isabel?

—Por Isabel hablan hasta las piedras de la calle. Es un secreto a voces.

Leonardo se aproximó a examinar el rostro de Julia. Habían desaparecido las aristas, disueltas en suaves contornos, lo que le confería una expresión tranquila y mansa, de animal doméstico. Había capturado, pues, al gavilán, veloz, asustadizo y rapaz; lo había cebado pacientemente y ahora pesaba, se movía con dificultad; había adquirido hábitos sedentarios. ¿A esta conquista quedaría reducido su triunfo sobre Ulloa? ¿Nunca se enfrentarían los dos en ningún otro terreno?

Julia se esquivó, incómoda, de la mirada al mismo tiempo fija y distraída de su amante.

—Tus profecías no van a resultar ciertas, *Alazana.* Porque esos notables, que ahora me obedecen, desconfían de mí. No, no dudan de mi valor sino de mi lealtad. Por culpa tuya.

Fue sólo un instante: el de los sonámbulos que caminan al borde del vacío y de pronto despiertan. Por la cara inerme de Julia cruzó, fugazmente, un llamado de auxilio. Pero luego volvió a fundirse en la reserva. Recordó a tiempo que podía apelar a los sentidos de este hombre, a su cólera, a su desprecio, pero no a su compasión. Se apartó de él y fue a sentarse, dándole las espaldas, en una mecedora.

—Me estabas hablando de disciplina.

Leonardo comenzó a pasearse, contento de que la conversación hubiera derivado hacia lo que constituía su elemento natural: la acción. Cuando un proyecto importante lo embargaba, todas las otras ideas, los otros hechos, palidecían, se borraban.

—La disciplina es algo muy sencillo: unas cuantas reglas que pueden aprenderse y enseñarse. Pero como no tenemos ni tiempo ni lugar para hacerlo directamente es necesario recurrir a una especie de… de…

—Manual.

—No, no se llama así. Tiene su nombre propio. Déjame recordar… Ordenanzas… Eso es. Ordenanzas militares.

—¿Las vas a dictar tú?

—Tengo el meollo del asunto, he estado dándole vueltas desde el principio. Pero necesito de alguien, menos rudo de entendimiento que yo, para que me lo saque en limpio.

—¿Un escribiente?

—No, por Dios. Alguien de más categoría.

—Un abogado.

—Por fortuna no faltan en Ciudad Real.

—¿Qué quieres que diga?

—Lo que sabe tan bien como yo: que este problema de los alzamientos de los indios no va a llegar a soluciones mientras sigamos andándonos con evasivas. Hay que cortar el mal de raíz.

—¿Cómo?

—El mejor indio, dice el refrán, es el indio muerto.

—¿Y crees que bastará un papel para que los coletos se dediquen a matarlos?

—Va a ser un buen empujón. Hasta ahora han tenido escrúpulos de conciencia: no quieren que muera un indio como no quisieran que mermaran sus partidas de ganado. Sienten que son cosa suya y no acaban de entender que el gobierno se los ha arrebatado. Yo por eso se lo he dicho muchas veces: con los indios hay que acabar.

La simplicidad de esta conclusión pasmó a Julia, quien no pudo menos que echarse a reír.

—Las señoras de Ciudad Real se quejan de que no logran acabar con la plaga de las arrieras. ¡Y tú quieres que sus maridos acaben con la indiada!

—Hay muchas maneras de hacerlo y debemos aplicar todas. Para los rebeldes, sobresalidos, que nos han puesto entre la espada y la pared, la muerte es poco. Sí, la muerte de ellos, la de sus familiares, el arrasamiento de sus parajes y de sus pueblos. Y después hay que echar sal en sus sementeras para que nunca vuelva a darse una semilla.

—Ésos serán unos cuantos, las cabezas. ¿Y los demás?

En el entusiasmo de su peroración Leonardo había olvidado que la gran mayoría de indios no eran ni rebeldes ni sobresalidos sino indiferentes. Y que la sumisión la heredaron de sus padres y de sus abuelos. Rápidamente improvisó la respuesta.

—Que el gobierno los mande a otra parte. El mapa del estado está lleno de manchones de terrenos nacionales. Que los colonicen.

—¿Y si los indios no se quieren ir?

—¡Se les mata!

Antes de volverse Julia todavía preguntó:

—¿Has consultado esto con los otros finqueros?

—Claro. Lo discutimos todos los días y a todas horas.

—¿Qué opinan?

—Al principio pensaron que era una trampa para dejarlos sin quien los sirviera en sus fincas; para arruinarlos y luego quedarme yo con sus propiedades pagándoles cualquier bicoca.

—¿Te lo dijeron?

—¿Cuándo te dice un coleto lo que piensa? Pero yo soy tan zorro como ellos y les sé las mañas. Entonces me hice el ofendido y los amenacé con dejarlos que se averiguaran como Dios les diera a entender.

—Si dictas las ordenanzas ¿quiénes las van a cumplir?

—Los soldados.

—Tú mismo has dicho que no tienen agallas.

—Porque no han olido ni la sangre ni la pólvora. Están encuevados aquí, bajo las faldas de su mamá, esperando que se les echen encima y los rematen. Yo voy a obligar a estos tales por cuales a que tomen la iniciativa y se fogueen.

Leonardo continuó hablando, exponiendo argumentos, razones, planes, como si Julia fuera uno de los finqueros reacios o de la tropa cobarde. Pero ella seguía el propio hilo de sus meditaciones. Si la relación de ambos era un obstáculo para el ansia de dominio de Leonardo estaba segura de que no vacilaría en romperla. ¿Con qué títulos podía ella entonces permanecer en Ciudad Real? Todos le eran hostiles y la veían con sospecha. Súbitamente tomó una decisión y se puso de pie.

—Voy a irme.

—¿A dónde? ¿Estás loca? ¿De qué estás hablando?

—Se puede uno ir todavía ¿verdad? Muchas familias han emigrado.

Leonardo no vio, en las facciones de Julia, ningún signo de alteración ni de extravío. Su calma lo irritó. Yo no voy a ser quien le ruegue, se dijo. Y luego, en voz alta:

—Tendrías que quitar la casa. Y no son tiempos éstos en que la gente quiera comprar nada.

—Voy a regalarle mis cosas a doña Mercedes Solórzano si me ayuda a preparar el viaje.

—¿Ya te pusiste de acuerdo con ella?

—Quise, primero, tener tu anuencia. Ahora ya puedo mandar a llamarla.

—No te preocupes. Yo le doy el recado.

—Te lo agradezco mucho.

La última frase sonaba a despedida. Antes de separarse los dos se miraron ofendidos, cada uno por la ceguera y el desamor del otro. Y se prometieron que el adiós final dejaría, por lo menos, intacto su orgullo.

XXXVI

CATALINA DÍAZ PUILJÁ tiritaba de frío. En vano se había echado sobre el cuerpo todos los harapos que antes fueran sus vestidos de gala o de diario y a los que habían quedado reducidos en el curso de esa marcha desatinada y delirante, que comenzó a raíz de la muerte de Domingo.

La muerte de Domingo. Ahora, a la distancia, Catalina podía contemplarla con una lucidez que la hacía totalmente incomprensible. El niño aislado, colocado en el centro de un círculo inviolable; su sangre, derramada y bebida, igual que por los perros famélicos, por los que presenciaron el sacrificio y por los que lo consumaron. Catalina se golpeaba las sienes para recordar en qué sitio estaba ella mientras Domingo moría. Distraída, absorta, frenética, sí, pero ¿dónde? Si únicamente lograra saber eso sabría también todo lo demás.

Pero no era posible. Porque la losa sepulcral, que no alcanzó a cubrir el cadáver del niño, de su niño, la cubría a ella desde entonces. Bajo ella, inmóvil, yacía la ilol cuyos poderes se habían perdido. La que tuvo el maravilloso hallazgo en la cueva lo había olvidado; la que con sus propias manos dio figura a unos ídolos remotos, quizá ya inexistentes; la que en su aridez se alegró con la cercanía de una infancia. Y ésta era la parte de Catalina más muerta, más enterrada, y más podrida.

La que sobrevivió al Viernes Santo fue otra, con un perpetuo escalofrío que le trababa las quijadas y la borraba hasta el último rastro de color de su cara. Su alivio era no tener que decidir nunca nada.

Echaba a andar cuando así lo disponían los que guiaban a la tribu y por el rumbo que le marcaban sus pastores. Se detenía con los otros. Cuando las dificultades del camino hacían difícil la marcha; cuando les salía al paso algún enemigo; cuando llegaba la noche.

A veces, en un momento de reposo, Catalina veía —en la forma de una peña, en un cristal de agua, en una nube fugitiva— la imagen de un niño crucificado. La veía y hasta sus labios no

ascendían las palabras que hubieran dado a este espejismo el nombre para conjurarlo.

Además, aunque ella o los otros pronunciaran palabras, no las escuchaba, ensordecida como estaba por el clamor de furia que reventó sus tímpanos después de la muerte de Domingo.

Miraba, sin entender tampoco, los gestos. Uno enarbolaba un machete o un azadón; o empuñaba piedras. Iba delante de él Pedro González Winiktón, con los ojos fijos nadie sabía en qué. Y a sus flancos los ladinos: Ulloa y Santiago.

En la confusión, en el desorden del éxodo ninguno respondía más que de sí mismo. ¿Qué se hizo de Lorenzo Díaz Puiljá, el hermano de Catalina, el inocente? Los que fueron interrogados no pudieron dar razón. Estuvo con ellos, seguramente, al principio; Marcela lo asistía en sus necesidades. Pero se fue rezagando porque siempre fue más lento que los otros y más fácil de rendirse a la fatiga. O pereció en algún combate. O simplemente decidió volver a su jacal.

Los otros seguirían subiendo y bajando cerros; se refugiarían de la lluvia bajo la copa de los árboles o en un redil de carneros; caerían sobre los parajes, hambrientos, ciegos de cólera, buscando, casi a tientas, el fin de su cansancio. Se irían después, dejando tras de sí alguna ruina humeante, un campo devastado, un despojo de animal o de hombre.

Caminarían, mirándose entre sí con recelo; tratando de ocultarse lo que habían logrado hurtar.

Catalina, a quien nadie prestaba una particular deferencia, merodeaba alrededor de las trojes, husmeaba cerca de los garabatos donde se defiende la carne y se ahúma y se orea. Quería comer, siempre, a todas horas. Y rebañaba la cacerola abandonada por los fugitivos en la cocina; y penetraba en las despensas para rasgar el costal de los cereales que masticaba larga y penosamente y que luego no podía deglutir. Y apedreaba los racimos para derribarlos y se chupaba los dedos impregnados de algún zumo ya consumido, de algún aroma ausente.

La agilidad con que Catalina se desplazaba de un punto a otro, empujada por oscuros instintos, por inaplazables necesidades, parecía asombrosa a Marcela, que la conoció agobiada por sus investiduras de sacerdotisa, hierática, como si temiera que cada movimiento pudiese desencadenar una catástrofe. Pero Marcela había renunciado, desde el principio, a comprender a Catalina. Se subordinó a ella muchos años como el buey se deja uncir al instrumento de labranza. Pero ahora algo había comenzado a

resquebrajarse y la figura de la ilol, antes respetada, temida, venerada, se derrumbaba a sus pies. Marcela volvió la cara para no verla. Sin ira, sin estupefacción, sin desengaño, sin alegría. Por fin era libre.

Y Catalina también. Se unía a las otras mujeres para desempeñar las tareas más bajas. Se confundía con ellas. No la colocaba aparte ningún signo de exención ni esa marca, arbitraria y terrible, que todos adivinaban aunque la ocultase como se oculta la lepra.

Catalina se olvidaba de sí misma y de sus antiguos trabajos. Pacía con mansedumbre en el anonimato. Pero en ocasiones, cuando la esperanza abandonaba a los peregrinos; cuando la victoria les daba la espalda; cuando era demasiado aguda la incertidumbre, los otros se volvían a Catalina con su mirada, imperiosa y reverente a la vez, que ruega y que dicta una rendición incondicional y que es la mirada de los devotos.

Catalina se sentía, entonces, acosada. Se aceleraba su respiración y el pulso la golpeaba rudamente en las sienes, como una bestia capturada en una trampa.

Intentaba huir, porque ya no era capaz de resucitar ninguno de sus gestos pretéritos. Y los otros le abrían paso, no al miedo evidente y actual, sino a la memoria de una majestad que jamás conocería menoscabo ni fin.

Iba Catalina a refugiarse entre los únicos que jamás la atormentaron con miradas semejantes: los ladinos. Ulloa y Santiago, defendidos del cierzo nocturno con los toscos cotones de lana de los indios, le permitían aproximarse a la fogata semiextinguida junto a la que descansaban, como se le permite a un perro inofensivo y sin dueño.

Hasta la mujer llegaban los fragmentos, inconexos, no dichos en su lengua ni para sus oídos ni para su entendimiento, de la conversación.

Fernando Ulloa se había negado al principio, con tenacidad, con obstinación, a usar la ropa que le ofrecía Pedro y otros principales. Pero tuvo que ceder porque la suya fue desgarrándose en la caminata, haciéndose inservible a medida que aumentaba el rigor del clima. Tuvo que renunciar también a la limpieza a que estaba habituado y la barba, crecida, sin vigilancia, daba a su rostro una expresión hosca y enfermiza.

César Santiago parecía más de acuerdo con el elemento en que le tocaba actuar y había adoptado un aire de fastidio y de aceptación de unos hechos que no eran, según su opinión, modificables pero que procuraría, en la medida de sus fuerzas,

adaptarlos a sus propósitos.

—Ingeniero ¿para qué las discusiones con Winiktón?

Porque ahora se enzarzaban en ellas a propósito de todo. Y nunca llegaban a ningún acuerdo.

Fernando entrelazó las manos con nerviosidad.

—Tiene que entender que en este ir y venir sin sentido lo único que estamos logrando es debilitar nuestras fuerzas y dar tiempo a la gente de Ciudad Real para que se organice y se lance contra nosotros.

—Winiktón es indio, ingeniero. Y son indios todos los que lo siguen. Ni él ni los demás entienden. Aunque usted les dé las razones más satisfactorias y se las explique minuciosamente. Se pierde el tiempo nada más.

—¿Y entonces? ¿Voy a permitir que nos lleven y nos traigan de un extremo al otro de la Zona Fría?

—Nos han traído y llevado; nos seguirán llevando y trayendo mientras se pueda. Mientras no nos acaben los coletos.

Era tan evidente la afirmación de Santiago que su interlocutor no pudo menos que guardar silencio.

—El error, aunque no valga la pena echar malhayas, es no haberse impuesto desde el principio. Con órdenes. Pero usted los quiso tratar de igual a igual.

¿Cuántas veces se había formulado Ulloa el mismo reproche? Al principio se defendía apoyado en sus ideas de que ningún hombre es superior a otro. Pero ahora, teniendo ya los resultados de su actitud a la vista, no podía menos que reconocer que su opositor acertaba y él había errado. Por otra parte sabía que ya no era ni oportuno ni posible hacer una tentativa de ejercicio de esa autoridad que tan necia y precipitadamente había desechado.

—A estas alturas, ingeniero, yo le aconsejaría ser prudente. Ya Winiktón no come de su mano, y es natural, puesto que en todas las ocasiones que se han presentado usted ha ido contra los deseos de él y de quienes lo siguen.

—¿Pero cuáles son esos deseos?

—Son pocos. Y fáciles de realizar: el robo, el asesinato. Se desahogan y pueden dormir tranquilos.

—Pero no se trataba de eso...

—Ya nadie se acuerda de lo que se trataba.

—Yo sí: de lanzarnos contra Ciudad Real y batir a los finqueros. Cuando salimos de la iglesia de San Juan, la noche del Viernes Santo, éramos muchos y teníamos ímpetu y valor. Habríamos triunfado.

—¿De veras creyó usted a los chamulas capaces de desafiar a sus patrones?

—Los creí capaces de todo cuando crucificaron al muchacho.

Le repugnaba referirse a eso. No se atrevió a impedirlo —más que por miedo— por fascinación. Y asistió hasta el fin de la ceremonia mudo y paralizado. Se dejó llevar por el mismo impulso que arrastraba a los demás contra sus opresores. Pero después, cuando tuvo plena conciencia de que ese impulso era la sangre de una víctima, se horrorizó. Hizo partícipe de sus escrúpulos a Santiago y luego no se recató ante Pedro y otros caudillos. Recordaba los murmullos de sorpresa, de escándalo, de indignación que suscitaban sus palabras. Y el silencio que se hizo en torno suyo. Un silencio que a veces rompía Winiktón para disputar a propósito de una nimiedad cualquiera. No se volvió a mencionar nunca ni a Domingo ni a su muerte. Hasta ahora, que Fernando los invocaba como cartas de triunfo. Se detuvo un instante sobre la incongruencia de su conducta; quiso sentirse avergonzado de ella, pero no pudo. Ninguno de los acontecimientos últimos era susceptible de ser ni comprendido por la razón ni calificado por la moral. Él mismo giraba alrededor de una órbita ajena a sus convicciones más entrañables, a sus hábitos más arraigados. No se reconocía. Era parte del mecanismo de un mundo ininteligible.

—Los chamulas se alzaron, para venir hasta nosotros, desde los parajes más lejanos. No era tan absurdo suponer que esta efervescencia desembocaría en algo más que en una especie de delirio ambulatorio.

—¿Que el movimiento tenía una meta, quiere usted decir? ¿Y que esa meta era Ciudad Real? Si usted se fijó bien en el mapa, ingeniero, nunca nos orientamos hacia allá. Al contrario. Escogíamos las veredas que pudieran apartarnos, protegernos de ella. En realidad, empezamos a huir desde el momento mismo de la crucifixión.

—¿Pero por qué? ¿De quiénes huimos? No nos habían derrotado ni una sola vez.

—La Virgen de la Caridad se apareció a los ladinos y custodia el pueblo. Los indios no se atreven a luchar contra ella.

—¿Creen eso? ¿Eso es lo que los ha detenido? Winiktón no me ha dicho nada.

—Ya no le tiene confianza.

La respuesta era sencilla, irrefutable. Y la primera reacción de Ulloa no fue de amargura sino de alarma. Pero no quiso dejarla traslucir. Él tampoco era ya capaz de confiar en los otros. En nadie.

Ni en Santiago.

César sacudió con la punta del pie a Catalina para despertarla y le dijo algunas frases en tzotzil. La mujer hizo un esfuerzo para entender y obedecer la orden que le dictaba. Se puso de pie y, con torpeza, comenzó a buscar en el suelo. Daba la impresión de no tener una idea muy clara de lo que estaba buscando. Alzaba los guijarros, los contemplaba larga, estúpidamente y luego volvía a dejarlos caer. César, que seguía con una mirada burlona sus movimientos, dijo una palabra, la repitió muchas veces hasta que Catalina pudo distinguir, entre la enorme, la inagotable masa de objetos que la rodeaban, la única que se le pedía. Y juntó ramas y pedazos de madera seca para reavivar el fuego.

Crujió el nuevo material, dócil; se alzaron llamas silbantes. Catalina se borró en la oscuridad.

—¿Y los coletos? ¿Qué es lo que esperan para rematarnos?

Santiago hizo un gesto de ignorancia, de indiferencia.

—¿Le importa mucho que los que nos rematen a nosotros sean los coletos o los indios?

—¿A nosotros?

—Sí. Usted y yo. Pueden un día decidir éstos que somos unos traidores, unos caxlanes a fin de cuentas, y acabarnos.

Fernando hubiera querido no creer en la viabilidad de estas suposiciones. Pero la mirada de Pedro, la de los otros —huidiza, cuando no francamente hostil— destruía su seguridad.

—Y si caemos vivos en las otras manos, usted se imaginará cuáles van a ser las consecuencias. De cabecillas de la sublevación no nos bajan. Y antes de entrar en mayores averiguaciones estaremos fusilados.

Había una especie de rencorosa satisfacción en la manera con que Santiago exhibía las evidencias. Como si demostrarle a Ulloa su ingenuidad le llenase la boca de una sustancia agradable. Y como si no advirtiera que seguir la ingenuidad de otro era aún más grave y, en último caso, más ridículo.

Fernando no contestó. Por una serie de circunstancias fortuitas —muchas de ellas involuntarias y ninguna, ahora lo comprendía, válida— se había metido en una ratonera. Lamentarse no remediaba nada. Lo urgente era buscar alguna salida. Porque debía haber alguna salida. No era lógico que las cosas terminaran así.

Deber, lógica. Soy incorregible a pesar de todo, se dijo Fernando. Y rió a carcajadas.

XXXVII

EL PALACIO EPISCOPAL bullía de una agitación soterrada. La servidumbre se esforzaba, sin lograrlo, por obedecer dos órdenes contradictorias: la de no alterar el silencio ni el reposo de la casa en que sufre un enfermo y la de preparar esa casa para la recepción de huéspedes distinguidos. Estallaban, pues, breves y menudas catástrofes (un florero roto, un tropezón, una desgarradura) a las que ponía fin el regaño enérgico de doña Cristina o de su mano derecha, Benita.

La limpieza de todas las habitaciones (aun de las que los huéspedes no conocerían) fue minuciosa. Y los conciliábulos acerca de lo que era conveniente ofrecerles como agasajo, prolongados. Pero fructíferos. Cuando llegó el día y la hora los acontecimientos fluyeron con la facilidad de la perfección.

El padre Balcázar (que haría los honores del dueño, ya que Su Ilustrísima, por su edad y por sus achaques, estaba imposibilitado para fungir como anfitrión) y otros clérigos menores salieron al encuentro de la comitiva. Al frente de ella venían el gobernador del estado y Leonardo Cifuentes. Rodeándolos, procurando aparecer próximos e íntimos, los finqueros de más antigüedad, los comerciantes de capital más saneado, los profesionistas de mayor prestigio. Y luego los funcionarios de Ciudad Real y de Tuxtla, la cauda sin la cual no se mueve el poder.

Los saludos —que se iniciaron en el zaguán y concluyeron en la sala— fueron menos ceremoniosos de lo que los coletos acostumbraban y más de lo que el gobernador podía soportar.

Tomaron asiento no sin disputarse, simulando cortesía, los sitios de privilegio. Cuando todos se hubieron acomodado los sobrecogió una especie de timidez. Explotaban convulsivamente toses, carraspeos. Ninguna palabra. Hasta que habló Leonardo.

—¿Por qué siguen guardados los adornos? Ya pasó todo.

Señalaba las paredes desnudas en las que manchas descoloridas eran el rastro de los crucifijos, de los espejos, de los cuadros ausentes.

—Su Ilustrísima no lo ignora. Pero a la vejez nos arrepentimos de los extravíos de la conducta y echamos cenizas sobre nuestras cabezas y nos volvemos austeros.

El padre Balcázar empleaba esa pluralidad ficticia que se reservan para sí los grandes.

—¿Pero qué se hicieron las cosas?

—Se guardaron. Aunque don Alfonso cree que se vendieron. Cree que se podían vender, que eran propiedad suya y no del Palacio. Cree que con el dinero se alivian las necesidades de los menesterosos.

—¿Y por qué lo engañan?

Era la voz directa, brutal, del gobernador. El padre Balcázar sonrió con suavidad.

—Ya lo comprenderá usted, Excelencia, cuando vea a Su Ilustrísima.

Los coletos se miraron entre sí, con una mirada cómplice, e hicieron gestos de aprobación.

—Pero antes queremos aprovechar la ocasión, que tal vez no vuelva a presentarse, para agradecerle por que nos haya honrado, al fin, con su visita. Al fin, después de que la habíamos solicitado tantas veces y con tal urgencia.

En la bienvenida puso el padre Balcázar una dosis tan obvia de reproche que el gobernador sintió herida la dignidad de su cargo y le fue imposible fingir una disculpa.

—No sé para qué me necesitaban. Todo está como debe de estar.

—Ahora, Excelencia, ahora. Pero hemos soportado una muy dura prueba. Hemos estado a punto de...

—¿De qué?

Era un funcionario de Tuxtla. Con la mala educación de su jefe, pero sin su rango.

—De perecer a manos de los indios.

—En la gira que he emprendido a través del estado, y de la cual ustedes no son el único ni el principal punto, me preocupo especialmente por averiguar cuál es el ánimo de los indios, si levantisco o tranquilo. Con mis propios ojos, pues, he sido testigo de que los chamulas obedecen las leyes y que no recurren a la violencia para enfrentarse a quienes atropellan sus bienes y sus personas.

Otro funcionario, que no debería de ser tan insignificante como para permitirse estas acotaciones, dijo:

—Escuchamos, en todas partes, la misma queja: los ladinos de Ciudad Real los roban y los matan.

—Hay pueblos, y ya de cierto viso, abandonados como si hubiera caído sobre ellos una plaga.

—Los diezmaron las epidemias, señor gobernador. Pero no hay que acusarnos a nosotros sino a la suciedad en que se revuelcan.

—Sí, es cierto que son sucios. En los jacales vacíos vimos costras de sangre.

—¡Qué asco!

—Y en el campo se desparramaban las osamentas, bien peladas por los animales, de mujeres, de niños. Hasta de hombres.

—Eso le demuestra, señor gobernador, la gravedad de la coyuntura en la que estuvimos comprometidos. Hubo que tomar medidas enérgicas. Para defendernos, primero; para escarmentar a nuestros enemigos, después.

—Estábamos indefensos, Excelencia. Nuestra guarnición es para tiempos normales.

—¿Y los voluntarios de Guatemala? ¿Y los comitecos?

—Nunca podremos agradecer lo bastante la intención, el gesto de amistad de nuestros vecinos. Pero los hombres que enviaron, a más de ser tan pocos, no eran de pelea.

—Si lo hubieran sido no lo hubiésemos importunado tanto a usted, Excelencia. Cada vez que redactábamos una carta, un telegrama; o que alguno de nosotros iba a Tuxtla a suplicar el favor de una entrevista, no dejábamos de considerar el agobio de trabajo que usted padece y la importancia de los asuntos que despacha. Junto a eso ¿qué podíamos significar nosotros?

—Pero lo nuestro no admitía demora...

—Estábamos entre la espada y la pared.

—Y cuando vengo hallo que ustedes tienen la espada en el puño y que la pared ha desaparecido.

—Hubiéramos querido deberle nuestra salvación, Excelencia, al gobierno que usted tan dignamente preside.

—Pero aunque no haya sido así, porque las circunstancias no lo permitieron, le reservamos la misma gratitud para su voluntad de escucharnos, para su deseo de examinar, usted mismo y de cerca, los hechos.

—Y ya que estamos hablando de gratitud es justo que informemos al señor gobernador a quién se debe el orden que ha encontrado.

—He oído, en boca de todos, alabanzas para Leonardo Cifuentes.

Leonardo no quiso, no supo afectar modestia. Y el tema, además, lo apasionaba.

—En momentos como los que acabamos de pasar en Ciudad Real

es cuando uno descubre sus verdaderos tamaños. Yo quería defenderme ¿quién no? y defender mis intereses. Pensaba en cada uno de los señores como en mí mismo. Por eso acepté la designación con que me honraron.

—Jefe de las operaciones...

—Transitoriamente, nada más, señor gobernador. Mientras duraba la situación de emergencia. O mientras las autoridades competentes no tomaran las riendas del asunto. Ahora ya no ostento ese cargo ni ningún otro.

—No será por mucho tiempo, Cifuentes. Sus paisanos han decidido, y así me lo han comunicado, lanzar su candidatura como diputado federal.

Leonardo enrojeció de satisfacción. Esperaba que los otros interpretaran este rubor como sorpresa.

—No sé si podré servirlos si me desarraigan de un lugar que es el único que conozco bien y si me apartan de esta gente con la que me unen tantos lazos.

—Se sacrificará usted, Leonardo, se sacrificará.

Entraron las mujeres con las charolas de refrescos y las bandejas de dulces. Mientras los invitados se servían hubo una tregua.

—Leonardo cuenta con el apoyo no sólo de la gente decente de Ciudad Real, sino también de la plebe. Donde va lo reciben con cariño, con aplauso.

—Pero eso no es suficiente para el escrúpulo de quienes dirigen el partido.

—¿A cuál partido pertenece, Leonardo?

—La duda ofende, señor gobernador. ¿A cuál partido podía pertenecer? Al oficial.

—Los requisitos son mínimos. Pedirán antecedentes, recabarán datos. Querrán saber todo lo que se refiera al levantamiento de los chamulas que encabezó Winiktón.

—Winiktón no era el responsable. Él sólo es un indio.

—¿Entonces?

—Fernando Ulloa. Él fue quien envalentonó a los chamulas con sus prédicas y luego los acaudilló.

—¿Tienen ustedes pruebas?

—No hablaríamos sin ellas. La acusación es grave.

—Ulloa estuvo con los indios hasta que, viéndose perdido, quiso parlamentar con nosotros.

—Más bien quiso poner precio a la rendición.

—Un precio inadmisible: amnistía completa.

—Se creyó muy listo. Pero cuando lo vimos llegar solo al lugar

de la cita comprendimos que o Ulloa había traicionado a los indios y en ese caso sus promesas no valían nada, o los indios se habían dispersado y ya no eran una amenaza. Entonces lo apresamos.

—Lo sometimos a un interrogatorio y nos explicó, detalladamente, cuáles eran las armas y las posiciones y los planes de los indios.

—¿Queda constancia escrita?

—Sí.

—¿Firmada por Ulloa?

—Sí.

—Gracias a eso pudimos darnos cuenta de la magnitud del peligro al que nos hallábamos expuestos. Y de cuáles eran las providencias más adecuadas para sortearlo.

—¿Las providencias fueron esas ordenanzas que dictó Leonardo Cifuentes?

—También.

—Son muy rigurosas. Si se hubieran cumplido al pie de la letra no quedaría vivo ni un chamula.

—Pero, señor gobernador, estas cosas son como los regateos entre marchantes. Usted pide el doble para que otro le ofrezca la cuarta parte y al fin se transe por la mitad.

—Contaban, pues, con la falta de celo de los ejecutores de ese mandato.

—Y con la inferioridad de su número y con la desventaja de que operarían en el terreno del enemigo.

—Entonces han de estar contentos con los resultados.

—Hay orden, hay paz. Usted mismo lo ha dicho.

—Si la paz y el orden se mantienen ¿de qué vamos a quejarnos?

—Seguramente no volverá a haber disturbios. Desapareció la causa ¿no? Ulloa.

—Puede venir otro a sustituirlo.

—Tendrá buen cuidado de ser más prudente. Le contarán la suerte que corrió su antecesor.

—Mala suerte ¿verdad? Cuando estudiamos su caso decidimos que siendo, como era antes de lanzarse a la sublevación, un empleado federal, carecíamos de competencia para enjuiciarlo.

—Así que era preciso mandarlo a México.

—Donde no hay pena de muerte, como en Chiapas.

—Y era preciso extremar las precauciones para el viaje. Tanto por si Ulloa intentaba huir...

—Si intentaba huir no habría quedado más remedio que matarlo por la espalda.

—…cuanto por protegerlo de la plebe, señor gobernador.

—La plebe estaba indignada. Tenían la cárcel rodeada día y noche. Se turnaban para vigilar.

—Y cuando se dieron cuenta de que a Ulloa se lo llevaban a México se amotinaron y se hicieron justicia por su propia mano.

—¿No lo defendió nadie?

—¿Quién iba a defenderlo? Los guardianes de Ulloa también eran coletos.

Esta última palabra lo justificaba todo. Por lo menos ante la conciencia de los señores. El gobernador no tuvo nada que replicar y todos callaron. Se oía el tintineo de las cucharillas contra los vasos, de los vasos contra los platos, la deglución, medida, de los líquidos.

—¿Me recibirá el obispo?

El padre Balcázar contempló al gobernador con una benevolencia no exenta de lástima. ¡Qué falta de cuidado para elegir los giros del lenguaje!

—Hemos estado abusando de su tiempo, Excelencia. Ahora mismo voy a anunciarlo.

Mientras el sacerdote salía el gobernador se volvió hacia Leonardo Cifuentes y le palmeó, con ruda familiaridad, el muslo.

—Así que éste es el gallo.

Un coro de exclamaciones ahogó la débil protesta del aludido.

—Infatigable…

—Atinado…

—Valiente…

—Decidido…

—Capaz…

—Un verdadero héroe.

El padre Balcázar abrió la puerta que daba paso a las habitaciones de Su Ilustrísima.

—Don Alfonso lo espera, Excelencia.

El gobernador se puso de pie y algunos lo imitaron, por lo que tuvo que hacer un ademán para detenerlos.

—Quiero hablar con él a solas.

Mientras se alejaba, el padre Balcázar volvió a ocupar su sitio.

—Es confortador —decía— ver cómo las contradicciones entre las potencias terrenales y la potestad espiritual se anulan. Cómo todo se concilia cuando se persiguen metas comunes: la justicia, el orden, la paz.

XXXVIII

EL GOBERNADOR avanzó cautelosamente. De la luz había pasado a la penumbra casi total y de una alfombra mullida a la superficie dispareja, fría y resonante de las baldosas.

Una voz de anciano, torpe, curiosamente enmohecida como por la falta de uso, dijo:

—Doña Cristina, ha llegado alguno que necesita ver.

Una sombra —la figura de una mujer— atravesó la habitación y se detuvo ante la ventana. Con lentitud fue corriendo las cortinas para dar paso a la claridad.

La imagen que apareció entonces ante la mirada del gobernador lo desconcertó. Sobre una tarima de madera tosca yacía don Alfonso Cañaveral. Rígido, cubierto de bastos hábitos, cruzaba las manos sobre el pecho a la manera de los cadáveres. Y mantenía los ojos cerrados.

—Arrodíllese usted.

La orden de doña Cristina —musitada apenas pero inapelable— fue obedecida.

—Bese usted su mano.

El gobernador buscó el dedo en el que debería estar el anillo. Pero las manos estaban desprovistas de alhajas. Volvió entonces, hacia el ama de llaves, un rostro interrogante.

Doña Cristina se encogió de hombros. ¿Qué importancia podía tener una sortija? Aun sin ella, don Alfonso continuaba siendo el obispo de Chiapas.

—Así.

Una vez consumado el ademán de sumisión doña Cristina le señaló una silla incómoda, vertical, de palo.

—Ya puede usted sentarse.

La distancia a la que quedaron los interlocutores facilitaría el diálogo. Doña Cristina miró apreciativamente el conjunto y pareció aprobarlo.

—¿No se le ofrece nada, monseñor?

Don Alfonso hizo un gesto negativo con la cabeza, pero no

despegó los labios hasta que, por el ruido de la puerta al cerrarse, supo que habían quedado solos.

—Va usted a perdonarme que no lo reciba como usted se merece.

—Al contrario. Es un abuso de mi parte estar aquí.

—Un abuso que beneficia a los pastores de la grey.

—¿Cómo?

—Los que lo vieron (y han sido todos) encaminarse al Palacio Episcopal y venir hasta mi propio cuarto, quedarían pasmados. ¿No vivíamos la época de un nuevo Nerón? ¿No se esperaba que usted me obligara, por la fuerza si era preciso, a comparecer ante su presencia?

—¿Por qué habría de cometer semejante desacato? Yo tengo consideración de sus canas.

—A más de que siempre ha sido tolerante. Más de lo que merecemos. Pero estos detalles escapan a la gente. No ven más que su caminata hasta el obispado y su visita y dicen: han vuelto los años de las vacas gordas para la Iglesia. Y aquellos, a quienes detenían en sus umbrales el respeto humano, entran; y los tibios se enfervorizan y la devoción cunde. Y todos pagan diezmos y primicias.

El gobernador permaneció atónito mientras don Alfonso sonreía con una mueca triste.

—¡Qué impropio de un dignatario de mi categoría es referirse a asuntos tan viles, tan bajamente materiales, como el dinero! No, no he olvidado lo que predicó nuestro señor Jesucristo: “No sólo de pan vive el hombre”. Mas yo os digo: también de pan. Y a nosotros ha llegado a faltarnos.

—¿Por qué?

—¿No le han contado, los soflameros de afuera, que padecimos un estado de sitio durante meses, muchos meses? Los víveres escasearon, como es natural.

—Cuando pasaban hambre han de haberme maldecido por no enviar auxilios.

—Tal vez.

—¿Cree usted que tenían razón?

—Yo entiendo los hechos desde otra perspectiva. En todo caso Dios pudo haberlo escogido a usted para convertirlo en un instrumento de su castigo.

—Yo no soy católico, señor.

—Monseñor.

—Yo no soy católico, monseñor. Pero guardo miramientos a los

curas. Y lo que no le confiaría a ningún otro hombre...

—Viene usted a confesármelo a mí.

—Quiero su opinión. Ya estoy harto de oír las puyas y las indirectas de sus paisanos.

—Yo no soy coleto, Excelencia.

—Señor gobernador.

—Yo no soy coleto, señor gobernador. ¿De qué lo acusan ellos?

—De haber procedido con negligencia y con mala fe cuando se sublevaron los chamulas.

—¿Reconoce usted que es cierto?

—Es cierto que no mandé tropas con la prontitud y en la cantidad que me las pidieron. Pero tuve motivos que entonces consideré válidos.

—¿Cuáles?

—Recibía yo, todos los días, varias veces al día, cartas fechadas en Ciudad Real. ¿Quiere usted verlas? Las traje conmigo.

Don Alfonso se cubrió los ojos con las manos como para reforzar su ceguera.

—No.

—En esas cartas me aseguraban que la situación no era grave; que los finqueros habían armado a sus propios peones para simular un peligro que no existía.

—¿Con qué fin?

—Con el de demostrar palpablemente a mi gobierno y al de la federación que las leyes sobre el reparto de tierras no podían hacerse vigentes en Chiapas sin correr el riesgo de un derramamiento de sangre.

—¿Y qué hizo usted?

—Investigar por mi cuenta. Mandé personas en cuyo buen juicio y prudencia creía. Y regresaron a contarme que en Ciudad Real se respiraba un ambiente más de fiesta que de alarma. Que con el pretexto de la sublevación de los indios se organizaban tertulias y se relajaban las costumbres.

—¿Le pareció inverosímil?

—No. Yo también soy de un pueblo en que la gente se aburre.

—¿Y los indios? ¿No constituían ninguna amenaza?

—No había rastros de ellos en los alrededores. Los parajes estaban, están aún, abandonados.

—¿Entonces?

—¿Cómo podía yo justificar ante mis superiores mi decisión de proporcionar a los finqueros los medios para que burlaran la aplicación de la ley? Dirían que me habían cohechado.

—¿Es usted muy celoso de su fama?

—Tengo porvenir, monseñor.

—Dadas las circunstancias, señor gobernador, procedió usted con acierto.

Esta sentencia parecía ser el fin de la consulta. Don Alfonso no podía ocultar más, ni su fatiga ni su falta de interés en el tema. Pero el gobernador no estaba todavía satisfecho.

—Mis informantes averiguaron también algo que no me inquietó antes, pero que me preocupa hoy: los nombres de quienes firmaron las cartas eran falsos. Y las direcciones también.

—¿Por qué le sorprende? ¿No es usted también de un pueblo en que se escriben anónimos?

—Sí, pero...

—Pero le disgusta que lo hayan engañado. Y en cambio se absuelve, con extrema facilidad, de haber cometido un error: confundir la fiesta con el duelo, la zozobra con la alegría. Un error que ha costado tantos sufrimientos, tantas pérdidas, tantas vidas.

—Lo sucedido ya no se puede remediar, monseñor. Y me alegro de tener las manos limpias de los crímenes que se han cometido aquí.

—Podría usted haberlos evitado.

—Los finqueros querían usar al ejército como verdugo, no como defensor.

—Si está usted tan seguro no me explico para qué viene usted a hablar conmigo.

—Desde que llegué a Ciudad Real he vuelto a recibir cartas.

—¡Escribir! Manía de mujeres solas.

—Esta vez tocan un punto muy grave, que debo confirmar. Porque se refiere a quien, más tarde o más temprano, va a ser mi sucesor.

—¿Leonardo Cifuentes?

—Dicen que, desde el principio, ha jugado sucio. Dicen que estaba en connivencia con Fernando Ulloa al través de una tal *Alazana.*

—Esa mujer ya no vive en Ciudad Real.

—¿Podría usted jurarlo, monseñor? Las cartas afirman que no se ha marchado nunca de aquí. Que Leonardo simuló su viaje y preparó el escondite en que la mantiene encerrada. Y que mandó matar a Ulloa para quedarse con ella.

Hubo una pausa. Larga. Cargada de palabras sin pronunciar.

—Antes de irse, señor gobernador, quiero suplicarle que deje cerradas las cortinas. No soporto la luz.

—No voy a irme sin una respuesta, monseñor.

—¿Por qué supone que yo puedo responder? ¿Qué quiere que responda? ¿Que no es verdad? No lo sé. ¿Que no es posible? Todo es posible.

—¿Cómo lo supo quien lo denunció?

—Cuando alguno está solo, solo de raíz y durante mucho tiempo, adivina las intenciones de los demás antes de que cuajen en actos y palpa los delirios ajenos y da nombre y sustancia a las criaturas que los otros sueñan sin saberlo.

Las manos de don Alfonso pendían sin fuerza de los bordes de la tarima. Estaba pálido y su respiración era trabajosa.

—Esa muchacha ha estado sola siempre.

El gobernador se inclinó hacia el obispo, ansioso de que no se le escapara ni la más mínima inflexión de voz.

—¿Qué muchacha?

—La que escribe.

—¿Sabe usted quién es?

—Una que confía en los curas tanto como usted. Y a la que no voy a defraudar. Pues ya es bastante con Manuel Mandujano… y con tantos otros.

El gobernador se puso de pie y comenzó a cerrar las cortinas.

—Vete en paz, hijo mío. Deja que los muertos entierren a sus muertos.

A tientas, el gobernador buscaba la salida. A sus espaldas oyó un suspiro profundo, como de quien descansa.

—¡Ah, por fin! ¡Otra vez la oscuridad!

XXXIX

JOBEL vuelve a levantarse, amurallada en la injusticia, ciudad a la que sólo se puede penetrar a través de la puerta de los rebaños.

El valle de Chamula —de niebla, de regatos— ahora es el valle de las humaredas. Humo es lo que antes fue paraje, sembradío, pueblo. Humo: tierra sollamada, aire envilecido, arrasamiento y aniquilación.

La tribu de los tzotziles anda dispersa, perseguida. El castigo de los caxlanes los alcanza hasta el sitio más remoto, hasta el rincón más oculto. Y aún más lejos que el caxlán llega el hambre, el miedo, el frío, la locura.

A manos de sus enemigos perecieron los rebeldes y los mansos fueron hechos cautivos por los vencedores. Éstos también violaron a las mujeres y pusieron la marca de la esclavitud en el anca de los recién nacidos.

Los sobrevivientes suben hasta el terraplén más alto, donde se respira un aire filoso, donde el corazón del caxlán, aunque es tan duro, se rompe.

Los sobrevivientes ignoran su número. Jamás se reúnen ni junto al rescoldo, ni en torno del alimento, ni alrededor de los ancianos que amonestan ni de los memoriosos que relatan. Se esconden unos de otros para no compartir la presa que los sustentará y el refugio que ha de cobijarlos.

Solos, estos hombres olvidan su linaje, la dignidad que ostentaban, su pasado. Aprenden de los animales cobardes las ciencias de la furtividad. Se deslizan sobre la hojarasca sin suscitar un rumor, dan un rodeo para no caer en la trampa, imitan la muerte ante la inminencia del peligro.

Desnudos, mal cubiertos de harapos o con taparrabos de piel a medio curtir, han abolido el tiempo que los separaba de las edades pretéritas. No existe ni antes ni hoy. Es siempre. Siempre la derrota y la persecución. Siempre el amo que no se aplaca con la obediencia más abyecta ni con la humildad más servil. Siempre el látigo cayendo sobre la espalda sumisa. Siempre el cuchillo cercenando el ademán de insurrección.

En esta eternidad se cumple el destino de la tribu. Porque es voluntad de los dioses que los tzotziles permanezcan. En grutas y al aire libre, de noche y a pleno sol, hembras y varones se ayuntan para perpetuarse. La mujer fecundada camina con lentitud y se esconde cerca de las corrientes de agua cuando llega el plazo de dar a luz.

El labrador, que guardaba la semilla en su puño cerrado, la deja caer en el lugar propicio. No espera a la cosecha. Otro ha de venir después que él y la levantará.

La tejedora hila el copo de lana. Avanza la labor cuyo dibujo enseñaron a sus padres sus abuelos.

El barro, entre los dedos hábiles, toma forma de utensilio y la madera se desbasta.

El pastor, la paridora, el alfarero, repiten su oficio como la tierra repite el ciclo de sus estaciones, como los astros recorren los puntos de su órbita. Por sujeción a la ley, por fidelidad.

También el escrutador de signos trabaja. Reconoce a sus iguales, con sólo una mirada, desde lejos. Cambia con ellos la señal secreta. Y juntos se encaminan a dar a los dioses lo que reclaman: la oración, que sus servidores no aciertan más que a balbucir y la ceremonia que adivinan, inventan, recuerdan.

La búsqueda de la tiniebla los conduce a las cuevas. Las limpian de alimañas, las adornan con ramos silvestres, llenan su recinto con las emanaciones benéficas del pom. Y allí se congregan ciertas noches que el coyote aúlla desesperado y que la luna se alza lívida y sin sangre.

En el centro de la cueva, en el centro del círculo que forman los congregados, reposa el arca. La han defendido de la codicia de los ladrones y más de uno sucumbió antes de permitir que se le arrebatara. La cubren de las intemperies como si fuese criatura desvalida, la protegen de la incuria, la rodean de solicitud y de reverencia. Porque en el arca está depositada la palabra divina. Allí se guarda el testamento de los que se fueron y la profecía de los que vendrán. Allí consta lo que dictaron las potencias oscuras a sus siervos. Allí resplandece la promesa que conforta en los días de la incertidumbre y de la adversidad. Allí está la sustancia que come el alma para vivir. El pacto.

En ocasiones solemnes (fechas que los profanos no alcanzarían a determinar) el arca se abre y lo que contiene se hace patente ante los elegidos.

Están de rodillas, con la cara oculta entre las manos, plañendo, rezando, mientras el principal entre ellos oficia.

Chisporrotean los hachones de ocote alumbrando el instante en que la cerradura cede y la tapa se abre. Aparece un envoltorio. A cada uno, en orden de su rango, le toca deshacer un nudo, desenvolver las telas. Y mientras tanto la limeta de trago apaga la sed de la expectación. Se vacía, se llena, se vuelve a vaciar.

Aparece, por fin, el libro. Son unas cuantas páginas. Unas cuantas páginas y sin embargo el puente entre lo divino y la humanidad.

El libro se expone a la adoración. El principal lo alza, con cuidado exquisito, entre sus manos. Lo acerca al rostro de los que están presentes para que sean testigos y lo divulguen entre quienes no tienen acceso a la ceremonia.

Son testigos de que el libro existe. Que no se ha perdido en las vicisitudes de la fuga ni en el saqueo del desastre. Existe, para que la esperanza no desfallezca. Existe.

Ahora ya pueden cerrarse para siempre estos ojos arrasados en lágrimas. Lo que han visto los salva.

Y continúa expuesta, como una hostia, esa página que algún héroe ignorado rescató de la catástrofe. Esa página inicial en la que llamea un título:

Ordenanzas militares.

XL

ACOSTADA en su lecho, con la cara vuelta hacia la pared, Idolina vela.

Es igual de día o de noche. A todas horas resuenan las campanadas de los templos, los murmullos confusos de la calle, los rumores de la casa.

Rumor de voces que charlan en el salón, que discuten, que acuerdan. Rumor de risas que estallan en los corredores, de cuchicheos de complicidad. Rumor de órdenes que la servidumbre se apresura a cumplir.

Rumor de pasos. Lentos, cuando el que camina es importante y se le aguarda y se le recibe con júbilo. Diligentes, del que quiere congraciarse y no perder su turno. Ingrávidos, de muchachas.

Idolina quiere reconocer entre las voces, entre los pasos, los de su madre. No para llamarla (que desde su confinamiento no la escucharía nadie) sino para sentirse traicionada.

¿Asiste Isabel a las reuniones que convoca Leonardo? ¿Hace los honores de dueña? ¿Comparte el triunfo? ¿Está orgullosa de los homenajes que recibe?

A veces Idolina cree distinguir su acento entre los acentos extraños. Pero duda, ante una inflexión que no conocía, ante un tono nuevo. La que habla es una mujer segura y satisfecha. Una mujer feliz.

Idolina ahoga estos ecos hundiendo la cabeza en las almohadas. Cierra los ojos para que desaparezca, definitivamente, el mundo.

Y de pronto el ruido se extingue. La casa queda sin visitas, sin huéspedes, sin amo. Idolina se niega a averiguar qué ha sucedido. Si Leonardo e Isabel partieron. Si van juntos y adónde. Si volverán.

El ruido se extingue. Idolina no escucha más que a su delirio. ¡Qué fragor de batalla! Disparan los cañones y los rifles; contesta la honda, silba el arco bien tensado. Grita el que se abalanza sobre su enemigo; gime el que se desploma. Gime el que agoniza. Y el que muere, muere sin un lamento.

El ruido se extingue. No queda más que el parpadeo insomne de

los grillos. Los grillos del jardín, del patio, del traspatio. Próximos, domésticos, identificables. Y los del campo. Entre todos alzan, poco a poco, una muralla que detendrá, eso que acecha, para filtrarse, que se abra la más pequeña grieta de silencio. Eso que temen los desvelados, los caminantes nocturnos, los solitarios, los niños. Eso. La voz de los muertos.

Repentinamente la muralla se derrumba. Y hablan las bocas sofocadas de tierra.

Catalina repite una salmodia sin sentido. Fernando pronuncia la palabra ley y los oídos sordos la rechazan y la devuelven convertida en befa. “El que nació cuando el eclipse” grita cuando la Cruz lo crucifica. Winiktón arenga a un ejército de sombras. Xaw Ramírez Paciencia tartamudea el falso testimonio con que han de condenar a sus hermanos. Julia ríe. Doña Mercedes Solórzano musita una confidencia. Marcela y Lorenzo, y el martoma y su mujer, Felipa. Y otros que no tuvieron nombre ni cara. Y otros que se despeñaron en los caminos. Y otros que fueron abandonados. Y otros que se arrastraron hasta su fin.

Idolina escucha un instante, sobrecogida de terror. Y grita, como si también la crucificaran, y Teresa Entzín López, su nana, acude a ella solícita y la acoge en su regazo y acaricia su cabeza y le cuenta un cuento para calmarla, para dormirla.

—En otro tiempo —no habías nacido tú, criatura; acaso tampoco había nacido yo— hubo en mi pueblo, según cuentan los ancianos, una ilol de gran virtud.

“Con sólo mirar un horizonte sabía si era de prosperidad o de escasez; conocía el destino en el semblante de los hombres y expulsaba la enfermedad del cuerpo de quienes la padecían.

”Esta ilol tuvo, para espanto de todos, un hijo de piedra. Hablaba como habla la gente de razón; aconsejaba a los peregrinos que acudían a presenciar el prodigio; hacía andar a los tullidos y derramaba la abundancia de cosechas en las milpas.

”La fama de la ilol y de su hijo corrió por los diferentes rumbos de la Zona Fría. Su nombre llegó a ser repetido en Huistán y en Tenejapa, en Mitontic y en Oxchuc, en Zinacantan y en Pantelhó.

”Las historias vinieron a ser contadas hasta la mera Ciudad Real. Los señores se conmovieron de asombro pero no consideraron prudente mostrar su aprobación mientras no estuvieran ciertos de la verdad.

”Enviaron entonces, como emisario suyo, a un siervo de Dios. Iba por los caminos preguntando en qué lugar se aposentaba el hijo de piedra de la ilol.

”Los halló, por fin, a ambos, en una cueva. Estaban vestidos con riqueza y alhajados y les pidió, en nombre de los señores de Ciudad Real, que consintieran en acompañarlo y en ser conocidos y examinados.

”Hubo asentimiento y la ilol y su hijo llegaron a Ciudad Real y se les recibió con honores de principales. Y después de las fiestas y de los agasajos dieron comienzo a las pruebas.

”Los jueces pidieron a la ilol razón de sus poderes y ella dijo que los había recibido no del Espíritu Santo sino de san Jerónimo, el del tigre en las entrañas, patrón secreto de los brujos. Y en cada respuesta que salía de su boca se miraba un resplandor como de hoguera.

”Después los guardianes la hicieron atravesar muchas mansiones. Salió intacta de la mansión de las fieras y no la dañó el frío ni la quemó el fuego ni la turbaron las tinieblas. Y por último rompió las cadenas que la aprisionaban y las paredes que la detenían y regresó a su paraje.

”Iba con ella su hijo y los dos ocuparon ante la faz de la tribu el sitial de mando. Recibieron ofrendas que depositaban a sus pies los indios y los caxlanes y empuñaban entre sus manos la rienda de los días.

”Pero conforme crecía su autoridad crecía también su soberbia. Ya no era suficiente entregarles el cordero más escogido ni las primicias de las cosechas ni las flores más hermosas. La ilol se había tornado taciturna. La ilol y su hijo tenían hambre y necesitaban comer al primogénito de cada familia.

”La tribu, que temía sus sortilegios, les entregó una víctima que fue devorada. Pero luego exigieron otra y otra y otra más. Eran insaciables. Los tzotziles andaban barajustados, sin saber qué hacer. Hasta que los ancianos vinieron a quejarse con los señores de Ciudad Real.

”¿Qué hacemos con estos devoradores de gente?, preguntaron. Y los señores no quisieron precipitarse a la violencia sino invocaron la concordia. Así, partió un mensajero que no regresó nunca porque la ilol y su hijo de piedra lo sacrificaron. Y sacrificaron también al siguiente y al último.

”Entonces los señores de Ciudad Real y los ancianos dijeron: no nos queda más que la fuerza.

”Se armaron lo mejor que pudieron y marcharon juntos, seguidos por el grueso de la indiada, en persecución de la ilol y de su hijo de piedra.

”¡Cómo burlaban a sus enemigos! Aparecían en dos lugares al

mismo tiempo y colocaban simulacros suyos para que allí perdieran sus contrarios sus energías y su saña. Y la ilol y su hijo de piedra reían de las burlas y se exponían sin miedo a las balas. Porque las balas rebotaban para dar muerte a quien las había disparado.

”¿Cómo hemos de librarnos de estos demonios?, se preguntaban todos, angustiados. Y un sacristán viejo les aconsejó:

”—Digámosle a esta mujer que su hijo de piedra tiene frío; que es preciso que lo envuelva para que entre en calor. Y luego le damos un chal que tejieron los brujos de Guatemala para que maniate su potencia.

”El hijo de piedra, en cuanto estuvo envuelto en el chal, ya no pudo moverse ni vivir. Y la ilol, desesperada, se quebró la cabeza contra la materia que se iba desmoronando.

”Los cadáveres propagaron, a todos los vientos, pestilencia y daño. Morían los animales, se secaban las siembras, caían, como fulminados, los hombres.

”De cada diez familias una se libró; de cada diez parajes ninguno fue preservado completamente.

”Los señores de Ciudad Real hicieron nueve días de duelo y ordenaron, a los sobrevivientes de la tribu, que se limpiaran de la culpa por medio de la penitencia. Los mismos señores proporcionaron a los culpables los instrumentos para la consumación del castigo.

”El nombre de esa ilol, que todos pronunciaron alguna vez con reverencia y con esperanza, ha sido proscrito. Y el que se siente punzado por la tentación de pronunciarlo escupe y la saliva ayuda a borrar su imagen, a borrar su memoria.”

La nana calló. Con suavidad puso la cabeza de su niña dormida sobre la almohada.

Silenciosamente volvió a su lugar.

Faltaba mucho tiempo para que amaneciera.

En 1867, en San Cristóbal de Las Casas, un grupo de indios chamulas se levantó en armas. Este hecho culminó con la crucifixión de uno de ellos, al que los amotinados proclamaron como el Cristo indígena. Rosario Castellanos penetra en esta novela las circunstancias y la psicología de los personajes que intervinieron en esos acontecimientos. Estas páginas atrapan el tiempo indígena en su naturaleza cíclica y ceremonial; más aún, se convierten en el reflejo universal de aquellos seres humanos determinados por una cultura milenaria cuyo choque con Occidente los ha herido y transformado. La joven que leía a Simone Weil en Chiapas comprendió, con ella, que el poder que une y destruye no es unívoco: proviene lo mismo del opresor que del oprimido.

"Escribir ha sido, más que nada, explicarme a mí misma las cosas que no entiendo. Como los personajes indígenas eran, de acuerdo con los datos históricos, enigmáticos, traté de conocerlos en profundidad. Me pregunté por qué actuaban de esa manera, qué circunstancias los condujeron a ser de ese modo. Así comencé a desentrañarlos y a elaborarlos. Un acto me llevaba al inmediato anterior y, por eso, llegué a conocerlos íntegramente. "

ROSARIO CASTELLANOS

www.fondodeculturaeconomica.com